

QUIJOTE 44

Dedico la obra entera a la memoria
de Alma, que tanto me instó a que la
llevara a cabo.

"Ahí van las ansias mías,
presentes y las pasadas;
do más vivas que pintadas
hallaréis mis fantasías,
de mi mano trasladadas".

(Juan Boscán - "Coplas")

PRIMERA SALIDA

A la memoria de Ralph Cowling.

"Ni mármol duro y eterno,
ni música ni pintura,
sino palabra en el tiempo".

(Antonio Machado - "De mi cartera")

PRIMERA SALIDA

Parte I:

Barco en cuarentena

ARTURO DESPOUEY

QUINOTE 44

Novela

Prólogo:

PRIMERA SALIDA

Este relato es el prólogo de una trilogía
- "Quijote 44" - en la que se sigue la
transformación de un sudamericano en "ciu-
dadano del mundo" y su áspero acceso a la
madurez de espíritu y a la "conciencia cósmica"
del hombre actual. El Londres de la
segunda guerra mundial, el París de la libe-
ración y el Nueva York del comienzo de la
era atómica son los escenarios principales
de la historia; tres lugares determinantes
de un proceso que los traspiés de nuestra
civilización aocian de una manera tan dra-
mática como inevitable.

En preparación, "LARGA NOCHE DE LONDRES".

No sigas rutas terrenales.
 Gobierna sobre el mar tu huida.
 (Ramón Pérez de Ayala - Poema)

Guy Delatour acabó por fin de subir la planchada del barco. Sólo dos de los amigos que habían venido a despedirlo quedaban de pie en el muelle. Como un caballo que derramara la vista, el viajero vio un brazo levantado en un último adiós, y sin volverse sacudió la cabeza en un movimiento negativo, súbito, casi un tic. Enseguida se arrepintió de haber obedecido instintivamente las consignas de la partida; su disimulo de espía de cine le resultaba ridículo allí, en aquel paralelo, con aquella luz tibia y llona de amnistía de la primavera flamante.

Aquel no era tampoco el momento de abandonar la ingenuidad con que se había producido toda su vida, esa ingenuidad que lo había forzado casi a decir a gritos, siempre, todo lo que pensaba, como quien tiene prisa por aclarar que no espera nada de nadie; si acaso era el momento de empezar a esgrimirla. Iba a vivir bajo otros signos, en otros aires, manejando otro idioma; a vivir tout court, quizá. Pero en esto no podía pensar aún; primero tenía que convencerse de que partía. Salir, huir de la ciudad afectuosa y casi mediterránea de planta; huir de su gente, tan llona de espíritu de libertad pero también de egocentrismo y de doblez, de ingenua y agresiva pandería. "Momentos iniciales o palingenésicos". La frase de Rodó le vino a la mente y lo hizo sonreír.

La agonía que lo hacía levantar la testa encobrida por aquellas calles, la anécdota melodramática de su juventud, la convivencia con la locura, la encendida disputa doméstica y la sucesión de horas de zozobra en clínicas y hospitales; toda aquella larga pesadilla quedaba compensada por este momento en que, sin imaginarlo, empezaba a convertirse en un mito entre los suyos. (Para que pueblos esencialmente mítómanos como los rioplatenses fabriquen un personaje legendario sólo se necesita una buena medida de contradicción en la vida de un hombre - como la había en la suya - y otra de distancia, esa distancia capaz de conferir a un simple compañero de clase el prestigio de un extranjero que tiene el talento de mantenerse siempre en el extranjero). Pero además él se saltaba la barrera de la crítica, de la censura - suprema gimnasia mental de aquellas tierras - para plantarse en el ruedo de la acción, y no de una acción solita, como la de los profesionales en corredores de clínicas o en bufetes

polvorientos. Ahí estaba toda la diferencia. La clase de acción que había ologido era el tomillo, el hinojo, el cilantro que aderezarían luego el mito.

Acción. No más frases para Guy Delatour; no más desesperación traducida en un discurso que algunos calificaban como una novela de la burla de Oscar Wilde y el deslumbramiento recóndito de Mallarmé, y otros, más modestos, como el arte de abofotear a los demás con un guante de terciopelo, como si los hiciera una caricia mal disimulada. No más frases; entre ingleses no necesitaría hacerlas. Ahí estaba en lo alto de la planchada. Nada habría podido hacerlo mirar atrás. Salía, se iba; se iba para siempre.

Aquel 28 de setiembre el aire se dejaba respirar oprimido en todo el Plata y la tarde estaba organizando, en rojo³ y violetas, esplendores de despedida que en sus costas pasaban generalmente desapercibidos; pero el puerto se hallaba más desierto que nunca. ¿Sería un agente del Tercer Reich alguno de los siete y ocho viandantes aburridos que se paseaban por allí? ¿Era posible que alguno fuera a seguir con sus anteojos el barco en que montaba Guy en ese momento y luego telefonara a algún número de la otra orilla la hora exacta en que llevaría anclas? La idea no lo preocupó. Valía la pena de pagar con la vida, pensaba en este momento por primera vez, aquella "chance" de partir. Porque él sabía - eso sí lo sabía bien - que en aquella plácida primavera de 1942 Buenos Aires, con Dublín y Lisboa, era uno de los tres centros de espionaje más importantes con que contaba el Eje en el mundo occidental.

Si muchos de los pasajeros de su barco se hubieran enterado de lo bien organizados que estaban los agentes de la capital argentina y de la mortal eficacia con que mantenían informado a Berlín hora tras hora, quizá habría sufrido un síncope fatal el impulso que los llevaba a Inglaterra. Síncope, no de su coraje, sino de su sentido práctico; si morían en el océano no se cumplía el propósito que los llamaba al solar nativo; no podrían estar allí para resistir, con la tibia animación de quien acaba de tomarse una taza de cocoa - esa animación inglesa llena de risas aspiradas y de "yos, yos" tragados hacia adentro como si se padeciera de

aerofagia - a un enemigo totalmente borracho con la idea de la victoria. Se hablaba de nazis. No eran sólo los nazis los borrachos; eran todos los alemanos que Guy había conocido, todos los que habitaban el Uruguay, y hasta los italianos de una ciudad del norte como Paysandú, aberradamente apostada, en aquel país tan democrático, a la carta del totalitarismo.

Los secretos bien guardados de la guerra quedan guardados por lo menos por cincuenta años; ninguna actividad tan meretriz, tan adventicia, tan insensata del hombre será tratada nunca con tanta discreción como ella, ni siquiera la que lleva a esos pactos oscuros con que los gobiernos compran tiempo para prepararse a hacerla. Pero de los varios secretos bien guardados de esa guerra que ya había llegado a las puertas del Plata el que lo estaba mejor hasta entonces era el del número de barcos aliados hundidos por el enemigo en ambos Atlánticos - norte y sur. Ni a uno ni a otro bando le convenía publicarlo; lo que se iba sabiendo cada vez mejor era la impunidad con que, como lobos sueltos en medio de un rebaño, los submarinos del Eje salían a la superficie en medio de un convoy y hacían que el océano se tragara todas las noches cinco, seis, siete barcos enemigos.

Un mes atrás, el tema había saltado a la superficie de una conversación gris en la gris oficina de Guy. Esa mañana la Legación Británica lo informó por teléfono de que debía preparar su partida en 48 horas. En torno a él se formó un pequeño revuelo. ¡48 horas para obtener un pasaporte y para renunciar a sus cargos! Cargos, sí, cargos en plural; se era empleado público por un derecho adquirido al nacer; se era periodista para tener localidades gratis para los espectáculos; se era otras cosas para pagar lo indispensable: las copas del café, las habitaciones de las "maisons meublées", las flores que había que enviar a las dueñas de casa excusándose por no ir a sus cenas. Estas dos o tres cosas tenían siempre postulantes de sobra; todo el mundo se cree con derecho a todo; el caso era encontrar la forma de que lo sustituyeran - literalmente - de la noche a la mañana.

Estos ingleses. 48 horas para conseguir dinero que dejar en su casa y para mandarse hacer ropa nueva; 48 horas para dejar toda una vida atrás. Porque - quedara

en el Atlántico o bajo los escombros de alguna casa victoriana, o simplemente emigrara a un destino distinto en un mundo distinto - el caso es que sin proponérselo, como una voluntad de sus fibras más íntimas, más señoras, el viajero sabía que se iba para siempre.

Esto era un secreto que había logrado guardar tan bien como el mundo en general guarda los de la guerra. Ojalá hubiera seguido la misma suerte la serie de rufagas o tormentas de angustia que lo sacudían de tanto en tanto y de las que daba minuciosos partes meteorológicos ante cualquier interlocutor de café. Guy Delatour. ¿Qué mon-tevideano podía ser a veces! ¿Y hasta qué punto podía olvidar que para un latino, por más radicescucha que se sintiera, sólo tenía magnitud el drama personal, la anécdota propia! Ya podía él decir por ahí que se consideraba un error geográfico; ya podía decir también que la ingeniosa maledicencia casaba mal con la confesión compulsiva. El, casi siempre sin darse cuenta, las practicaba con idéntica pasión, como si fueran dos virtudes cardinales. Todavía ignoraba él que hubiera una esquizofrenia rio-platenso, y que su propia contradicción formaba parte de la actitud general. Sabía, sí, que había que cambiar de aire; sólo si cambiaba de aire podrían desaparecer para siempre aquellas angustias, confesiones, raptos de ironía y de miedo que acompañan su máscara de Jano. ¿Sería demasiado tarde para curarse? Sabo Dios. El primer paso era irse, eso sí; y por lo menos este paso había llegado a darlo.

Una vez tomada su resolución, todo bajó de volumen, o instintivamente empezó Guy a callar su intención de hacer definitiva la partida. ¿Qué tortura la de callarse; qué tortura no vomitarle a cualquiera, en cualquier mesa de café, los sueños íntimos, los planes locos, las variaciones de la anécdota doméstica! Una tortura conllevada con buen ánimo - y buenas razones - por él; la idea del exilio profesional a perpetuidad habría angustiado a Silvia - su hermana menor - e irritado a no pocos amigos y conocidos que, por más mal que lo vaya a uno en su propio país, consideran que es deber del hombre soportarlo todo de sus conterráneos hasta el fin.

La mañana en que le dispararon telefónicamente la fecha de la partida una compañera de oficina, irrevocablemente casada y decidida a no enterarse del grado de afecto que Guy sentía por ella, le había dicho:

"Delatour: hay algo que yo no entiendo muy bien. Vd. sabe lo que pasan en el Atlántico, lo tiene que saber".

"Lo sé".

"¿Lo sabe o igual se va?"

"¿Por qué no?"

"¡Pero Vd. es un héroe!"

"¿Qué me quiero decir con eso: que soy un inconsciente, un hombre con ganas de morir?" Ella rió. "No se preocupe. En la Legación me aseguraron las otras tardes que hace semanas que no se lo ^{ve} el periscopio a un submarino".

"¿Qué hipócritas!" comentó la chica sonriendo.

"Hipocresía es el nombre que la discreción tiene en estos países. Pobres ingleses, pero sobre todo, pobres de nosotros" dijo Guy con el aire terminante con que desde hacía un año se enfrentaba a la anglofobia rioplatense.

Aquella palabra grandilocuente de su compañera - "héroe" - le hizo subir los colores a una mejilla interna en que el rubor era más candente que si le hubiera dicho "ladrón". ¡Héroe! ¿Dónde? ¿Cómo? Aun cuando todos sus poros le gritaban que no pasaría nada, si 48 horas antes le hubieran oído las cartas y dicho que naufragaría, Guy, que era ateo y supersticioso - y a mucha honra, pensaba desde aquel paralelo 35 - habría ido a la Legación a comunicar que el viaje quedaba sin efecto. Un año atrás le trazó con sotas, bastos y espadas el mapa de su destino inmediato un su amigo, ex-Jefe de Policía de Montevideo. Había un viaje a Europa, sí; pero ni un solo naufragio en aquellos mares misteriosos de la baraja agorera.

Y ahora él se iba sin decir adiós a aquel hombre que era un mentís más a los pronunciamientos irrevocables de la fisonomía: aquel hombre que tras la máscara feliz de niño indio mimado por los vientos del llano ocultaba mal la percusión de un alma apasionada, disparada hacia las mejores lealtades, terriblemente consciente del milagro que es ir creciendo por dentro. Por los azaros y misterios de la lucha submarina un artista del adiós como Guy perdía ahora oportunidades casi necrológicas, como la de decir su admiración por aquel personaje tan poco policíaco. Lástima. Aquel amigo apreciaba de verdad la imaginación con que Guy, sin que nadie lo invitara a hablar, se había pronunciado sobre la muerte en una serie de discursos fúnebres llenos de temblor y de protesta: protesta contra la

discontinuidad de la vida, contra su desorden, más que tentativa de reconocer por intuiciones la clave verdadera de la existencia humana.

La predicción del amigo le había saltado a la conciencia al oírse llamar "héroe". De todos modos, la catástrofe máxima que aquel carbonero "amatador" le había pro dicho era el matrimonio con una española de armas tomar. "héroe". ¿qué sarcástica equivocación de identidad! Todavía no se había dicho a los cuatro vientos que el heroísmo era un miedo trascendido; y aunque él lo hubiera sabido en el plasma de su sangre, Guy habría estado seguro de no poder trascender el suyo.

Ahí, desde luego, se pasaba de inocente. Toda su actuación en Montevideo, todas sus actitudes de desafío a la pequeña burguesía de la ciudad, ¿qué eran sino maneras de trascender aquel miedo a la opinión pública que tantas veces le congelaba la medula espinal? ¿qué otra cosa que desafío, lucha, síntomas de superación de su miedo era lo que Montevideo consideraba un disfraz - sus ropas de "dandy" - y aquella rectitud monolítica con la que pasaba por entre los cerros de una vereda sin mirar ni a derecha ni a izquierda; la misma rectitud de su madre, heredada, sin duda, como la escoliosis que la había motivado inicialmente, pero también afirmada, subrayada con obstinación por él mismo?

De tal pasta improbable - y no mucho más - estaban hechos muchos bustos adornados "post mortem" con el esquivo laurel del héroe. Pero esto también lo ignoraba Guy Delatour. En todo caso, la antítesis bastaba para hacerlo, si no antipático, chocante como personaje. Lo mejor que pensaba la gente de él es que tanto el atuendo físico como el intelectual que los presentaba todo el tiempo respondían a una postura, eran cosas impostadas, "facticios". Nadie habría podido prever la leyenda que el tiempo tejería en torno a un personaje tan poco representativo de las esencias locales. Poca vista de la gente. Aquel tipo espiritado, consumido, irónico, ardido y ardiente por dentro podía ser muy bien un error geográfico de primer orden; pero la hostilidad, la controversia, son buenos cimientos sobre los cuales levantar los lentos mármoles del mito.

Las que Guy desportó tenían ya antecedentes de infancia. Una mañana, creyendo-

lo completamente dormido, una tía suya venida a casa de su abuela en una de sus visitas periódicas desde Paysandú había lanzado la primera ráfaga del sibilarito viento norte que luego se levantaría ante el paso del hombre. Guy no estaba dormido; Guy la había oído demasiado bien. Para los lectores de Paul Bourget la especulación de la visitante podría ser simplemente un zarpazo de envidias; pero para él, en su propia vida y en aquella casa, sólo podía querer decir una cosa. Aun los más torpes percibían la latitud de su miedo; aun los más torpes sabían qué inútil era disimularlo con palabras o actitudes desmesuradas.

"No me explico" había dicho la mujer con expresión atragantada y mirada de pollo hipnotizado, "que se haga con un chico lo que Joan y la Nona hacen con este pobre Guy, vaya Vd. a saber con qué motivos. ¡A quién van a engañar? Demasiado claro está que esas ideas raras que nos suelta se las han metido ellos en la cabeza la noche antes. Para que se luzca, claro. ¡Como si no supiéramos hasta dónde puede llegar un chiquilín de diez años! Sólo un idiota creerá que son cosas que se le ocurren a él; pero aquí no somos idiotas. No dejó cortar un brazo a que los padres lo tienen hasta la una de la mañana machacándolo y haciéndolo repetir esas "ocurrencias". ¡Ah, orgullo, maldito orgullo! ¡Las cosas que le hace hacer a la gente!"

Al oír la anklanada Guy decidió que en el futuro - por lo menos la mayor parte del tiempo - se quedaría callado: si callaba nadie podría creer a sus padres capaces de la triste superchería. Ni se le ocurrió por un momento pensar que, después de todo, el trámite de que se los acusaba podía haber sido una forma drásticamente finalsecular de educación. Pero, naturalmente, él era demasiado tartamudo como para mantener esa promesa: decir "No quedo callado" era una cosa, y quedarse callado otra.

xx

A los 18 años este conflicto se había desvanecido para dar lugar al del atenuado. El disfraz de Guy - bando de independencia y rebeldía que casi cuatro décadas después, con caricaturescas variantes, había de hacer suyo en el mundo una juventud millonaria en número - era la manra más peligrosa que podía haber encontrado

para afirmar su divorcio de un modio provinciano, crudamente provinciano, aunque en sus capas más altas se soñara parisino y "à la page". Aun fijándose mucho, la gente apenas si ve la superficie de las cosas. ¿Qué decía la superficie de aquel muchacho - su bombín, sus bastones, sus polainas de "dandy" - contrastados con la modestia de su casa y la de sus empleos? Sin fortuna y sin derecho al ocio, tampoco había derecho ¡a menos que uno viviera en París! a una elegancia "à outrance" como la que, con su porte rígido y aparentemente orgulloso, les metía él por la nariz a las gentes en los hoteles, cines y confiterías de moda.

En realidad, la vestimenta del curioso personaje no era más que una réplica pasable de la de ciertos actores de cine, especialmente los hermanos Tom y Owen Moore y, mucho más adelante, Fred Astaire; la gente que vestía más a la inglesa y de una manera más conservadora; pero él no se detenía a pensar que lo que es conservador para Marlborough Castle o para el East Side de Manhattan sólo parecerá aceptable en Calamuchita quince o veinte años después, cuando todos los jóvenes de ésta, obedeciendo a alguna misteriosa consigna de los tenderos, decidan un buen día ponerse una prenda que han venido rechazando furiosamente desde la adolescencia.

Y los que nunca habían oído hablar al muchacho, los que no lo conocían en aquel terreno inamovible de sus opiniones, lo hacían a un lado con la terminante etiqueta de exhibicionista. ¿Hasta dónde, en el fondo, podían tener razón? En Guy el dandysmo apareció compulsiva, ineluctablemente, como la enfermedad heredada de su abuelo materno que en realidad era y también como la disculpa más plausible a lo que él consideraba su irredimible fealdad; pero sobre todo como coraza y desafío a la vida, que lo había dejado tan solo, tan sin interlocutor esencial, al morir su madre cuando él iba a cumplir apenas quince años.

De niño, en forma de sesudos profesores e insensatos compañeros, ese mundillo montevideoano se había reído de la timidez y la tartamudez de Guy; de adolescente, se había reído de su fantasía, de su rara voluntad de crear en la conversación, por industrias retóricas e imaginativas, un ambiente de magia, de "esprit", de

ácido ingenio, que los sacudiera a sus interlocutores del alma el polvo de la última derrota de Peñarol o los arrancara de su ensimismamiento frente al destino de la lista 14 en las elecciones. Sólo un loco procedía así; sólo un loco. Pero para los que se reían con él - y no de él - era un "loco lindo", en el decir de las gentes del Plata. En este momento de partir los había olvidado a casi todos: sólo recordaba lo más ciego, lo más feroz, lo más hiriente de cuanto se le había dicho o hecho.

El mar lavaría todo aquello; aquel eczema juvenil de su rencor, aquella manera de llevar a Montevideo en su sangre como una enfermedad venérea. Por eso quería que el barco zarpara de inmediato; pero todavía quedaba aquella última postergación, aquel último compás de espera en la dominante de ironía con que se había oquestado siempre toda su vida.

¿Tenía razón el viajero? ¿Había alguna disculpa para aquella actitud suya? Sí, quizá una: la falta, entre las gentes que cultivaba, de mentores, de mulotas, de ojos que supieran mirar pacientemente detrás de las fachadas de los hombres y rostro catar al ahogado que iba hundiéndose secretamente dentro. La capital uruguaya - ciudad que sorprendía a actores, concertistas y conferenciantes europeos porque la "intelligentsia" afloraba allí en todas partes, refugiada extraterritorialmente hasta en el pecho de una vendedora de tienda o de un electricista - no se distinguiría por tirar piedras en la calle al "raro", al "distinto", como en una remota aldea baturra. Pero con toda la sensibilidad de cultura que temblaba en la sala de un teatro metropolitano al presentarse una Pavlova o un Rubinstoin; con toda la admiración del público por el personaje de otras tierras, no había habido en las calles de Montevideo nadie capaz de decirle a Guy una cosa fundamental: cuando uno era culpable del crimen de ser "distinto", como él, bastaba trasladarse a una gran ciudad, a una verdadera ciudad, para que la culpa se disolviera en el benéfico aire del anonimato.

Aquel pequeño país tenía poco más de cien años de existencia autónoma. ¿Quién podía exigirle cultura vital, sabiduría, en vez de mera información libresco? De

buona fe, nadie, y Guy menos que nadie. Estaba todavía en la antigua fortaleza española donde al onomigo se le echaba aceite hirviendo desde los balcones. El extranjero de aire, el hombre "factico", era un enemigo del mal gusto popular, de la suficiencia magisterial, del esfuerzo "honosto", de las "estimables condiciones" de tanta gente que se creía con derecho a manosear a las musas; pero fuera de aquel ruedo estricto del arte, su corazón había estado abierto siempre a todo el mundo.

Y no en vano. Tanta gente pensaba en ese momento en él con simpatía; tantos estaban llorando su partida, que si hubiera podido verlos se habría quedado de una pieza. Pero no: ¡quién iba a creer semejante cosa! Aquel hombre que lamentaban no era él. Dos días atrás todavía le habían echado miradas escandalizadas al entrar en un café, y una señora "bien" le había dicho a su hija con una sonrisa de odio al verlo pasar: "Fijate. Mirá qué flacura, qué ojeras. Es cocainómano clavado: no juego lo que quieras".

Las duras imágenes seguían desfilando por la cámara de sus recuerdos. Partir no era morir un poco; se moría un macho. Pero aquella muerte sin paz de Guy Delatour era prematura; el alma se lo desprendía del cuerpo antes de que hubiera cesado de latirlo el corazón, se dijo, ya no con una sonrisa sino apenas con la sombra de una sonrisa, al llegar frente a la oficina del comisario de a bordo.

Aun fuera de aquella ciudad, tan pequeña de ánimo y estroñida de perspectiva en la tercera o cuarta década del siglo; aun sin la personalidad de Guy, la suya no habría sido nunca una historia simple. "Todos los Libra son histriones" dijo una vez la compañera de oficina que él tanto admiraba al saber que Guy cumplía años a fines de setiembre. "Benditos Libra" le respondió él pensando en la válvula de escape de la realidad que sus imitaciones y recitados le abrían en los momentos más críticos de su vida, y esto con público grande o pequeño, voluntario o forzado, porque su histrionismo era tan espermatorreico como su tartamudez.

Cuando a los 22 o 23 años se montaba en un escritorio de su oficina/^a bailar un "charleston" nadie veía esa forma desmesurada de alegría como lo que era: una voluntad animal de vivir, de seguir viviendo aun cuando todo lo que pasaba en el recinto doméstico anunciara un derrumbe. Desde la niñez de Carmen, su hermana mayor, él había intuído que sería ella la que precipitara ese derrumbe. Pero la infeliz criatura no lo provocaba sola; el dramón tenía un vasto reparto, y en él iban apareciendo doctores y doctores

de comparsas. La sordera general, la falta general de inteligencia del corazón frente a aquel caso de locura era el agravio máximo que su ciudad le había hecho a Guy.

¿De qué le había servido diagnosticar el trauma mental de su hermana cuando ésta acusaba apenas los primeros síntomas? Su intuición semiótica había resultado completamente gratuita; repitiendo sus observaciones en un consultorio y otro, más tartamudo que nunca y a veces agitado por el llanto, había revuelto en vano cielo y tierra buscando quien intentara curarla. Nadie se abolsó a su diagnóstico, nadie; ni psiquiatras, ni padre, ni tíos ni amigos, todos igualmente cobardes o igualmente estúpidos (Hay momentos como esos en la historia de un hombre, y aun en la historia de una ciudad). Y ahí había quedado él entre las cuatro paredes de la enajenación; el chaloco de fuerza se lo habían puesto todos a su gana de equilibrio y salud, a su deseo de salvar la paz doméstica y el respeto de unos habitantes de la casa por los otros.

Cobardemente - como si vivir así fuera natural o lógico - su padre y sus tíos habían dejado pasearse por la casa todos los esplendores de la desviación mental, desde la megalomanía hasta el fronesí religioso, arrastrados en sucesión por una enferma de rostro sereno que parecía llevarlos con la majestad de un manto real.

Había noches en que la hermana de Guy - recién bautizada en la Iglesia Católica por propia decisión - no los dejaba dormir un minuto recitando el *Kempis* a voz en cuello hasta el amanecer. Guy se levantaba tenso como un arco que no dispara nunca su flecha. Luego, ya en la oficina, se preguntaba si su tartamudez no acabaría por culminar en mudez, pese a las cantidades industriales de sedantes que Carmen le obligaba a tomar ofreciéndole, en su miedo de ser envenomada, la mitad de su propio vaso, y luego la mitad del siguiente, como una Lucrecia Borgia de barrio visitada por algún *condottiere* expeditivo.

Pocos minutos después de las ocho - hora de entrada a la oficina - él abría la boca para decir "Buenos días" al penetrar en el despacho del gerente; pero la boca resistía a salir tanto como la pe más explosiva. A las ocho y media Delatour no había logrado producir el menor sonido (las respuestas las escribía, rápidas, mientras

persistía en su esfuerzo asesino). Pero a mediodía, en vez de correr a su casa y encerrarse en su cuarto a aullar o romper un par de botellas contra la pared del jardín, se iba tan campante a un bar de moda y se bebía un par de "gin fizzes", prólogo a un largo almuerzo a la francesa que tomaba, generalmente solo, en el Restaurant Turon.

Un poco después, ya en los 25 años, cuando su tartamudez había alcanzado para él la categoría de una parálisis intolerable, Guy se largó a aparecer en los teatros en conferencias o charlas que duraban dos horas y media. El texto, aprendido de memoria, salía de sus labios con artística fluidez; pero al dejar el camarín tenía las piernas duras, los ojos muertos, los nervios lacios. No salían por de un interrogatorio de la Gestapo los sospechados de haber dejado escapar a algún judío; pero a Guy no se le ocurrió que en su acto de acrobacia agónica pudiera haber nada de valeroso o ^{do}/singular.

¡Qué juventud! Ni paz en su casa ni paz en la calle. Y Guy habría querido que todo fuera concordia en el mundo; por lo menos el mundo de fuera de su casa. Dentro de ésta, aún antes de la enfermedad de la hermana mayor, la discusión y el insulto estallaban a menudo con vesubiana ferocidad: el cuadro clásico de tantos hogares platenses donde seguía temblando la pasión mediterránea, que en aquellas grises orillas se sentía más a gusto de lo que cualquiera habría podido imaginar.

Pero la sequía de sentimiento de los Delatour - ¿vascos? ¿bearneses? ¡qué importaba! secos en todo caso - no permitía que hubiera verdadero cuartel en la guerra doméstica. Después de los gritos y los epítetos no se daba inmediatamente en aquella casa, como en otras del vecindario, una amnistía napolitana resuelta en beso o en caricia ruda, como la del padre que revuelve el pelo de su hijo antes de conmi-
narlo por todos los santos a que se ponga a estudiar.

El de Guy había solicitado desde muy temprano, con sus insultos y sarcasmos, la antipatía cordial del hijo; y muerta la madre a los 35 años, el campo había quedado libre para un duelo cuya enormidad no se le alcanzaba del todo al muchacho por ser un poco el refrán cotidiano de las casas rioplatenses. ¡Oh, los tempestuosos almuer

zos en que se hablaba de "football" y que minaban el hígado de los comensales, tanto por las proporciones de los bistés como por el tamaño de los roncotes en ollos ventilados! Ya no los habría más para Guy; con su viaje aquel capítulo quedaba cerrado para siempre. Lo irónico del caso es que salía a buscar la concordia en medio de la guerra más feroz que conociera el mundo hasta entonces.

x^x
x^x

Se iba con la promesa de que alguien se encargaría de tomar las riendas en lugar suyo cuando la locura de su hermana mayor provocara algún nuevo escándalo por el que su padre, como siempre, se negaría a asumir la responsabilidad correspondiente (el pobre hombre, con todas sus lecturas científicas, vivía poseído aún por la superstición universal de que la locura era una tara inconfesable, como la tuberculosis o el cáncer).

Se iba ahora; ya estaba en el barco; pero durante un mes le pareció que no se iría nunca. La repentina postergación del viaje - así eran las cosas de la guerra - tuvo sin embargo una consecuencia saludable y varias humorísticas. Primer reencuentro con un amigo que había asistido a una de las comidas de despedida que le daban de improviso: "¡Cómo! ¡Yo te creía ya lejos!" le oía Guy exclamar con asombro; segundo encuentro, descaradamente, "¿Pero todavía estás aquí?"; tercero, "¿Qué haces, viajero inmóvil? ¿Todavía sigue Inglaterra en el mismo lugar?" Todo esto en tono afectuoso y cordial, regado de sonrisas, claro está, pero repetido, con ligeras variantes individuales, demasiado a menudo como para que fuera soportable.

Así, en vez de distraer su ocio forzado en todos esos sitios de la ciudad que tanto le gustaba frecuentar, el "viajero inmóvil" tuvo que desperdigar la vergüenza de su inmovilidad en casas de inglesas de Progreso a las que acudía como "paying guest" y donde, naturalmente, no se le preguntaba nada.

En aquel largo mes de espera tuvo tiempo de pensar en vez de actuar. Necesitaba pensar para darse cuenta de que en cierta forma había ganado su batalla de Montevideo - una clase de batalla como la que, precariamente, sólo ganan los políticos - y que la victoria le había conquistado un círculo de adeptos fieles. Las dos últi-

mas veces que se presentó en público el teatro estaba lleno. La gente lo decía que lo escuchaba por radio aun para hacerle el reproche de que una vez lo había oído borracho ante el micrófono. ¡Borracho! Era una de esas noches en que prácticamente no podía hablar; una niebla londinense por su densidad pero tropical por el calor de que se acompañaba se había cernido sobre Montevideo; humedad irrespirable, de gusto picante como la mostaza, que había resultado fatal para los nervios de Guy. Lo lógico habría sido reemplazar su charla con discos: pero algo desesperado y monomaniático lo empujó a actuar; ese algo que lo hacía hablar torrencialmente los días que estaba más tartamudo.

Y así, quien se hubiera llegado al estudio de transmisión esa noche habría visto - en la atmósfera doblemente irrespirable del "studio" cerrado con llave y sin refrigeración - el casi obscuro espectáculo de un hombre desmido en calzoncillos, con unos paños fríos en la cara y con cara de condenado a muerte, que hablaba ante el micrófono como en el lento, ronco susurro de quien se dirigiera a una mujer para convencerla de que debía compartir con él el orgasmo final de su vida.

Pero dos décadas antes de resuelta casi imperceptiblemente su batalla con la ciudad, cuando la voluntad del muchacho no se había endurecido aún lo bastante como para convertir su miedo en desafío y Guy era simplemente el tartamudo desesperado, el joven angustiadamente alegre sobre el que planeaba todos los atardeceros la idea del suicidio, había surgido gente conquistada por lo que llamaba su "inteligencia", y que en resumidas cuentas era casi siempre su sensibilidad. A algunos compañeros de Secundaria los habían divertido sus "salidas", registradas en un periódico manuscrito que él producía enteramente; a otros, una bondad y una humildad que él nunca habría confesado y que ellos tampoco habrían aceptado abiertamente como calidades humanas. Después de todo, atravesaban un período en que la mayor ambición de un hombre en ciernos consiste en dejar por ahí algún petardo encendido, esperando que el ruido lo produzca a alguien algún buen infarto cardíaco; pero la bondad y la humildad eran un descanso, un claro en la selva de utilería que todos ellos, anunciando a los hombres que llevaban dentro, habían montado ya.

x^x
x^x

Todo esto, en una forma u otra, fue surgiendo en los seis diálogos de los seis paseos que, por turno, hizo con sus amigos por los muelles de Montevideo desde las cuatro de la tarde. Tan total era el impulso de la partida dentro de él, tan fuera de allí se sentía ya - como quien hace su primer viaje largo - que Guy se encontró hablando de su vida despegadamente, como si se tratara de otra persona. Los amigos lo escuchaban asombrados. ¿Vida de áspera soledad la suya? No con aquel público que lo seguía; no con aquellas tertulias de café, aquellas reuniones de músicos o intelectuales a las que asistía regularmente; no con sus amigos diplomáticos, sus parientes mundanos; no con el afecto de los bucrócratas y obreros que trabajaban con él. Pero en aquella ciudad de vida fácil el día duraba veinticuatro horas, no catorce, como en París, o seis como en Nueva York; y de esas veinticuatro horas una buena parte - la parte de periodista, y últimamente la de oficinista o la de escritor - el viajero la pasaba solo. Almorzaba solo; iba al puerto a mediodía solo; solo veía todos los estrones de cine que debía comentar. Hablaba con todo el mundo - y siempre más de la cuenta - de la anécdota de su drama, pero la sustancia la sufría él solo.

Gregaric y solitario Guy. Esta no era por cierto la mayor de sus contradicciones; aquel día habría querido ver a todos aquellos - ¿docenas, cientos? - que lo habían inspirado simpatía o afecto en los años de su lucha montevideana, y al mismo tiempo no quería que nadie viniera a despedirlo. Pero al llamar a un solo amigo - Carlos, alto, claro y alegre como un olmo - enseguida se enteraron varios otros. También apareció su padre, un hombre de sesenta y cinco años, elástico, sonriente, con sus ojos cargados de intoligencia y sus chistes pueriles; tartamudo, igual que Guy. ¿Sería el defecto de éste hereditario, o lo había causado una de esas imitaciones involuntarias que dicta el rencor?

El viajero no perdió tiempo en ser duro con él.

"¿A qué has venido aquí? No había ninguna necesidad".

"Necesidad no, pero ¿no puedo venir a decirle adiós a un hijo?"

"Ya nos despedimos en casa. Este es un momento dedicado a la amistad. A la amis-

tad, viejo. De eso nunca ha habido nada entre los dos".

El padre iba a decir: "Una culpa mutua, en todo caso", pero se contuvo con una mirada de perro apañado. "Muy bien" dijo. "Voy a dar una vuelta mientras te despedís de tus amigos. Pero si como dice Rafael, el barco no sale hasta las siete, volveré".

Sin decir palabra, Guy dio media vuelta, tomó del brazo a Virgilio y se alejó de su padre. ¡Cuántas veces no le reaparecería después en la imaginación este daguerrotipo de la dureza de su raza! En ese momento su actitud le pareció únicamente digna, digna y verdadera; aunque lo avergonzaba secretamente su debilidad por el tango, él sufría tanto como el que más el esplendor tanguístico de no perdonar, de no olvidar. En esto le fallaba esa impostación europea que para la malevolente capital estaba sólo en su vestimenta y sus lecturas en francés y en inglés y para él iba mucho más hondo; la vestimenta, en el mejor de los casos, no podía ser más que una etiqueta, como si toda su figura dijera "Made in England".

Virgilio era un sesudo crítico cinematográfico de 19 años que había colaborado regularmente en la revista semanal fundada por Guy. En el discurso de ametralladora con que se producía - un discurso staccato, atonal, fulminante de rapidez - era difícil decir otra cosa que títulos de películas, nombres de directores... o chistes. Los chistes abundaban en este momento, chistes nerviosos de última hora que la gente festeja desproporcionadamente en todos los muelles del mundo. Pero aquel sesudo crítico y archivo con dos patas - un intelectual con vergonzas de "cowboy" - no se había atrevido nunca a decir a Guy que, fuera de su admiración por su estilo de comentarista, sentía por él afecto, un afecto fundamental, conital, claro y directo. Esta podría haber sido la ocasión; pero a los diecinueve años uno tiene por delante 20 décadas de vida y la muerte es una cosa que les ocurre solamente a James Cagney o Edward G. Robinson por amor de una ametralladora.

Dos veces abrió la boca Guy para decir algo más que un chiste. Pero era demasiado tarde. Si se declaraba hermano mayor de Virgilio (¡vaya responsabilidad!)

oí otro nunca lo habría perdonado morirse en el camino. Sigalaron hablando de Chaplin (que Guy había pronunciado cuasi analfabeta desde que se largó a escribir el diálogo de "El gran dictador"); de Charles Laughton, de Preston Sturges. Guy se iba sin pisar la casa de Virgilio y Virgilio sin pisar la casa de Guy, cosa corricito en una ciudad donde compañeros de oficina pasaban veinticinco años juntos tratándose de "usted".

Dos horas más tarde, el padre de Guy estaba de vuelta en el puerto. Aunque fue un oyento cortés de los chistes de la despedida, no tuvo oportunidad de tartamudear por su cuenta. De todos modos, se mantuvo sonriente hasta el fin, y si alguna vez pensó que aquella era la última vez que veía a su hijo, ello no le causó el menor cambio de expresión, el menor temblor de voz. Guy no lo pensó ni por un segundo: raro acuerdo en que ambos triunfaron cabalmente sobre los dictados del tango.

De esta manera, creyendo dejar atrás todos esos años de juventud sin juventud - ¡pero cuán llenos de risa de todos modos, cuán punteados de esas locas aspiraciones que sólo se tiene de joven! - Guy Dolabour entró en el "Talk of the Town", preguntó por su casaroto con el orgullo que le entendieran su inglés y se cercioró de que sus dos maletas - meticulosamente arregladas por Silvia - estaban encima de su litera. Le pareció que entraba en un sanatorio. ¿Cuántos días tendría que pasar en aquel cajón pintado de blanco? ¿Qué importaba! Se iba; salía al mundo por fin ¡por fin!

Colgó el Homburg negro en una percha y luego, vestido tal cual estaba; la camisa de pechera a rayas blancas y azules horizontales, con cuello y puños blancos; el traje cruzado de lana azul con finas rayas blancas; la corbata gris perla, los zapatos negros de punta redondeada, el largo sobretodo de "pied de poule" azul y negro - hecho de medida, como el traje, en veinticuatro horas y por un precio irrisorio - subió al salón de estar. Al pie de la escalera, mientras se quitaba los guantes, se topó con Amescua, un periodista andaluz con quien había charlado dos o tres veces en Buenos Aires.

"Caray" lo dijo ósto cordialmente, echando un vistazo a su indumentaria. "¿Vd. va a Londres... o viene de allí?"

"Voy, voy" contestó Guy riendo. "Vd. también ¿no?" Amosca asintió con la cabeza. "¡Qué suerte!"

"Hombre, en eso pensaba. Viene en este barco un grupo de beduinos y beduinas de 17 o 18 años que..."

"¿Beduinos?" interrumpió Guy.

"Sí, chavales, gente a medio sacar del horno. Van de voluntarios a Inglaterra seguramente porque sus padres ya no pueden aguantarlos más. Y 'par d'essus lo marchó' son hijos de inglesos, de esos que miran a todo el mundo por encima del hombro".

"Conozco el palle" dijo Guy. "Gente con más sueldo que conocimientos, y tñida, para peor".

"¿Tñida? Hmm. ¿Subo lo que me dijo hace unos años un ministro británico al dejar Sudamérica? 'Si hubiera una segunda guerra mundial - que no habrá - a todos los hijos de mi tierra que forman parte por aquí de alguna colonia inglesa los metería en un 'paquebot' gigantesco con rumbo a mi país y avisaría a los submarinos enemigos que van allí".

"Qué manera andaluza de exagerar".

"Muy británico que digamos no es el hombre, a decir verdad".

Amosca era hombre fuerte, de mediana estatura. Su cabeza romana parecía estar pidiendo los honores del yose; tenía plateado el pelo, redondos los ojos verdes de gato, fuertes los dientes. Las manos eran grandes, dedos largos, y pese a que los años le habían puesto alrededor del talle uno de esos cinturones salvavidas de curme tan típicos de los españoles sedentarios, se movía todavía bajo los dictados levantinos del garbe. Cuando hablaba lo hacía con un acento entrañable, que era la calidad imaginada por Guy en un Ortega y Gasset o un Marañón: un acento afirmativo y apasionado, de maestro y de clérigo excepcional, en que intoligencia y afectividad reverberaban paralelamente, como Guy no las había visto nunca fluir en gentes de otra raza.

"¿Y su mujer? ¿Cómo lo ha dejado venir?" preguntó Guy a Amescua.

"No me habría dejado nunca. La pobrecilla murió hace dos meses".

"Caramba, cuánto lo siento" dijo el viajero con acento de verdad verdadera.

"Vd. la vio en un par de cosas ¿no?; pequeña, nerviosa, rotunda. Pero no sebo cómo ora en la intimidad. ¡Ay, por qué entenderán tanto las mujeres de cosas de la tierra y tan poco de las otras! Analia no me tenía el menor respeto. Siempre me trató como a un chaval de diez años: "Dobla esto así, inclínate para tomar la sopa (la que tiene que limpiar las manchas de grasa soy yo); haz el favor de secar el piso al salir del baño (la que se agacha luego soy yo); no seas cerdo y ponte otros calzoncillos; esos los has llevado ya dos días. Todo el tiempo así. Insoportable, absolutamente insoportable". Guy sonrió. "A veces, no sé si dormido o despierto, soñó con la liberación que podría traerme su muerte; pero ahora que se ha muerto, la echo terriblemente de menos. Así somos. Quizás necesitara de todas esas aprias admoniciones para pensar en cosas serias. Todavía está ahí; todavía la oigo regañarme; pero ahora, en vez de su muerte, pienso en la mía".

"¿Qué disparate" protestó Guy, elevando la voz.

"¿Qué quiere Vd! Los españoles somos muy aficionados a la muerte. Después de los 50 o 55 - yo ya tengo 57 - todo se nos vuelve melancolía y parálisis del alma". Y Amescua agregó sonriendo: "¡No descubrirse un lavado químico del cerebro que le pueda meter a uno dentro todo el tonto optimismo de los jóvenes mientras esté todavía lleno de salud y de fuerza!"

Guy rió sin ganas. Una mano lo tocó levemente el hombro. Michael Brady, un inglés de Northumberland, alto, huesudo, pelirrojo, tonco, ora el hombre a quien venía a esperar al "lounge" del barco. Amescua desapareció con una excusa y Michael dijo a Guy con una reverencia:

"Milord".

"Sirrah, te acepto la burla. Como los "lords" de Hollywood, salgo vestido por los demás. Sí, sí. Salvo los zapatos, todo esto te lo debo a tí".

"Me lo debes, sencillamente; ya me lo pagarás. Mira: Odile te envía un curioso aparato" le dijo, produciendo un enorme paquete y poniéndolo en manos de Guy.

"Hmm. Quizá sirva como cachiporra" contestó éste sonriendo.

"Es posible; como linterna, parece más bien un faro".

"Agradécele el regalo en mi nombre. Deliciosa chica, Odilo. La ocharé realmente de monos".

"¿Tú?" le dijo Michael. "Antes de arrancar ya te has olvidado de todo. Desdóblate si puedes; verás qué alegría loca te ha salido a los ojos".

"No sé desdoblarme; no he estado en la India, como tú. No sentiré liberado si quiero, pero no alegre. No se nace de nuevo a los 30 años. Ven. Vamos a tomar una copa".

En ese momento pasaba junto a ellos un pájaro rubio, redondo, portátil, de afilado pico. Toda su cara era una intención de guiño. "Tiene que ser coelmo" dijo Michael con una sonrisa de simpatía. El camarero se volvió hacia ellos.

"¿Cómo lo sabe si no me ha oído hablar? Lo advierto, señor, que mis hachos están puestas muy en su sitio".

"Y también el gusto de vivir, espero. Los coelmos son como los madrileños de Londres ¿sabes?" explicó Michael a Guy.

"Con todos los perdones, querrá Vd. decir que los madrileños son los coelmos de España" siguió retrucando el hombrecillo.

"Puede ser. No entiendo mucho de antropología, ¿sabe?" le dijo Michael con aquella ironía suave que tocaba todo cuanto decía.

"Pero eso es el estudio de los monos ¿no?" Los tres hombres rieron. "Lo que Vd. busca está arriba, milord" agregó el pájaro rubio.

"Milord. ¿Ves?" La risa continuó y los amigos sabieron, seguidos por el camarero. El bar - todo caoba y cuero verde - era pequesísimo. Pero había en él una intimidad, un "confort", algo de acabado y refinado nunca conseguidos en los sitios montevideanos que Guy frecuentaba. Pensó que si hubiera tenido un bar así en Montevideo su necesidad de Europa le habría pido menos en algunos momentos.

Mientras los traían los "gin tonics" Guy disparó:

"Me prometiste unos consejos".

"Es verdad. Uno no podrías seguirlo: el de ser puntual" dijo lentamente el inglés.

"Esa vale que llegues tarde y quejigas que lo haces como una cuestión de principio. Conque declares que eres sudamericano y escritor, la gente comprenderá. Pero si fueras inglés, quedarías "déclassé" para siempre. Entre nosotros - tú lo sabes mejor que nadie - la impuntualidad es una falta grave de educación, como el no "afectarse".

"De eso tendré tiempo todos los días; no voy a tener tres o cuatro, como aquí".

"Un momento; no te disculpes antes de que concluya mi catálogo. Hay una cosa más importante; no des nunca por hechas cosas que tengas sólo en la imaginación. Si hablas de ellas como hechas la gente te creerá; pasado un tiempo te preguntará por ellas, las querrá ver. En Inglaterra es simplemente inconcebible esa forma de mentira. Yo sé que aquí se practica con la ilusión de tener un poco de prestigio extra; pero allá, te lo aseguro, la cosa no funciona."

"¿Y qué más?"

"Nada más".

"No me jorobes. ¿Es ese tu testamento de hermano?"

"Yes, milord".

"¿Y qué consejos darías a tus compatriotas? ¿Cómo son? ¿Son desconfiados, reservados, exigentes, chauvinistas? ¿Con qué me encontraré cuando llegue allí? Yo he aceptado una beca por un año, pero no sé de cuánto dinero dispondré al mes. "Suficiente" me han dicho. Tú dirás que no hablan de cantidades por pudor; pero yo ese pudor lo encuentro impúdico. ¡"Suficiente!" ¡Como si todos tuviéramos los mismos deberes... o los mismos apetitos!"

"Cuando veas cuánto dinero tienen al mes los londinenses para vivir, verás que es suficiente".

"Para gente que espera de los demás la puntualidad, la exactitud, la verdad, actuar con esos misterios y tapujos es un poco inexplicable ¿no?"

"¿Y por qué esperas que los ingleses sean consistentes... o perfectos? No lo son. Pero tienen respeto por los demás, un respeto que se llamaría colectivo, social ¿sabes?"

"Sí, sí. Un respeto que consiste en no levantar la voz, en tener las uñas limpias, en estar bien afeitado. ¿Todavía no se lo ha saltado la laca a esas leyes bajo las bombas?"

"No lo creo. El que las quiebra es como un intocable de la India. Los extranjeros se salvan; la ofensión no es completa, pero se salvan".

"Ridículo".

"¿Qué quieres! En la guerra, sin disciplina, no se salva nadie. Sólo en el campo de batalla se puede morir con la barba crecida. La falta de disciplina es lo que, en cierto modo, los pierdo a Vds. Si en tu Uruguay existiera el servicio militar, sabrías por qué te lo digo".

"Muy bien, muy bien" masculló Guy, irritado más que ligeramente. "Volviendo atrás. No sé a qué te refieres al hablar de "cosas que tengo en la imaginación". ¿Qué cosas?"

"Sí lo sabes. Lo sabes muy bien, old boy. Decir que la editorial tal publicará en diciembre un libro tuyo del que no has empezado ni el primer capítulo. Decir que te van a estreñar una obra que no ha leído ningún director. Esas cosas. En Inglaterra se le perdonan a un Bernard Shaw (que es irlandés, no lo olvidos): pero para decirles, primero tiene que ser famoso". Michael se pasó horizontalmente la mano por la frente. "Te pido que lo tengas presente siempre; no sabes qué importancia tiene allí esa forma de mentira, aunque aquí parezca una manera inocente de spiar. Allí, en cambio, es una especie de estafa; ya comprenderás por qué pasado un tiempo. Y perdóname" añadió con tono terminante, secándose con una pañuelo las manos sudorosas y metiéndole luego, con displicencia indigna del Dr. Johnson, dentro del puño de la camisa.

"¿Nada más, entonces?"

"Nada más. No tienes mucho mando - aunque sí muchos gestos mandanos - pero eres inteligente y aprenderás. Lo malo es que al principio te sentirás perdido. Londres es enorme, enorme... o informe. Esa será la prueba de fuego para tí: resistir el anonimato. Cuando se va contigo por 18 de Julio y te paras en cada árbol a hablar con

alguien, se tiene la sensación de estar paseando a un perro. Uno se queda pensando si eres un tipo famoso, o simplemente notorio".

Guy volvió a reír ante aquella complicada forma de halago. Sentía un afecto enterezo por aquel hombre con silenciador, cuidadosamente aceitado en todas sus bisagras pero potencialmente explosivo; había tardes en que, sin dar ninguna explicación, Michael huía en coche de su oficina para disolver en velocidad alguno de sus raptos de histérico. Era el único amigo recóndito que Guy hubiera tenido nunca; todo lo que sabía de Michael era aquella parte de su historia doméstica que igualaba la suya punto por punto: una hermana bellísima que no come por "guardar la línea", que padece una congestión pulmonar, que en plena convalecencia se escapa por las noches para ir a algún baile, que recae, que acaba por contraer una seria tuberculosis y que, del colapso del pulmón a las sales de oro - a la larga tan corrosivas para el equilibrio mental o la salud cardíaca como los mismos bacilos de Koch; así decía mucha gente - acaba por penetrar en la tiniebla de la demencia precoz, que nadie llamaba todavía esquizofrenia. La misma historia había puesto a dos muchachos demasiado sensibles en lucha abierta con padres, amigos, enfermeros, policía, jueces, con todo el mundo; la locura es un maelstrom que lo inunda todo, que arrasa con todo lo que toca. La idea de que algún psiquiatra capaz habría podido detener esa catástrofe era una ilusión que los hacía mirar con mayor amargura todavía la impotencia de los médicos frente a ambos casos.

"Hablando con el corazón, si se puede..." dijo Guy para reanudar la conversación interrumpida.

"No me gustan demasiado las canzonette napolitano".

"Yo no sé de qué pasta estarán hechos los ingleses" continuó Guy sonriendo. "Espero que no sea de la tuya".

"Que es pasta asciutta, probablemente. Pero hay ingleses e ingleses. Yo soy como soy y sanseacabó".

"Siempre huyéndole al afecto".

"Y tú, siempre desparramándolo" le replicó Michael en un brillante saque de tennis.

"Es posible. Mejor lo mío que lo tuyo".

"Cada uno sabe lo que le conviene, old boy. Y si no lo sabe, los demás, tarde o temprano, se lo hacen saber". La bocanada azul que Michael echó al hablar se confundió

dió con la que su amigo lanzaba en ese momento y estableció entre los dos una simbólica cortina de humo. Pero era el momento de la despedida, y Guy hizo un último esfuerzo por disipar la verdadera.

"Michael, yo sé que no tendré nunca un amigo como tú. Tú eres el que está detrás de mi partida; con el Consejo Británico, con la Legación, con todo el mundo".

"¡Qué imaginación!"

"Dí mejor qué medios de información. Porque los tengo. Y además quizá Vds. los ingleses no sean tan reservados como pretenden".

"No sabes toda la historia. Involuntariamente yo te he impedido salir a Londres en pleno "blitz", cuando más querías ir".

"Si es involuntariamente..."

"Una secretaria del Ministro que no podía verme ni en fotografía escondió la documentación en que se pedía tu beca; sabía que era yo el que te recomendaba. Pero en una limpieza hecha hace menos de un mes (ella se fue hace más de un año) se encontraron todos los papeles".

"Eso es peor que una canzonetta".

"Ya te dije que hay ingleses e ingleses".

"Pero yo no soy inglés. En este momento, por lo menos, no quiero serlo. Tengo que hablar, decirte todo lo que siento". El azul de los ojos de Michael se le puso más oscuro con el pánico que le dieron esas palabras. "Tengo que decirte que si no fuera por tí me pudría aquí haciendo cosas artísticas o culturales siempre gratis y llegaría a los cincuenta años amargado, perdido en querellas estúpidas de escuelas y movimientos, yo que he nacido navegante solitario y quiero serlo hasta el fin. Sin esa traducción técnica que no has conseguido no habría podido vivir este mes. Sin los doscientos cincuenta pesos que me has dado para hacerme ropa..."

"Prostado".

"Dado. Sabe Dios cuándo te los podré devolver. Sin ellos tampoco podría irme. No me habría ido, para empezar, sin conseguirle tú esos dos puestos a Silvia y a su novio. Ni sin tus maletas".

"Qué importinencia, hacer una lista tan detallada".

"Sí, ya sé; aquí la hacemos únicamente cuando nos ponemos a echarle en cara a algún hermano los favores que lo hemos hecho. Pero tú me lanzas al mundo sin que sea tu hermano, y eso..."

"Bah". Michael miró a Collins, levantó un dedo e hizo un movimiento circular en torno a los vasos. "Es hora de que pruebes tus fuerzas en alguna parte, lejos de aquí". Un par de minutos después apuró su nuevo "gin tonic" de dos largos tragos, se levantó, dejó en la mesa media corona y un chelín y se puso el sombrero.

"Good luck" dijo a Guy con una sonrisa, más de los ojos azul de Delft que de los labios juntos en un mohín un poco petulante.

"Nunca podré darte bastante las gracias..."

"Sí" contestó extendiéndole la mano. "Sí podrás: haciendo allá un buen papel".

Impulsivamente Guy le dio un abrazo ante el cual su amigo retrocedió un tanto alarmado, tambaleándole el sombrero en la cabeza. Y enseguida, para ocultar su confusión, Michael dijo en aquel español tan lustrado y pulido que aprendiera cuidadosamente en Madrid:

"Vosotros los latinos resultaríais unos tipos magníficos si no fuerais tan teatrales".

Luego, estirando a Guy la punta de los dedos, como hacía siempre - en vez de ofrecer la mano entera - repitió su "good luck" y bajó rápidamente las escaleras.

Maldita sea la buena educación. En ese momento Guy habría querido que su adiós a Montevideo fuese byroniano, pirotécnico, al tenor de los años de fuego y hierro pasados en él. Pero esto fue todo; este constipado adiós británico. ¿Sería posible que los gestos del afecto causaran siempre tanto horror a los ingleses? No, vamos; de otra manera ya se habría extinguido la población de las islas, pensó con una sonrisa. Michael era un caso especial. Pero él no debía juzgarlo; él, un tímido capaz de saltarse a la garrocha las barreras más altas de su timidez, tenía el deber de comprender al otro tímido maniatado, engarabitado, casi incapaz de expresarse. Y los hechos estaban ahí, cantando un himno de grande y honda afecto por parte del

inglés. Pero ¿sería afecto o simplemente admiración por el arrojo con que Guy se lanzaba al contacto humano esos días en que, muerto de sed después de alguna de sus frecuentes caminatas por la ciudad, daba diez veces vuelta a la manzana del café donde quería pedir agua y, por no tartamudear, se iba sin pedirla y sin tomarla?

De todos modos, el final era triste, insípido y gris. "Un final de 'Norma'", como diría algún letrista de tango. Brr. Esta era una sensación que había que secudirse de encima. Guy se quedó en el bar a tomar unos "sandwiches" de pasta de anchoa, el primer paso que lo alejaba de las mesas de la canallasca abundancia rioplatense.

Al entrar en su camarote encontró la luz encendida. En una litera baja colocada frente a la suya había un hombre joven, corpulento y - esto lo vio después - blando, con una blandura un poco oriental. Tenía cara de niño vestido de terciopelo negro y cuello de encaje en una bedá inglesa: nariz pequeña y arrogada, ojos grises claros, boca carnosa de querube, cejas gruesas, pelo ondulado. Absurdo, sencillamente absurdo. Pero era un rostro que Guy envidió en silencio.

Al oírlo, el desconocido tiró una cartera de cuero sobre unos papeles que al parecer estaba revisando. El movimiento disimuló bien su sobresalto.

"Perdón" dijo Guy.

"¿De qué? Pierre de Grut" respondió el otro presentándose. Hablaba con un ligero acento portugués. Se levantó. Tenía casi su misma estatura: 1.86 o 1.87 ms.; pero no lo parecía. Guy quemaba todas sus calorías, liquidaba inmediatamente en tensión nerviosa sus comidas pantagruélicas, la abundante seguidilla de sus "cocktails"; el mejor régimen para adelgazar era esa fiebre de ver y sentir, de sufrirlo y gozarse lo todo, compulsivamente, que daban ciertos metabolismos como el suyo, ordenados por quién sabe qué genes, qué cromosomas. Se dieron la mano. De Grut metió los papeles en la cartera con deliberado desgaire, la cerró con llave y la tiró al portamaletas ~~de~~ gruesa malla que había al costado de su litera.

"Hora de dormir, ¿no?" dijo lacónicamente.

"Sí, señor. En cinco minutos estoy listo".

"Oh, no. No lo decía por eso. Tómese el tiempo que quiera" dijo el otro, barriendo el aire con un ademán elíptico y teatral, como los de los franceses.

Guy se desvistió en un santiamén, enfundando el cuerpo longilíneo - pecho anchísimo, hombros cuadrados, piernas de bailarín y brazos flacos de adolescente - en un pijama gris, y se acercó al lavabo. Llana todavía la rutina de aquellos rasgos americanos de su compañero de camarote, contempló, mientras se lavaba los dientes, aquella su cara larga y huesuda, que en vano intentaba acortar la línea horizontal del bigote; aquella su barbilla saliente, casi prognatas aquella su nariz que la forma del cartílago hacía bajar, al sonreír, como si fuera la nariz de un viejo; aquellos sus enormes senos frontales - síntoma de un genio que bien sabía que no tendría nunca - y que dejaban húmedos, echándolo mucha más edad, dos ojos pequeños, brillantes como cuentas de azabache. "Lo que lo salva a Ud. de la fealdad es que en su cara hay la misma distancia de la frente a las cejas que de las cejas a la nariz y de la nariz al término de la barbilla" le dijo una vez un escultor con tono profesional, sin imaginarse la operación de cirugía ética que con ello practicaba en el ejemplo de inferioridad de Guy.

Mucho, mucho antes de que las afirmaciones de la edad adulta le torturaran en esa forma los huesos de la calavera, su abuela, frente al rostro banal y redondo de japonés feliz que tuvo hasta los cinco años, lo había catalogado como loco y se lo decía a voz en cuello. "No sé, Nena, cómo has podido dar a luz un bicho así. Menos mal que tienes a Carmen para conformarte" gritaba aquel personaje a la madre de Guy con una voz destemplada que parecía salir ventrilocuamente de su boca perfecta, completada por una naricilla, unos ojos verdes, una frente y una armadura ósea también perfectas (pero la bellota suya terminaba en la cara, porque por fortuna para ella - que las tenía comprometedidamente cortas - las mujeres no usaban piernitas en esa época). Y desde los tres años de Guy los epítetos que le dirigía su padre con más frecuencia eran "orejudo, bolín", con lo que añadía la acusación de estúpido a la de fealdad que siempre le estaba haciendo su abuela.

De un modo u otro, la conspiración doméstica había sido perfecta para aplastarlo, y de no tener él la rebeldía y el desear para contestar que en fin de cuentas lo salvaron, se habría ahogado en aquel pantano irrespirable de su timidez. (¿Cuánto más

tardo supo que aquella era una práctica habitual en los hogares franceses! En nombre del intelecto - le dijo una vez una prima suya de vuelta de una temporada en el Languedoc - la sensibilidad de los hijos se suprimía allí como una aberración. Guy pensó en Gide, en Rimbaud, en Proust; su prima agregó que el trámite se cumplía en Francia con la misma feroz eficacia con que en el Japón vendaban en otros tiempos los pies de las niñas para impedirles que aumentaran de tamaño. ¡Pero quién iba a creerla! Francia era el centro del mundo, el espejo de todas las perfecciones. Además, la gente dice cualquier cosa).

Al enjuagarse Guy la boca se le fueron borrando esas voces e imágenes del pasado. De pronto sintió que el hombre del pijama color manzana lo estaba mirando, se dio vuelta y vio que era una mirada fija pero sin expresión, como la de un ciego. Avergonzado, le sonrió con una sonrisa idiota, le dijo "Buenas noches", apagó la luz y se metió en la cama.

La tristura e grant cuidado
son conmigo todavía.

(Pedro López de Ayala - "Cantaros")

Diez horas más tarde se despertó. Nunca había dormido diez horas seguidas; este barco era verdaderamente un sanatorio. Despertó recordando el elenco que Collins, el camarero, le detallara la noche anterior: treinta y tantos voluntarios anglo-argentinos, casi todos de menos de veinte años: pocos personajes, entre ellos un contraalmirante retirado; judíos polacos que iban a unirse a las fuerzas de su país en Inglaterra; alguna maestra o mujer con cara de maestra, quem miraba con desconfianza a todo el mundo; viejas misteriosas que casi nunca salían de su camarote. El cuadro era tan deprimente que Guy rió.

"¿No vamos a São Paulo o a Bahía?"

"Nunca se sabe, pero no es la costumbre en estos tiempos, milord" había dicho, con más granqueza de la que quizá le estuviera permitida, el pequeño gorrion del bar.

Alguien golpeó con los nudillos en la puerta y entró: otro pájaro de chaqueta blanca, más seco que el de la noche anterior pero más vivo de movimientos.

"¿Qué es esto?" preguntó Guy al recibir una taza de sus manos.

"El tó de las siete de la mañana, señor. El que todo marido inglés que no está borracho o ausente lleva a su mujer a la cama para recordarle que debe preparar el desayuno de las ocho".

"Gracias" dijo el viajero con una sonrisa.

"Me llamo Frank, a sus órdenes, señor". Era un pájaro carpintero, con un ojo redondo y alegre y un pelo rojo, alborotado como un copoto.

Apenas el "steward" cerró la puerta, Guy se tiró de su litera y corrió al ojo de buey. Desde el barco anclado en el río la costa de Montevideo se veía nítida a unas diez cuadras de distancia. El barco inmóvil, pero él ya lejos de allí. Se sintió como otro pájaro más, un pájaro de dibujo cómico del cine que sale confiado a andar más allá del borde de un precipicio, se da cuenta de pronto que está en el aire y vuelve corriendo - no volando - a tierra.

Al onjabinarse en la ducha y sentir su piel transformada en gutapercha vio que el

agua que caía era salada. No estaba, evidentemente, en el Augustus o en el "Giulio Cesare": el "Talk of the Town", condenado a pasarse quién sabe cuánto tiempo sin tocar puerto, no podía malgastar su provisión de agua dulce en el regalo de un bafío romano para sus pasajeros. Pero aquella restricción de guerra, a diez cuerdas de distancia de la costa, era ya una forma de partida. Menos mal. La sensación tonificó al viajero mientras se afeitaba y vestía.

En el puente, de Grut, de camisa y pantalón blancos, observaba la costa de Montevideo con un par de grandes anteojos de carrera. Estaba de espaldas a Guy, fofe, enorme, abandonado y tenso a la vez. Dos veces miró rápida y furtivamente a uno y otro lado antes de volver a su intensa contemplación de la costa.

"Si viera esto en un "film" norteamericano de espionaje no lo creería" pensó Guy.

El río gris, que al llegar a Buenos Aires y hundirse en el barro se volvía color de rosa, como el Nilo, estaba, en aquella tibia mañana de setiembre, azul y plata, resplandeciente y ancho. Se veía clara la cinta color crema de las playas montevideanas y las casas bajas entre las que temblaban al sol los pálidos eucaliptus de Carrasco; el verdorcedón de las tiernas hojas primaverales; los caseríos del Cerro, encaramados sobre la bahía casi gaditana y cubierta por un bosque de mástiles; paisaje lavado, quieto, plácido, como todos los días de ese mes de ocio que había transformado a Guy Delatour en turista dentro de su propio habitat.

Montevideo. Pensar que algún inglés de paso podría haberlo encontrado parecido a Capetown, a Victoria, con sus palmeras y la imaculada limpieza de sus calles. Montevideo mordisqueado por el río como mar, empapado en una luz transparente, lento y contemplativo frente al disparate perpetuo de su arquitectura. Montevideo suyo; en ningún otro sitio podría sentirse tan dueño del aire y de la circunstancia; el mundo sería siempre como aquel barco donde se hablaba otro idioma y, en consecuencia, la gente sentía de otra manera. ¿En qué otra ciudad habría podido entrar a las boleterías de teatros y cines y elegir sus localidades gratuitas con autoridad de amo, como lo había hecho allí hasta entonces? Pensó en el simpatismo de Montevideo, en su italianidad, en su hispanidad, en los tics de lo que en otras épo-

cas fue un verdadero francocismo. Pensó en la hora de las copas en el Hogaró, donde no oía casi más que inglés y habría podido creerse casi en Londres (pero un Londres sin catedrales o iglesias antiguas, sin "boofeafors", sin tradiciones, sin raíces, y esa era la gran diferencia); en los "week-ends" de Progreso, con aquel "loganberry jam" de Mrs. Grenfell y el servicio de plata victoriana con los apoya-plates de encaje de Brujas. El final de su batalla de Montevideo había sido un facsimile británico tan poroso y tranquilizador como el paisaje vernal al que echaba en ese momento una última mirada. Pero ahora veía de una manera punzante cuánto quería a aquel campo de batalla, y cuán exacta era la relación entre amor y fragor; el Montevideo del que llevaba saturadas las venas era el de los días amargos, el de las dorretas nunca registradas ni reconocidas.

De repente pensó en Silvia, tan dedicada a su novio y tan llena de amor por él, pero tan reacia, como todos los Delatour, a la caricia física de los de su sangre; y sin que pudiera hacer nada por evitarlo, se le llenaron los ojos de lágrimas, que pronto le empezaron a correr por la hirsuta mejilla. Silvia hermosa, rebelde, vegetariana, pura. No recordó ningún episodio, ninguna escena de la vida en común; casi no había episodios. Silvia era como una prolongación de él mismo. Al morir la madre teniendo ella cinco años y él quince, la niña había acabado por aceptar mentalmente aquel golpe incomprensible, pero sin digerirlo con el corazón; y Guy, empajado por oscuras intuiciones, había intentado hacer las voces de padre y madre al mismo tiempo. Su fracaso había sido ruidoso pero, por increíble que parezca, había unido todavía más a los dos hermanos, con una unión que estaba por encima de la genealogía y de la anécdota.

Silvia quedaba sujeta ahora a la influencia absoluta de su novio, con quien llevaba una vida casi independiente y por lo general alojada de la suya. Era todo un adiós, y casi un adiós para siempre, ^{el} él que Guy se había resistido a darle en el puerto. ¿Habrían el mismo lenguaje cuando la reconstruiera, si es que la volvía a ver alguna vez? Dos hermanos como aquellos eran como dos "mediums" y no necesitaban ni siquiera mirarse para saber lo que pensaba el otro de un "film", de un libro, de

una persona que acababan de conocer. ¡Qué vacío, qué inmarable áleora interna se estaba abriendo él mismo al renunciar a aquel entendimiento!

El viajero se sacudió la idea de la cabeza; ahora debía pensar en todo menos en eso. Miró el reloj: eran las ocho. Se pasó el pañuelo por la cara, congestionada por el llanto, y se alisó el pelo con la mano mientras volvía a mirar la costa sonriente. Al bajar al comedor, había logrado colgarse de los labios una sonrisa Cook's.

No era un comedor: era un refectorio. Y el barco, con sus paredes metálicas pintadas de un blanco sucio, no era un sanatorio, sino un hospital, se dijo al entrar allí. Unas doce mesas alargadas, pegadas por un extremo a las paredes, aseguraban la estabilidad de los mayores y otras ocho más grandes, sueltas, el baile de los jóvenes en alguna posible orgía atlántica de los elementos.

Los voluntarios angloargentinos se apolotonaban a un par de metros del mundo adulto. Para para ellos el mundo cesaba totalmente de existir a treinta centímetros de sus hombros. Al contemplar la sonrisa anémica, las espinillas obstinadas, el "rouge" barato y el color de los "sweaters" que llevaban las reinas de aquel escogido cardumen humano Guy se alegró de ser un anciano provecito de treinta y tres años, condenado a no meterse en aquella "nursery" por ningún concepto.

Don ojos verdes que parecían salir de un bafío de colirio le sonrieron al sentarse a su mesa. Iluminaban con despojo, casi con indiferencia, una cara de Césimo Tura hecha de nieles renacentistas en la que anaerónica, apasionada, daba el tono una jugosa boca mulata. La mujer, majestuosa, monumental; su sonrisa, su silencio, trasantaban esa forma difícil y agresiva de homosura que los médicos llaman conestesia.

Guy recorrió la mesa con la vista. El contraalmirante retirado debía ser aquel hombre de camisa blanca con cara de pez recién sacado del agua, un pez astroso y jadeante; junto a él una especie de profesor de "pinco nez" de sonrisa niopo y desdefiosa y narinas enormes, en las que se le había ido la mano al Creador, se identificó como becario del Consejo Británico y como viajero novicio, vestido con un traje de lana gris, con chaleco y hasta cadena de oro; un funcionario de la Legación

Británica en el Uruguay volvía enfermo a Londres, tan enfermo que casi no se lo veía, y atención, aquí había alguien conocido! ¿Cómo se llamaba esta proyección hacia el sombrío futuro de una de aquellas "reinas por un día" de las adolescentes rosas vecinas; esta inglesa dióntada y forzosamente saludable que Guy había conocido en sus "week-ends" de Progreso? Era también angloargentina, con todo lo que la combinación de nacionalidades podía significar de envarado, de distante, de falsamente "distinguido" para una pequeñaburguesa de no muchas luces como ella. Al encontrar a Guy en casas de gente amiga siempre afectaba no reconocerlo. Ahora lo saludó inmediatamente con una sonrisa en la que creía poner familiaridad y hasta cierta simpatía de vecina pero en la que él vio solamente la actitud dura y desdolosa de otras veces. ¿Cómo se llamaba? Guy se vio inclinado a olvidar el nombre para siempre; todavía no había empezado a hacerse la paz en su revuelto corazón de prófugo.

"¿Qué es 'haddock'?" preguntó de repente, leyendo el menú, el becario argentino.

"Un pescado seco, como el bacalao, y cocinado en leche" explicó el conserje.

"Puah" comentó el muchacho. "¿Y 'porridge'?"

"Probablemente, una forma de luto escocés por lo que lo hicieron a María Estuardo" dijo Guy. "Avena hervida con agua y sal, a la que se le agrega leche fría".

"¿Qué barbaridad" comentó el pasajero con tono truculentamente criollo. "¿Y entonces, qué tomo?"

"Hombre, jugo de naranjas, té con tostadas..." La penona de los ojos verdes le sonrió protectoramente.

"¿Té loco? Con las tostadas me atoro; el jugo de naranja me parece horrible" dijo el muchacho como quien no puede esperar auxilio ni de la Cruz Roja.

La carcajada de la mesa fue unánime y despertó a los ocupantes de aquella cárcel cuadrilonga. Así la vio Guy desde el primer instante, como una cárcel. Pero existían en el mundo gentes que sólo en una cárcel habían logrado encontrar la libertad.

x/x

A las once y media de la mañana, después de haber mirado otro buen rato la costa de Montevideo, Guy subió al bar.

"Si le gustan los 'cocktails', aprovecho, milord" le dijo Collins. "Los londinenses, como los franceses, no saben lo que son".

"¡Ah, Londres! No creo que ninguno de nosotros pueda llegar a manejarlas bien allí. No, nunca".

"¿Por qué no? En esta vida todo es cuestión de presencia. Vd. la tiene, milord. Si pide algún disparate, el camarero dirá: "Caprichos de gran señor"; y si lo pido consejo, dirá: "Es un hipócrita, pero qué gusto da que lo traten a uno como a un 'connaissanceur'".

Guy, celebrando con una corta risa el estilo con que el coctelero se embarcaba en sus hipérboles, le pidió un Martini. ¿Dónde estaría Amosca? Al salir de Montevideo rodeado de ese cómolave superlucido Guy necesitaba un poco el apoyo moreno y atezado de su hispanidad. Pero Amosca tardó en venir y, en el curso de dos martinis, todo lo que le quedó a Guy por hacer fue observar la gracia y el arte con que se había despatamado en un sillón y puesto a dormir una chica de piernas largas a la que la falta de experiencias le había dejado todavía la cara por hacer. La miró con persistencia, dándole una orden mental de que se desportara; pero pese a los 120 vatios de energía que concentró en sus ojos, la casi bola durmiente no se inmutó. En andaluz sorprendió su expresión de fracaso con una risilla prudente. Guy miró a Collins y levantó dos dedos.

"Hablando en serio, Amosca, ¿se puede saber qué lo lleva a Londres?"

"Lo diré. Yo estaba en Barcelona al final de nuestra guerra, cuando los bombarderos." La rápida tijereta de movimiento del pulgar y el índice repasando el labio inferior de Amosca desmitificó lo seguro de su tono. "Puede que no lleve ahora a Londres la gana de compensar aquella sensación de impotencia; de ver que alguien hace algo contra los aviones que traen la muerte; que hay cazas; que hay refugios; que hay fuego antiaéreo".

"Pero hace meses que no cae una bomba en Londres" le contestó Guy. Su interlocutor le dijo con una mirada maliciosa: "¿Vd. quiere entonces la verdadera razón?"

"No, no. Seré indiscreto, pero curioso no".

En un pequeño trepel de voluntarios argentinos que entró al bar en ese momento una chica en oro y rojo, rubísimá y envuelta en bartones de MacDonaid, lo saltó a la vista a Guy. Nunca lo había mirado nadie de una manera tan directa; aquella mirada lo hizo sentirse culpable de quién sabe qué indelicadeza. La chica era delicosa. Se movía como un gato pero cogía las cosas con los tactos seguros de una iguana; tenía una turbadora voz ronca de mujer y una risa de hombre, clara como una campana. Al pasar miró a Guy como si lo conociera de toda la vida. Él, con una sonrisa a la que los huesos salientes de su cara dieron un toque inevitablemente nostálgico, reconoció este cambio de sentir; primero acusación, luego confianza, con una inclinación de cabeza. La rubia no perdió tiempo en contestarlo levantando el brazo desenfadadamente.

"La verdadera razón" dijo Amescua con aire de cantar proponiendo otra fórmula sustitutiva, "no se la puedo decir a todo el mundo. Hay palabras que agustan todavía a la gente. Pero la muerte de mi mujer ha coincidido con mi menopausia. No sonríen los hombres también la tenemos a nuestro modo. Por eso no puedo sacarme de la cabeza esta idea de la muerte; la menopausia es el fin del vigor, el fin de la fuerza. Y después de eso ¿qué viene sino la muerte? Ahora estoy lleno de muerte; la idea de la muerte no sale hasta por los oídos. Quien se sienta así en estos momentos ¿dónde puede estar mejor que en Londres?"

"Pero es una idea nada más ¿no?" dijo Guy.

"No, no, idea no; más bien es una sensación, una cosa casi orgánica. Estoy sano, con una presión perfecta; no me pasa nada, no se inquieta. Pero en Buenos Aires me irritaba excesivamente la vidorra portañá; la riqueza, el exceso de luces, la manera increíble de comer que tiene la gente. ¡ahí es nada! Media docena de pastoles a la salida del cine, con dos tazas de chocolate, dos horas después de las pastas italianas y los flanes con dulce de leche y los "aburrascos" episcopales de la cena. Sólo se comía así en España... mientras se pudo. ¡Ah, hombres! Tanto vivir sin vivir, solamente existiendo. Hay noches en que he pensado: 'las bombas de Barcelona eran más reales'. Ya sé lo que me va a decir Vd. Se lo puedo decir con un refrán

de mi tierra: "La viuda llora y otros cantan en la boda". Es lógico que así sea; pero cuando la viuda es uno, al que lo venga con refranos no lo rompería la orisma del primer veloo." Hube un silencio. El andaluz suspiró. "Se está demasiado bien en Buenos Aires: una vez muerta mi mujer, yo no aguantaba todo ese bienestar. Cuando me escribieron de Londres comunicándome la partida de Salas y preguntándome si quería reemplazarlo en la agencia, dije enseguida que sí. Si algo me irrita allá, no será precisamente lo que me saca de quicio en "la reina del Plata".

"¿Pero no se le ha ocurrido pensar que, en su estado de depresión, un irritante puede ser lo mejor para Ud.?"

"No" dijo Anoseua con una sonrisa de los ojos mientras Collins depositaba circunspectamente los "cocktails" en la mesa. "No creo en la virtud de los irritantes. Todavía no he pedido perdonar a mi mujer todo lo que me irritó en vida".

"Y ahora lo irrita todo lo que no sea la dulce y noble muerte en que está pensando".

Anoseua levantó la cabeza y lo miró. "Mi dulce ni noble: pero verdadera. Tendríamos que morir todos los días quince minutos para ser animales soportables. O por lo menos ver morir a alguien todas las noches. La odiable vida nos parecería así lo que verdaderamente es: una mentira transitoria, dicha sin mucha imaginación, sobre todo cuando se la ve vibrar, ladrona e innoble, en la cara de los demás. A mi edad y en mi soledad es cuando el hombre empieza a despreciar verdaderamente al género humano por no hacer de la vida algo más verdadero, más duradero, más alto; y yo no quiero despreciar a nadie. Pase lo que pase en Londres, en algún rincón de su corazón o de su mente la gente que vive allí podrá comprendernos. Sólo porque está en guerra, naturalmente; sólo porque allí la muerte es un amigo que se anuncia con sirenas, como quien llamara por teléfono, y luego se deja caer por la casa de uno casi todas las tardes a las siete".

"Que se dejaba" corrigió Guy.

"Y que se volverá a dejar, no lo dude" lo retrucó el andaluz.

"Anoseua, amigo. Yo nunca imaginarme lo que le pasa, pero comprenderlo - lo que

se dice comprenderlo - no" le dijo, casi involuntariamente, Guy. "Si 'plausible' no fuera un adjetivo un poco ridículo para el caso, diría que su explicación lo es; tan plausible como la de una persona de Mauriac".

"Dios libre y guardo" rió Amescua, levantando su copa. "Ya veremos los dos si es plausible o no".

"Happy birthday to me" dijo Guy. "En las prisas de la partida todo el mundo se ha olvidado de que hoy era mi cumpleaños".

"Happy birthday to you" lo hizo eco, repentinamente, de Grut, inclinándose entre ambos y saludando a Amescua como si fueran viejos conocidos. "¿cuántos? ¿treinta y cinco?"

"Y tres".

"Le llevo dos, entonces. La próxima vuelta es mía".

"No habrá próxima vuelta; no quid nimis" afirmó Guy colocando su latín como todos los que no han estudiado latín y absolutamente convencido de que ni Pierre ni Amescua sabían que había dicho "nada con demasiada". "Estoy en mi cuarta copa, y ni siquiera son las doce. Esta noche sí lo acepto la invitación. Gracias."

Amescua miró a de Grut y le dijo puntiagudamente: "Habíamos comenzado con Delatour un pequeño juego de salón: el de confesar las verdaderas razones por las que vamos a Inglaterra".

"¿Es una invitación a participar? Bueno, las mías no pueden ser más sencillas. Mi mujer estaba teniendo en Río un embarazo horriblemente difícil. El primer hijo. Y en cada vuelo a Bélgica o a Francia yo estaba más nervioso y hacía las cosas peor. Finalmente me fui a Dakar, me notí en un avión y llegué a Río al día siguiente del nacimiento de mi hijo".

"Así por las buenas" comentó Amescua. "Caray qué tío".

"Bueno, lo hice con autorización, pero..."

"Pero quien lo autorizó no estaba autorizado para autorizarlo ¿no?" dijo incoherentemente el andaluz.

De Grut se encogió de hombros. "La travesura me está perdonando y vuelvo. Cuando

Jean-Loup cumpla un mes, daré una tenida de rompo y rasga aquí en el barco. No me mire con esa cara, Amosca. El chico lo cumplirá; es una bestia robusta que pesaba casi cinco kilos al nacer".

"Qué porvenir" comentó Guy.

"Bien. Tenemos una cita aquí luego, enseguida de la cena. Hasta luego" dijo autoritariamente el belga después de reír y antes de seguir adelante.

"Mire, míreme un poco a esos beduinos" sugirió a Guy, casi en un susurro, su interlocutor. "Pensar que esta gontucilla, en el mismo cogollo de su miedo a la vida, nos desprecia por estar ya atacados por la gangrena de la vejez. ¡Ah, la juventud! ¡Qué estado lamentable! Lo único bueno que tiene es que no dura mucho". (La frase tenía que ser de G. B. Shaw; Guy, que la había creído suya cierta vez, renunció ahora a toda posible paternidad sobre ella). Yo recuerdo que a los 15 años no podía tolerar que me dijeran que había alguien más joven que yo; creo que en el fondo aspiraba a que la especie humana se acabara conmigo" dijo Amosca, ya más fuerte y con tono más firme.

Los dos rieron anchamente mientras se levantaban y salían. Echando otra mirada hacia la Costa, Guy, con una casi indiferencia que lo hizo de repente perder un latido del corazón, vio brillar al sol la falsa plata de los tanques de combustible de La Teja, entre los cuales había pasado tantas mañanas y tardes en los últimos años. Adiós a la camaradería de esas gentes, que era tan cierta como la primavera de Montevideo; sus nuevas amistades - si las ganaba - debían pasar por ciertos tamices; nunca tendrían la gratitud de los afectos de los veinte años, la confianza de saberse uno nacido bajo un mismo cielo y vivir bajo el santo y seña de idénticas discriminaciones y prejuicios, porque es el error general lo que más une al hombre, maldita sea. Se lanzaba a un definitivo mar de soledad; pero este era el único mar en que hasta ahora había sabido nadar pasablemente.

x^xx

Cuatro de la tarde. "Drill" de naufragio en la cubierta de estribor.

"Salvavidas puestos, please" ordenó el Capitán al aparecer. Era un hombre resaca, con la cara destrozada por los fuertes cosméticos del aire marino y del sol y la voz

dostrozada por el "whisky". "La alarma serán seis llamadas cortas y una larga. Treinta segundos después de escucharla, tienen que estar listos frente a la puerta de sus camarotes. No aquí en cubierta; dentro, en el pasillo. ¿Entendido?" Nadie dijo una palabra. "Ahí esperarán órdenes. En cuanto las tengan se notarán en los botes. Vds. en el número tres; este otro grupo en el número cuatro. Lleven el salvavidas en el brazo durante todo el viaje, por favor".

"¿Siempre?" dijo con su turbadora voz ronca la chica en rojo y oro; el rojo de sus lanas, el oro de su cabeza. "No me dirá que vamos a estar en peligro siempre".

"Yo no he hablado de peligro. Es una medida de precaución". Y luego, dirigiéndose a Guy y desatándole y volviéndolo a atar expertamente el salvavidas: "Permítame. Así está mejor. Un compañero de viaje ideal para todos: silencioso, discreto y cómodo". Y a la chica del tartan McDonald: "Ya verá Vd. cómo no esterba las actividades humanas más habituales... o las más placenteras".

Ella enrojeció y los demás rieron; la tensión había aflojado.

"Eso es todo, señoras y señores".

Pero nadie hizo caso de la advertencia. No por nada se trataba de un pasaje rio-platense; todo el mundo bajó a dejar los salvavidas en su camarote mientras el barco levaba anclas.

En la escalera Guy tropezó con un oficialito que no parecía tener más de diez y nueve años: cabello sepia y ojos azules, clavados en los suyos. Incómodo, le dio las buenas tardes.

"Sir" contestó gravemente el niño, sin dejar de mirarlo.

Y de repente, desde algún gramófono portátil que los voluntarios tendrían en algún camarote, lo envolvió gangosamente al bajar la resina de unas voces mulatas cantando el refrán de una película de Sonja Hoinic:

"Pardon me, boy,
Is that the Chattanooga choc-choc...?"

Malditas musiquillas baratas. La frase más profunda, la imagen más sorprendente no podrían nunca con su poder de evocación. Cuanto más barata y odiada la melodía, más tiempo daba vueltas en la cabeza el disco de su banalidad; y luego, veinte o

treinta años después, más furiosa e inexplicablemente reaparecía en la memoria, como una oscupida del pasado. Esta era ahora tan viva como un dolor de oído, y tan impoporada; casi todo el corazón de Guy estaba soliviantado por el rencor, y aquí venía este suero de la angustia romántica a bajarle el tono vital. "Chattanooga Choo-choo", decorado de sonido para su entrevista final con un amor de los 19 años que había ido a ver a Buenos Aires un mes atrás, como un español que fuera a contemplar el terruño amadísimo antes de morir.

A los 19, la sola risa de aquella chica le había hecho erizar todos los pelos del cuerpo y entender, palabra por palabra, todos los versos de "Romeo y Julieta"; pero ella, educada en la escuela de las Mita Naldia y Jotta Goudal de la pantalla muda, se complacía en encenderlo y hacerle ver luego, con toda la ciencia stendahliana de sus 17 años, que al necesitarla y reclamarla así él era un delirante crónico; apenas una máquina capaz de producir imágenes disparatadas que la divertían más que los mejores chistes. "Chattanooga Choo-choo". Cuánto temblor - adolescente y actual - bajo el ritmo imbécil que surgió en la entrevista, no sabía de dónde. Con sus negros ojos árabes, su vivacidad, su risa caliente y excitante, aquella criatura estaba tan seductora como quince años atrás, exactamente igual de físico y espíritu; pero a los treinta años largos eso le daba un aire embalsamado y por momentos superficial. O por lo menos así lo resolvió él con la sabiduría de un animal de Esopo.

Entonces ¿por qué le hacía tanto efecto ahora escuchar de nuevo aquel sonsoneto? Lo había disfrutado oyéndolo con Silvia en el cine como puntuación de un brillante número de zapateo; y en el jardín de Mrs. Grenfell, lanzado bruscamente al aire como el agua de una manguera, lo había arrancado hacía apenas una semana de aquel simulacro de existencia en alguna localidad suburbana de Londres - Richmond, Merton Court - que venía haciendo antes de partir. Ninguna razón funda mental para que se sintiera como se sentía en este momento - aunque en dos o tres pasajes de la entrevista bonaorense le temblaron las piernas - pero lo que la musiquita podría evocar, si es que había algo, le invadía ahora la garganta en pleno descenso de la escalera cortándole la respiración como la tenaza de una mano que quisiera tñrarlo brutalmente contra te-

de lo que dejaba atrás.

El tiempo, con lápiz de censer, había corregido así lo que Guy creyó diez años atrás deficiencia fundamental de su sensibilidad. En otra cubierta - la del impecable vaporcillo oscoés de la carrera, en el que arrastraba su derrotada desde Buenos Aires después de cada visita - el inocente se decía: "¿Pero qué me pasa? Tendría que estar desesperado y, sin embargo, no me tiro al agua, no lloro, no me dan ganas de gritar. ¿Seré incapaz de sentir?" Lo que en realidad quería decir era: "¿Dónde está mi sentimentalismo?" Estaba ahí, a flor de piel, rascado hasta sangrar por la música imbécil; Collins quería ver en él un "lord" de película filmada en Elstree, pero la verdad es que ahora le subía por la tráquea un corte sollozo de tango que lo confinaba a las tres paredes de un plató de la "Luniton". Pero afortunadamente su sollozo se pareció al "ay" de un asmático. Además, no lo escuchó nadie; la pena tiene mucha astucia para disolverse, como un polen molesto, por las arboledas de la indiferencia colectiva.

π³π

A la hora del almuerzo Cortés leyó en la cartulina blanca que le dio la inglesa diontuda: "Nombre - Grado - Religión - Número - Servicio - Ingresó al hospital el..!" Y, no sin su pizca de "humour", preguntó: "¿Pero aquí hay que estar enfermo para que lo den a uno de comer?"

Aquella mujer a la que Guy se había referido siempre in mente como "la papa hervida" dio vuelta a la hoja. En el reverso, tan cuidadosamente impreso como la ficha de un hospital, estaba el "menu" del día: "Luncheon: Mulligatawny soup - Grilled cod - Anchovy butter - Mutton and kidney pie - Golden bucks - Baked jacket potatoes - Cold: Pork loaf - Luncheon sausage - Salad - Sweet: Lemon pancake - Cheese - Coffee!"

"En una guerra no se puede desperdiciar el papel" explicó su otra vecina de mesa después de presentarse Cortés; pero al decir a éste su nombre - Eildred Stokes-tonia los ojos puestos en Guy.

El bocario echó una mirada de apátrida a aquel "menu".

"La sopa no la tome; es siempre poca y mala" torció el contraalmirante, acudiendo

en su ayuda. "Como salimos de Buenos Aires, habrá un poco de carne fresca. Echale sal y pimienta y puede que sopa a algo. Le recomiendo el queso: es siempre Cheddar o Cheshire, tan bueno como los mejores franceses. Y mientras haya ensalada, lo guste o no, tómela. De hambre no se va a morir".

"¿Pero hasta cuándo va a durar esto?"

"Hasta cuando su madre lo espere de vuelta en el puerto de Buenos Aires con una fuente de ravioles en las manos. Es bueno que lo sepa: todos dicen que en Inglaterra la cuestión comida está todavía peor que aquí" agregó Guy.

"¿Pero cómo no le explican a uno estas cosas antes de partir?" El arquitecto estaba rojo, encrespado, y lanzaba silbidos involuntarios de víbora de cascabel.

"Pensaría que Vd. no es hombre para preocuparse por esas frivolidades" dijo Millred con una mirada ligeramente burlesca, copiada con eficacia de la que muchos porteros lo echaran en innumerables ocasiones.

"¿Y en Londres, si uno gasta plata, no se puede...?" insistió el descorazonado comensal.

"Hay un precio máximo - que en realidad es mínimo - en todas partes: en el Ritz, en uno de esos grasientos agujeros indios de Soho o uno de esos túmulos de South Kensington que persisten en llamarse hoteles" explicó Pierre. "Con quince chelines Vd. puede hacer tres comidas malísimas en una misma noche. Conejo hervido con repollitos de Bruselas hervidos; tajadas transparentes de ternera aguachenta con repollitos de Bruselas hervidos; un pastel de papa con hilachas de "corned beef" y repollitos de Bruselas hervidos. Casi nada de sal; nada de pimienta. Esto es el heroísmo mayor de Londres: comer alegremente esa bazofia. Pero en el Ritz hacen una langosta que no está mal y queda todavía buen "champagne", buen Château Lafitte y un excelente Chablis seco; borrachera cara pero de primer orden".

"¿Y es así como piensan ganar la guerra? ¿Embofrachándose?" dijo Cortés. La mesa volvió a reír. "Lo peor son los nombres. Cómo engañan e impresionan. Mulligatawny soup, por ejemplo. Parece uno de esos platos que lo debían servir a Somerset Maugham en sus viajes por el Oriente".

"Antes que la langosta arrase con todo" gritó al barman-comarero, arrancándole uno de sus mejores guifios. Luego se volvió a pasar el pañuelo por el rostro y el cuello. Había dejado de sudar, pero también de sonreír.

Un coro de risas despreocupadas procedió a los primeros actores de lo que pronto resultó el "cocktail party" más animado de todo el viaje. El diapason del ruido subió con industrias de órgano de iglesia; el número de avispas pareció multiplicarse por dos. Por primera vez en aquel viaje la ginebra corría como agua y el whisky como Coca-Cola. Pronto los viajeros más jóvenes pasaron de pseudoringleses a pseudonapolitanos y Karen se acercó a la mesa de los tres hombres invitándose a festejar con ellos el fin del incidente. Pero Guy, sonriéndole y poniéndole en la mano un Martini intacto, se levantó de la mesa.

"Lleva a Amescua esta tarde al camarote de Platon-Cadbury" dijo al oído de Pierre, atreviéndose a extender verbalmente la invitación que había recibido la tarde anterior en una tarjeta impresa en negro y oro. Salió a cubierta. Quería estar solo, e inmediatamente vio que había tenido una buena idea.

El mar le parecía ahora más anchuroso que antes, el aire más respirable y picante, el cielo menos pálido. El paisaje marino le decía algo por fin: "Soy parte de tu vida, de tu carne: respírame, gózame". Se sintió tan feliz como cuando, en mitad de alguna fiesta de cumpleaños de su infancia, subía al altillo de un gran galpón que su padre había construido en el jardín de la casa y se encerraba allí a disfrutar la posibilidad de que alguien lo ochara de monos. En una de esas ocasiones Karen lo siguió.

"¿Querés que lloremos un poco? Vamos al altillo, vení" le dijo con el tono perentorio con que hablaban sus tías, poniendo un libro en sus manos. Era una mala traducción de "Oliver Twist", pero la sola vista de la tapa hizo que Guy sintiera un nudo en la garganta. "Leé vos, ¿querés?"

"Muy bien" dijo él, sin encontrar nada de extraordinario en la invitación. Pertenecía a una de las dos generaciones de niños que se había criado leyendo los cuentos de "Cuore" de d'Amicis y haciéndose un repetido festival de llanto. Abriendo el libro en la página en que el pequeño héroe inglés cae en manos de Fagin y compañía, Guy carraspeó un poco antes de comenzar su trémula lectura.

de Ansenau arrancó a Guy una risa oscura. "Miren que se puede envejecer en Inglaterra, que allí no está considerado una obscenidad. Sea en mi esperanza: envejecer o morir. Como si una y otra cosa no fueran lo mismo".

"Pero por lo que yo he visto entre los ingleses del Plata, allí no se venera a los viejos: se los acepta, como se acepta al hombre con sus defectos, respetándolo, quizá porque cada hombre que respira sabe que vivir es sufrir".

"Muy bien, Belatour; esta es la cosa más racional que ha dicho hasta ahora".

"Pero no espere que yo le fomente esas ideas necrófilas, viejo. Vd. está sano y fuerte; vale decir, es joven. Ya volverá a la estupidez ambiente de este mundo. ¡Hay tantas cosas buenas en él, aunque nada duro!"

El andaluz se echó a reír con los ojos húmedos; luego se los secó con un pañuelo.

"Lo que lamento es que por haber seguido Vd. estos días el consejo del tango ahora no deja beber solo" siguió diciendo Guy.

"Ya bebáremos juntos. Ahora querría ver a esta gente levantarse como se levanta el ser humano cuando está frente al peligro; levantarse y salir de ese sudor gris de mediocridad que los cubre".

"Vd. pide mucho" dijo Guy mirándolo a los ojos, que estaban enrojecidos e hinchados.

"Como los hombres del mundo occidental. Temería que ser bongo o intocable de la India para no pedir".

Los ojos del andaluz volvieron a volarse. Hubo una pequeña pausa. De pronto, en medio del silencio, se escuchó el motor de la lancha norteamericana que echaba a andar y se alejaba. Guy, despaciosamente, salió a la puerta del bar. Pierre venía hacia allí, sudando y sonriendo más copiosamente que nunca.

"Por lo visto, somos lo que decimos" murmuró Guy por todo comentario.

Al entrar, el aviador levantó cuatro dedos de la mano en una señal a Collins que, ante tal programa alcohólico, se agarró la cabeza en un gesto deliberadamente teatral. Mientras el barco empezaba a moverse, un zumbido como de quinientas avispas avanzó hacia el bar. Pierre, aquel niño grande - fuerte y fofo, secreto y abierto a la vez, agradable y quizá terrible - levantó entonces cinco dedos, arrancando a Collins una risa infantil.

Submarinos a la pesca de víctimas. Patrullas atlánticas. Uapías. ¡No! No tan cerca de aquellas costas cantantes y sonrientes del Brasil; no entre adolescentes llenos de capinillas; no con tanto oco y saber del Plata, aquella parte del mundo para la cual las guerras europeas son cosas tremendas e inconcebibles que ocurren en Marte y que armonizan la lectura de los diarios locales. No, no, y no, repitió el sentido central de Guy. Pero esos "no" se estrellaban contra la noticia del enemigo a horrores y contra el poderío de aquellas siluetas de acero, todavía tan claras a la distancia.

Al sentarse Guy, Anesona le dedicó una sonrisa triste.

"No me voy a hacer a temer que vigilarlo un poco, amigo. Y yo que lo creía una persona seria" dijo el uruguayo con una bronca vibración de afecto en la voz.

"Si la gente lo dejara solo a uno cuando debe..." musitó Anesona.

"Haría mal. Está visto que todos tenemos un gran talento para hacer tonterías".

"Qué inútil es todo, Señor".

"¿Con mayúscula o con minúscula?"

"¿Cómo?"

"El 'señor'. ¿Lo dice con mayúscula o con minúscula?"

"Qué tonto" dijo Anesona, saltando una risa desgahada. "No. Es que... que mientras existe la sensación de la fuerza y la ilusión de la conquista uno, que lo sabe, cierra los ojos. Pero viva Vd. meses y meses viendo morir a alguien, tómelo el sabor a la muerte, aunque no sea la suya, y al volver a la culla verá que ganas tiene de poner una bomba para hacer saltar a los demás. Tantos aires, tanto ruido, tanto palabrerío, tanto menear el culo por ahí para luego reventar, cuando ya se está podrido por la vejez. Y si se empieza a madurar mental y espiritualmente - cosa que debía ser la razón de estar en este mundo - la gente nos acusa del supremo delito latino: el de envejecer. Claro que envejecen los demás, porque son bajos e inmuebles; envejecer es una enfermedad, excepto en el caso de la madre de uno, que es una "viejecita adorable", o el de uno mismo, porque no ocurre: ahí está el espejo para devolverle todos los días la misma imagen de hace treinta, cuarenta años". El cinisero

so ante sus propios ojos y tembló a veces ante los ajenos. El contramaestre no registró nada: si tenía "uno affaire" con ella, como le anunciaban tantos gestos, tantos silencios en la mesa, y si la frase idiota de Guy lo ofendía, no lo dejó traslucir; su vaga sonrisa de buena educación no estaba dirigida a nada ni nadie en particular.

"Clark... ¿De qué parte de Inglaterra es Ud?" La pregunta de Pierre saltó repentina, como las de un interrogatorio político.

"De ninguna. Nasf en Budapest y fui a Londres a los nueve años".

"Ya me parecía".

Pero el contramaestre, que no quería meterse en ningún berenjenal, se abstuvo de pedir explicaciones.

"Un momento" dijo. "Voy a ver qué hacen y cuánto dura esta interrupción". Y salió corriendo.

La mirada de Guy no volvió automáticamente a Pierre, cuyo cambio de expresión le pareció increíble. Los espías con caras de jugadores de póker lo habían resultado ridículos en el cine, pero más ridículo aún era que pudieran permitirse el lujo de mostrarse con esta sonrisa de San Sebastián en los primeros éxtasis de su martirio. Aun como simple musca teatral, la sonrisa de Pierre quedaba categóricamente desmentida por el sudor que le caía copiosamente por las mejillas, junto a las orejas, y por el entrecejo hasta bordear la nariz.

"Tanto cafionazo y todo acaba con la lista de pasajeros. ¡Ah, los yanquis!" dijo el aviador inconsecuentemente. Guy propuso que volvieran al bar: "Cuando los cancerberos se vayan, apuesto a que se llena de bote en bote".

"Ve tú. Yo quisiera verlos marcharse" le contestó Pierre.

"Bien".

Era una fórmula excelente para no tener que seguir presenciando aquella liouefacción sistemática. La inquietud de Pierre lo hacía mal. Lo habría hecho peor todavía si supiera de seguro que el aviador belga era agente secreto de los dos bandos; por que esta era la idea descabellada que se le había ocurrido la noche anterior en el momento de acostarse.

mujer de las pistulas volvió la cabeza hacia él.

"Son of a bitch" dijo lo suficientemente fuerte como para que la oyeran los que estaban más cerca suyo. Pero la voz de Cortés, más alta y más nerviosa, se superpuso a la de ella:

"Si nosa son barcos aliados ¿per qué no tiran contra nosotros de una buena vez?"

Un cañonazo lo dio una respuesta elocuente, pero no muy breve. El cristal del aire pareció romperse con la detonación, cuyos ecos enturbiaron por varios segundos los oros cítricos de la luz. El "destroyer" - o lo que fuera - se había acercado al "Talk of the Town" y ahora le apuntaba con sus dos cañones rayores. El vasto grupo inmóvil tuvo un sacudimiento perceptible, como si un gran petardo hubiera estallado en la borda del barco; pero los rostros permanecieron impávidos.

"A la puta. Esto se pone serio" dijo Cortés tomando su abrigo de manos de Guy y echando a andar con tal prisa hacia la escalerilla que pareció por momentos que se iba a caer. Tres o cuatro pasajeros lo imitaron con mejor éxito. Se los veía, sí, la prisa loca de horrarse de la lista de presuntos blancos en cubierta, pero no la gana desafiada de correr.

"Mira, Pierre" dijo Guy. "Acaban de soltar una lancha".

"El cañonazo ha sido entonces un aviso para que nos detengamos. Ahora vienen a ver si somos lo que decimos que somos".

"¿Y lo somos?" pareció preguntarle Guy con una mirada de soslayo. Con su risa sorda y su manera de frotarse una mano con la otra el bolga reconoció que su observación no había sido particularmente feliz.

"Vamos al bar. Vamos. Si está abierto y funciona, es que tú tienes razón".

Esta proposición animó más a Pierre:

"Y si no funciona" dijo, "en el camarote tengo una botella de 'Old Smuggler'".

Los dos echaron a andar despreocupadamente, con una despreocupación que a la mujer de las pistulas le pareció un nuevo desafío. Pero a los veinte pasos Guy detuvo a Pierre con el gesto.

"Un momento. Voy a llamar a Amosca. Hace unos momentos el pobre tenía una con terrillo".

con los ojos semicerrados; pero ésta Guy no supo respondiendo a qué.

"¿No ven que son barcos norteamericanos?"

"Sí; pero ellos no ven que somos británicos".

Collins siguió su camino. Avanzando por el lado de haber aparecieron de pronto tres mujeres, una de ellas un capricho goyosco; el rostro hinchado y deforme, como el cuerpo; la piel llena de pequeñas pústulas y los zapatos abiertos a los lados con sendos tajos para contener el grueso vendaje de piernas y pies. Amosca la miró con compasión y Guy con horror. Las tres traían puesto un abrigo de piel y el salvavidas encima; eran evidentemente de la casta provisora de los Cortés y estaban ya completamente listas para dejar el barco. Pero sus preparativos equivalían a una opinión sobre el incidente oceánico, y opinar era una manera de crear alarma, cosa tabú en aquella guerra; Guy recordó los "affiches" londinenses que viera en Montevideo.

Nadie las miró; nadie pestañeó; pero una corriente secreta de reprobación pasó de diafragma a diafragma, como un mal aire. Y cuando la figura goyosca tomó su cámara para fotografiar a los porros de la patrulla atlántica, el oficialito pareció interpretar, al arrancársela de las manos, un vehemente deseo general.

"¿Con qué derecho...?" gritó ella.

"Vd. lo sabe perfectamente bien".

"Devuélvame esa cámara".

"No puedo, señora; ya lo hará el Capitán al final del viaje".

"¿Qué cree Vd. que soy yo, una Wren? Aquí no estamos en Inglaterra".

"Ahí se equivoca, señora" dijo el oficialillo, serio y amable al mismo tiempo. "Estamos : esto es Inglaterra".

Dando media vuelta, la dejó desinflándose en un resoplido de ira. En lo alto de la escalerilla se encontró con Adolfo Cortés, que subía enfundado ahora en un grueso traje negro de invierno, el tercero que se ponía encima en pocos minutos. Enfundado era la palabra exacta; estaba metido en una funda en la que apenas podía moverse. Al ver a aquel guardarropa humano Guy soltó una risa sincera, incontinible, que en el vasto silencio de la cubierta sonó como una bofetada. Rápida como un proyectil antiáereo, la

donde había varios no preparados para la emergencia. La majestuosa persona logró los artefactos a la cara y luego, como si tal cosa, sacó un tejido recién comenzado de uno de los amplios bolsillos de su abrigo y se puso a mover las agujas como si le hubieran dado veinticuatro horas para concluir un "sweater".

Corbón la siguió en cubierta unos minutos después, mientras los potentes reflectores lejanos lanzaban todavía su mensaje. Hombre prevenido vale por siete; mientras sus compañeros de viaje perdían el tiempo en aquella prudente expectativa él se había encajado encima su traje gris, chuloso con cadena de oro y todo; se había puesto un sombrero de fieltro y traía, en el brazo que le dejaba libre el salvavidas, un grueso sobretodo.

"¿Qué pasa?" dijo a Guy con voz de hombre satisfecho con su lista. Inclinando a Pierre, el uruguayo señaló con la cabeza los dos barcos y el mensaje con que los solos blancos artificiales perforaban la luz natural.

"Un momento" le respondió el otro arrojándole su abrigo antes de volver a desaparecer por la escalorilla. Al mirar con divertido asombro al arquitecto en fuga, Guy vio que debajo de los pantalones grises llevaba otros, más claros, de lustrina. ("¡qué suerte la del inglés; ahogarse y salvar la ropa!") Pasaron algunas horas que los relojes registraron como segundos. Radio se movía; nadie decía nada. Había muy pocos oficiales en cubierta. El de cara de niño - ahora parecía un niño de palo - no miró esta vez a Guy con persistencia; enseguida de hacerle un saludo casi imperceptible volvió los ojos a los dos barcos sobre los cuales los había tenido fijos casi todo el tiempo.

A aquel aire le faltaba oxígeno: ¿cómo era posible? Al pasar junto al oficialito, Collins sacudió de pronto la cabeza de izquierda a derecha apretando los labios, con uno de esos gestos de hombre de pueblo que parecen querer decir: "¡mala suerte!" o "¡qué le vamos a hacer!" El chico palideció de pronto; la grana de sus labios se degradó hacia el rosa sucio.

Guy alcanzó al camarero en cuatro zancadas.

"Collins. ¿Pasa algo?" le dijo sonriendo.

"Pasa que nos hemos detenido, milord" contestó el cocinero sin sonreír y otra vez

los barcos como acorazado y pensó que el otro, más pequeño, debía ser un "destroyer". Parecían estar a unos cinco o seis kilómetros del "Talk of the Town"; sabe Dios cuánto sería eso en brazas marinas.

El sol bendecía discretamente a la muda asamblea; la brisa ligera traía a los mástulos de todos, flojos por la "détente" nerviosa del viaje, una gana extra de vivir. Todo negaba allí el peligro. Guy se puso a sonreír a los que miraba, pero sólo recogió un general fruncimiento de labios y ceños. No tener miedo era una cosa; parecer frívolo otra. El más acusador de todos esos gestos fue el de Adolfo Cortés al echar a correr de repente hacia la escalera que lo llevaría a su camarote, bien atado el salvavidas sobre su natinal atavío.

Había muchos pares de gemelos contemplando los dos barcos de guerra y tratando de adivinar sus intenciones; muchos, pero entre ellos no figuraban los de Pierre de Grut. Ni éste ni Guy necesitaban de ellos para ver lo fundamental: los reflectores blancos de ambos barcos enviaban un insistente mensaje al "Talk of the Town" mientras éste vibraba lentamente hacia la derecha. Entre los pasajeros inmóviles Pierre denunciaba su inquietud con unos cortos pasos rítmicos de guaracha, involuntario vaivén que apenó a Guy.

¿Qué sentiría toda aquella gente? ¿Qué había detrás de aquellas máscaras? Guy pensó en las descripciones del silencio absoluto que lo hicieron una vez - con más imaginación que apoyo experimental - una mezcla extraña de físico y biólogo australiano que había conocido en Buenos Aires; ese silencio en que el hombre oye perfectamente, con aloquedora percusión, el cuerdo tamborileo de su entraña cardíaca y los pulsos menos cuerdos de sus sienes. Si de repente se hiciera un silencio absoluto allí, en medio del océano, ¿podría oírse el latido clamoroso de todos aquellos corazones, gritando una verdad que las caras negaban?

Guy buscó con la mirada a Mildred Stokes. Ni rastro de ella. Volvió a mirar detenidamente al vasto grupo; Mildred no estaba allí. ¿Cómo era posible? ¿Qué función podía tener en aquel barco que...? Al detenerse sus ojos en la escalerilla la vio subir cargada de salvavidas: tres en cada brazo por lo menos, y dirigirse a un grupo de voluntarios

ricano" añadió improvisando; a aquella diatriba sólo la tripulación habría podido individualizarlo. "No llevamos bandera ni nombre pintado en el casco... Es lógico que nos hayan detenido. Pero no pasará nada. A la luz del día esas cosas se arreglan pronto".

"Gracias. Lo agradezco mucho" dijo ella, bajando pausadamente la escalera.

Guy no se movió. El no sentir ningún miedo le dio una alegría irreprimible, casi salvaje. Sus miedos del Uruguay eran sin duda formas de miedo a la vida. A la vida, sí, pero no a la muerte. Por lo menos a la muerte no le tenía miedo. ¡Ah, cómo quería que su madre hubiera podido estar dentro de él en ese momento! Pero ahora que había reaccionado como se imaginaba que reaccionarían los hombres comunes y corrientes desechó su arranque por umbilical y pueril.

Después de terminar la página que estaba traduciendo, el viajero bajó morosamente a su camarote, se refrescó la cara y se peinó, tomó su salvavidas y su sobretodo - en el que estaba metida la enorme linterna de Edile - y se puso en el bolsillo de la chaqueta sus documentos más importantes. Luego subió a su puesto en la cubierta de estribor. Nada. Nada. Mirando siempre al mar, subió a la cubierta del puente. Allí en la popa, casi en su totalidad, estaba congregado el pasaje. Extraño. Vio a Amescua el fondo de un grupú; la mejilla amarillenta, los labios exangües, pero con salvavidas auestas. Más extraño todavía.

Pierre estaba en mangas de camisa y tampoco tenía consigo el salvavidas. Al mirar alrededor suyo Guy vio que una tercera parte de los pasajeros no lo llevaban. ¿Era esa la disciplina sajona? Pues entonces... Pero antes de registrar la crítica en su mente, Guy pensó: "¡Beh! ¡Sajones! A lo mejor ninguno de estos he salido nunca de Buenos Aires".

¡Qué espesura de silencio llenaba todos los espacios vacíos del barco! ¡Qué rigor casi mortal se había asentado en todas las caras! Era fávul per per qué aquella disciplina - individual o social - ofendía tanto a los mercuriales o histriónicos latinos.

Acercándose a Guy, Pierre movió la cabeza hacia adelante y señaló la extensión de mar frente a la popa. Guy vio dos barcos silueteados en todo su esplendor de cañones, mástiles y torretas de tiro contra el cielo pálido del Atlántico Sur. Con su autoridad de testigo casual de la batalla de Punta del Este, reconoció ahora de verdad a uno de

en un sillón la mañana de la partida. Al mirarla ahora y verla despierta le emocionó la manera que ella tenía de coger un cuaderno y luego abrir su pitillera como si no pudiera abrir totalmente los objetos, impedido por algún elegante reumatismo ("No tienes la menor idea de lo que es reumatismo, mi pobre Guy").

El silencio tenía una densidad de agua pesada. Pasaron cinco minutos. De pronto Guy sintió también "algo": un cosquilleo dentro del pecho. Un segundo después sonó el timbre de alarma seis veces, rápida pero casi imperceptiblemente, y luego una séptima vez, con un sonido resonante. Guy no contó los timbrazos, pero en el corazón de las dos mujeres aquel aviso tuvo un eco inmediato. La muchacha lo miró por espacio de un segundo (la pausa impuesta por la cortesía británica) y luego dijo con voz sorda:

"La alarma ¿no?"

"Sí, puede ser. Algún ensayo; ¿qué quiera Vd. que ocurra con esto así y a esta hora?"

Ella lo miró como si estuviera loco y bajó los escalones de tres en tres mientras él miraba fuera por el ojo de buey. Envolto en la gris voladura de la distancia se veía un barco de guerra.

"Es un acorazado" dijo en voz alta a la señora -casi señor- del tejido, que se levantó trabajosamente de su "wing chair" y se acercó a él. La persona asomó la cabeza por el ojo de buey, vanamente, pensó Guy, porque estaba seguro de que no veía nada y que había asentido sólo por no tomarse en líos con un desconocido.

"¿Qué pueden hacer, cañonearnos?" preguntó ella inesperadamente.

"¿Nuestros aliados?" (Arto fácil y tranquilizadora la de responder a una pregunta con otra).

El roble de la escalera crujió escandalizadamente al subir la chica los escalones, también de a tres.

"Llamado a los pasajeros. Todo el mundo en cubierta con su salvavidas" gritó ella jadeante.

"¡Gracias!" le contestó Guy, mientras ella volvía a desbarrancarse por la escalera. "Tómese su tiempo, señora" dijo ens seguida a la mujer -o lo que fuera- decidido esta vez a ser verdaderamente más inglés que los ingleses. "El acorazado debe ser norteamer-

desparranaría ensoguada".

"¿Pero quién les hace caso a las mujeres?"

"Los reyes. Los hombres de Estado. Gente así" dijo Guy con una sonrisa casi sibilina, jugando a su vez a hacerse el misterioso. Pero la sonrisa se le secó ligeramente en los labios al mirar la sonrisa del contramaestre. Hacía por lo menos seis días que no se la cambiaba.

x x

A las diez estaba Guy en el "lounge" con sus notas, decidido a seguir con la traducción técnica que salió de Montevideo sin concluir. En la puerta del salón encontró a Adolfo Cortés, un Cortés hosco, en tirantes negros sobre una amplia camisa blanca. Por lo menos esta mañ estaba blanquísima.

"Doudem esta mañana siento un frío bárbaro" le dijo el argentino.

"¿Por qué no se pone el saco?" le preguntó Guy por no decirles "No sea patán; nadie anda en tirantes en un barco".

"Pero no es esa clase de frío. Es como si algo dentro de mi cuerpo me estuviera avisando que va a pasar algo".

"¿Una tormenta?" dijo Guy haciéndose el idiota. "Pero Vd. es porteño. Yo creía que solamente los hombres de campo sentían las tormentas".

"No una tormenta: algo. Las "mediums" dicen sentir sensaciones parecidas, tener instantos como este mío de ahora. Estoy seguro de que todas menten; pero lo mío... lo mío es verdad".

"Ya vi desde un principio que Vd. era un personaje excepcional" le dijo Guy con la expresión más seria del mundo. "Pero si mal no recuerdo, anoche Vd. podía que pasara algo".

"Algo, sí; no esta clase de avisos que te hacen correr electricidad por la piel" respondió malhumoradamente el arquitecto al salir.

En el "lounge" vio por fin Guy a una de esas pasajeras misteriosas de que Collins le había hablado la primera noche: mandíbula prognata, cara larga y pómulos brutales ("Debe ser idéntica a su padre" pensó Guy), y la gata morena que él había visto dormida

decirle, aunque con un temblor de rebia en los párpados:

"Exceptuándome a mí, tiene Ud. razón. Pero marche presa".

Karen se alojó con aquella sonrisa incomparable de criatura que ha venido varias veces a la Tierra y se siente cómoda entre los nodretos humanos: sonrisa incomparable o imotivada, ante Guy lo veía muy bien ahora. El quedó completamente aplastado: gracias a la constante e inteligente compañía de Edile, había olvidado por completo, en las semanas anteriores a la partida, qué cruel puede ser una mujer que no ha vivido, que no ha disfrutado el tomo y daca de dos ojos aguzados en un lecho donde se juegan el orgullo animal y el orgullo social al mismo tiempo. Y se mordió la gana irresistible de gritarle: "¡Jabécil! ¿Cómo va a ser tierno el hombre si en estas tierras no hay mujer que le enseñe la ternura? Ni siquiera la primera, la fundamental, que le tra excecivamente de bebé y luego lo deja suelto para que se haga hombre entre las bestias de los demás hombres, como Dios le dé a entender".

Pero de todos modos, como estaba solo, gritó "¡Puto mundo!" luego, casi tan alterado como después de una de aquellas discusiones que tenía con su padre desde los tres años: hinchada la garganta, hinchados el esternón, el corazón, el alma, tenso otra vez como si fuera una flecha por disparar, se largó a andar por la cubierta superior. Estuvo andando casi dos horas, en las que el oxígeno que le entró avasallador en los pulmones lavó su ira y al mismo tiempo le permitió eludir el dudoso placer de un panqueque de pasta sintética empapado en "golden syrup", que era la atracción del desayuno. En una de sus vueltas tropezó con Peter Clark.

"¿Alguna noticia de ese submarino?"

"Parece que hace una hora, nada más, hundió al "Ottava". Transatlántico canadiense. Y lo de ayer es cierto. Era el "Malaga Star".

"¿Anda solo?"

"Parece que sí. Italiano con tripulación alemana, dicen".

"¿Cómo se pueden saber esas cosas?"

"Oh, en la guerra todo se sabe. Pero guardo el secreto ¿eh?"

"¿Para qué, si todo se sabe?" le contestó Guy riendo. "Y además, Miss Greyfield lo

"Pruebo de todos modos" le dijo ella con tono de desafío.

La próxima vez que se vieron él anunció que intentaría un soneto. Y saltándose con no mucha gracia otra barrera de timidez: "¿Habrá alguien que, al final del viaje, se lleve el premio mayor de la lotería?"

"¿Qué premio?" En la pregunta de ella latía una genuina curiosidad.

"Vd.... ¿O no sabe que todo el pasaje está enamorado de Vd.?"

"No me diga" contestó ella riendo y ruborizándose a un tiempo. "El caso es que yo no encuentro un solo hombre capaz de interesarme; no hablemos ya de enamorarme".

"¿Ni uno solo? ¿Somos todos tan horribles?" le preguntó Guy con una nuca de burla en la que, si ella no hubiera sido tan joven, habría podido leer lo ofendido que estaba y el esfuerzo que hacía para contestarlo.

"Horribles no, pero a mí no gustan los chicos de mi misma edad: 19, 20 a lo sumo. Son una cosa limpia y recién hecha; no hay que idealizarlos, basta con mirarlos; no saben lo que son las tretas y los trucos de los hombres. Mis padres dicen que es una aberración, pero no gustan así, y ¿qué puedo hacer?"

"Aberración no; probablemente, un gran aburrimiento" contestó él.

"Eso sí. Tienen poco en la cabeza, y de lo poco que tienen - máquinas, yatchos, coches - más vale que no hablen. Pero no gusta que sean delgados, atléticos, con cara de "babies"; sobre todo que sean torpes en el amor. Un hombre mayor como Vd. o un viejo de cuarenta están ya podridos de argucias para conquistar a una mujer. Y todo lo que quieren es conquistarla para una noche o dos, no enamorarse de ella. Qué asco".

"No todos serán iguales".

"Mírese a un espejo. Todo Vd. está lleno de... ¿cómo es esa palabra que vi el otro día en el diccionario y me gustó tanto? Arti... ah, sí, artilugios. Todo lo que dice es seducción pura. No la de los seductores de Florida o Esmeralda, pero seducción al fin" dijo ella sonriéndole como si acabara de darle el sí.

"Ah, insensata. Si supieras la verdad" pensó Guy. "Y si supieras que dar el corazón a alguien es perderse para siempre y, a la larga, perder también a ese alguien. ¿Dónde o uerno habrá ido a parar tu pureza dentro de veinte años?" Pero tuvo el coraje de

pantalones tenían prohibido mirar: Karen, invariablemente sola, allí, antes de que se levantaran las otras chicas. Karen, como clarín de soledad. ¿Qué tendría dentro? ¿Cómo se podría llegar a ella sin ser recibido con esa burla que Guy, más o menos, esperaba de todas las mujeres?

"El 'léva, léva' del instructor polaco en la desorientada lección de gimnasia de los voluntarios los hizo reír las dos mañanas que se encontraron. Rieron con la misma fuerza que Adolfo Cortés ponía en su despliegue de circundancia. Ella se preguntaba al mismo tiempo: "¿Qué tendrá este tipo dentro? Tan gentilcabre y caballeroso, pero así y todo tan distante". ¿Qué esperaba para decirle algo más personal, o aunque fuera algo verdaderamente inteligente, verdaderamente crítico? Su sarcasmo era ya un refrán del barco.

La segunda mañana encontró una fórmula para hacerlo salir de sus casillas: le pediría que le escribiera unos versos de recuerdo.

"¿Versos?"

"Sí".

"¿Por qué?"

"Porque sé que Vd. escribe".

"Y a Vd. ... la mujer de los deportes violentos, ¿le gusta la poesía?"

"¿No le gusta la música a los cirujanos?" dijo ella con su adorable risa ronca.

"¿Qué... qué poemas leo?"

"No gusta leer poesía en inglés, por lo complicada y difícil que es su forma; sentirla es un motivo de orgullo, como si uno resolviera una ecuación de matemáticas superiores".

"Miren Vds. la que decía tener miedo a los intelectuales. ¿Qué manera de tomarlos el pelo! ¡Ah, Karen, Karen! Gracias, pero rechazo la comisión; soy incapaz de hacer lo que me pide".

"¿Por qué no prueba ahora? Libre y solo, entre el cielo y el mar".

El río. "¿Vd. se da cuenta de que estamos en 1942? Ni tiene Vd. una cintura de avispa, ni usa manchon (nosotros nunca dijimos "manguito"), ni vamos a París, ni yo soy Rubén Darío".

le anunció que tenía un "carton" de cigarrillos para ella. Guy se quedó mirando fijamente el escote y sintiendo en su sexo ese cosquilleo del que ha estado horas al sol.

Pero cuando el hervor de la sangre masculina pareció calmarse un poco la inglesa dientada abrió la boca para solter una noticia que era su segundo shock de la noche. La abrió y la volvió a cerrar: alguien había dicho mientras tanto "Peter Clark" para presentarle a un nuevo comensal y ella lo saludó con una indiferencia tan ofensiva que Pierre y Guy, cada uno por su lado, pensaron onseguida que lo conocía íntimamente. Clark salía de la enfermería del barco con la tez acrosada, agresivo en su nariz centroeuropea y sus cejas espesas pero plácido en el ojo líquido, redondo e infantil; no parecía haber estado indispuerto en su vida.

"Ha pasado algo muy interesante" dijo ella luego inclinándose y exhibiendo mejor los senos. "Un submarino ha hundido a un transatlántico inglés hace una hora y en este momento nos sigue".

"¿Qué transatlántico?" preguntó Pierre.

"Creo que el "Malaga Star".

"¡Bueno, por fin un hundimiento! Era hora de que ocurriera algo" saltó Adolfo Cortés, con los ojos fijos en aquel escote triunfante. "Desde que salgo a cubierta a las siete oigo a esos malditos voluntarios belacos dar patadas, mientras el estúpido de su instructor les grita "léva, léva..."

"... hasta que huye todo el día con su silla como alma que lleva el diablo apenas oyo a los otros voluntarios..." lo interrumpió Guy.

"... nunca pensó" siguió Cortés mientras cambiaba nerviosamente de lugar el salero, y su vaso de cerveza, y el pote de mostaza, "que este viaje podía ser tan deprimente. Sin intención de ofender, claro está", dijo, demasiado tarde para evitar el coro cómico de "ohs" que se levantó de todas las bocas.

"Muy interesante su noticia, Miss Greyfield" dijo a ésta Platon-Cadbury. "Parecería venir derecho de la cabina del Capitán".

"¿Por qué? ¿Vd. cree que acostumbro visitarlo? ¿Eh?"

"¿Y por qué no? El Capitán es un hombre de buen gusto" respondió Platon-Cadbury un poco secamente.

Mildred creyó llegado el momento de intervenir.

"Contralmirante, no me gusta esa manera de 'humour'. Si quiere Ud. reconocer lo atrayente que está esta noche Miss Greyfield con ese peinado y esa "toilette", hágalo francamente y se acabó. ¿Qué es esto de sacar las castañas con mano ajena atribuyendo su propio interés al Capitán?"

Guy admiró sinceramente el tacto de la persona romana, una de las pocas mujeres que conocía capaz de decir frases largas sin enredarse. La estocada fue oportuna y maestra; aunque su enojo el contralmirante salió de ella ligeramente rasguñado, Miss Greyfield pudo esponjarse dentro de su blusa como una gallina cluaca. Luego, con esa fluidez de discurso que le daba el viaje, esa despreocupación que por primera vez le levantaba del pecho una secreta mano de hierro, Guy dijo:

"Querido Cortés: lamento desilusionarlo, pero este barco hace enterece nudés por hora". (De algo había de servirle su amistad con Collins).

"¿Y con eso qué me quiere decir?"

"Que no hay submarino que pueda alcanzarnos". Y como Guy vio que Platon-Cadbury quería hablar, se adelantó a decirle: "Conste que sólo he visto una vez al Capitán, y eso con testigos", arrancando otra careajada a toda la mesa.

x x

Otra mañana más, la segunda en que levantarse más temprano le traía a Guy la recompensa de un encuentro con Karen en cubierta. Los rojos del cielo en esas primeras horas de la mañana - pinceladas horizontales que atravesaban los riffs^{ps} de nubes - lo arrancaban de aquel universo nocturno, tan cercano, en que tocaba casi las estrellas. La brisa era un rudo manbón de amigo, un saludo personal de la mañana, y casi habría podido decir al recibirlo que se sentía demasiado bien, con un gusto a bizcocho en el alma - o en algún centro imaterial de su ser - antes de iniciar esa serie interminable de vueltas al barco en que una hora después lo sucedía matemáticamente el contralmirante.

Karen con sus faldas escocesas, su risa, su locura por el rojo, siempre saludando y sonriendo a todo el mundo, a ese mundo que sus compañeras de las espinillas y los

"Sesión de instrucciones. Y al infierno otra vez. Si lo causa horror el espectáculo de la especie humana, le recomiendo que venga como corresponsal a una de esas misiones. A la vuelta la vida le parecerá una Jauja, un paraíso; y el hombre, el más delicioso de los animales".

La disquisición de Pierre pareció tener para Amosca el efecto de un "pep talk". Sin decir palabra tomó su "whisky" de dos saques; el color le iba volviendo rápidamente a la cara.

"Y en resumidas cuentas", preguntó Guy, decidido a hacerlo hablar para completar aquella sumaria terapéutica, "¿qué tiene Ud. contra la especie humana?"

"Su estupidez" dijo Amosca sin vacilar. Guy y Pierre se reieron; el segundo un poco menos espontáneamente que el primero. "No su crueldad; no su incurable ceguera moral, que hace de la vida una cosa sin sentido; su estupidez".

"Por ejemplo" dijo Guy.

"Por ejemplo... el pedirme un ejemplo" dijo Amosca poniendo afectuosamente la mano en el hombro de Guy. Los tres rieron. Pierre dijo, mirando a su compañero de camarote:

"Vamos a ver si ha llegado esa lancha".

"¿Esperas algún mensaje particular?"

Ante la intención de la pregunta el aviador ni movió una ceja; nada podía alterar en ese momento la complacencia olímpica de su expresión.

"Yo me quedo aquí" anunció Amosca.

El aire y el silencio componían una materia densa y transparente; todos parecían enterrados en un bloque de hielo puro y preservados para la eternidad. Los dos pasajeros se encontraron con Peter Clark en la cubierta superior. Tenía una camisa immaculadamente limpia. "Ya veo que espera ir al Valhalla" estuvo tentado de decirle Guy.

"Los marineros de la lancha están a bordo" dijo el contramestre. "Vanquis todos. Su capitán pide la lista de pasajeros".

"Caray. Todavía se nos van a llevar a Miss Greyfield". Guy habló sin poder contenerse, en uno de esos accesos de ironía mezclada de indiferencia que lo hacían odioso.

Los tres se reunieron en la escalerilla.

"Que no se diga. Todo un veterano de la guerra civil" le dijo como saludo Pierre, con una falta de tacto casi inconcebible en él.

"Veterano de la vida, pongamos" dijo Amescua con la voz ronca y los ojos inyectados.

"Pero ¿qué se había hecho, viejo? ¿Ha estado enfermo?" preguntó Guy.

"No. Me he emborrachado; lo peor que podía hacer. Yo le dije que iba a escribir un par de notas para los diarios, pero no es verdad. He bebido como una bestia. La vista de Buenos Aires me era insoportable, pero el no verlo ha resultado peor. Ayer me tomé una botella entera de "whisky" y anteayer otra. Mal remedio. Tengo el hígado hecho polvo y la especie humana, en esas condiciones, le parece a uno peor que nunca".

Bajaron. El bar estaba abierto y Collins detrás del mostrador, siempre serio. Pierre acompañó su pedido habitual de otro habitual:

"Y un "whisky" sencillito para el señor".

"No, yo no puedo" dijo Amescua.

"¿Tan seria es la cosa?"

"No puedo".

"Hágalo caso a un profesional de la borrachera" siguió diciendo Pierre. "El organismo enfermo "a la mañana siguiente de la noche anterior", como dicen los ingleses, necesita un poco más de tóxico para entomarse. Los médicos se lo pueden explicar químicamente si quiere".

"Pero Vd. no es un profesional de la borrachera" protestó el "amateur".

"¿Ah, no? ¿Y cómo cree Vd. que logran mandarnos cada vez al continente? Una sola misión de bombardeo basta para quedar enfermo de los nervios por un mes. Si no nos esperara la amante que nos tiene pronta la Fuerza Aérea - una botella de Gordon's - ¿quién iba a volver a salir?"

"Pero cada vez no..."

"Cada vez sí. Por tres días vivimos en el limbo. Luego nos dan un litro de café, un par de duchas frías y un "briefing".

"'Briefing'?"

dremos despachar correspondencia al llegar a Freetown, ¿no?"

"Ah, ¿porque en Freetown? Comunícaselo al Capitán; a lo mejor no lo sabe todavía" dijo Guy, enarbolando bien en alto el estandarte de su malhumor.

"A estas alturas ya ha recibido sus instrucciones, no te preocupes".

"¿Y tú cómo lo sabes?"

"No lo sé; lo deduzco. Es lo más lógico".

"Pues en este barco lo veo todo menos lógico de minuto en minuto" dijo Guy tirando su chaqueta sobre la cara.

"Mira, viejo, yo no tengo por qué darte explicaciones de nada. Pero como la gente se especializa en malentendidos... El caso es que no gusta ponerle porquerías a Francine en mis cartas ¿sabes?"

"¿Porquerías?"

"Sí, cosas de cara. Hay matrimonios que no hablan de ellas..."

"Probablemente porque no las hacen".

"Pero nosotros sí. Nosotros somos gente normal. Y además, nos gusta hablar de ellas; así cada carta la sentimos como un reencuentro íntimo, completamente personal. Una amiga que tengo en Londres, en la consura, me ha contado que la mayor parte de los soldados dicen porquerías increíbles a las mujeres o a las amigas a las que escriben. Pero nadie se imagina lo mejor: que hablando de lo mismo ellas siempre les matan el punto".

"Hermosa especie humana" dijo Guy con cara de no creer un minuto en lo que el aviador prófugo le contaba.

"Por esa amiga sé que a veces, cuando las cartas insisten demasiado en esas cosas, los censores les cortan pedazos aquí y allá, por si se trata de algún código".

"Código es: el código de la pornografía innata en el hombre".

"Francine ha recibido dos o tres cortadas así; pero nunca me había dicho nada por no despertar sospechas. Y es por eso que he decidido usar esta tinta".

"Yo no te he pedido ninguna información. Tú no estás..."

Pierre lo interrumpió secamente:

"Tonterías. Ahora, encima de esta carta, irá otra bastante más decente sobre el viaje... y sobre tí".

los que usan para el asombro las expresiones con que los demás trataban su desconfianza.

"¿Un convoy? ¡A dos nudos y medio o tres! Eso es el error del Almirante. Cabezas duras. No lesa convence nadie, milord" dijo con fuerza el barman. "Esta máquina de nudo puede hacer cuarenta nudos por hora. A cuarenta nudos siempre dejaremos atrás a todos los submarinos enemigos".

"Pero dicen que ahora el Atlántico está completamente tranquilo".

"Para. La procesión anda por dentro. Por dentro del océano, naturalmente". Collins hizo uno de esos guifos mecánicos suyos que nada tenían que ver con lo que estaba diciendo. "A mí me han torpedeado ya dos veces, milord, y las dos en un convoy".

"Y aquí lo tenemos, casi tan grande como la vida" le dijo Guy con una sonrisa.

"De todos modos, es una experiencia que no lo recomiendo a nadie. Pero estoy hablando de más, como siempre".

"Lo aseguro que en este viaje no pasará nada".

"¿Y cómo puedo decirlo, sir?"

"¡Ah! Yo tengo mis intuiciones, mis avisos. Nunca los he analizado; pero están ahí y de pronto saltan".

"Espero que esta vez el salto no sea mortale. Ahí abajo llevo dos botellas de "champagne" para cuando lleguemos a Inglaterra. Si no pasa nada, nos las beberemos juntos, milord".

"Trato hecho" dijo Guy, saliendo como una flecha y dejando a todos los "zombies" atrás.

Al abrir la puerta de su camarote encontró a Pierre escribiendo en la cama. La corriente de aire establecida entre la puerta y el ojo de buey entreabierto tras la cortina del "blackout" hizo volar la hoja en que escribía. Guy la recogió; la pluma ^{la} había estado recorriendo velozmente, pero era una hoja en blanco.

"Qué interesante. Tinta simpática. Por lo menos aquí en este camarote pasa algo" dijo con sarcasmo, devolviéndosela a Pierre.

"Yo siempre la uso para escribir a Francine" contestó éste sonriendo. "Sabes que po-

Noche de sábado. En el salón de estar - que parecía más elegante y mejor puesto cuando uno lo llamaba "lounge" - se organizó el primer baile del viaje. Era el lujo más triste de aquella aventura, porque enseguida mostró el color de las gentes que la emprendían. ¡Fiebras voluntarias, exámenes al beneficio de una capa de polvos sobre sus narices lustrosas y el maleficio de unas sedas y unos organdíes que colgaban descorazonadamente de aquellos cuerpos sin definir! ¡Fiebras oficialitos licenciados por primera vez del misterioso puente de comando! Se veía claro que estaban bendiciendo fervorosamente la memoria de Sir Walter Raleigh, porque ¿qué demonios habría hecho con sus manos y sus bocas si en aquel momento no hubieran podido fumar en cadena? Hablar estaba totalmente fuera de la cuestión, y hablar con gestos ¡por aquí!

Entre alguna mirada que le echaron los participantes al recién llegado vino, cargada de electricidad, la de aquel chico rubio - antes había parecido polirrojo y ahora rubio - que le había dicho "sir" al cederle paso en la escalera. Esta vez el tenientillo sonrió, y Guy se sintió molestado:

"Swing" en un disco de Artie Shaw (los voluntarios más políglotas lo llamaban "alecaucil"). No había ningún "jitterbug" en funciones; todos lo bailaban en el parálitico estilo de los "fox-trots" de 1920. Silencio. Miedo. Los voluntarios parecían muertos. ¿Serían muertos aficionados que iban a buscar la muerte certificada, la muerte con diploma?

Guy miró y buscó con la mirada a Mildred, a Amescua, a Pierre de Grut; nadie. Pero Collins lo sorprendió con el espectáculo de su cuello rígidamente enfundado en una camisa almidonada y el de aquella esfera vivaz de su cabeza enrojecida un tono más por el lazo negro de la corbata que lo estrangulaba.

"¿Vamos a Halifax?" le preguntó Guy, recogiendo el rumor que Miss Greyfield había traído esa mañana a la mesa.

"Ojalá" contestó Collins. "Eso significaría que no vamos a formar parte de ningún convoy".

"¿Pero un convoy no da más protección?" preguntó Guy. Collins lo miró entrecorriendo los ojos. ¿Qué lo movía a aquel gesto; la impaciencia, el asombro? Collins era de

"champagne"! "O sole mio". Pantalla de la imaginación donde figuras y cosas tienen la tenue consistencia de una idea y nunca están "expuestas" lo suficiente como para transformarse en imágenes. Si uno cierra los ojos y se propone verlas con todos sus detalles, como si viera un cuadro de poliéster, la evocación se le resiste con furia, es un parpadeo y nada más. Pero si los mantiene abiertos es posible que vea algo inesperado, como Guy vio ahora: un grupo de niños con gorros de marino, de charolada visera, que tocaban "O sole mio" en la plaza de Trouville en Pocitos, en aquellos carnavales irrecuperables en que la burguesía montevideana sancionaba con su presencia las batallas libradas entre las volantas o los viejos Popes y Panhard-Lovassora y el público arrastrado en la raubla. Los galanes iban prendidos a la capota de cada vehículo y barbotaban frases madrigalescas, de las que las voces impostadas tras los antifaces de terciopelo negro fingían burlarse. Aquellos músicos callejeros eran los hermanos Chain; a Guy le costó casi treinta años saber en el corazón, con una intuición repentina, que eran inmigrantes judíos. Algunas notas salían roncas de sus violines baratos; había que superponerles el recuerdo de un do de pecho de Caruso para sentir la vibración napolitana de aquel lamento.

Y el recuerdo de su madre - tan esporádico en los últimos años como para hacerle pensar que su subconsciente lo rechazaba con deliberación - le saltó a la garganta. Ella miraba con ternura esas cabelleras rubias, esos labios demasiado recortados, esas expresiones concentradas de los niños músicos, en medio del abandono carnavalesco de la gente "bien". Era ayer y hace dos mil años. Era su vida y era otra. Pero y ésta, y ésta ¿con qué pie entraba en olla? De Inglaterra, de su gente, de los giros callejeros, no tenía sino una vaga idea literaria; no sabía en inglés el nombre de ningún utensilio doméstico ni la letra de ninguna "nursery rhyme"; no sabía qué reglamentaciones imponía la guerra a los británicos, ni qué iría a pasarle en Londres. Había muerto entre los gordos adoquines del muelle de Montevideo, y esta era otra reencarnación inmediata, en la que entraba ya formado físicamente, aunque tan indefenso casi como el niño que empieza a reconocer con el tacto las cosas que tardará todavía años en nombrar.

X
X X

Batalla y sal ¡qué mar tan engañado!
Barcos de humo cruzan tus cristales.
(Fernando Pareda - "Fando")

A la mañana siguiente hubo dos o tres aventureros que, desafiando la temperatura más invernal que primaveral, aparecieron en pantalón de baño o severo jantzen negro y se tiraron sobre sus toallas a tomar sol encima de la bodega del barco, cuya tapa estaba cubierta por un hule negro gastado y sucio. Guy, como alma que lleva el diablo, dio sesenta vueltas la vuelta al barco (vuelta que concluía en menos de un minuto y medio) y Adolfo Cortés, con un grueso libraco de Sir Christopher Wren y una silla de lona a cuostas, corrió por todos los rincones, esperando vanamente encontrar uno limpio de monosílabos ingleses y de risas idiotas.

A Guy le gustó el "blackout" porque aquellas voces nasales, muchas veces metálicas, que durante el día decían tantas docenas de tonterías por minuto, se asordinaban al salir a cubierta por la noche, se cargaban de misterio o de sentido o se disolvían en sugestivos suspiros. Pronto vio que la satisfacción orótica que los pasajeros, evidentemente, no podían tener en un camarote compartido con dos o tres personas más era posible en rincones que la oscuridad hacía secretos y que de repente se poblaban de jacos rápidos, premiosos, llenos de urgencia vertical. Duritano de los pies a la cabeza, como todos los Delatour, ese susurro de excitación de amor en la sombra satisfizo algún replique no muy limpio de su mente, pese a que la pornografía pura lo escandalizaba como a una maestra cualquiera de Wisconsin.

Aquella posible casa de citas flotante, con su banda de babor destrozada por el reciente choque con otro barco en Sudáfrica y pronto y mal reparada, se balanceaba suavemente, como si avanzara sobre colchones neumáticos. Mientras Guy escudriñaba apasionadamente el cielo sobre aquel hule quasi negro que cubría la bodega, pasaban como sombras los voluntarios polacos escupiendo jotas y erres que suscitaban en los otros voluntarios, más imperiales, imprevistas gárgaras de risa.

De la cabina del Capitán el viento trajo varias veces la vez de algún tenorino cantando "O sole mio". ¡Oh, manos de Lubitsch, que lo usaba siempre en sus "boudoirs" monróvicos o ruritánicos poniéndolo, como afrodisíaco, a la altura de los perfumes y del

ca su Uruguay, a lo lejos, como nos duele a nosotros los españoles nuestra España".

"No generalicemos" dijo Guy.

"Sí, generalicemos, generalicemos. La "élite" se opone siempre a la generalización. Pero siempre hay rasgos en común entre las gentes que salen de cualquier parte: Vd. es tan escrupulosamente idealista como todos sus compatriotas".

"¿Lo parece?"

"O peor. Si no ¿qué demonios estaría haciendo aquí en este barco? En España ya no quedan Quijotes: la semilla voló a América. Vd. podría hacer un Alonso Quijano excelente. Mire esa cara larga y chupada; míreme un poco esas canas; mire la fiebre de esos ojos insatisfechos. Tiene todo el tipo".

"Pero no toda la locura necesaria" observó Guy.

"Eso lo dice Vd."

Anosca y de Grut volvieron a reír, y luego, como si se hubieran puesto de acuerdo, levantaron los vasos.

"Por la resurrección de Don Quijote" entonó Pierro.

"Buena falta le hace al mundo que alguien empiece a enderezar sus entuertos" dijo a su vez el andaluz, más animado al recordarle las cortinas oscuras que de repente corrieron los camareros sobre los ojos de bucy - inaugurando para el pasaje los misterios del apagón nocturno - que se alejaba por fin de Buenos Aires, escenarios de aquellos dos meses en que vivió tan ahogado por los recuerdos, tan falta de aire en los pulmones, que se veía de un momento a otro morir del corazón.

"Yo he conocido en un barco, cruzando el canal de la Mancha, a un matrimonio inglés con sus dos hijos. La palabra "posible" en el boca los azoró. Natural ente, no lancé a aclarársela. Esa noche, al desembarcar en Dover, me ofrecieron la hospitalidad de su casa; luego he vuelto siempre. Soy un miembro de la familia; los chicos me consideran su tío. Una amistad de ferrocarril no lleva nunca en Francia a esas consecuencias, pero en España sí; esto también lo sé por experiencia propia. España e Inglaterra: algo fundamental las une, sin duda alguna. Curioso ¿no?"

"Tiendas coordinadas" repitió el catalán. "Pero no sigan hablando así de España, porque no van a tocar un lado que se no ha puesto muy flaco".

"¡A qué poca gente le importan estas cosas! Yo no oigo hablar más que de ideas, ideas, maniobras políticas, astucias" protestó Pierre. "El mundo está reventando, y qué pocos se ocupan de realidades esenciales".

"Los poetas" dijo riendo Guy.

"Y yo que les he tenido siempre tanta desconfianza".

"Pues son los que más sienten. Y los únicos que saben".

Domándose grave y mirando de frente a Guy, Arzacca dijo:

"Ahora sé lo que le pasa. Ya conozco sus razones. Vd. busca un espejo para ver qué significa de verdad ser uruguayo".

"¿Vd. cree...?"

"Ya lo verá" siguió el improvisado vidente. "El primer paso es bueno. Hay que salir, hay que salir".

"Pero los que vuelven no se adaptan nunca. Son desterrados a perpetuidad".

"¿Y qué? Vd. no pensará en volver volis nolis ¿no?" dijo Arzacca, colocando su latín como quien mueve a su vez una torre sobre el tablero de ajedrez. Pierre empezó a pensar en alguna frasecita posible para él; pero lo único que de lo ocurría era "urbi et orbi", "aurum corda", y se dio por vencido. Arzacca siguió: "Vd. no es un uruguayo de espíritu vegetal. Para encontrarse basta con ver la imagen de uno en otros lagos más turbios. O más limpios. De todas maneras, la gente de su tierra tiene suerte. Por ser medio franceses y medio alguna otra cosa que no sé bien qué es, no les dolerá nun

y vivo, herviendo hasta los entresijos; nada de mi tierra podrá producirme jamás ese efecto. España radical, radical de raíz; jamás, sin trabajar por exterse en el corazón de América, se ha rebido de todos lados: la tratable gallega, la fuerte vasca, el duende andaluz; cómo me llega todo eso. Yo sé de muchos en el país que sienten así a España. Los hijos de los indigentes, quizá, pero estos con pasadobitos, con cuplón, con prostituciones del patetismo español. En otras partes de América la cosa cambia; pero entre nosotros los demás nacen por el gran ventanal de Francia a un jardín bien afaltado, todo simetría, por donde nunca circula un ventabal y las rosas parecen artificiales. Pero yo no; España mirando a la muerte y con su vida subrayada, rodeada por esa preocupación; esto es eterno. Dejamos a París que se masturbe con sus imos; todo eso no acaba ya, se acaba en este instante".

"Pero Inglaterra y España" preguntó Pierre, "¿no son una entelequia? El llano de la pasión... y la calina de la cerveza tibia".

La risa hizo tartamudear ligeramente a Guy:

"De... una manera... acortada... no... no... no hay tal entelequia. En España en la sangre de uno lo que tira, el clap, esto se ve en todos en la literatura y en la vida. El clan se agranda en Inglaterra, donde, según veo y no dicen - no lo puedo jurar: primero tengo que observarlo allí, en pleno funcionamiento - el niño se lo educa para que viva en función de los demás, borrándose un poco o un mucho - esto depende del temperamento - para que los demás sean".

"Justo" dijo Anacora.

"Pero de todos modos, ni en un lado ni al otro el hombre está solo sobre la tierra, según lo veo yo. Familia o pueblo, su necesidad de dar amor está servida y, para mí, esto se refleja en dos formas, dos matices de la dignidad. Y esto también identifica de una manera sutil a los dos pueblos ¿no? Mis amigos de uno y otro país me dicen que tanto en España como en Inglaterra el hombre todavía deja su quehacer, abandona el arado, cierra su tienda, cuando hay que poner en el buen camino al extranjero extraviado".

Hubo otro silencio. Luego dijo Pierre, con una chispa de placer en la pupila:

rada imperiosa, el despojo cortés con que se dirigía a los otros: cosas todas que a Guy lo hicieron pensar en casas de campo, partidas de polo, "boftos de nuit", cuentas de banco, mujeres pulidas e irónicas que sucedían sus elegantes desnudos en el mismo lecho. Todo esto él lo habría querido tener... tres o cuatro horas al día; para el resto de la jornada sospechaba, detrás de tanta afirmación del ego, de tanta seguridad, un vacío que ora quizá lo que había precipitado a Pierre a la guerra; y este vacío empezaba a acercarlo al aviador mucho más de lo que habría podido imaginarse 24 horas antes.

"Y seguimos saliéndonos del tema. La culpa es de Delatour, que por lo visto no quiere decirnos qué razones-de verdad de verdad - lo llevan a Inglaterra" gritó Amescua con una sonrisa cordial.

"Es que no sé muy bien cuáles son. Las razones íntimas, las más personales, claro" dijo Guy. "En Montevideo no he sentido muy bien en los últimos tiempos; esto no es de ninguna manera una fuga".

"Pero sean cuales sean esas razones, son buenas; desde anoche no lo he oído tartamudear una sola vez" le señaló el andaluz.

"Es verdad. Pues... ¿qué les voy a decir? Hay una cosa fundamental. Vds. son europeos y no saben demasiado bien lo que es vivir de prestado, como vivimos en el Río de la Plata. Bueno, Amescua, sí, Amescua puede que lo sepa. Hablo de copiar a París, de no atreverse a pensar sobre una cosa hasta no saber qué dice París. Hace tres años que París está callado y que nosotros vivimos en vilo. La pausa me empujó a dirigir el interés por un lado a España, y por el otro a Inglaterra".

"Monedas coordinadas" dijo el periodista a tiempo que Collins llegaba con la nueva vuelta de Martinis.

"Si no saliera a Inglaterra en este momento tan particular de mi vida, justo cuando debo salir" dijo Guy "nunca sabría lo que puedo darme, lo que puedo encontrar en ella. Y sin eso ¿cómo va a conocerse uno nunca? Y sin conocerse ¿cómo va a expresarse? Sé lo que puede darme España; el arte de lo ha dicho claramente. Una "saeta", una jota, unas palabras agrias de Unamuno, unos versos de Santa Teresa me tienen ensoguada despierto

"Está loco. Míralo la cara al comisario. Aquí el protocolo es más rápido que en Buckingham Palace. Ahora que me gustaría ir ¿sabe? Ya se han hecho Vds. de una mala fama interogantísima: dicen que todos son intelectuales. A mí me daría miedo estar allí, pero al mismo tiempo me fascina escuchar las conversaciones que no entiendo bien".

Cinco minutos después, con la promesa de verlos más tarde, Karen se había reintegrado a su clan, que la recibió con un silencio de cejas levantadas.

"Esoooooo bien por ciento. Apuesto lo que quieran" dijo Pierre.

"Una verdadera delicia de chica." Anescua lo sacó a Guy las palabras de la boca. Luego siguió: "Si la viera a menudo se me iría este mal gusto de boca que tengo frente al mundo. Sí, no me mire así, de Grut. No revienta el mundo; todo lo que se hace en estos momentos no parece una locura y un horror. Si la gente me aburriera tanto como me revienta, ya me habría suicidado".

"Afortunadamente, bien se ve que no lo aburre" dijo el aviador.

"Pero me da vergüenza ser hombre en esta coyuntura. Se habla de organizaciones, de planes para un mundo nuevo después de la guerra. ¡Qué mundo nuevo ni qué niño muerto! Las guerras son inútiles porque, una vez acabadas, los que las han sufrido no quieren otra cosa que olvidarlas; y sus hijos, que salen al mundo con un grito de "justicia" en los labios, le descubren todo: la dignidad, el desinterés, el amor, cosas en las que no han tenido todavía tiempo de ejercitar sus fuerzas o su paciencia. Naturalmente, lo primero que se les ocurre es que una revolución o una guerra - "su" revolución, "su" guerra, las primeras puras o justas de la historia - arreglarán lo que el mundo no ha arreglado en treinta siglos".

Pierre, comiendo aceitunas, lo miraba dominando su impaciencia con una sonrisa.

"¿Así festejan Vds. sus cumpleaños en el Uruguay? ¿Con esta clase de diarías?" preguntó. "¡Qué país!"

La verdadera filiación del aviador se le apareció a Guy de pronto como un resaca de rasgos y gestos que había estado observando sin pensar en ellos: una piel de hombre mimado, bien alimentado; la paciencia del que está acostumbrado a que lo sirvan, los gestos elegantes y viriles de las manos, la manera de tenerse en la mesa, la mi-

"Eso ya no gusta más" dijo Amescua. "El idealismo uruguayo, francamente..."

"Pero ya verás que una vez que llegues a Inglaterra, esas razones personales naufragan, desaparecen, como las de casi todos los que estamos metidos en este baile".

"Ojalá" respondió a Pierre el uruguayo. "Esta guerra es como una herida que va a quedar abierta mucho tiempo. Hay que fortificarse para la vista de la sangre, y sobre todo hay que estar preparado para lo que siga". Lo sorprendió la unisonancia de su voz: ¿entraría de verdad el antipático de su gran simpático en un período de paz? No, ni hablar; las virtudes de repente que tiene el alcohol son fugatísimas; tres horas después desempolva y saca a luz muchas más cosas de las que ha borrado.

"Lo que sigue a una guerra es el odio" volvió a terciar Amescua. "Más odio todavía. Si lo sabré yo. Para eso no puede prepararse nunca un hombre como Vd., Delatour. Ni Vd. ni nadie, en suma. Ni a la edad de Cristo, que cumple hoy ¿no?"

En ese momento la chica en rojo y oro comentó con desparpajo al pasar: "¡Caray, qué bien conservado para su edad!"

"¿Lo lo ha dicho en serio! ¡En serio!" gritó el belga, sacudida su carne fofa por una risa infantil. Guy se levantó como tocado por un resorte.

"Venga para aquí. ¿Cómo se llama?"

"Karen. Karen Mc.Donald".

"¿Bebe una copa con nosotros por mi cumpleaños?" le preguntó Guy, ofreciéndolo su banqueta con un gesto.

"Por supuesto. Gracias. ¿Su copa?" le preguntó ella a su vez, indicando el Martini casi intacto. "¿Me permite?" y sin esperar la respuesta se tomó un respetable sorbo.

"Ca...ramba, qué fuerte. Me gusta" añadió con toda la franqueza de sus ojos azules.

"Happy birthday" y siguió bebiéndose el Martini de Guy.

"No sabe lo feliz que me hace. Aquí en este momento se necesitaba una mujer".

"Bueno, lo diré, con el carácter perro que tengo y mi pasión por los deportes violentos, ni mi viejo ni mi vieja están muy seguros de que lo sea".

"No sé a qué sexo quiero pertenecer: será al de los ángeles. Pero no crea que con eso me asusta. Yo la raptaría y la extraería permanentemente a mi mesa en el comedor" le dijo Guy.

"Moralista 100 %, como yo me imaginaba. Vd. se da cuenta de que, en los tiempos en que vivimos, se está quedando atrás, ¿no?" preguntó a Guy.

"Sí, y a mucha honra" dejó ésto con la voz un poco ahogada.

Mildred hizo un corto gesto afirmativo con la cabeza; Miss Greyfield dirigió al unguayo una larga sonrisa de asco y el contraalmirante otra, corta, de simpatía. Mientras se decía todo aquello Pierre de Grut se había revuelto nerviosamente tres o cuatro veces en el asiento, pero su expresión, en general, seguía siendo enigmática.

Con la frase de Guy quedó terminada la conversación general. Miss Greyfield atacó en éxtasis su "lomon pancake" hecho con huevos en polvo y jugo de limón de lata y la charla se disolvió en una serie de duetos y recitativos sobre lo que se podría o no se podría hacer dentro de aquella jaula blanca en quince... veinte... treinta días de navegación?

x³x

En el bar, después de la cena, resucitó el tema de las razones personales de aquel viaje. Pierre, que a las segundas de cambio se puso a tutear a Guy, adelantó una teoría sobre las razones de éste:

"Después de tu perorata sobre Cólino, yo ya no las sé. Tú no soportas la idea de que se quiera exterminar una raza".

"Naturalmente que no. Siempre he sido orgánica, biológicamente apolítico; pero esto va mucho más allá de la política".

"Ojalá todo el mundo lo viera con tanta claridad" murmuró sombríamente Amosun.

"Si Europa se cruzó de brazos en un principio, ahora los tiene atados" siguió Guy. "Y hace ya dos años que tengo vergüenza de nuestros veraneos en Punta del Este, de nuestra vida fácil, de nuestra indiferencia ante tamaña monstruosidad. América toda padece una apatía suicida frente a esta guerra".

"Lástima que por ahí no haya más Delateurs" dijo Pierre.

"Los habrá, estoy seguro; pero les es difícil intervenir. Está la cuestión de las nacionalidades; está la casi imposibilidad de entrar a la Europa ocupada. Además, yo no voy a Inglaterra por puro idealismo solamente. Hay siempre razones personales para que uno se deje dar el empujoncito final".

El contraalmirante rió con ganas y, al volverse un poco de perfil, Guy aprovechó para mirarlo. Observó la barbilla metida entre los dos carnosos pliegues del cuello, la boca de pez - dos líneas juntas que completaban una delgada media luna cuyos cuernos apuntaban hacia arriba, hacia los pómulos; - la nariz ancha y aplastada, como la frente. Era una cara casi idéntica a la del rabino que había casado a uno de sus mejores amigos londinenses. Platon-Cadbury dijo luego despaciosamente:

"El francés es un pueblo que no se toma en serio la Biblia porque tiene el prejuicio de que se trata de una colección de cuentos orientales un tanto oscuros y pornográficos, como "Las mil y una noches". Eso ha de venir probablemente de los tiempos en que la Iglesia no permitía leer el antiguo Testamento sino a contados fieles".

"¿Es posible?" interrumpió Miss Greyfield. El contraalmirante siguió sin inmutarse:

"Un pueblo que comete un harakiri colectivo eligiendo a Descartes en vez de Pascal - harakiri porque el hombre es un ser esencialmente irracional, no racional - tiene que ver una afrenta en toda forma innata de religiosidad. Eso es otro precio que ha y que pagar por el racionalismo. La razón sola, que nos repite: "Hay nada más que una vida: ésta de la Tierra" nos empujará siempre a ser materialistas. ¿Qué quiere Vd.! Los pueblos reaccionan siempre por causas profundas, por razones de filosofía vital; no crean Vds. nunca a los que dicen que "las guerras las hacen los fabricantes de armamentos". Las hacen la estupidez del hombre, sus ideas fijas, su chauvinismo, su necesidad de creerse superior a los demás; los fabricantes de armamentos, ayudados por los políticos, explotan todos esos defectos, y ni siquiera piensan en la otra falsa razón que tanto se esgrime por ahí: "la agresividad natural del hombre".

"Hear, hear" dijo Guy. Eso es precisamente lo que tengo contra los autores como Céline ¿ven? A todos les disgusta la especie humana porque en el espectáculo vulgar y torpe de la calle ven quizá un reflejo de todo lo que odian en sí mismos. Pero a menos que uno se dé por muerto antes de empezar a vivir, no se puede aceptar un mundo que niegue al hombre la posibilidad de levantarse alguna vez, de sentirse héroe aunque sea por unas horas".

Cortés soltó una risotada insultante:

a las opiniones consagradas. Yo no lo hago porque sí, sistemáticamente; pero el caso es que, por una razón u otra, acabo por hacerlo siempre. Si Célino fuera menos escatológico - pero la vida francesa, a juzgar por el cine y la literatura, es escatológica -; si estuviera menos desesperanzado con respecto al hombre, no merecería más respeto. Pero después de Zola, probablemente no quedaba otra cosa que la lotería; el racionalismo cartesiano sigue el camino del intestino grueso, si perdonan Vds. la expresión".

"¡Bah! Vd. es un moralista con toda la barba" lo espetó Cortés con un gesto de asco en la boca, como si hubiera escuchado el peor de los vaniloquios.

"¿Y qué otro remedio? Si el mundo estuviera menos podrido... Además no hay estética sin su ética, y viceversa". Guy no daba su brazo a torcer. "El mundo ha dejado de hacer arte desde que empezó a tomar la trastienda del hombre por su tienda. En literatura, en música, en pintura, todo lo que se hace son apuntes para una obra a realizarse después, si es que el mundo vuelve a encontrar su juicio... o si hay "después", cosa que todavía está por verse. Lo malo es que tanta gente se toma en serio esos apuntes y notas. ¡Ay, quién pudiera volver a las cavernas! Por lo menos en esa época se dibujaba bien".

Mildred rió. "¡Cómo le gusta exagerar! Vea que aquí no vamos a tener tiempo de aburrirnos".

"Pero es Célino el que exagera, no yo" dijo Guy sin sonreír, reapareciéndole en los ojos, con un relámpago de fuerza y casi de dureza, la pasión polémica. "Y todo el que exagera así contribuye a empujar al hombre a un destino de rata de alcantarilla. ¿Cómo salir luego de ahí? Por la mística del paso de ganso, parecen creer tantos intelectuales. Y por la mística del antisemitismo. Los Célins, los Maurras, los Drieu la Rochelle adoran a Hitler porque no tienen la fuerza necesaria como para creer en la dignidad humana".

"Típicos representantes del sistema capitalista". Cortés había esperado pacientemente para presentar su tarjeta de visita, y ahora lo hizo como quien muestra un as de oros.

"Pero está la idea de la resistencia" dijo Platon-Cadbury. "Claro que para resistir hay que tener algún ideal; y el racionalismo cartesiano, en esencia, prohíbe los ideales siempre que, como un par de senos fofos, se salgan del corsé de la retórica".

"¡Uy, qué equivocado está!" lo refutó Pierre. En aquella mesa, por lo visto, no dejarían en paz al arquitecto. "Cuando voy en misión a Francia tengo que ver continuamente con alguno de esos muertos. Son casi todos mujeres y gozan de excelente salud. Es una de las cosas más curiosas de esta guerra. En la resistencia en Francia - cuatro gaitos locos - hay un 70 o 75 % de duquesas y condesas mezcladas con refugiados españoles que no tienen en qué caerse muertos. (Los duques asoman muy de vez en cuando la nariz fuera del dosván). Ellas representan "la dignidad de la casta" y los refugiados la simple dignidad humana, o sea el odio al fascismo. Extraño consorcio; pero analizándolo a fondo puede que no lo sea tanto".

"Me parece que aquí no soy yo el único que exagera" dijo Guy.

"Es la pura verdad" afirmó Pierre frunciendo el ceño. "Naturalmente, hay gente que lo llama resistir a cualquier cosa: escuchar las transmisiones de la BBC, equivocarse a algún soldado dándole instrucciones falsas cuando pregunta una dirección..."

"Vamos. De esas clases de resistencia hemos sido víctimas todos los habitantes de París, en todas las épocas" agregó sonriendo el contraalmirante.

Adolfo Cortés, francófilo rioplatense como todo hijo de vecino que se estimara, hizo un solo comentario rencoroso:

"Miro Vd. las cosas que uno viene a saber".

Con los ecos de un sonido de ultratumba se elevó de pronto, desde el rincón situado junto al ojo de buey, la voz aflautada de Miss Greyfield (jose era el nombre, vivo Dios; Miss Greyfield!) dirigiéndose directamente a Guy:

"Yo tenía entendido que Vd. era escritor".

"Aspirante" respondió él con una sonrisa burlona.

"¿Y no tiene respeto por un valor establecido como Cólino?"

"Vd. no parece haber conocido a muchos escritores" dijo a Miss Greyfield el contraalmirante contrariando una de las reglas del juego inglés, que es no contestar nunca en nombre de otro. "Para hablar mal de sus colegas son peores todavía que los cómicos".

Guy aceptó la interpolación de buen grado, sonriendo con demasiada fijeza.

"Yo, antes que todo, soy crítico. Un crítico está muerto si no le falta el respeto

ruidoso rincón con expresión irritada. ¿Era posible que un mentón de vejeterios como aquellos se divirtieran en tal forma?

"Hombre, la pregunta no parece muy pertinente" le contestó Cuy, ya bastante apagado el ardor egocéntrico de su opinión. "Fue un emperador impostado y, según dicen, un guerrero al que no le gustaba guerrear; pero aun siendo corso, llevaba en el escudo el morbo francés de la realeza".

La matrona de los ojos verdes salió en apoyo de Cuy:

"Por eso hay Colinas hoy en día, pienso yo. Una clase mandante podrida, y unos cuantos aventureros en torno a ella. A mí no parece que en Francia hasta los aristócratas más rancios se mueven y actúan como si no creyeran verdaderamente en sus propósitos. Yo he conocido unos pocos; y salvo un par de majeros, casi todos eran artificiosos, teatrales. En ese sentido no parece haber mucha diferencia entre ellos y los nobles de mercado negro creados por el Emperador".

"¡Bah! Teatrales, los aristócratas han sido en todas las épocas y en todas partes" dijo, frunciendo el ceño, el arquitecto.

"No los verdaderos. ¡Ah, no! Al aristócrata de verdad aún le cuesta para que actúe con sencillez, para que se sienta cómodo con todos" saltó el contralmirante, echando ligeramente la cabeza hacia atrás. "No olvide Vd. que es gente que ha heredado siglos y siglos de memoria de guerras, de perderlo todo y volverlo a recuperar con un esfuerzo titánico. Y siglos y siglos de responsabilidad. Es la responsabilidad lo que hace que el verdadero aristócrata tenga una sencillez natural y un señorío casi tan grande como el del campesino. Responsabilidad para con todos y en cada instante: sus sirvientes, los labriegos, el cura..." añadió fríamente Platon-Cadbury como si fuera el viejo duque de Hariborough - el Manbrú de las leyendas y las canciones - quien hablara en nombre de toda su casta. "Pero en cuanto se dice 'aristócrata' todo el mundo piensa hoy en el derecho de pernada, en el fascismo. Todo se reduce a lugares comunes, a ideas fijas".

"¡Bah! Tanto de sangre azul, por suerte, ya no queda. Todo eso está muerto y enterrado" dijo Certés tomando nerviosamente su vaso de cerveza y volcando unas gotas sobre el mantel.

tar la vida como una cloaca... Está bien, en general lo es: pero... ¿y si hubiera otra vida? Seguir tan infantilmente las exageraciones de Freud y sus limitaciones es un doble suicidio, empresa de amputados o de locos. Yo ya sé que estamos en eso desde hace tiempo, ya lo sé; si no, Hitler no existiría".

"Pero todos no son Céline" dijo Mildred como una advertencia a Guy. (¿Poner tanta pasión en la opinión sobre un libro! ¿Qué clase de hombre era aquél?) "Y el 'Viaje' tiene sus cosas. La parte de la guerra en las trincheras - el principio - es muy valiente, y la descripción de Nueva York muy curiosa".

"Sí, pero ¿y el resto?" siguió Guy. "En cuanto el novelista quiere hablar de ternura humana, tartamudea, se repite, cae en una cursilería de 'Mirodelle du Faubourg'. Y la gente del libro que no tiene algo de ternura - mayoría aplastante por cierto - tampoco tiene más de una dimensión: o es sórdida o es vil o es asesina. ¿Qué infierno debe ser la vida de un hombre que ve las cosas así! Además, eso es hacer mal arte; las verdaderas relaciones humanas son contradictorias, llenas de conflicto; es el conflicto lo que importa. Y hasta las más negras tienen relámpagos de afecto; si no, ya no quedaría nada de la civilización. Perdón por decir perogrulladas; pero no creo que, como va la guerra, sea el momento de decir únicamente 'mots d'esprit'".

"Los franceses creen muy elegante verlo todo negro" dijo el contraalmirante".

"Así están donde están" lo retrucó Guy como un relámpago. Y Mildred:

"De todos modos, en Céline queda la denuncia de la guerra."

"Pero queda en el aire". Guy volvió a la carga levantando la voz. "Esas ratas de alcantarilla que pasan por el libro no merecen que se ponga fin a las guerras por ellas. La gente que niega la dignidad humana, como Céline, gritará contra la guerra, pero es la primera en aplaudir luego al guerrero, al conquistador. Eso es lo que hace ahora: colaborar con los nazis en gran forma. Me lo ha dicho en Montevideo uno de los actores de Jouvet".

"Y de Napoleón ¿qué opina?" preguntó el bocario argentino soliviantando involuntariamente a la mesa en otra careajada que él tampoco se pudo explicar. En los dos grupos grandes de voluntarios jóvenes fueron muchas las cabezas que se volvieron al

"Yo lo tomé una vez con él en Calcutta" dijo el astroso contraalmirante, ocupando la atención como si hubiera dicho "Abracadabra". "De esto hará unos 15 años. Ya sabía que B. M. era un viajero impertinente; pero nunca me lo imaginé aburrido, como resultó ser. De la cosa no hay nada que decir: siempre fue horrible".

De nuevo estalló en la mesa una risa general. Cortés miró a todos con cierta ^{de} confianza; ¿sería él/^{el} elegido para la burla ritual? Pero olvidaba - o mejor dicho, ignoraba - en qué consistía la educación anglosajona de la gran mayoría de aquellos condesales. La tomadura de pelo había sido para ellos un juego escolar, casi tan remoto como las verragueras de la infancia y tan inconfesable como la masturbación.

"Me pregunto qué diría Vd. si hubiera viajado con Cólino" añadió el becario levantando el caxaco o bello interior en un gesto petulante. Había que hacer por quién era uno a estos tipos que confían con Somerset Maugham.

"¡Ah, Cólino!" dijo enigmáticamente el contraalmirante.

En su expresión de pez jadeante vio Guy la puerta abierta a algunas de esas barbaridades que necesitaba soltar de vez en cuando.

"¡Ah, Cólino! ¿qué? ¿Ha leído Vd. por lo menos su "Voyage au bout de la nuit?" le preguntó como quien pone el estoque en las costillas del adversario antes de decirlo: "En garde".

"Por supuesto; si no, no hablaría de él" respondió el otro con el cortés deudón de un administrador colonial. Se llamaba, un tanto absurdamente, Platon-Cadbury.

"¿Y le ha podido aguantar todo? ¿Semejante vómito?" insistió Guy.

"Vómito o no, el hombre tiene talento. Sólo el público más reaccionario de Francia..."

"La gente que tiene alguna sensibilidad también lo rechaza. La otra se deja vencer siempre de cualquier cosa" afirmó Guy con toda la suficiencia montevidéana de que era capaz.

"Eo me diga que es Vd. partidario de la sacralización del arte" murmuró el contraalmirante con una sonrisa vagamente despectiva.

"¿Y qué le queda al hombre sino el arte? La ciencia le ha negado la religión. Y si los intelectuales le niegan ahora la ilusión de la dignidad, si se reducen a pir-

llanto, Karen se arrancó el traje rompiendo una de las tirillas del holbro, se sacudió los zapatos tirándolos contra una de las literas bajas y, no sabiendo cómo castigarlos, se pintó los labios de negro. Al verse así en el espejo, casi idéntica a Nancy Carroll al postaficarle su primer "af" a Paddy Rogers, se dejó caer sobre su litera riendo a carcajadas; sus rabias no duraban nunca más de dos o tres minutos.

Toda esta fachada de masculinidad, esto que no era sino una corteza, la debía a la estupidez de las tres primas que vivían en su casa, blast it; a los siete años Karen se habría quedado decorando la casa de muñecas en el jardín de Belgrano y haciendo dibujos con ellas, pero por no tener que registrar sus quejas coccosas, aguantar su falta de oído para el canto de los pájaros y hasta para los vientos, la lentitud con que leían dibujando vocales y consonantes con los labios y la pronunciación de sus tirambuzones rubios, que ella detestaba, solía de repente como un ventarrón y se trepaba a los árboles como si huyera de un zorrino que acabe de ponerse a orinar.

Una vez en lo alto, se colgaba de alguna rama gruesa, alarmando a su madre, a su tía y a las vecinas, a quienes, impertérrita, oía gritar a voces por varios minutos seguidos. Algo más adelante salió a pegarse con los chicos de la cuadra porque ser mujer - según la imagen que le presentaban sus primas - le parecía de una mariconería despreciable; ¿cómo no podía haber mejores mujeres, sin el doblez y el cálculo de las niñas de su escuela, registrales urdidoras de tejamanes? Los varones envidiaban y calumniaban, pero por lo menos se les podía romper la cara.

A los doce años la pusieron sus padres medio pupila en una escuela británica; algo había que hacer para quebrar a aquella potranca, para desbravarla. Allí simpatizó con Betty Ramsay, y estaba a punto de hacerla su amiga íntima - su única, su primera amiga íntima, con la maravilla que hay en que lo acepten a uno nemine discrepante - cuando Karen le mostró unos versos copiados de un libro que su tía Alexandra había traído de Nueva York pavoneándose como si se hubiera hecho amiga de Dorothy Parker o algo por el estilo.

Betty, una pelirroja lustrosa, cuyas sonrisas tenían un radio de cinco metros de efecto, leyó, fijando tanto la mirada en la hoja que parecía haberse quedado biza:

"¿Y tú crees que tu mujer va a perder el tiempo en leer todo eso cuando la espera debajo tu ultra-refinada pornografía?" El tono de ironía era el de los buenos tiempos de Guy. "Ultra-refinada tendrá que ser, por todo lo que te oí y todo lo que veo en tí". Pero Pierre rió:

"Lo leeré todo. Es una mujer que sabe jugar a varias cartas; una mujer, no las jirafas autómatas de este zoológico que truncas a bordo".

x^xx

Karen era uno de los tantos pasajeros que le habían sacado el cuerpo al baile. La decisión se veía recompensada por un raro momento de soledad en su camarote, adonde entraba, en monótonos manotazos, la controlada furia del "swing". Una prima suya le había regalado para el viaje uno de esos visos con que las mujeres salían a bailar a las terrazas del Tigro y de San Isidro desde hacía varios veranos, hombros, cogote y brazos bien cocinados por el sol y al descubierto, como si el canibalismo fuera a ponerse de moda de un momento a otro. El vestido estaba nuevo; en este caso la consabida muletilla de "sólo me lo he puesto una vez" tenía casi visos de verdad; pero arrimado a su mejilla aquel color limón furioso hacía aparecer la piel de la chica algo menos nueva de lo que era, algo menos frutal, y ello le dio una rabia incontenible.

De todos modos, dejó salir a sus compañeras y, una vez que se vio sola, se puso el vestido por primera vez. Parecía una recién casada reventando bajo el algodón satinado con el orgullo de haber descubierto legalmente que el sexo era quizá más excitante que la natación; pero sus carnes duras y no menos satinadas que la tela reventaban solamente de salud, de gimnasia, de vitaminas bien asimiladas; para ella el amor era todavía un misterio más profundo que el de la Santísima Trinidad.

Se miró de los pies a la cabeza en el espejo. Estaba idéntica a su hermano Mark la noche en que se disfrazó de mujer en una representación estudiantil. Podía ser que esos hombros cuadrados fueran culpa exclusiva de la natación y esa manos tan anchas se le hubieran puesto así de romar; el hecho es que, visto por primera vez, todo ello parecía agenciado por su propia hipótesis. El espectáculo le pareció humi-

"Como llorós, te encaja un par de cachetadas".

"Pero ¿por qué? ¿No qué he hecho? ¿Qué tienen esos versos, alguna clave?" dijo Betty sacudiendo los brazos como si estuviera nadando en agua.

"Todos los versos lo tienen. Siempre. Sonos para los deficientes mentales" le gritó Karen antes de salir corriendo y dejarla plantada, confirmando todas las advertencias que le hicieron sobre ella antes de comenzar los cursos. Pero diez días después ocurrió algo misterioso; dentro de su pupitre había una libreta de notas encuadrada en tafilato, flamante, recién comprada, y dentro un pliego azul que decía: "Espero que me perdonen. K."

En el recreo la pelirroja se lanzó al cuello de aquella apasionada agente del Par-naso, que le compró un helado para romper la amistad. Pero Karen no le hizo ninguna pregunta personal; esa tarde sus dos conversaciones se limitaron a un interrogatorio implacable sobre la última película de Joan Crawford y Clark Gable que había visto, y sobre "Tempestad al amanecer", un drama pasional de Boleslawski con Kay Francis y Walter Huston. Lo quería saber todo de Betty: si las películas eran un "paquete" o si había algo "fenómeno" en alguna de las dos; si se mostraba algo inconveniente; cómo eran los peinados de las estrellas, los mejores efectos de luz (¿y quién se acordaba nunca de un efecto de luz?); si Joan estaba más castaña o más morena, con más hombreras que antes o no; si la atmósfera rusa del drama de Boleslawski era como para reírse o no; si era posible que a ella le gustara ese un drama de esa clase. La pobre Betty se quedó apabullada. Nunca se imaginó que en una película hubiera tantas cosas que ver. No sabía tampoco si aquella ofensiva de interés iba a terminar por que la ofensiva de desprecio de que fuera víctima diez días antes; la ansiedad de Karen era casi la misma de entonces.

Porque sonó la campana y todo quedó ahí... para reanudarse cuatro días después, en que a la hora del recreo Karen exigió a la aterrorizada Betty que le contara lo que hacían, paso por paso, Ginger Rogers y Fred Astaire bailando juntos por primera vez en "Volando hacia Río". Betty intentó imitarlos. Intentó es un término modesto: "se rompió toda". Hasta rompió varias ramas de un laurel del jardín. Éxito cómico-coro-

"My cocoon tightens, colors tease,
I'm feeling for the air;
A dim capacity for wings
Degrees the dress I wear".

"¿Y esto qué es?" le preguntó sin la menor sospecha de la que se le iba a venir en cima.

"¿Palabras cruzadas? ¿Von qué oróan?"

Betty Ramsay lanzó una de esas gloriosas risas idiotas de los doce años.

"Cualquiera ve que son versos. ¿Mayos? Sí, tienen que ser tuyos".

"¿Y por qué no de Shakespeare? Blogiarlo a uno así y llamarlo imbécil... no le veo la diferencia" le contestó Karen arrancándole la hoja de las manos. A Betty le temblaron los labios; a Karen le estaban temblando por dentro otras cosas. Qué manera de gallarle aquella amiga; qué manera de repetirle otra vez el devenir de las cosas que el mundo en que vivían, toda aquella colonia inglesa de gente tan correcta y hospitalaria, tan fiel a Agatha Christie, tan señorial en el ministerio de la rosa, siempre pendiente de la llegada a Harrods de los frascos de mermelada de gengibre o de las latas de "shortcake" escocés, tan sentimental cuando escuchaba a Gracie Fields, convenientemente aponada por la súbita viudez de Marina de Grecia y patrióticamente escandalizada cuando, después de ver con frecuencia a Wallis Walford Simpson en las ilustraciones del "Tatler and Bystander", habían empezado a circular por entre la colonia, como ratas asustadas, los rumores que la vinculaban al rey; que toda aquella gente que hacía la caridad anónimamente y no dejaba nunca a los viejos morir solos, fuera tan torcamente sorda a la poesía; la poesía, que era la clave de todo. Para ella era lo mismo que si su familia hubiera pasado la vida en un frasco de Alcohol (memado guindado se habría sacado de sus primas!).

Y ahora, ni siquiera con el oído deslucrado y abierto de los doce años podía darse cuenta aquella pelirroja de mierda que el cuarteto, o lo que fuera, de Emily Dickinson que ella le había traído esa mañana era ^{el} ~~un~~ propio retrato patótico de Karen; el de una oruga a punto de reventar en mariposa cuya "incierta aptitud de alas estropea el vestido que lleva puesto".

Betty Ramsay se estaba llevando ya las manos a la boca cuando Karen lo gritó:

El boletero, cuyo sufrimiento lo daba quizá percpciones no comunes entre los de su género, adivinó con certeza y vio qué esfuerzo le estaba costando a Karen ser perspicaz y decente. "Ponga su nombre en el sobre, señorita. Y su teléfono. Si las vienen a reclamar yo lo avisaré; si no, venga a la hora de la función y espere hasta último momento. Ese señor... López (López ¿no?) puede darlas por perdidas. Pero ya están pagas y sería una lástima desperdiciarlas ¿no cree?"

Así se inició el viejo secreto de la pajarera en rojo y oro. Cuando de vuelta de las "matinées" su tía y su madre le preguntaban qué películas había visto, ella repetía el "résumé" de Betty Graham con tanta fidelidad que la familia empezó a tranquilizarse. La pubertad es muchas veces una bendición; esta chica se estaba normalizando; acabaría por gustarle Shirley Temple; quién sabe si por último no llegaba a hacerse verdaderamente amiga de sus primas. Quizá dejara de jugar al "basket-ball"; las amistades de la familia veían mal que se pasara tanto tiempo saltando y corriendo y dando golpes en la Asociación Cristiana Femenina.

Pero el hecho es que tantos buenos auspicios no se reflejaban en la cara de la niña. Por su amor por la ópera Karen se privó de tantas cosas durante dos años, anduvo tanto a pie para ahorrarse el importe del boleto de ómnibus o de subte, se quedó sin comprar "sandwiches" para la merienda durante tantos meses y renunció tan por completo al cine - y con ello a entender la acción de los dramas que veía - que finalmente, mirándose una tarde al espejo, se encontró con una cara parecida a la de Minnie cuando empieza a dejar su segundo y último pulmón en la lavandería adonde la ha lanzado su malentendido con Rodolfo.

Tanía hambre de Verdi y de Puccini y hasta de Wagner, pero tenía también todas las otras hambres de los 14 años. No sólo de pan vive el hombre, y no sólo de poesía y música la mujer, empezó a decirse. En la habitación del fondo de su casa había, apilados, cientos de libros que nadie leía, ni siquiera ella. Un día tomó dos y los vendió; como resultado de aquel robo la "Somnambula", acompañada por una caja entera de "Toffees", fue el paraíso, el supremo regalo de su vida hasta ese momento.

Música y poesía. Mientras no abrieran la boca, Gene y Dick, sus compañeros de row

gráfico como el suyo no volvió a registrarse nunca en la historia de la escuela.

Detrás de todo ello había, naturalmente, un secreto: Karen había descubierto la ópera, que era una cosa casi tan absurda como su familia, pero infinitamente más seductora. Cuando la gente cantaba su amor a voz en cuello... era lo mismo que subir al cielo. Hasta el amor entre gordos le llegaba a uno al corazón; hasta los gordos tenían derecho a enamorarse mientras entonaran aquellas romanzas. Lloró tanto con "Traviata" que estuvo dos días pensando si la felicidad no se expresaría únicamente por medio del llanto; si ese era el caso, los suyos debían ser desgraciadísimos, porque no hacían más que sonreír y sonreír, para decir "good morning", "good evening", "good night", para hacerle reprochos, para discutir si ese verano volverían a Hocochea, para decirle a los amigos cuánto los comovían e impresionaban los discursos de Churchill. Todos se reían despectivamente de la ópera, planta preciosa que desde Purcell parecía haberse secado en las húmedas pasturas de Albión. Y Karen no habría descubierto nunca aquella dulcísima tortura (En "Tchême" la hicieron callar varias veces, de tanto que hipaba) si no se hubiera atrevido a tener un gusto que en su casa habrían calificado de delincuencia pura.

Al bajar al "subte" una tarde pisó un sobre y lo recogió. Estaba abierto ^y tenía dentro dos entradas para la próxima "batañée" del Colón. Ninguna dirección, ningún indicio; nada. Se hallaba a cuatro pasos del teatro y decidió devolver esas localidades en bo-
lotería. "¿A nombre de quién?" le preguntó un hombre que parecía estar sufriendo muchísimo detrás de sus gafas y que sonreía con obstinación. "No sé. Una persona que viajaba conmigo en el subte las dejó caer distraídamente. No sé más que el apellido: López, pero ni dirección ni teléfono ni nada. Seguramente las vendrán a reclamar aquí". "Es difícil, señorita". ¡Señorita! Karen se sintió importante y se puso automáticamente en puntas de pie. "Lo más lógico es que se dirijan a Vd. ¿no?" En ese caso diró que he dejado las entradas aquí" contestó ella maldiciendo la honestidad que le habían enseñado en su casa. ¡Tenía tantas ganas de ver el Colón y de cerciorarse de que en el teatro había verdaderamente palcos "grillés", donde uno podía ver sin ser visto, como las señoras más o menos honestas que iban en otros tiempos a atisbar a las ruidosamente deshonestas desde los reservados de "Maxim's"!

¡Qué demonios! Sería un Capitán del Ejército no más. La guerra no iba a durar treinta años. Y si se aparecía en toda la superficie de las Islas Británicas un muchacho que fuera alto, rubio, bello, neurótico, capaz de ardimiento poético, de paciencia para la música y de emplear más de quinientas palabras cuando hablaba, se iría a vivir sola a Chelsea y se mezclaría con esas viejas de melena recortada que en los conciertos del Royal Albert Hall, según las fotos, se rascan la cabeza como si fuera un melón demasiado maduro mientras serben a Tchaikovsky por todos sus poros. Pero viviría su vida, su propia vida, por más incompleta que fuera. ¡Tanta música que queda sin oír y sin escribir; tan pocos libros de poesía que se venden! ¡Toda la belleza perdida e inundada en esta planeta; toda la majestad de Dios desperdiciada en tantos lectores de Agatha Christie! Pero ella estaba ahí para consumir, para alimentarse de la necesaria magia, para aplaudir y agradecerse a todos los Orfeos de la tierra. Todavía tenía muchos años de llanto por delante. Esto... si el "Talk of the Town" llegaba a destino, se dijo poniendo el dedo medio de cada mano sobre el índice antes de levantarse para restituir a aquellos labios negros el insuperable arrebol de los veinte años.

x²x

¡Qué esfuerzos tuvo que hacer Guy para no reír la noche siguiente, al hacer Miss Greyfield irrupción en el comedor! Reír avergonzadamente, en primer lugar. Si alguien le hubiera vaticinado alguna vez en Progreso el efecto totalmente afrodisíaco que la "papa hervida" iba a ejercer sobre un grupo surtido de hombres durante un viaje transatlántico, él habría calificado la profecía de maliciosa crueldad. Pero hasta el erotismo podía ser cuestión de latitud y de circunstancia en vez de irradiación entre orgánica y espiritual de la criatura humana, como Guy había creído siempre.

El escote en punta de Miss Greyfield, su blusa rosada y la complicada arquitectura de su peinado, uno de esos edificios trabajosos y largos de completar con que inglesas y norteamericanas, incomprensiblemente, iban a las fábricas a contribuir al "esfuerzo de guerra", agitó a los hombres de su mesa como una mano que les fuera subiendo por los muslos. Era increíble. Desde el otro extremo de la mesa Pierre se levantó para respirar su perfume dulzón - "Shocking" de Schiaparelli - ; el contraalmirante

no, eran la poesía encaramada: rubia, alta, de brazos fuertes y curvas antinópticas, uno con los ojos siempre húmedos y otro incapaz de sostener la mirada de Karen por más de dos o tres segundos. Polísimas se producían por nonosílabos, casi todas de carácter técnico. Pero envejecían; se parecían a sus padres; la poesía del físico se iría al cuerno. ¿Qué le quedaba entonces? Los otros "buenos brazos" de pelo remeado y charolado sonreían siempre también, pero orgullosamente pagados de sí mismos, y miraban a una chica como si le fueran a hacer inmediatamente el favor de desflorarla. Uno se metían con ella de cuando en cuando, y cuando los tenía bien cerca ¡qué patadas estupidas les daba algunas veces!

Poesía y música: mirar a Gene y Dick. Una su mundo, pero no era el mundo. Y nunca haría lo que quería, nunca sería ella misma. Hasta que vino la guerra, un protesto patriótico para liberarse de su familia y para que su familia se liberara de ella. "¡Lo único que faltaba, tener una Hija que fuera Capitán del Ejército!" gritó su padre al escuchar la vehemente proposición de Karen. ¿Y por qué no? ¡Puesto que había un ejército de majores! Guerra a ella no le faltaba; coraje tampoco. Insistió y pinchó y jorrobó, hasta que un día el viejo Sr. Donald dejó de sonreír y dio un par de tronitruantes puñetazos en la mesa. Una semana después descubrió el robo de los libros. Karen confesó su delito con entusiasmo, casi con orgullo; conseguida sintió que este deshonor era por fin la clave de la libertad, el pasaporte final al territorio de la aventura. Su padre la echaría de su casa, pero ella tenía adónde acudir.

Pero la bomba que dejó caer en aquel congreso permanente de sonrisas al mostrarles que se había alistado ^{provocó} ~~era~~ una catástrofe con la que Karen no contaba. ¡La querían; la querían todos! Su madre, su padre, sus hermanos, su tía, sus asquerosas primas. No la comprendían pero la querían. ¡Qué mundo más loco!

Pero no aflojó. Esa misma tarde, para olvidarse de tantas lágrimas, se estuvo una media hora dándole de golpes a un "punching-ball", como consecuencia de lo cual casi no pudo mover los brazos durante tres días. No la iban a atrapar así, como una muez ahogada en un mar de jalea de membrillo; porque de repente el carriño de los Sr. Donald se puso tan pegajoso como aquel postre que ya estaba echando de menos antes de tomarlo por última vez.

"Un renglón hay en el cielo para mí.
Lo veo, lo estoy mirando;
no lo puedo traducir;
es cifrado."

(José Moreno Villa - "La verdad")

Mildred cerró la puerta de su camarote y le echó la tranca. El incidente atlántico y el "jamboree" alcohólico que había suscitado al clausurarse le daban por fin este respiro, este lujo casi árabe de la soledad. Al fin estaba sola para llorar a pleno pulmón y con rabia si quería; sola para gritar, para rasgarse las ropas. Ganas no le faltaban; todo lo contrario. Modelos tampoco. Medea, Electra, Clitemnestra; tenía estilos diversos entre los que escoger para gritar su odio por el hombre. De algo sirve dar clases de literatura; hay frases que se le vuelven a uno refranes en la mente.

Era difícil que alguien la escuchara, y si la escuchaban desde fuera dirían: "Todas las solteronas cursis son iguales: en el pecho llevan un griterío atrida que tienen que soltar alguna vez. Las otras gritan en el orgasmo; por eso son monas cursis".

Los sollozos la sacudieron apenas se tiró en su litera. Nada estaba curado ni cicatrizado; habían pasado dieciocho años y su horror, su aversión por la especie humana, su desesperación por haber nacido, estaban tan de pie como en la primera mañana, tan vivos como al llegar al "chalet", llena de sangre y de olor a mar, a pedir socorro a sus amigos.

Dieciocho años de representar ante la madre y los hermanos la comedia de la resignación. Qué baldíos, que inútiles. Al oír el cañonazo del barco norteamericano había sentido por primera vez hacía una hora esa tranquilidad que era tan experta en simular, tanto que en estos últimos tiempos hasta ella misma creía que todo estaba enterrado o casi enterrado en las cámaras últimas del olvido. Pero aquel horror vivido una vez hasta en la médula de los huesos no estaba momificado; era un fakir de esos que alguien desentierra y que de repente vuelve a respirar, a mirar a los

denás en la cara con una mirada que parece venir de otros cielos, de otras galaxias. Mientras tejía en cubierta, y al verla mover los labios unos creían que rezaba y otros que estaba contando puntos, Mildred, sin darse cuenta de lo que hacía, estaba murmurando: "Si se hundiera ahora el barco y yo muriera, ¡qué suerte! Todos dirían "¡Qué desgracia!" pero yo: "¡qué suerte". Todo se lo imputarían al destino. Yo no tendría que matarme: no mataría el destino. Ya pudo ver el golpe bajo que fue para todos aquel suicidio al llegar la noticia de Inglaterra. Toda la familia sintió una especie de culpa colectiva, todos, como si yo hubiera sido en alguna forma la causante de lo que pasó. Pero ahora han dicho: "No quiero tener novia; no quiero o no puedo; ya no se puede casar. Es lógico que vaya a hacer algo por mi país, completamente lógico." Lo han dicho todos: Belló y Teddy con un suspiro de alivio, estoy segura. Por más que yo sonriera, y saliera y fuera a bailes, o hiciera fiestas a mis sobrinos y no me perdiera sábado en alguno de los "clubs", mi presencia en la casa era un testimonio poroso del escándalo y una especie de acusación contra todos ellos. Acusación por haber quedado enteros, por llevar vidas más o menos normales; pero acusación al fin. ¡Por qué no me habré muerto ahora! O antes. Antes, sí; me debieron haber matado antes en vez de haberme dejado rota en mil pedazos, sin confianza en nada ni en nadie por el resto de mi vida. Asesinos. Aquella mañana me mataron... "nos" mataron varias veces. Nunca se ha asesinado a nadie como nos asesinaron a los dos. Qué sarcasmo, resucitar después de haber muerto tantas veces".

El acceso de llanto que la sacudió enseguida - un llanto de la Hólade, cortado por agudos gritos mediterráneos, como si las olas esperaran para hacerlo coro - era como un gran grito que pegara a los suyos: "¡Cobardes! ¡Vds. creen que basta con "sentirlo"? ¿Qué han sentido Vds., cómo lo han sentido? Como una vergüenza; lo primero ha sido cada uno de Vds., naturalmente. Como una vergüenza; el pecado original es el del egoísmo. ¿Quién ha pensado en mí, en lo que pasaba por dentro de mí, en mi vida rota, mi cuerpo roto, mi alma desgarrada como si hubieran estado haciendo vendas con ella para tanta sangre y tanta violación, tanta, tanta violación de tantas cosas sagradas para una mujer y un hombre?"

Pero aquella cobija, con su única litera cubierta por una colcha verde, su sofá y sus dos sillas tapizadas de verde y marrón - "colores que la clase media había impuesto como pendones de su mediocridad en el gran campamento gitano que era Inglaterra en aquellos días", dijo el anfitrión - ostentaba el lujo supremo del espacio. Y el espacio era allí el homenaje que la autoridad rendía al rango, a la jerarquía, como vaticinio de un tiempo en que una humanidad enloquecida acabaría por pagar cada centímetro cúbico de él a precio de oro.

Un vistazo al recinto quitó inmediatamente a Guy la sensación de enclausamiento, de cárcel que cada día le iba dando más el barco (y que no le era del todo desagradable: "En el anonimato y el encierro está la paz", se decía). Inmediatamente también se sintió de vuelta en Progreso, en los tibios prados de la cortezan anglosajona, con su opinión encorsetada, su pasión linada, su individualidad ahogada; todas aquellas razones negativas que, juntas, hacían quizá la verdadera civilización.

Detrás suyo entró Frank, queriendo peinarlo a cabezazo limpio las mechas que le caían sobre los ojos porque llevaba las manos ocupadas con dos platos de "sandwiches", unos de Cheshire y otros de "corned beef".

"Aquí tienen Vds. el caviar y el foie-gras de la casa", dijo irónicamente con aquellas "ach" y "och" tan abiertas que parecía que iban a reventarlo en la boca.

"Que nunca nos falten" dijo Mildred Stokes, soltando su especie de amón casi como un suspiro. Tenía todas sus joyas de oro, su mejor vestido negro, su mejor sonrisa; nadie la había visto así hasta entonces. Pierre, Anesaua y ella - los tres vaso en mano - completaban el "party". El camarero tomó una fuente llena de bebidas y la puso frente a Guy.

"Jerez seco, Scotch, Martinis, Manhattans, sir" le dijo.

Guy tomó una copa de jerez pálido y, al pensar en el sol que contenía dentro, se le hizo agua la imaginación.

"Yo quiero un poco de Shakespeare" dijo el contraalmirante.

"Se lo ruego; no en horas de servicio, sir".

"¿Quieres que me queje al Capitán?"

Estaba lanzada y se puso a gritar con gritos retónicos durante años y años en las habitaciones en sombra de la casa del Tigro; gritos ahogados contra los alfileros, contra los volantes de chintz, contra cientos y cientos de pañuelos. Durante diez años no la dejaron nunca sola. Era inútil que dijera que iba a salir "a estirar las piernas". Si hubiera dicho que casi todos los días sentía necesidad de gritar, la habrían llevado a un psiquiatra del que habría sido perfectamente inútil esperar unas palabras inteligentes como las que ella necesitaba: "¡Pues grite, grite hasta desgastarse! Nada mejor para su caso; hay montones de sitios por ahí donde se puede desahogar. ¡Grito!"

¡Ah, gritar, gritar por fin; decirle a Dios, al "fatum", a quien fuera, que ella no era lo "egody goody" que los demás creían; que era una especie de primosa de barrio a quien en poco más de una hora le habían cambiado la lámpara maravillosa del amor por otra, agujerada, cuyo aceite rezumaba salvajismo y odio! Odio no era estar loco. No en su caso por lo menos. Era lo normal, lo justo. Pero nunca había podido gritar su odio, ni siquiera de madrugada en aquel barco, donde las chicas se habrían pegado un susto de padre y señor mío al oírlo a lo lejos y no verla junto a ellas, siempre vigilante. Y la sórdida historia habría salido a luz y la habría acompañado al cuartel de Inglaterra adonde iba a ganar su soledad castigándose. Y quizá a gritar también; en Inglaterra quedaban muchos bosques solitarios, muchos senderos perdidos por el campo. Mientras tanto, si el barco se hundía de verdad, aprovecharía los últimos momentos para lanzar alaridos como éstos: era mejor llegar al purgatorio o al infierno aligerada de aquella carga terrible de gritos que llevaba dentro.

x^x
x^x

A las seis en punto de la tarde Guy entraba en el camarote del contraalmirante Platon-Cadbury, trozo de un mundo cuya existencia en el barco no había sospechado hasta esa mañana. Fuera de allí todo sugería la emergencia, la necesidad; el único lujo estaba en aquellos círculos de tiza a los que, cuando el aburrimiento se hacía más agudo, ciertos pasajeros arrojaban, con ilusión de destreza, redonditos de cuerda que luego no encontraban por ninguna parte.

"No, por favor. Pero ¡qué dirán los señores!"

"Se divertirán. Lo hace Vd. estupendamente. Vamos".

Frank dejó la bandeja sobre la mesa, soltó una risilla atardecida, se encorrió de hombros y echó para atrás con la mano el mechón que le había caído sobre la frente. Luego abrió completamente los ojos redondos como quien ve visiones, frunció la boca redondeándola y levantó los brazos a los lados del cuerpo dejando colgar las manos como apéndicos de alas rotas. El efecto cómico era casi irresistible, pero nadie sabía si deliberado o no, de modo que los circunstantes se limitaron a sonreír. Inseguida comenzó el camarero el breve monólogo final de Puck en "Sueño de una noche de verano":

"If we shadows have offended
Think but this, and all is mended;
That you have but slumbered here
While these visions did appear.
And this weak and idle theme..."

La voz de hombre cabal parecía sugerir una reaparición de los fantasmas de Macbeth pidiendo disculpas por recordar el olor y el sabor del crimen. Pero el ojo cerabundo de pajarraco y las manos flotantes de zafiro subrayaban la burla del diablillo que sigue sin arrepentimientos de ningún especie el artificio de la costumbre al requerir el perdón de sus espectadores. El contraste era maestro. Todos rieron y aplaudieron y él aprovechó las risas para desaparecer.

"Un tipo sorprendente" dijo Guy.

"¡Bah! Los "pubs" de Londres están llenos de genios histriónicos como éste" comentó Platon-Cadbury. "Todos dominan a maravilla el arte de burlarse de sí mismos; pero nadie podría martillarles en la cabeza la industria de ser otros por un par de horas... y en serio".

"Creo que me va a gustar Londres" murmuró Guy levantando su vaso.

"Pero tiene que darle tiempo. Londres requiere paciencia, como las mujeres" siguió el anfitrión mientras se levantaba para cambiar los vasos de Amosca y de Pierre. Guy aprovechó el momento para preguntarles:

"¿Qué novedades? ¿Es Freetown por fin?"

"Parece que sí. ¡Qué imbéciles!" dijo Pierre.

El contralmirante, desde su rincón, se encogió de hombros.

"Estas cosas se deciden siempre desde un gabinete, no frente a los torpedos y las ametralladoras. El arte naval, como el militar, se compone de una increíble serie de errores que el enemigo llama geniales victorias" dijo. "Pero no estamos aquí para hablar de eso. Los he citado para pasar un buen rato. Es costumbre mía que, tarde o temprano, mis invitados hagan siempre un número de varioté. Vamos a ver, Mildred, Vd. ¿qué instrumento toca?"

"¿Qué instrumentos hay aquí?"

"Pues... tenemos varios hombres, y hay también un ouija board" .

"¿Ouija board?" preguntó Guy encareciendo las cejas.

"Sí, una especie de cítara con la que uno interroga al destino. En vez de cuerdas hay letras. Yo diría, Mildred, que Vd. ..."

"¿... que tengo comercio con los espíritus? ¿Me ve cara de eso?" preguntó ella riendo.

"¡Hucha. Manos a la obra".

"Pues se equivoca. Pero puede que nos divirtamos un rato. En cuanto a Vds. los hombres, casi todos parecen tener alguna cuerda floja; como instrumentos, no habrá uno que no desafine!" le contestó sonriendo la espléndida patrona. Espléndida, compuesta, llena de dominio de sí misma; una mujer que, con toda seguridad, no había tenido un problema en su vida. "¡Claro! ¡Como los ingleses no sienten!" habría dicho con su sonrisa más sabihonda Adolfo Cortés.

Retirando las dos bandejas que cubrían la mesa redonda, Platon-Cadbury las dejó sobre una cómoda. De un cajón de ésta extrajo un cartón doblado en dos y forrado con una imitación de cuero, un vasito, un "block" de apuntes y un lápiz. El cartón tenía impresas las letras del alfabeto siguiendo el orden de las horas en la esfera de un reloj, con un "yes" y un "no" intercalados a la altura de las doce y de las seis.

El viajero hizo un esfuerzo por recordar dónde había visto aquéllo, donde había oído hablar de aquel juego a simple vista tan infantil como el tablero instalado

tres veces por semana en el "loungo" por donde, a golpes de cubilete que les costaban seis poniques por carrera a los voluntarios más libertinos, avanzaban unos elegantes caballos de plomo; y después de unos segundos le vino a la memoria aquel sanatorio para tuberculosos de Thomas Ham en "La montaña mágica" donde Hans ¿era Hans el héroe? - tiene sus primeros contactos con el más allá. "Un fantasma. Al final aparecía un fantasma del primer cuarto" pensó Guy de repente, y levantó los ojos hacia Mildred con asombro.

"No me mire con esa alarma: no soy ninguna bruja" le dijo ella. "El vasito habla, pero todos tenemos que ayudarlo a hablar".

"¿Ayudarlo cómo?"

"Ya verá".

"Perdóneme, pero yo no creo en esas paparruchas" afirmó Anescua con cierta altanería.

"Perfecto. Así apuntará lo que el vaso diga. Cuanto más desconfiado sea el que apunte, mejor" contestó ella, sin dejarse amedrontar por el escepticismo romántico de aquel liberal de 1910. "¿Quién más, antes de ver lo que va a pasar, está dispuesto a calificarlo de paparrucha?" preguntó luego sin dirigirse directamente a Pierre o a Guy. Silencio. "Bien. Si todos vamos a ello de buena fe, creo que algo pasará. Lo importante es que el vasito no sienta ninguna influencia negativa".

Anescua, "block" de apuntes y lápiz en mano, soltó una risa nerviosa. Acodados todos en torno a la mesa, el anfitrión se instaló en su litera luego de haber apagado la luz central del camarote y dejar solamente la que descendía sobre el lavabo. Por último, colocó boca abajo el pequeño recipiente en el centro del "ouija board".

"La cosa es muy sencilla" dijo Platon-Jadbury. "Nosotros cuatro vamos a apoyar la yema del dedo en el pie del vaso. Pero apenas, apenas. Empujarlo es físicamente imposible. Cuando se lanza a escribir sus mensajes a toda carrera, ya verán que muchas veces el dedo de uno se le queda en el aire. Vuelvan a apoyarlo entonces en la base, en el borde de la base, pero muy ligeramente".

"Si no suena a toda velocidad" intervino Amescua aforrado a su racionalismo con la misma furia que un árabe a su religión, "Es porque alguien lo empuja".

El contraalmirante, sonriendo, sacudió la cabeza.

"¿Qué hombre" dijo. "Calle, observe y apunte". Y dirigiéndose a Mildred:

"¿Le hacemos alguna pregunta?"

"La de costumbre".

"Sí".

Hubo un silencio en que los cuatro actores del juego - en algún caso con cierto temblor - apoyaron el índice en la superficie lisa y recta que les ofrecía el vasito dado vuelta. Luego Amescua, repitiendo su sonrisa nerviosa, preguntó:

"Bueno ¿y ahora qué?"

"Hay que esperar. Cuando esté pronto para actuar, ya se moverá solo".

"Solo, sí; solo ¡con cuatro dedos encima! dijo Amescua con infantil obstinación.

"Calle, hombre, calle" lo repitió Flaton-Cadbury. Pasaron unos segundos más. El vasito, finalmente, empezó a girar con discreción en torno al punto central de la mesa en que el anfitrión lo había puesto.

"¿Tiene algún mensaje para alguien?"

Sorprendido con la violencia de su arrancón a los cuatro dedos en él apoyados, el frágil instrumento se dirigió sin vacilar hacia el "sí".

"¿Para quién?" dijo Mildred.

El vaso fue de una manera vacilante hacia la "n"; luego, más decidido, hacia la "a". La "ch" la formó con una rapidez que hizo que el dedo de Pierre lo perdiera. Al ir hacia la "i", Amescua, adelantándose involuntariamente a los acontecimientos, formó una "o" con sus labios y luego los apretó hacia adentro; denuncia inútil de su inquietud porque nadie levantó la cabeza para mirarlo.

"Machito" dijo Pierre al completarse el nombre. Los hombres rieron.

"No me atrevo a preguntar si hay aquí algún machito; buena me pondrían" dijo Mildred con la sonrisa fácil y la mirada dura.

"Vamos a ver qué mensaje es ese" se atrevió a decir Amescua después de una corta

lucha interior, bien justificada por la risa un poco brutal de los otros tres hombres.

"Muy bien" dijo Hildrod. "Apunto y no piense en buoyes perdidos, Amescua".

No eran buoyes; eran seres perdidos. Seres, seres perdidos. "Machito" lo llamaba en la intimidad del lecho una tía suya viuda; tía política y no carnal; ahí no había habido ni remotamente traza de incesto, argumentaba él en secreto con el último eco de sus moralinas de 1918. Poco después de haber cumplido los quince, aquella "amoureuse" industriosa e imaginativa lo había iniciado sexualmente; pero si no hubiera sido por él, por su entusiasta complicidad, las calidades orbíneas que la distinguían habrían quedado totalmente desperdiciadas en esta vida. ¡Ah, Matilde, Matilde! ¡qué hembra; qué maravillosa verdad animal! ¡Y qué artista; qué gracia asiática florecía en sus dedos, en todos los revivimientos de su cuerpo! La tenía enterrada desde hacía cerca de treinta y cinco años. El, que se creía tan sensible, tan decento, tan humano.

En treinta y cinco años no había pensado en ella una sola vez. Sí, quizá una vez o dos; pero nunca con el latido entero, con la gratitud de poro y de imaginación que debió haber puesto en el recuerdo. Mucha de la fuerza moral y mental de Amescua se debía a aquellos dos años de amores que mucha gente consideraría culpables aún ahora; pero ¿cómo se podía ser culpable siendo tan uno mismo y tan furiosamente feliz? Esa vez - o veces - en que se habló de higiene sexual, Amescua había comprendido bien el término; todas sus vertientes odípiacas habían quedado lavadas en aquel lecho sabio y acogedor. Pero había pensado en ella un segundo apenas; había pensado en ella como en un agente de clínica médica, no como el primer grito de poesía de su carne; y ahora Matilde, desde la tiniebla de otra dimensión, venía a reprochárselo. "¡Machito!"

¡Todo revivía ahora con tanto color, tan tumultuosamente! Poco después de terminado el romance con la partida de él para Madrid, la tía murió. "De arrepentimiento" habrían dicho las vecinas si se hubieran atrevido a imaginar semejante "liaison". "De soledad" se dijo entonces Amescua que, bachiller en ciernes, nada pudo hacer por impedir la separación.

Nadie, fuera de ellos dos, supo nunca que ella lo llamaba así; Matilde lo decía "Maohito" al oído como quien le hisiera cosquillas con un plumero. El moto nunca fue pronunciado en voz alta; aquella era una pasión secreta, resuelto siempre en exaltados murmullos cuando el orgasmo isócrono subía en los dos desde sus centros sin brandidos, sin exclamaciones, apenas con un jadeo voluntariamente amordazado.

El que alguno de los presentes pudiera recoger ahora en su subconsciente aquel término, "Maohito", era increíble. Telepatía, desde luego, no podía haber; él no la había recordado en treinta y cinco años y tampoco había pensado en ella ahora; ¿o es que hay pensamientos que uno no se da cuenta que tiene? Estaba lleno de la muerte de su mujer; esa muerte que había deseado más de una vez cuando ella se ponía cerril, hostil, municipal, y lo arrastraba a su mundo terroro de cuentas de gas y de orden entre los papeles y las ropas, mundo que él rechazaba como un capricho inhumano.

Cinco o seis imágenes de su amor con Matilde saltaron a la mente del andaluz mientras el vasito corría de un lado a otro de la mesa escribiendo su mensaje. "Anita" - este otro nombre le hizo saltar en el asiento - "está bien, está con tu madre desde agosto".

"No puede ser" dijo él en voz alta y contra su voluntad.

"Con eso nos quiere decir que es así". ¡Ah, Amescua!" comentó Pierro mirándolo en los ojos. "Buono, ya no nos preocupamos más por Vd. Mientras haya alguna Anita por ahí, habrá esperanza".

"Vd. no sabe bien lo que dice" respondió con una vehemencia desusada en él. "Pero esto no puede ser, no puede ser. Yo sé que ninguno de Vds. ha venido aquí a burlarse de mí; pero aunque quisieran hacerlo, no sería en esta forma; imposible".

Mildred le lanzó una risa discreta a la cara.

"¿No podría ser un poco más coherente? ¿O por lo menos más cortés?"

"Perdón. Lo que quiero decir es que nadie aquí sabe quién es Anita. Es una hija mía que yo no he querido reconocer, que he castigado así sin tener ella la culpa. Hace seis años que no sé nada de Anita. ¿Será posible que los espíritus se dediquen

"a hacer chistes de mal gusto?" protestó, desasosegado como un gitano en cuyo casino se hubiera cruzado un gato negro.

Dirigiéndose esta vez a una presencia invisible, que parecía hallarse en el centro del camarote, Mildred dijo:

"Ya lo ha oído. ¿Tiene algo que responder?"

"Carta en Londres" fue la laconica y no muy efusiva frase del vasito, inseguro esta vez, como si Ameseua le hubiera contagiado su propia turbación.

"Carta en Londres" repitió Guy. "Ahí tiene. Dentro de pocos días lo podrá comprobar".

"¿Carta en Londres? Más increíble todavía. ¿Cómo pueden quedarse tan impávidos? ¿Les parece natural todo esto?"

"Natural, no; en todo caso, sobrenatural... pero para mí lógico" lo dijo el contraalmirante jadeando un poco más que de costumbre.

"¿Qué barbaridad! Si lo ^{suplicia} ~~señala~~ no habría venido" siguió Ameseua. Y Pierre:

"Hombre, no se ponga truculento; no es para tanto".

Truculento no se sentía; se sentía sacudido, y no por la idea de la muerte, como los dos últimos meses, sino, curiosamente, por la idea de la vida. Y sin saber lo exaltado que estaba y que parecía, gritó casi:

"¿Que no es para tanto? Si todo lo que aprende uno con los años le sirve nada más que para rechazar el milagro, la vida es una aventura inútil".

"¿Tanto miedo le da la idea de un mundo ultraterreno?" le preguntó un tanto irónicamente el anfitrión, bajando el tono.

"Miedo, no. Pero no me gustaría tener que revisar todo lo que sé y todo lo poco que espero ya" dijo Ameseua. El silencio que se hizo fue largo, cortado por choques de líquido, por cubos de hielo que tintineaban en las vasas, por el ritmo de avidos de alguna garganta poco mandana. Luego, de pronto, los cuatro dedos volvieron automáticamente a su trámite galostromagnético? ¿psíquico? metafísico? mientras Mildred invitaba a sus compañeros a hacer alguna pregunta.

"¿Le haría la que se cae de su peso" contestó el contraalmirante. "Supongo que todo"

dos queremos saber si el viaje terminará bien".

La carrera del vasito de una letra a otro fue tan vertiginosa que Amescua, al ir tomando nota, no pudo sacarle al mensaje ningún sentido. Solo después de leerlo dos veces las palabras se recortaron claras:

"El el Capitán se porta como un hombre".

La risotada masculina fue más compacta esta vez. Automáticamente, anfitrión e invitados buscaron sus "cuchillos" y los apuraron. Con lo que él quiso que fuera gracia jocunda y resultó apenas aspiración osmática, Platon-Cadbury preguntó:

"Hay que averiguar si el Capitán es capaz de portarse como un hombre. ¿Qué se le ocurre a Ud., Mildred?"

"¿A mí? A mí, nada!" contestó ella sin más vueltas. Por los ojos le pasó una cresta de furia, sin embargo; espuma que todavía le quedaba de la tempestad de gritos del mediodía. "Si yo fuera la encargada de averiguarlo, nos quedaríamos todos a la cuarta pregunta. Hay hombres que estimo como amigos. Pero cualquier otra cosa... ugh" siguió con la onomatopeya inglesa de asco que tan bien reemplaza al anticuado "puah" latino. "En el mejor de los casos la idea me da repulsión, y en el peor, verdadero horror. Horror ¿sabe? horror".

"Caramba" dijo enigmáticamente Platon-Cadbury: "El vasito habla más de la cuenta... aunque no hable".

"Pero tiene que haber alguna razón, Mildred..." Guy se mordió los labios y no siguió; pero la miró con la afectuosa inquietud de un hermano.

Amescua, ajeno ahora a todo lo que lo rodeaba, habitando brumosas provincias del pasado, bebió de un golpe otro de los vasos llenos que había a mano sin darse cuenta siquiera de qué tenía dentro.

"Hay una razón, desde luego" contestó Mildred a Guy. Una razón como una casa. Siempre la hay para todo". Y luego, con una sonrisa: "Si el Capitán es hombre - vale decir, si salimos con vida de este viaje - le prometo que se la diré". En el suelo, junto a su silla, la radiante pomona romana tenía una botella de vodka de la que se sirvió un buen lapo. Luego, siempre dirigiéndose a Guy, dijo: "Y Ud... Ud. no

tiene nada que preguntarle al vasito?"

"Para todo lo que no interesa se necesita muerte, Mildred. Prefiero quedarme a oscuras a saber, por ejemplo, que no lo vendré nunca en gran escala. Me gustaría, sí, que con un brinco me dijieran si se comercializó otra vez. Ya vos lo más curul de todos pero ¡qué quiero! todos tenemos nuestras grandes fallas".

Después de la última vida de Mildred se produjo otro de esos silencios que sólo los ingleses aprendieron bien. El funcionamiento del tabuleo tardó mucho más tiempo en comenzar que en las partidas de los otros. Dos veces se dirigió a la mano izquierda - una ole y una de - para luego volver desorientadamente al centro de la mesa. Mildred quitó el "block" y el lápiz de manos de Anesma, rotó el dedo de Guy del vaso y, tomando la mano del conde, lo reemplazó por el de éste.

"Así la cosa quedará mejor, ¿verdad?" dijo a Guy. "Yo apuntaré lo que salga".

Ella inmediatamente cubrió la mesa blanca y el destino había razón. Pocos segundos después el vasito comenzó su peregrinación de letra en letra, aunque como frías y secas como antes. Pero su afirmación fue más alébrica que las precedentes:

"Idealiza demasiado a la mujer".

"Eso no es una contestación" protestó Guy. Y ella, con otra de sus incomparables sonrisas:

"¿Por qué? A buen entendedor, pocas palabras".

"Pregunto si hay algo más, por favor".

"Ya está preguntado" dijo Mildred.

"No está hombre para este mundo" fue la frase rápida y serena del vasito.

Otro momento de silencio. Esto les pareció increíble hasta a los ingleses.

"¿Alguna quiero saber alguna otra cosa?" inquirió por fin Mildred, mirando por turno a los cuatro hombres. Nadie abrió la boca para contestar. Ella volvió a mirar al vasito. "Si hay un mensaje más, díganos para quién".

El vasito tardó más tiempo en moverse esta vez. En la densidad del silencio que volvió a cubrir el recinto como una gran compresa fría pasaron por la cabeza de Mildred y de Guy - como antes por la de Anesma - incoherentes visiones del pasado, con-

no si alguien los estuviera mostrando instantáneas clandestinas de su vida. El andaluz se enderezó y se sentó en el borde del sofá. Había recuperado el color olivo de su piel; tenía los ojos limpios y claros; volvía a vivir.

"Pietro" dijo el vaso después de agitarse vanamente unos segundos por el centro de la mesa.

"Muy bien. Hablo".

El vaso volvió a moverse con franqueza en un momento u otro de su recorrida. Todos perdieron contacto con él. Pero la larga frase fue una de esas que los seres vivos forman con lentitud y forman con gravedad:

"Lo eres lo que los demás creen, pero tampoco eres lo que hú eres".

La risa fue tan general que Platon-Cadbury creyó oportuno dar por terminada la "sesión" con esta nota afirmativa. Mientras él y Pietro volvían al pueblo a su sitio Guy miró al grupo. Excepto Hildred, que tenía los ojos demasiado brillantes - probablemente por culpa del vodka - en todas las demás caras había la misma expresión terrenal de quien acaba un partido de "bridge". El también la tendría; no hay por sí que el que no quiere ver, paseé banalmente.

En un santiamén todo recobró la disposición inicial. Al guardar las fichas y el vasito, Platon-Cadbury vio que Hildred había distribuido ya más "cocktails" entre sus invitados y que se acercaba a él con un Manhattan. El tomó un vaso y le pidió de vodka para responder a la cortonía.

"La sesión ha sido breve, pero muy instructiva" dijo. "Disculpada, colega en mi-rogina".

"No transferramos ahora un "handicap" en virtud" replicó ella, sin imaginar qué norvia secreto podía estar haciendo con sus palabras. Pero ya Guy estaba junto a ellos y Hildred le dedicó toda su atención.

"Explíqueme ahora la frase del vasito. No lo sabe, Hildred. Vd. es..."

"La bruja certificada de esta "sesión" me? interrumpió ella riendo. "Muy bien. Para mí "idealiza demasiado a la mujer" quiere decir que le tiene miedo." El sonrió. "Y si la idealiza demasiado, no habrá nunca amor en su vida, porque amor es

querer uno mismo, darse (el objeto no importa) y quien idealiza, se idealiza también a sí mismo: vale decir, que ningún objeto de su amor, visto de cerca, le parecerá digno".

"¿Cómo cómo cómo?" dijo Guy con un nombre demasiado intenso para que no pareciera fingido.

"Ya no ha oído".

"Ya la ha oído" repitió Platen-Cadbury. "Falta ver si esa... presencia dijo algo de verdad. "Cómo toma nuestro amigo" - la cabeza indicó a Amosua - "algunos de los que hablan por medio del visito son muy chuscos y a algunos les gustan las bromas groseras, como a los hombres de carne y hueso. Pero yo creo que la cosa ha sido más simple. "Idealiza demasiado a la mujer" debe querer decir "Está enamorado de su marido".

"Todos lo estamos" dijo Guy, poniéndose en guardia.

"Pero algunos lo hacemos con otras criaturas. Es más tranquilizador".

"Ya apareció Freud, el hombre de las grandes culpas, como todos los genios de este siglo. ¿qué honor ganado con el fin de las inhibiciones? Ahora nos creemos todos susceptibles de todas las aberraciones y temores todos los complejos de culpa" dijo Guy. Y el contralmirante, ofreciéndole otro jerez:

"Los romanos lo hacían mejor, quizá porque Cristo no había recibido órdenes superiores de nacer todavía".

Frank entró con una gran fuente de croquetas de bacalao calientes.

"Himn. Esto se está convirtiendo en una verdadera orgía" dijo Mildred.

"Ay, Mildred, no diga esa palabra porque me empieza a trabajar la imaginación y la voz mezclada a todos nosotros en unos trámites que..."

Ella cortó violentamente la frase de Pierro. "No sea grosero y coma, de Grut. Co ma. Ya está borracho. Como no se le pase enseguida y no cambie de tono, no marche inmediatamente".

"Mildred, por favor! ¡Es una broma!"

"¿No me ha oído antes? ¿No ha oído la palabra asco y la palabrahorrer? Cuando

una mujer se atreve a decirles, lo menos que se puede esperar es un poco de respeto por ellas".

"Yo no la entiendo, Mildred". Plater-Gadbury intervenía en la conversación aparentemente contra su voluntad. "Una mujer que dice tanto como Vd. con su presencia, que dice... y promete. Una mujer en todo su esplendor. Siempre que aparece en alguna parte se siente como si hubiera una aureola de amor en torno suyo".

"¿Y qué piensa Vd., que estoy contra el amor?" murmuró Mildred con absoluta simplicidad, como si se dirigiera al médico de la familia. "Sin todas las formas sublimadas del amor sería imposible vivir, pensar, sentir. Pero yo creo encontrarme entre caballeros y después de todo, esto es un orgía (no) no una sesión psicoanalítica. Vamos a dejarnos de tonterías. Mi vaso está vacío, contraalmirante".

La leve corriente eléctrica de encanto que circuló por aquel diálogo hizo que nadie reparara en Anescua. Guy se volvió en determinado momento a él y lo vio con el rostro hundido en las manos. Acercándose a él, lo puso una mano en el hombro, gesto que lo hizo levantar la cabeza bruscamente; pero tenía una sonrisa radiante en vez de las lágrimas que su amigo esperaba.

"¡Perdona! He interrumpido un éxtasis" dijo Guy riendo. "¿qué vergüenza!"

"La mía, la mía. Qué ciego he estado al olvidar todo el amor que he recibido y todo el que tengo para dar... aunque parezca mentira".

Del toronto hacinado en otros rincones se escapó una par de coronadas. Frank había regresado con una bandeja llena de "cocktails" frescos. En la otra quedaban, aburridos y tibios, dos Manhattans.

"Aquí no se desperdicia nada" dijo Anescua, apoderándose de ambos y bebiéndolos ante la sonrisa general.

Todos se volvieron a sentar. El vientecillo del más allá - o de un "más acá" absolutamente imprevisible - se había disipado en la habitación, pero todavía seguían pasando por los canales de sentimiento de cada uno las ondas de choque de todos aquellos avisos, recuerdos, juicios. Durante varios minutos se vaciaron copas y se reemplazaron por otras llenas. La conversación empezó a desvalorizarse en centínos

de temas y medios ponquos de ideas. Dominando la chéchara un poco bisbiseada y ya ligeramente incoherente, Platon-Cadbury arremangó el labio superior contra los dientes sin cuidarse de mostrar o no un poco de onofa de goma, y con los incisivos así recortados y los ojos de huevo duro con maçonosa que puso, sólo le faltaba decir "lovely" un poco como si las olas fueran olas para evocar la imagen de Miss Greyfield y hacer tumbar de risa a sus invitados. Eso fue precisamente lo que ocurrió.

Hubo al final del "divertimento" otra indeseable pausa de tres o cuatro segundos. Amescua salió a cortarla con una pregunta impertinente:

"¿Y por qué idealiza Vd. tanto a la mujer, Delatour?"

"¿Pero no ha oído a Mildred? ¿No me ha oído a mí?" le preguntó a su vez el anfitrión. "¿Dónde estaba?"

"Perdón" murmuró Amescua. "Sabe Dios en qué estaría pensando. Pero de repente se me ocurrió que este uruguayo idealiza tanto a la mujer por lo que tiene de Quijote".

"¿Vamos a hablar de otra cosa?" sugirió Guy. Eso bastó para que Amescua siguiera machacando:

"Idealiza demasiadas cosas; siempre está rompiendo lanzas por algo".

"¿Siempre en contra?" dijo Mildred.

"No siempre. Pero en favor o en contra es un hombre de fuego quijotesco; la mitad de las mentiras que dice son verdad. Como Vd. sabrá bien, los otros son mitománacos full time".

Hacia una hora que ninguno actuaba como si estuviera en un barco. El despego, la irresponsabilidad, la suspensión en vilo del espíritu que se produce en un viaje por mar - con la consiguiente pausa en la tensión afectiva o intelectual del que viaja - eran cosas que habían quedado todas a la puerta del camarote de Platon-Cadbury. ¿Era esta su receta para que sus invitados olvidaran la patrulla atlántica y el submarino que los seguía? ¿Sería posible que su hospitalidad llegara al refinado extremo de proponer la "séance" sólo para distraerlos, aunque la manera de hacerlo fuera, en algunos casos, perturbadora?

Si era así, Amescua parecía acompañar secretamente a su anfitrión en estos senti

ros. Hasta que salieron de allí, bien pasada la medianoche, el andaluz repitió cuatro o cinco veces sus "gracias" a Platon-Cadbury y a la operadora del "ouija board" por el sacudón que dieran a su ánimo encamijado. En los ojos le bailaba la gana de decir: "Si yo me atreviera a creer... Si fuera posible..." Pero ¿cómo iba a creer en el más allá un liberal español? Todo lo más que hizo fue decir luego de retirarse Mildred:

"En estos días de borrachera no he hecho otra cosa que pensar en Shakespeare. Lo he leído aquí y allá; un compañero de camarote lleva sus obras completas. ¡Qué terrible debe haber sido para un genio como él llegar al cabo de los cincuenta! La muerte a la vuelta de la esquina y el cuerpo y el alma que se descomponen en vez de enderezarse para presentarlo batalla. Su horror, su impaciencia ante el hombre, ante los tortuosos caminos que todos elegimos ¡qué bien los he comprendido ahora!"

"Pero la creación es obra del que no sabe bien cuánto horror guarda la vida" observó el contraalmirante. "Porque sin confianza en el hombre no se puede crear; no hay nada que decir que justifique la etiqueta de arte. Y al final de cuentas la confianza que pueda ponerse en el hombre resulta siempre traicionada ¿no?"

"¿Por qué? ¿No le han dicho hace un momento a Amescua que alguien espera y alguien lo quiere todavía?" observó Guy. Pierre volvió a saltar el alto muro de su laconismo para decir:

"¡Bah! Vds. parecen dos solteronas viejas de esas que van a París sólo para visitar a alguna cartomanciana. En las camas de Europa se está gestando un hombre nuevo"

"El hombre no será nunca nuevo" le replicó Amescua.

"Buena, distinto. Todo lo viejo está reventando bajo la gelinita de las bombas". Era casi increíble ver surgir un relámpago tal de pasión de aquellos rasgos tan bien alimentados y aparentemente tan intocados por la vida.

"Lo que venga será peor, pero cuando venga ya estaré, felizmente, reblandecido" siguió diciendo Amescua.

"Vds. no saben todavía ni en qué planeta viven" dijo Pierre bolicosamente, pero con ojos alegres de libertino. "¿Quién se ha emborrachado esta noche? Yo. Las inhi-

biciones de todos Vds. los han servido de antídoto contra el alcohol. Lamentable desperdicio, a dos libras la botella". Y con un gesto de fingida compunción se cubrió la frente con la mano.

"¿Tú que crees?" le replicó Guy. "¿Que la vida es una orgía romana? Hay horas de oficina; hay leyes de tráfico; hay ataques de apendicitis y hay inhibiciones, sí, ¿por qué no? ¿Dónde iríamos a parar si no las hubiera?"

"Hmmm... Demasiada cabeza para hacerlo todo. Horrible, horrible" dijo Pierre, con las cejas arrastradas y licuadas de su trauma fono-alcohólico. "Yo digo que el sexo es una cosa, y la cabeza otra."

"Precisamente. El sexo se prende y se apaga; la cabeza está siempre encendida, aun en sueños. Después del momento del amor se está tranquilo por unos minutos. Pero la cabeza está trabajando sin cesar, siempre, siempre, como una central eléctrica loca; y después de esos pocos minutos te agarra el estómago la náusea de la soledad."

"¿Tú que sabes de eso?" Pierre interpoló a Guy con una risa ronca, rodeándole el cuello con el brazo. "Un tipo que idealiza y la mujer no la conoce muy bien, desde luego. Y todos nos vendemos, nos denunciamos, solamente en la cama".

"¿Entonces los amigos no se conocen nunca?" dijo Guy.

"Sí, pero en un plano ideal. Por eso duran las amistades y no el amor".

"Me gustaría seguir esta conversación mañana de tarde, no ahora" dijo Amescua.

"¿Porque estoy borracho?"

"No; porque estoy borracho yo. Aunque Vd. pueda suponer lo contrario". Al decir esto el andaluz soltó una risa sombría.

"¡Bah! El mundo entero lo está. Borracho de sangre, de odio. Lo ha estado siempre".

"Tanto peor" dijo Amescua. "La borrachera no se lo pasará con la paz".

Los tres estaban sonriendo. La despedida se produjo en los términos más cordiales. Guy se quedó un momento allí: en los pasillos casi a oscuras había trepidaciones, movimientos leves como los que se deben producir en la entraña de una ballena dormida. Fuera, en la cubierta vacía, sólo la ola artificial producida por la quilla y el casco del barco anunciaban la continuación de la aventura. Guy decidió subir a la cubierta superior: un par de vueltas por ella lo harían bien.

Al llegar junto a una puerta bajo la escalerilla que llevaba a la cabina del Capitán algo le sacudió de encima la angustia con que había empezado a pensar en Mildred: un grito domesticado, controlado, pero vibrante de rabia de todas maneras.

"¡Soltame, bestia! ¡Te lo he dicho que no sueltas!"

"¡Pero si te gusta, si te gusta! ¿Por qué lo vas a negar?" murmuró una voz bronca, empapada en jarabas de presunción masculina.

"¿A qué mujer le gusta la violencia? Sos una bestia".

"Le gusta a todas, vanos".

"¡Ja, ja!"

La víctima lanzó enseguida un grito sordo y bajo de impotencia.

"No patiés, hija de perra; no patiés que no es pa tanto".

"¡Socorro". Fue un "socorro" tentativo, como un pensamiento dicho en voz alta. Lo siguió el zarpazo de Guy al cuello del galán y, al soltarlo, la sorprendente cachetada de la chica al entrometido.

"¡Gretino!" leñ dijo aquella sobra vocalmente corpórea. "¿A Vd. quién lo mato en este baile, eh?"

"O estoy loco o Vd. acaba de pedir socorro. Y cuando una mujer pide socorro..."

Los gritos de ella le taparon la voz:

"Pedazo de crotino. ¿No sabe distinguir todavía entre un bandido que ataca a una mujer y un hombre que está jugando con su novia?"

Al sentirse amparado por su "víctima", el galán vino a la carga.

"¿Qué va a distinguir! ¿No vos la pinta de pajarón que tiene?"

"Evidentemente" dijo Guy con una voz a la que se lo habían pinchado las cuatro gomas, como observó ella más tarde no sin su dosis de gracia. "Lo siento. Un error gordo, pero también una buena lección".

La risa de los jovonzuelos en la cara del desfacedor de entuertos fue para Guy tan obscena y humillante como un examen médico. El viajero dio cinco pasos hasta la escalera. La puerta estaba abierta; en el marco se había incrustado, maciza y rotunda, la figura de Amescua.

"Subí para dejarlo solo en el otro puente" dijo el andaluz.

"Resión, en ese rincón..."

"Ya lo he oído, Don Alonso. Es su primera moza del partido, o si Vd. profiere, su primera Maritornes ¿no?"

Brisa en la desnudez del calor ciego.
(Carlos Pellicer - "Grupos de figuras")

Ahora vendría Freetown.

"¿Sabe que, después de todo, no pararemos en Freetown? Ahora parece que va a ser Trinidad" había dicho Miss Greyfield esa mañana. "Trinidad. How lovely".

La risa escandalosa de Platon-Cadbury y de los invitados a su "cocktail-party" la soliviantó. ¿Qué había dicho? ¿Estaban locos? Las venas del cuello se le endurecieron y la mano se le agarrotó en torno al vaso.

"¿Qué pasa con Trinidad?" preguntó, sacando sus dientes delanteros con albivoz de foca amasstrada y abriendo más que de costumbre los ojos aguachontos.

"Ya lo dijo Vd.: "it's lovely. It is lovely indeed". Nos reímos de puro contentos ante la perspectiva! Era una explicación muy coja y ella, granate de furia, rosepló todavía un par de veces. Ajeno una vez más a todo lo que pasaba, Cortés roía industrialmente su "cheddar" como lo había venido haciendo todas las mañanas y las noches desde la iniciación del viaje. Luego, en medio del más embarazoso y casi embarazado de los silencios, se produjo un concierto de cucharas que elevaron varias veces el engrudo amarillo designado como "custard" en el menú para caer en metálico contrapunto sobre los platos.

A la hora de la cena dijo con tono de revancha la locutora de "Catastrophe Inc.": "Otro barco hundido cerca nuestro. Anoche a la diez".

"Y cuando nos toque el turno a nosotros, ¿Vd. qué piensa hacer?" le preguntó Pierre.

"Lo que corresponda: hay un orden de movimientos ya indicado ¿no?"

"Morir con orden: esa ha sido siempre mi mayor ambición" dijo Platon-Cadbury con una sonrisa de una insolencia insólita en él. Tal fue el final desinflado y gris de las transmisiones de aquella gacota parlante. Esa noche Miss Greyfield se largó a reír exageradamente de todo cuanto se decía, y hubo un momento en que Peter Clark empezó a comerse las uñas de impaciencia ante aquella injustificable catarata de risa, aquel oncareo deliberado y por momentos histérico. Pero ella no cesó un segundo: ¿quién era aquella gentuza para humillarla como lo habían hecho esa misma mañana?

Con una risa igualmente insultante, igualmente frenética; la misma risa que había oscogido ahora como respuesta a lo que suponía una ofensa concertada de sus compañeros de mesa, había desechado Miss Greyfield cinco meses atrás la iniciativa con que su tía Clara se presentó armada a verla en Buenos Aires dos días después del entierro de su madre.

Tía Clara. Qué personaje. Nunca había entendido a los ingleses, ni sabía qué quería decir ser inglés. /^{Su madre sí.} Las dos hijas de irlandés, pero una irlandesa y la otra no. Claro que Mrs. Greyfield había ido desde muy joven a Inglaterra. Tía Clara seguiría siendo irlandesa y "criolla" hasta el fin.

"Cary... Perdoname por decirte esto ahora ¿sabés?, pero es que no creo que la cosa está pa perder tiempo. Los 35 ya no los volvés a cumplir ¿no es así? Bueno. Ahora que tu pobre madre descanse en paz, yo creo que es hora que empieces a sacudite un poco."

"No sé qué quiero decir, tía. Perdónome pero no la entiendo".

"No te me hagás la zenza; vos lo sabés muy bien. Hablo, como primera medida, de arreglarte esas paletas de dientes, por el amor de Dios. Tu madre, que en paz descanse, era la mujer más maniática del mundo cuando se le metía algo entre ceja y ceja, como decir que esos dientes de nutria te dan personalidad. Yo comprendo que, un poco por miedo y otro poco por respeto, siempre le hayas hecho caso. Pero se acabó, está muerta y vos estás sola y tenés que casarte". Primera carcajada de Cary. "Caradura sos, por lo menos. ¡Reirte así, con la situación tan triste en que tu pobre madre te ha dejado!" Segunda carcajada. "¿Digo bien 'triste' o es algo peor? Tú no estás bien de los nervios, hija".

"Estoy perfectamente bien de todo y siempre lo he estado, gracias a Dios, y eso lo sabe Vd. muy bien, tía Clara. Mi madre fue la única persona razonable que he conocido. Gracias a ella no ha tenido nunca miedo de nada, que es más de lo que pueda decir cualquiera de sus hijas. Y conmigo no se equivocó. Esas "paletas" me dan personalidad, aunque Vd. no lo quiera. Me la han dado desde niña. Sin ellas tendría una cara común y corriente, saludable si Vd. quiere, pero nada más".

"¡Ah, sí? Entonces ¿dónde están tus novios? ¿Dónde están las proposiciones matrimoniales que te han hecho? Rasputín también tenía mucha personalidad, pero..."

"^{se} ¡Y no/le rindieron docenas de chicas, y no tuvo hipnotizada a la zarina y a la corte, y hasta enamoró a algún príncipe despistado? Con esas barbas y con toda esa suocidad".

"¿Pero a vos quién se te ha rendido?"

La carcajada de Miss Greyfield fue ahora larga y aere, con mucho de rabiosa; la risa le rechinaba entre los dientes.

"Eso querría Vd. saber, tía Clara, ¿eh? Míreme un poco de cerca. Míreme la piel y el color de los ojos. Y piense en el efecto que estas dos cosas solamente pueden tener en un hombre. No en todos, pero en algunos. ¿Y dónde ha visto un busto como el mío, eh?" agregó al desprenderse el primer botón de la blusa con tan violencia que se saltó el segundo y tras él saltó un seno duro, marmóreo, inocente de todo sostén, con el pezón evidentemente pintado de rosa fuerte. Fue un segundo. Miss Greyfield se cubrió enseguida el busto, y su tía la cara. Aquel relámpago de "strip" le había arrancado una mirada involuntaria, y la mirada un "Jesús, María y José" que detuvo a Miss Greyfield en su despliegue de risa forzada. "¿De qué tengo aspecto, tía, de solterona reseca o de mujer que ha sido querida y gozada, vamos a ver?"

"Tenés aspecto de ser la desvergonzada y deslenguada más grande que he oído en mi vida".

"Pero con eso no contesta a mi pregunta. A los hombres se los conquista de muchas maneras. Haciéndose la imbécil, como hacen Joan, Sheila y Margery (sin mucho esfuerzo, hay que reconocerlo, y tampoco sin mucho resultado); cocinando bien; llevándole al candidato la corriente en todo. Y también, también - pero para esto hay que tener cierto talento y una madre con tanto sentido común como la mía para que lo aconseje a uno - aprendiendo a hacer el amor con ellos y haciéndolo con toda la competencia profesional que el asunto requiere".

"Oallate. Me dan ganas de vomitar. ¡Qué poco conoce uno a la gente, Dios mío! Ni a los de su sangre siquiera".

"Y entonces, ¿por qué se mbe a dar consejos? Aquí en este país se piensa mucho en la virginidad de la mujer, pero cuando algún tipo se encuentra con una virgen, se agarra la cabeza. (¡Madre mía, qué susto en primer lugar, y después qué problemas, qué líos!"

"¡Basta! ¡BASTA! Me alegro que te hayas arrancado la carita a tiempo. Me alegro de haberte conocido por fin. Una buena manera de ahorrarse disgustos más adelante".

"¿Y Vd. cree que ahora me conoce? ¡Ja, ja, ja! ¿No se da cuenta de que no estoy burlando de Vd.? Yo no he estado nunca con un hombre".

"Y entonces ¿para qué te pintás eso que te pintás?"

"¿Los pezones? He los maquillo para mí misma; al natural los tengo casi marrones y odio verlos de ese color".

"Jesús. Nunca he oído hablar de semejantes costumbres. Sólo cuando vino el batallón de Madame Rasini; pero esas eran francesas".

"Tanto mejor para ellas. Con la salud que tengo y lo bien que me alimento, no espere verme rosca. Pero yo sé que atraigo a más de cuatro, y ahora, libre de mamá, voy a seguir mi propia táctica".

"Ya podía uno imaginarse que a tí no te bastaría con el sentido común de tu pobre madre".

"En todo caso, voy a respetarlo en líneas generales y a conservar estas paletas, no faltaba más. Una cosa estupenda que tuvo siempre mi madre fue pensar que el cine es el cine y la vida es la vida; que una mujer no necesita ser una Loretta Young para salir adelante. Cursilerías de Buenos Aires, decía ella. Fue una mujer con un arranque y un sentido de las cosas muy especial. Y a mí me dio una confianza que nunca le agradeceré lo bastante".

"Sí, sí, sí. La confianza de tantas feas que se crean divinidades. Vos hacé el ridículo si querés; pero lo harás sola."

"Yo no necesito de nadie, tía. Vd. aplique sus ideas a las chicas a ver cómo les va. Que yo sepa, tampoco ninguna de ellas se ha casado ¿no?"

La frase echó sal en una herida abierta a lo vivo.

"¡Basta he dicho! Hemos hablado todo lo que hacía falta. Estúpida de mí, meto-
me a dar consejos a una solterona hecha y derecha de 35 años que en mis tiempos to-
dos habrían considerado una vieja pacha".

"En sus tiempos las mujeres de mi edad vestían cantos, pero ahora tratamos de
desvestir pecadores. Es más saludable ¿no?"

La risa de Miss Greyfield acompañó a tía Clara hasta la puerta. Reía con rabia,
como ahora en esta mesa del barco, porque aunque su madre la había convencido de
que ella tenía que ganar siempre, había en su vida victorias pírricas que ojalá
hubieran resultado empates. Aun para el que está seguro de lo que quiere y de cómo
conseguirlo y retenerlo, qué lucha horrible; qué manera de dejar los pedazos por el
camino. Y qué victoria amarga aquella de la noche que se representó "La cenicienta"
en inglés en la fiesta de fin de curso de su colegio. Qué bien se puede saber a los
doce años lo que significa echarse en contra a todo el mundo.

Entre ella y su madre armaron primero una tremolina tal a la hora de repartirse
los papeles - Miss Greyfield había sido una niña modelo, una alumna modelo, y siem-
pre había obtenido las notas más altas - que la directora, aterrorizada por la re-
putación de injusticia y favoritismo con que la amenazaban madre e hija, tuvo que
sacarla del papel de hermanastra fea - para el que parecía haber nacido - y darle
el de la dulce y melancólica hercina.

Entre la colonia que enviaba a sus hijos a aquel colegio la noticia del "chan-
tage" y de las amenazas de Mrs. Greyfield tuvo un efecto eléctrico. Vieja insensa-
ta. ¿Cómo se le pudo ocurrir que saldría adelante con semejante plan? Las dificul-
tades se pudieron en evidencia desde el primer día.

"¿Tú ves a mi Ronnie arrodillarse frente a ese loro para calzarse el zapatito
de cristal? Muerta, muerta; ¡sólo muerta puedo permitirlo!"

Cuando alguien le repitió estas frases a Gary ella dijo con una sonrisa de conse-
jo: "Aquí no es cuestión de mandarlos a freír espárragos; hay que mandarlos a que
los fríen a todos en el infierno. ¡Gentruza envidiosa!"

Delegaciones y representaciones fueron y vinieron. Mientras tanto los ensayos

siguieron adelante bajo la crítica mirada de Mrs. Greyfield. Una sola inclinación a su hija que sonriera desde el principio hasta el fin del espectáculo, que mostrara bien sus "palotas" y les diera a todos una buena lección de lo que es tener personalidad.

"¿Y cuando mis hermanastras se van al baile y me dejan sola? ¿También ahí quieres que sonría?"

"También; la mejor alumna del colegio debe demostrar en todos los momentos que está muy por encima de todas las envidias y ruindades del mundo".

Uno se hubiera creído en los primeros actos de "Melodía de Broadway 1936". La directora, bajo cuerda, hizo que la Coniciencia original, que parecía una muñeca de cera con pocas - capaz apenas de decir "papá" y "mamá" - se aprendiera el papel de memoria por si necesitaba reemplazar repentinamente a Cary. Pero Cary ni se resfrió ni se enfermó del estómago ni nada. Además, en todo el mes y medio de ensayos Miss Greyfield no se movió un minuto del salón de actos públicos. Y los "intérpretes" fueron de una amabilidad tan inenarrable para con ella y su hija, que al final la buena señora se empezó a amoscar. Tanta concordia y sollicitud después de tanta protesta ¿no serían la calma que precede a la borrasca?

Hadie, entre esa gente sin prosapia; ninguno de esos hijos de empleados o representantes comerciales que en Gran Bretaña habrían sido seres perfectamente oscuros, tenía la suficiente "clase" como para reconocer la de una mujer como ella. Pero ¿qué le podían reprochar? Una madre valiente, una verdadera luchadora aun antes de que su marido la hubiera dejado plantada para irse a Australia. Podían decir que Cary sonreía a sus maestros y sus compañeros con la condescendencia propia de la mejor alumna del colegio, pero a ella no cabía hacerle ese cargo. Y por otra parte Mrs. Greyfield era más frágil, menos saludable que su hija; la fragilidad inspira siempre cierta simpatía. Una mujer poquísima, con su cabello casi completamente blanco, cortado en chuzas rebeldes, y el rostro "plissé" en varios grupos de arrugas horizontales dibujadas con simetría, pero lleno de "joie de vivre"; una mujer entusiasta, dispuesta a ayudar a todo el mundo; una lectora ávida e in-

taligento de Husley, de Vita Sackville-West, de Virginia Woolf, de Fernanos, de Roger Martin du Gard; una cocinera de primer orden. ¿Qué más querían; qué más podían pedir? La hostilidad general, que Hrs. Greyfield percibía a veces como una respiración enferma en torno suyo, era inexplicable (por lo menos para ella, que no podía ver qué aplastante suficiencia ponía en hacer bien todas esas cosas, y a veces en hacer mal algunas otras). Pero la reacción colectiva la tenía sin cuidado; desde sus días de estudiante en Girtton había sabido qué poco cabe esperar de la especie humana.

Llegó la noche de la representación. A ambos lados de la entrada al salón de actos los vareños formaban dos grupos cerrados. Al llegar cada espectador se elevaban automáticamente dos grandes cartolones de tela ligera en lo que un dibujante avisero había pintado a Cary Greyfield bicea y con dos enormes dientes que le salían de la cara como un par de marquosinas de marfil. "Tonight - tonight" decían uno y otro, adoptando la ortografía analfabeta de tanto anuncio norteamericano. "Come h' see the toothiest Cinderella on record!" Apenas la gente leía la breve frase y soltaba la risa al avanzar hacia la entrada, los anuncios desaparecían como por ensalmo.

La directora, advertida, salió enseguida a la puerta a hacer una investigación. De uno y otro lado, todos sus alumnos levantaron los brazos como para demostrarle que se trataba de una ilusión óptica y que allí no había ningún cartel. Ella quedó plantificada en la puerta mientras enviaba entre telones a un emisario para aconsejar a la protagonista que renunciara a su papel "so pena de incitar al público a alterar el orden en el curso de la representación".

"Pues que se altere; no será por mi culpa" dijo la niña, bien consciente de que tenía todas sus notas firmadas y selladas y que ese día salía para siempre del colegio. Pero mentía con todos sus dientes, y esto era mucho decir tratándose de los dientes de que se trataba; fue ella la que alteró el orden deliberada, casi suicidamente, y su victoria le ganó por lo menos una cincuentena de enemigos a muerte entre los miembros más jóvenes de la colonia inglesa de Buenos Aires... junto con

decenas de admiradores entre los adultos.

Durante los quince primeros minutos del espectáculo "la Coniciencia más dientuda de que se tenga noticia" no mostró los dientes ni en sentido verdadero ni en sentido figurado. Mrs. Greyfield quedó anonadada. ¿Era posible que toda su filosofía, sus razonamientos, sus enseñanzas, hubieran sido escritas en un barril de agua? ¿Podía aquel público de mediocres haber amedrentado a Cary en esa forma?

Llegó el momento de la súplica de la Coniciencia a su madrastra. Ahí el texto hizo un viraje de 90° y la súplica - en el primero de los muchos "ad lib" que se escucharían toda la noche - se convirtió de pronto en acusación y casi en amenaza. "Si sus hijas no me hubieran arrancado los incisivos con esa solicitud tan grande que ponen para ciertas cosas, yo podría ir esta noche al baile, aunque Vds. no lo quieran" dijo Cary, alarmando a su madrastra, pero más todavía a su madre, que quedó petrificada en su butaca de segunda fila. "Pero si el príncipe no habla, tengo que sonreír, y si sonrío ¿cómo va a explicar Vd. - o ellas - el crimen que han hecho conmigo?"

La estrella del espectáculo sonrió. En vez de paletas había en el centro de su boca un gran agujero, industriosamente obtenido pegando sobre los dos enormes dientes dos trozos de celuloide oscuro. La sala estalló en una carcajada y un aplauso. Enseguida la Coniciencia se puso bizca, como en el asosino cartel de anuncio. Otro aplauso cerrado. El espectáculo derivó inmediatamente hacia la parodia.

"Hija, conociéndote como te conocemos, te debíamos haber arrancado todos los dientes, no sólo esos dos. La belleza más grande del reino es siempre una tupa que no hay quien la aguante, como Popea o Cleopatra" dijo la madrastra en una improvisación tan festejada como la de Coniciencia. Después de tan fino diálogo ¿quién podía haber pretendido que el famoso cuento de Perrault era simplemente un mito solar, como algunos decían del paso de Napoleón por la tierra?

Qué fácil es desbaratarlo todo en este mundo. Desde aquel momento no hubo manera de representar en serio el resto de la obra. La directora se dio cuenta de que toda exhortación que hiciera a aquella actriz cómica sin par habría sido incoadunada, y que lanzado el espectáculo por la pendiente en que se había lanzado era imposible

volverlo a un cauce relativamente normal.

En la segunda parte el público rió continuamente, pero con cierto miedo; nadie sabía adónde podían llegar los actores con una broma de esa clase entre manos. A los 15 y 16 años está fácil, cuando se improvisa, pasar de la estupidez a la grosería. Estupideces hubo varias (aplaudidas vengativamente por Mrs. Greyfield) pero de la boca de Cary no salió ninguna. Y al final, el príncipe no apareció chapín de cristal en mano, sino con tres cortesanos que tomaron a Genicienta de los brazos y le sujetaron la cabeza mientras él le abría la boca y cubría con un trozo de masilla el papol negro de los dos grandes incisivos haciéndolos aparecer todavía más grandes de lo que eran en realidad.

"Esta es la mujer de mis sueños" dijo él contemplándola: "desde que encontré este par de magníficos incisivos en un rincón del camino he soñado con la boca a la que que pudieran ajustarse. De todas las bellas del reino, tú eres la mejor, la más diantuda, la de sonrisa más cautivadora, y a tí te pertenece mi corazón".

Cary, que ya había arruinado irremisiblemente el espectáculo - pero divirtiendo al mismo tiempo al público como pocas veces se había divertido en aquella sala - tomó esa dosis de su propio remedio con el mejor de los ánimos.

"Gracias, príncipe mío, por devolverme mi natural belleza" respondió. "Tú sales ganando, porque así, cuando baje el telón ahora mismo, vas a ver qué par de mordiscones te encaja con estas paletas que me has restituido".

El telón cayó mientras ella hacía una reverencia al público y volvió a levantarse quince veces sin la estrella, que pese al viento fresco de la noche estival había salido corriendo por la puerta de atrás con sus harapos de teatro, sin echarse un "sweater" o un abrigo encima, y luego había esperado horas a su madre en el vestíbulo de la casa de apartamentos en que vivían. "Horas" era media hora; demasiados minutos, de todos modos, para retener el llanto rabioso que la sacudió toda la noche sobre el duro suelo, del que no quiso moverse ni a tres tirones.

Recordado así el episodio en aquel barco, parecía un sueño. ¿O era un sueño de verdad? Por sobre su propia risa de victoria (¿victoria sobre qué, sobre quién?) la risa que le sonaba en un tímpano muy de dentro era la de Platon-Cadbury y sus amigos ante aquel banal "how lovely" que en mala hora se le había ocurrido decir.

x
x

Llevaban ya diez días de viaje. Una tarde, dos días después de la sesión del "ouija beard", el oneroso viento atlántico barrió a Guy de la extensión de hule negro donde acostumbraba a plantar su silla plegadiza. Se le habían volado dos páginas de su traducción, y mientras sujetaba las demás, casi se le desprende una de su diccionario. No había más remedio que seguir el trabajo en el "lounge". Allí, al entrar, vio a Mildred sentada frente a uno de los pequeños escritorios. Ella no levantó siquiera la cabeza; había puesto totalmente sus cinco o seis sentidos en la carta que estaba escribiendo. ¡Qué silencio y qué paz! ¿Podría trabajar allí media hora sin dormirse?

La respuesta se la dieron, pocos minutos después, nueve de los voluntarios que estaban en cubierta, invadiendo la sala despalnados, las ondulinas saliéndoselos del cinturón, sacudidos por la risa gratuita de la adolescencia. Ante la concentración con que escribían los dos pasajeros, el grupo hizo un simulacro de silencio; confidencias al oído con el siseo de una mangl^{era} que va regando discretamente todo un jardín; pero las risitas ahogadas con que unos escuchaban las tonterías de los otros desmentían aquel barniz británico de su actitud. Una de esas risillas saltó de pronto al aire, tan escandalosa y aguda que arrancó una carcajada a todos los del grupo. Mildred se volvió a mirar fijamente a los intrusos, y aunque su mirada no tuvo ningún efecto sobre la risa general, Guy supo inmediatamente cuál era su función frente a aquel grupo: una función disciplinaria de guarda de infantes, "dueña" a la antigua manera hispana, pero de ninguna manera "la dueña" de aquellas vidas en ciernes.

De pronto se unió al grupo la Meritornes de dos noches atrás, y sus ojos azul palidísimo dijeron despectivamente "¡Ja!" al encontrarse con la mirada del uruguayo. La chica tenía el cabello de paja, la cara sucia de pecas. Era monda y asténica, con esa redoblada carga sexual que domina la personalidad de los físicamente débiles. Pero pese a toda su fragilidad, el "sweater" le dibujaba un busto firme y delicado al mismo tiempo y los pantalones una curva de cadera casi bailloso.

Sin mirar siquiera en derredor suyo, la recién llegada se dirigió al sillón en que se había despatarrado el mayor de los voluntarios del grupo: un infatigable jugador de "badminton", casi siempre de "shorts" blancos, camisas abiertas, dientes "onerosos" en exhibición, ademanes cadenciosos de deportista, mejillas escondidas, ojos grandes y bovinos, improbables cabellos rizados y una nariz aguilona que, según sus tías, le daba cierto aire aristocrático. Luego, sin decir "agua va", se tiró contra el deportista, decidida a sacarlo del sillón a cosquilla limpia. El Apolo en "shorts" vio inmediatamente de qué juego se trataba y se encogió, decidido a no reír, a no aflojar y a no acabar brutalmente con aquella provocación.

Empujándolo con la rodilla izquierda, la chica pudo hacerse un comienzo de sitio en un ángulo del sillón, desde donde su pierna de Diana - más cazadora de lo que dejaba suponer su aspecto general - funcionó como un ariete hasta robar al muchacho casi la mitad del asiento. Pero en el jadeo del esfuerzo mutuo hubo pronto algo más que espíritu deportivo: aquello empezaba a parecerse a la violación de un manco por una amazona enardecida, pensó Guy. Y los demás ¿qué pensaban? Imposible adivinarlo. Todos seguían el espectáculo con la misma impasibilidad animal con que la gente ve una pelea de "catch-as-catch-can". Ni siquiera era necesario ver: bastaba con oír. Oír era todavía más sugestivo que ver; los "no, no" cortos y los pequeños gritos de ella correspondían a otro contexto mucho más íntimo e impublicable que el de aquel juego. Pronto la lucha se hizo más que enervante, más que indiscreta. Mildred volvió otra vez la cabeza al grupo y dijo con voz dura:

"Sheila. Charles. Ploage".

Al oír aquella voz el atleta aflojó instintivamente su resistencia; ese segundo de parálisis le bastó a Sheila para sacudírselo de encima y hacerlo caer al suelo en medio al aplauso general. El vencido se quedó plantado allí, las manos cruzadas sobre la entrepierna, esperando caballerosamente que se apagara su virilidad; pero al salir del "lounge" levantando los ojos con una mirada falsamente pía, la risa ratonil de las chicas subió de todos modos a un do bemol. Guy miró a Mildred: su perfil no registraba el menor eco de aquellas risitas orizadas y maliciosas que pare-

eran impostadas así para sacudiría, para inoperarla. Pero todo caía en oídos deliberradamente sordos. ¡Cuántas defensas - y qué bien organizadas - para negarse a la vida; cuánta gimnasia de la voluntad para no oír los latidos más primarios y urgentes del mundo!

x^x

"El mundo está muy equivocado" decía Collins a Cortés esa tarde al entrar Guy al bar. "No puede ser de otro modo; cada uno ve las cosas sólo desde la esquina de su casa, y eso, todavía, con hollín en el aire, con niebla cerrada".

"Eso será en Londres".

"No, no. El hollín y la niebla de que hablo existen hasta en la calle más solada de Sydney".

"Pero Vd. no me va a decir que ya está implantado el socialismo en Inglaterra".

"Hombre, de hecho sí. Cualquiera de estos días se publica la cartilla: el informe de un tipo llamado Beveridge sobre todo lo que hay que borrar y rehacer. Es una cartilla que después de impresa pesará dos o tres kilos. El impuesto a la renta ha acabado con la clase alta: de cada libra que saca alguien de su capital sólo puede gastar seis peniques; el resto se lo come el Estado, la guerra. Todos tenemos la misma ración y casi casi la misma entrada mensual: los señores de Whitehall andan con las camisas más rotas que yo (claro que yo me he hecho un buen surtido en Australia)".

"Pero si andan así, será por presumir de "esfuerzo de guerra" dijo, un poco malévolamente, el arquitecto argentino.

"Un poco: siempre hay que descontar la gana que tiene el hombre de hacer efecto".

"Entonces ¿después de la guerra Vd. cree que vendrá allí un socialismo como el de Rusia?"

"Podría ser. Todo puede ser en este mundo. El cambio es inevitable. Pero ese cambio ¿adónde nos llevará? Ahí está la cuestión. Yo tengo 45 años. He visto épocas de miseria y de riqueza. El dinero y el poder cambian de manos. La humanidad no cambia: en el mundo hay siempre el mismo porcentaje de felicidad y de desgracia".

"Vd. piensa así porque ha nacido en un país decadente, en un continente demasiado

viejo. Pero hay otros mundos en este mundo".

Collins no dejaba un segundo de sonreír. Parecía jugar con Cortés como un gato de uñas largas, ligeramente conmovido por la inocencia que había detrás de aquel fanatismo ideológico del arquitecto y al mismo tiempo un tanto irritado por la ciega seguridad de la fachada que lo cubría.

"¿América? ¿Habla de su América? ¿Y cómo piensa Ud. que puede librarse de sus dictadores? ¿Habría que cambiar tantas cosas para eso! La mentalidad de la masa; el alimento; esa filosofía del "doles for nobles" del blanco o esa opatía de coca del indio; habría que quitarle la alegría al negro del Brasil haciéndolo producir con la rabia materialista del yanqui; acabar con el "vuelva mañana". Pero ¿quieren todos el cambio? Lo quieren de regalo, naturalmente. Revontándose ¿serían más felices que con su miseria actual? Por lo poco que he visto y oído, no lo creo".

Cortés echó fuera su furia en una risotada.

"Pues ya puede empezar a creerlo. En la historia no se puede volver atrás". (¿Dónde se había visto nada igual! ¿Un "barman" - o inglés por añadidura - sentando órdenes! El sentido revolucionario de Cortés no admitía tales revoluciones).

"¿Volver atrás? Pa, pa, pa, pa, pa" retrucó Collins. "En Europa no se ha hecho más que eso durante siglos, la contradanza: un paso adelante y otro atrás".

"No desde 1920".

"Y este lío en que está metida toda Europa, con Norteamérica y Asia, ¿qué es sino un terrible paso atrás? ¡Ah, Mr. Cortés! Ud. no le ha visto ni siquiera la punta de la cola a esta guerra. Pero yo... bien que me gustaría estar lejos de aquí. Con "tories" o con laboristas, con los cigarrillos a dos con seis o a tres con seis el paquete, pero en mi casa de Bishop's Stortford, cortando el panto, aunque mi mujer me irrite todo el día con las estupideces que dice, tan buena la pobra".

Guy carraspeó y Collins, que lo estaba dando la espalda en un extremo del bar, se volvió rápidamente a él.

"So sorry, milord" le dijo con un guiño. Cortés no lo había oído todavía llamarlo así, e hizo un ruido vulgar chasqueando los labios semicerrados para indicar su des-

precio por esa clase de humorismo. ¿O de adulación?

La llegada de Pierre impidió a Guy recoger el hilo de aquella divagación política y hacer hablar un poco a Collins a su vez.

"Dos Manhattans dos, Gobernador" ordenó Pierre. "Por favor", dijo, corrigiendo su rioplatense tono de orden.

"Te vas a reír" anunció Guy; "pero toda mi vida he soñado con no tener nada que hacer por un tiempo, con el reposo, la pausa para poder pensar; y ahora que los tengo no puedo aguantarlos".

"Complejo de culpa" le dijo Pierre con una risa que le sacudió la carnaza de hombros y pecho. "En resumidas cuentas, Milord es un proletario con hábitos de trabajo tan fijos, que el pobre no sabe cómo descansar".

"¿Si uno pudiera salir de este condenado barco y hacer algo?"

"Estás loco. Yo aquí no hago nada y estoy en el paraíso. Allá en Londres sí hago voy y tiro bombas sobre Alemania. Los nazis lo confiscaron el negocio a mis padre y a mis tíos; de modo que hago algo por los nazis y por mí misma. Pero para eso tengo que llevar una vida de loco. Demasiadas rubias y demasiado poco tiempo para verlas a todas. ¿Y quién quiero quedarse en una ciudad donde prácticamente se ha acabado el "cognac"? Fuera del "champagne" del Ritz, mi única gran fiesta es comerme los bifés de carne de caballo que María tiene siempre en el "Club Belgo".

"¿Carne de caballo? ¿A eso han llegado en Inglaterra?" preguntó Guy con verdadera alarma en los ojos. Al verlo, la risa de Pierre fue tan espontánea que lo hizo atragantarse, pero los Manhattans llegaron providencialmente en ese momento.

"¿Nunca has oído hablar de las "boucheries chevalines" de Francia y Bélgica?" dijo Pierre después de un largo sorbo. "¡Ah, estos rioplatenses que sólo saben de Francia lo que les dicen Gide o Cocteau! Porque allí gusta la carne de caballo ¿sabes?"

"Será cuando no pueden comprar ninguna otra" respondió Guy.

"Algo de eso hay; las otras son mucho más caras; pero el pueblo ha sabido hacer de la necesidad una virtud. La carne no es mala ¿sabes? un poco dulzona por demás, como la carne humana; (esto lo descubrí al comerme crudo a mi primer nazi...) Pero

si se lo pone mucho ajo al freirla, queda estupenda".

La fantasía macabra de Pierre bastó para restituir el buen humor a Guy. Y Collins, sin que nadie le hubiera dado ninguna orden, estaba allí con otros dos Manhattans y otros dos guifios.

"Pierre, viejo, yo no te entiendo. Tú has ido de voluntario a la aviación ¿no?"

"Sí señor".

"Nadie te obligó".

"No".

"¿Y sabías que irías en esas misiones por la Europa ocupada?"

"Sabía que tendría que ir, claro".

"Entonces, ¿eso lo haces por defender tu negocio, por la buena vida? ¿Es por dar-te buena vida que te metes así en la boca del lobo?"

"¡Bah! A todo se acostumbra uno. Si no fuera por los uniformes nazis, no creas que la vida en las calles de Bélgica o Francia es tan distinta de la vida normal. No están fusilando a todo el mundo todo el tiempo en todas las esquinas; para eso les faltan hombres y municiones. Además ¿quién iba a hacer los jamones y los quesos y los vinos que necesitan para llevarse a Alemania?"

"¿Pero tú qué sientes cuando estás ahí? ¿O no sientes nada ya?"

A Pierre se le escapó otra risa mientras levantaba su vaso, del que tiró unas gotas. "Terrible desperdicio" dijo, sacudiendo la cabeza. "Mira, viejo, me parece que tú has visto demasiadas películas. Creo habértelo dicho antes. Yo tengo nerviosidad en el momento de recoger el paracaídas; cuando entro a una casa; cuando estoy en el café y algún oficial me mira fijo. Pero esa nerviosidad no es mayor que cuando el favorito dobla el último recodo en Palermo corriendo parej² con el tango que yo he elegido".

"¿Palermo? Creí que vivías en Río".

"Y vivo; pero primero representé a la casa en Buenos Aires. Muchos años. Gran vida, la de Buenos Aires".

"Un poco demasiado grande en algunos momentos".

"¡Ja! ~~me~~ a gente nunca está conforme. Pero yo sí. Una casa con jardín; un buen Vauxhall de cuatro puertas; un par de buenos caballos; tres o cuatro rubias verdaderas (la rubia tiene algo de vedusa, algo impersonal; es traidora, como debe ser la mujer para...) Sí, ya sé que tú idealizas a la mujer; pero yo no. Todo eso de que puede ser al mismo tiempo la amante, el amigo, el compañero de pieza, la cocinera, la madre de nuestros hijos ¡qué cuento! La mitad de las mujeres no tienen cabeza para hacer bien una sola de esas cosas. Son las que más se ofenden si me oyen; las otras saben muy bien cuál es el "score" y si protestan es para pincharlo a uno, para excitarlo un poco".

"¿Una casa con jardín, dos caballos y tres o cuatro rubias? ¿Nada más?"

"Una buena bodega, por supuesto, y un buen chef; y dos docenas de buenos libros al año. Filosofía, antropología, historia. Las novelas... hmn. El autor tiene que ser un hombre muy extraordinario y ver la vida de una manera muy particular para interesarme. La mayoría de ellos me dan siempre la sensación de que todo lo que saben de la vida es lo que aprendieron mirando a su hermana por el ojo de la cerradura mientras se desvestía".

"¿Y por eso arriesgas así la vida? ¿Por la posibilidad de una buena bodega y cuatro rubias?"

"¡Y claro! Que luchan por un mundo mejor los que viven en uno malo. El mío, para mi gusto, es inmejorable. Yo soy un burgués, un burgués ¿oyes?; esa cosa vergonzosa que aspiran a ser en secreto los socialistas, comunistas y anarquistas que tanto se agitan por ahí. Algunos lo son ya, burgueses de nacimiento y de educación; pero con rencores personales que los empujan a la mística de la política. Mira: el que no quéra un techo encima, y calefacción en invierno, y llenarse la panza con algo mejor que la bazofia de este barco, es un enfermo o un santo. (Bueno, las dos cosas vienen a ser lo mismo)".

"Ay, Pierre, Pierre".

"Proponle a alguien que haya luchado por la justicia social y haya subido a un puesto de mando que renuncie al buen colchón en que duerme, y a su coche con "chauf."

four", y al traje de buena lana. Lo primero que hará será decirte que esos son los atributos del mundo. Vale decir, que para el hombre que anda por ahí sin un céntimo por burgués es un crimen mientras él no tropa hasta esa posición; cuando esté ahí dirá que es una necesidad y una cuestión de fuerza".

Guy lo miró sonriendo.

"Pero a pesar de todo eso, dices que en la guerra las razones personales acaben por naufragar, por desaparecer. De todos modos, para un tipo tan misterioso como pareces de vez en cuando, tu sinceridad quita el hipo" le dijo mientras Collins preguntaba con un gesto si había que renovar las raciones alcohólicas y los dos, espontánea y simultáneamente, sacudían la cabeza diciendo que no.

x*x

Antes de llegar a Freetown el Atlántico, que en trece días de navegación lenta y plácida (según los pasajeros; según el puente de comando, lenta y terriblemente llena de inquietudes) no había ofrecido ninguna de esas transformaciones del mar proteico que tanto agitan a los poetas, satisfizo aunque más no fuera el espíritu turístico de los voluntarios adolescentes con un espectáculo de circo.

Por espacio de casi cuatro horas el "Talk of the Town" se vio escoltado simultáneamente por un cardumen de marsopas y un ballet de peces voladores, cuchillos lanzados al aire por la mano de un Neptuno de circo. En todos sus cincuenta metros de eslora el barco se pobló de gritos y se agitó con entusiastas carreras. Era sábado y hubo que cancelar el baile del "lounge" y desplazar hacia el bar a los oficiales más viejos y sus cuantos "risqués", también más viejos cada vez. Hasta las dos de la mañana nadie se fue a acostar. La noche en vela fue el único triunfo obtenido hasta entonces por Miss Greyfield, que esa tarde logró desparramar por todas partes la nueva de que llegarían a Freetown a medianoche.

Bajo aquel cielo de terciopelo negro - la sombra le había sido propicia al barco durante dos semanas, permitiéndole zigzaguear en sus ángulos de 180° sin la denuncia directa de la luna - Mildred y Guy, silenciosos, acodados a la borda después de una noche en que, bajo el casto estímulo de varios vasos de jugo de naranja, ha-

blaron de mil temas menores, vieron aparecer en el cielo un alfanje plateado bajo cuya pálida luz desfiló a la distancia un convoy fantasma: ocho o diez barcos aliados escoltados por lo que parecía ser dos submarinos.

¡Qué bien se estaba así, en silencio! Guy no sabía callar: ¿compulsión de tartamudo, compensación de su castidad, descarga torrencial de un cerebro que funcionaba siempre con todas las lámparas encendidas? El hecho es que había venido abusando de aquella fluidez de discurso con que el destino lo regalaba desde la tarde que se metió en aquel barco. Necesitaba hablar para justificarse, para explicarse; no sentía como los demás, no aceptaba sus "alichós", sus mentiras, pero no los aceptaba por razones buenas y claras, y tenía absolutamente que darlas. El hombre debe estar siempre vivo, despierto, y ser un censor de todo cuanto ve: ¿de qué sirve la perfectibilidad humana si no se la ejercita por lo menos en el afán de perfección? Pero nunca le había dado estas buenas razones a Mildred: estaba claro que ella las sentía o adivinaba. De oírles, le habría dicho impulsiva y maternalmente: "¡Qué niño!" pasándole quizá la mano por el pelo, que le empezaba a ralear.

Guy quería decirle: "Sólo con Vd., Mildred, me ha pasado esto de quedarme callado y sentirme bien" pero refrenó el impulso pensando que la mejor manera de decirlo era precisamente continuar sumido en el silencio.

A las dos y media de la mañana ella se retiró, extendiéndole la mano, que él retuvo un momento entre las suyas y besó. El gesto la hizo sonreír con un aire de coquetería casi infantil. Los dos se dijeron "good night" al mismo tiempo. Él se acostó luego pensando que, si no estuvieran encerrados en aquel barco, tendría que intentar hacerle el amor a aquella mujer; y que si fuera un hombre de verdad tendría que ayudarla, liberarla de su horror sexual; pero ¿quién lo liberaba a él primero de sus miedos?

Llegaron las tres de la mañana y todavía andaba perdido Guy, imaginativamente, en aquel oscuro laberinto de la simpatía y del sexo, del querer y el desear. Pero se durmió... y soñó que salía del laberinto para acompañar el entierro de Mildred, a quien despedían de este mundo con honores militares por un calle bordeada de grandes

edificios de piedra empujada aquí y allá por las mordeduras del aire; y que en ese aire solenne y corrosivo de Inglaterra había bronzes cantantes para consagrar las soledades terrenas y anunciar las celestiales.

x^xx

Cinco horas después el viajero estaba de pie. Era 12 de Octubre. Acodado sobre la borda en la cubierta de estribor, Cortés, al adivinar más que ver las gibas azules de la sierra levantarse a la distancia, sintió ganas de repetir un grito conmemorativo. Para él la tierra era la protección, la seguridad; si se hubiera tratado de un puerto de las Islas Británicas, aquella escala sería el paraíso. Pero aquí iba a organizarse el convoy y, según Miss Greyfield, "a perfilarse el verdadero peligro del viaje".

Frente a la indocisa luz de amanecer tropical la luna mantenía aún sus celebrados prestigios nocturnos y, sobre las ondulaciones de la sierra, todavía se las apañaba para parecer un amarillento gajo de pomelo. Pocas veces una vista tan escrofulosa como aquella contó con un público tan fascinado como el que componían los pasajeros del "Talk of the Town".

Freetown, ciudad de mala muerte, se decía por ahí; ciudad digna de que de ella extrajera Graham Greene uno de sus conciertos de angustia religiosa. (En la Legación Británica de Montevideo había oído que Greene andaba por Freetown en misión oficial; extraoficialmente, y con la imaginación, es posible que estuviera blandiendo un Cristo frente a sus incorregibles pecadores y anotando ya los movimientos posibles del concierto, se dijo Guy). Ojalá. Un poeta podía siempre redimir a una ciudad, por más de mala muerte que fuera. El poeta da la primera noticia de las cosas y, por ser él quien la da, la nueva es siempre buena.

Antes de divisarse el litoral africano una marsopa humorista, maestra en las artes de dar coletazos por los aires, de resoplar echando agua y de hacer creer a los incautos que era una miniballena, ofreció un número extra de circo a unos trescientos metros del barco. Cuando la mirada, seducida por el exhibicionismo de su personalidad, se cansó de seguir sus zapatetas, ya se estaba dando la costa a los ojos

de todos en pinceladas de un gris negrozco que fue enriqueciéndose hasta llegar al verde pastel. Como pasó luego de verde al rojo de una tierra arcillosa que acabó por ser la dominante tónica de Freetown - rojo en el aire lluvioso, en la pesadez tropical; rojo lavado por una cortina de lluvia en las fachadas de las casas confusamente entrevistadas - sólo podía haberlo dicho el oficialillo de ojo redondo y fina boca de mal actor francés: esta no era ni la segunda ni la tercera vez que llegaba allí. Pero fue él quien hizo volverse a Guy con la primera frase completa que le dirigía:

"¿No se cansa de escribir tanto, Prof?"

"Es una traducción aburrida, pero tengo que concluirlo antes de llegar a Londres" le dijo Guy.

"Aquí estaremos Dios sabe cuánto: ocho, diez días..."

"¿Tanto? ¿En este calor mortal? ¿Sin moverse el barco?"

"Me temo que sí. Yo tendré un poco de tiempo libre. Espero que me dé entonces el placer de tomar una copa conmigo".

"Cómo no. Muchas gracias".

"Shake-hand" corto; sonrisa amable o indiferente; nada que tuviera que ver con aquellas miradas fijas y sospechosas de los primeros días, sobre las que Guy se felicitó de no haberse precipitado a sacar una conclusión de montevideano.

Freetown estaba a un paso y a mil kilómetros, porque no los dejarían desembarcar. La ciudad cobró de entrada la categoría de un espejismo. En ella - "clearing house" de la muerte, Wall Street del destino - se reunían continuamente, siguiendo misteriosas órdenes, barcos venidos quién sabe de dónde. Guy la imaginó llena de viejos Austin, de viejos Sunbeam Talbots, de viejos residentes coloniales y de nuevos "jeeps" y flamantes oficiales de paso; de galpones donde se exhibirían aún viejas biografías cinematográficas en que George Arliss intentaba convencernos de que Ds-raeli era un descendiente directo de Voltaire; de "verandahs" con techo de paja quinchada en que el "gin and tonic" ahogarían todos los dramas del magisterio, del climatario y del adulterio; de tiendas con techos de zinc contra cuyas paredes, car-

gadas de "affiches" en que se anunciaba la inminente "kermesse" y el sabático partido de "cricket", habrían de apilarse las batas de "foulard" y las clásicas corbatas de "paisley" indio, todo disponible sin cupones... Es posible que Freetown no fuera nada de eso, pero así, irrefutablemente, quería verlo Guy a la distancia. Nunca supo, sin embargo, si la suya era una presciencia cierta o si la libertad, el ocio, las vacaciones de su gran simpático - todos aquellos lujos nuevos en su vida - mellaban en realidad sus facultades más profundas.

Aguas reales del viaje fabuloso
manchadas como tigros por las guerras.

(Carlos Pollicer - "Poema elemental")

El primer sabor de guerra se los iba a dar allí, en Freetown, en esas aguas sembradas de minas que vedaban la entrada al puerto. La guerra iba a mostrar apenas la sombra de su dura ala en las escuadrillas de aviones plateados que volaban continuamente por sobre la ciudad, únicos pájaros capaces de soportar su propio ruido; pero tendrían avanzada corpórea en las decenas de barcos que verían llegar diariamente, severos en el gris de sus delantales de hierro y despreocupados en el tremolar de sus versicolores banderines. Sobre todo, Freetown sería rumor y amenaza en bocas extrañas venidas de la costa; rojas y bien recortadas en las lanchas automóviles de la Marina británica; hinchadas y casi azules en los botes cargados de frutas sobre los que caería desde las cubiertas superiores del barco, provocando una competencia de salto gimnástico y risa nerviosa, una lluvia de monedas de tres y seis peniques.

Mientras Guy miraba la costa, Mildred, más esplendorosa, romana y zandomenoghica todavía que al ir a acostarse, le extendió un par de ~~ma~~ gemelos junto con sus "buenos días". Guy miró. Trepada sobre la ladera de una colina, a medio camino de la cima, había una construcción de tipo morisco, con minaretes pintados de colores vivos.

"Un templo ¿no?" dijo Mildred.

"No, un cabaret" refutó Guy. "Hay uno igual en una playa de Montevideo; los deben haber construido en cadena".

Ella, riendo, levantó su bolsa de labores y simuló darle un golpe en la cabeza. El gesto de Mildred pareció convocar frente a ellos un islote donde los árboles se apretaban como las marsopas del océano. Apenas entrevisto, una lluvia acitosa puso gris el mar; y antes de divisar los "bungalows" de Freetown, persiguiéndose por los cerros en toda la alegría de sus colores de "favela", los viajeros descubrieron la ciudad como una litografía en grises cansados, borrados por la humedad y el tiempo.

Con acuerdo tácito los dos se dirigieron hacia el "lounge" y se sentaron. Era increíble lo que el largo rato de silencio juntos había hecho la noche anterior por cimentar su amistad.

"Se imaginará que a estas alturas sé lo que hace Vd. a bordo, Mildred" empezó por decirle Guy. "No se inquiete: le guardaré el secreto. Pero pongamos que todos estos chicos y chicas llegan a Londres, se embolan y Vd. se queda sola. ¿Qué piensa hacer entonces?"

"¿Yo? Seré una ATS: voy destinada al Ejército femenino".

"¿Al Ejército? ¿Vd.?"

Ella rió. "¿No le parezco lo suficientemente sargentina?"

"Bien sabe Vd. que no. ¿Y luego, cuando termine la guerra?"

"Volveré a Buenos Aires, probablemente. Mi mamá queda en casa de una hermana casada. Hace meses que está bien; sin eso, no me habría atrevido a venir".

"Era otro 'luego' el que me preocupaba".

"Luego... trataré de ayudar lo más posible a la gente que conozca y de no parecer una solterona envenenada".

"Mildred".

"No lo soy: pero podría parecerlo ¿no?" El guardó silencio. "Pero hablemos un poco de Vd. ¿Se va a limitar a publicar notas y hacer transmisiones? ¿No tiene ambiciones de algo más importante?"

"Me apasiona el teatro. En Londres estrenarán esta temporada una cosa mía".

"Me considero invitada a la 'opening night'".

Aunque había mentido espontánea - casi se podría decir sinceramente - como otras tantas veces, la respuesta de Mildred le hizo subir la sangre a la mejilla quemada por el sol. Qué vergüenza. Inmediatamente recordó la frase de Michael: "No des nunca por hechas cosas que tengas sólo en la imaginación". Y enseguida intentó dar marcha atrás:

"Bueno, ya se imaginará lo difícil que es estrenar en estos tiempos - o en cualesquiera otros. Aquí hay la dificultad extra de los cupones para los trajes".

"¿Es una obra de espectáculo?"

"Más bien sí".

"Pero no sería".

"Una sátira.

"¡Ah! Porque en estos momentos..." Y sin completar la frase, ella añadió: "Y está en inglés".

"Claro".

"Bravo".

"En fin, veremos" dijo él, sacando imaginariamente el sombrero a la sombra de Michael Brady, que quizá la estuviera sonriendo vagamente con su pañuelo dentro de la manga.

La mentira no era total; llevaba una obra; era una sátira con personajes históricos; estaba escrita en un inglés de diccionario y de excesivas lecturas de Lonsdale y de A. A. Milne; el idioma no era la verdad caliente de la calle y tampoco lo eran, en consecuencia, los personajes. Era la obra de alguien que hubiera aprendido por corrección lo que es la vida; y aunque Guy lo había aprendido a sangre y fuego, esto no importaba. Todavía no estaba abierto a la vida; quizá el secreto estuviera en la gimnasia del lecho, como afirmaba Pierre y había dicho alguna vez Hemingway.

"Cada escritor tiene un tema dominante" siguió Mildred. "¡Vd. tendrá también el suyo!" Los ojos se le iban aclarando; a medida que avanzaba la mañana el consorcio de la trasheda se instalaba en capas de sombra sobre aquel esplendor de su rostro.

"Pongamos que tengo un sueño dominante: el de reflejar en el teatro la vida completa, con todos sus temas. Mi teatro ideal tendría que tener la luz y la sombra, el bien y el mal, Dios y el diablo, para que el espectador se sirviera lo que pudiera de acuerdo con su edad, con su experiencia, con su intelecto".

"Eso no lo ha hecho nadie más que Shakespeare, creo".

"Para mí el único autor".

"Qué ambición desmedida. Con razón Amescua lo ha puesto Quijote".

"Esa es la ambición final; no se preocupe. Pero se quedará en ambición. Todavía no consigo siquiera hacer personajes vivos. Los que pensamos un poco, en el Río de la Plata, no estamos muy vivos; esa es la dificultad".

"Para mí pensar es la forma más alta de vida" dijo Mildred despaciosamente. Hubo otro

dilencio y luego él observó:

"Lo peor son las palabras. Cómo se gastan y pierden valor con el tiempo: cómo traicionan al autor. Si recogen el pulso del momento hay éxito: pero el éxito de hoy es la losa fría de mañana, cuando no el ridículo. Hoy nos reimos de D'Annunzio, y eso que él se agarró del salvavidas de eternidad que es la poesía; pero de todos modos está podrido por el sentir retórico del momento, como un espantapájaros lleno de polilla. Mañana nos reiremos de la prosa soez de O'Neill porque vendrá otra más soez o menos soez. Si se quiere escribir teatro para siempre se hace una obra muerta. Si se escribe teatro para ahora, ese teatro morirá mañana por la mañana".

"¿No hay escapatoria, entonces!"

"Sí, la de ser un genio; pero lo que menos saben los genios es hacerse representar".

"¿Y Vd.?"

"Yo ni sé escribir buen teatro ni mucho menos arreglármelas para que lo representen en escena. Digo lisonjas cuando no espero nada; si las dijera por interés, creo que me moriría en el acto".

"Ya lo dijo el vasito ¿no?: "No es de este mundo".

"Pero me gusta el mundo. Y me gustaría el éxito... si ocurriera como un milagro".

"¿Qué campeones del milagro son Vds. los rioplatenses".

"El éxito sería la libertad".

"No, Guy. Recuerde "Quando si è qualcuno" de Pirandello".

"¡Eh! Esa fue una vida muy golpeada. A él el éxito le vino demasiado tardíamente".

Mildred le tomó la mano y le echó un sumario vistazo:

"Vida larga y sana. También el éxito le llegará tardíamente a Vd. Y todavía más tarde que a Pirandello".

"¡Gracias! Mientras llegue... Yo sé que antes de escribir hay que vivir. Y vivir en muchos sitios, de muchas maneras. Para poder crear personajes - la cosa que yo no logro bien hay que salir primero de uno mismo; hay que aceptarse".

"¿Y Vd. no lo ha hecho ya?"

"No, no, de ninguna manera. Tengo cierta estima por mi propia rebeldía, pero aparte de

ella no me gusto nada".

"Mire un poco alrededor suyo".

"No me importa cómo sean los demás. El hecho es que yo me encuentro mal a mí mismo".

"Eso no es muy quijotesco que digamos".

"Pero es realista, prudente" dijo él con una risa triste. "Vamos a dejar a un lado la broma del Quijote. Sobre todo si quiere hacerme hablar en serio".

"Sí quiero. Vd. es un hombre fundamentalmente serio, Guy. Tiene ese barniz, esa carátula de joven "lord" acostumbrado a pasarla bien - yo también he oído a Collins - y sabe cómo hacerlo (¿y por qué no la va a tener? ¡al diablo con la envidia de los demás!) ; pero detrás del barniz hay alguien que yo veo vivo, bien volcado hacia todo lo que lo rodea".

"De ahí a ser capaz de retratar todo un mundo..."

"Ya lo hará. Para hacerlo hay que irse desprendiendo de todo poco a poco, ir renunciando a las cosas y hasta a las personas".

"¿Y Vd. cómo lo sabe?"

"¡Ah! Las solteras sabemos muchas cosas. Yo creo que el verdadero éxito le viene a la gente cuando ya no es capaz de gozarlo; si viene antes, es sospechoso y no dura".

"Buen consuelo me da" dijo Guy tomando las manos de Mildred y volviéndolas a besar.

"Cuidado" dijo ella, retirándolas al oír fuera las voces de dos o tres de sus voluntarios.

X
X X
X

El calor de baño turco, la inmovilidad del barco, la presión del trópico sobre los nervios y el rumor de que el pasaje aumentaría esa tarde en 140 unidades - todos soldados australianos - dieron a aquel almuerzo frente a Freetown un carácter muy especial. Tuvieron, claro está, un poderoso aliado en la ginebra, el "whisky" y el "bourbon" servido previamente por Collins con las artes de un Ganimedes crecido y glandularmente más o menos bien definido.

A las doce y media del día Guy había reaccionado del "shock" de la partida y del "shock" de iniciar una nueva vida en el aire, en el mar, en otro idioma y sin plan algu-

no. Con su optimismo de poro y con su hígado de Lúculo en funciones no tardó en reconocer lo que a la distancia se anunciaba como un caserío de novela por lo que en realidad era: la puerta abierta por fin al mundo. ¡Iría Freetown a disolver esos híbridos aires de los "bloody colonials", como los llamaban en Inglaterra; a barrer aquel enojoso puente entre lo que fue y lo que vendría y a encarar a Guy, al ponerlo frente a los australianos, con otra faz de la vida anglosajona: una faz más libre por no haber, como en el caso de los angloargentinos, prejuicio hispano que la amordazara; más verdadera, más recorrida por una brisa de selva y playa subtropical y por un sentir quizá perdido en la civilizada Inglaterra? La expectación del cambio lo volvió a las acideces de su "sense of humour" y a ese gusto del chiste que había heredado de su padre; ese gusto que, de todas sus características, era la que más pronto conquistaba a la gente, pero también la más irritante para los que no lo comprendían.

Así, en medio del almuerzo, cuando todos trataban de deglutir unos insípidos "gnocchi" de sémola, Guy levantó la voz para decir por sorpresa a Platon-Cadbury:

"Lo supongo enterado de que esta tarde nos cae encima la langosta".

"Perdón" dijo el contraalmirante con aire de no entender.

"Los 140 soldados australianos. ¿Qué piensa Vd. hacer?"

"¿Como que qué pienso hacer? A mí no me corresponde hacer nada".

"Vd., como viejo lobo de mar, debe saber cuál es el código. ¿Cómo defenderemos a las dos mujeres de esta mesa del ataque masivo de 140 hombres? Hombres que se supone vienen del desierto o de la selva. Apuesto a que no han visto un cutis como el de Miss Greyfield en varios meses".

Entre las risas Platon-Cadbury contestó:

"¿Qué quiere Vd. proponer? ¿Que tanto ella como Mildred lleven colgado del cuello el cartelito "Out of bounds"?"

"Estaría bien" contestó Guy con una sonrisa, "pero no funcionaría. Las dos únicas bellezas de a bordo capaces de alegrarnos un poco la vida, señores. No hay nadie aquí que ignore lo que es un soldado. El soldado considera al mundo como un fruto maduro

y listo para caerle en la mano. En su vida podrá haber hecho muchos sacrificios como burócrata de cuello blanco, pero se queja de ellos sólo a sotto voce. Son los de soldado los que lo hacen gritar; por llevar un uniforme lo espera todo. Mildred, en garde!

"Yo estoy out of bounds también para los burócratas, no lo olvide" dijo ella siguiendo el juego.

"¿Y Vd., Miss Greyfield?" preguntó Guy. "¿Qué piensa hacer? No le aconsejo que vuelva a ponerse la blusa rosa antes de llegar a Londres. Todos estamos por reponer-nos todavía de la impresión que nos hizo las otras noches".

La inglesa dientuda rió con una mirada fija que quería ser glacial, pero que por eso mismo resultó más licuada que de costumbre (¡ah, qué tratado médico habría podido escribirse sobre los reflejos glandulares de Miss Greyfield!)

"Señor Delatour, si Vd. sabe tanto sobre los soldados, y sobre Céline, y tantas otras cosas, también debe saber cómo reaccionan las mujeres que Vd. llamaría "anglo-sajonas" le contestó ella, recordándole con su risita ronca, repetida - una especie de hipo - el grito de uno de esos pájaros llenos de sorna que entristecen los atardeceres del campo rioplatense.

"No sé qué quiere decir".

"Quiero decir que si al criollo le repugna nuestro espíritu de libertad, a nosotras nos repugna su espíritu de posesión. Y basta que nos digan "nada de soldados australianos..."

"Ya" respondió él con un chilenismo insólito. "Pero eso sólo nos pone fuera de combate a Cortés y a mí, los "criollos". Yo querría saber qué piensan los otros: ¿se dejarían robar las dos magníficas "vacas sagradas" de nuestro establo?"

"Vaca su abuela" le dijo Mildred en voz baja y casi al oído antes de unirse a la carcajada de los demás.

"De nada sirve lo que propongamos nosotros" dijo el contraalmirante. "Son ellas las que tienen la primera y la última palabra. Yo quiero sencillamente dejar constancia de que me considero buen perdedor".

El oscuro y enfermo funcionario de legación, que nunca se hacía oír, estuvo más in

penetrable que nunca a través del rápido toma y daca. Peter Clark no dijo palabra: estaba demasiado ocupado quizá en ocultar la carga de agresividad que le subía a las pupilas al ver con qué poca sutileza se burlaba Guy hasta del sensacional escote de Miss Greyfield.

X
X X
X X

Una lancha grande abordó al "Talk of the Town" a las dos y media de la tarde. Desde la cubierta superior bajaron a su encuentro largos gritos:

"Llewellyn! Ivor! I-voor! Ram-say! I-Ivor!!! ¿COMO ESTAN?"

"Vivos, creo" contestó uno de ellos, haciendo roir a todo el mundo.

Abajo, en la lancha, dos docenas de brazos se agitaban como si quisieran espantar gaviotas. Eran los náufragos del "Malaga Star". Adolfo Cortés estaba en el grupo de los que salieron a verlos llegar, contento de no ser uno de ellos y al mismo tiempo ofendido por no encontrar, en toda aquella docena de caras, una sola que fuera conocida.

"I-Ivor!!" gritó aquella gata elástica que había hablado con Guy la mañana de la alarma atlántica. "¿Cómo es Freetown?"

"Es la muerte, petiza" contestó desde abajo una voz joven y exuberante, arrancando otra risa a sus amigos.

Un minuto después estaban todos en cubierta, formando una larga cadena de abrazos con los pasajeros del "Talk of the Town". Amescua, junto con Guy, miraba con los ojos velados el espectáculo conmovedor de la amistad y probablemente de la lealtad "pour la vie" ("la vie" siendo, en este caso, los diez o quince años que les durara la juventud). Qué pronto lo habían lanzado su soledad y su angustia a hacer, a la española, juicios tajantes sobre un mundo que no conocía.

Las palmadas en la espalda - fuertes, repetidas de amigo en amigo - habrían bastado para enviar a la enfermería a cualquier enfermo de los bronquios. Ahí, y en la luz viva de afecto que encendía todos aquellos ojos jóvenes, el modo de expresión de la "latinitá" había logrado un momentáneo triunfo.

"¿Y Florence?" gritó de pronto la gata elástica, prendida en ese momento del cuello del que había llamado Ivor. "¿Dónde está?? ¡¡No me digas que se ahogó!! ¡¡No!!" Y lanzó un alarido digno de grabarse para una película de terror. Tomándola del brazo, Mildred la arrancó de su "clinch" y le dio una bofetada de padre y señor mío.

"Estás loca. ¡Antes de que él conteste ya te pones a gritar! ¿Pero qué es esto? ¿Tú crees que en el Ejército van a tener ni dos minutos a una histérica así?" le dijo duramente.

"Perdón, lo siento; no me pude controlar" contestó la chica con lágrimas en los ojos. Pero Ivor, riendo, le volvió enseguida el alma al cuerpo con pocas palabras:

"Le voy a decir cómo la querés. Se va a llevar una sorpresa, como yo".

"¿Pero dónde está?"

"Aquí en Freetown. Tuvo un "shock" retardado después del naufragio. Ahora la combinación de humedad y calor me la tiene en cama, completamente reventada, pobrecita".

"De naufragios vamos a hablar lo menos posible" dijo casi brutalmente la suave, dulce Mildred. "Aquí todos tienen que portarse como hombres, especialmente las mujeres".

Guy, junto al grupo, la escuchó ligeramente avergonzado, con la sensación de haber entrado a una casa ajena en momentos en que el dueño tiene una explosión de ira.

"Vamos a buscar a Collins" propuso a Pierre al verlo aparecer en cubierta "y a darle razones contantes y sonantes para que abra el bar. Hay que invitar a todos estos muchachos a tomar una copa ¿no te parece?"

"Veremos qué se puede hacer" dijo Pierre, poniéndose en marcha.

Guy lo precedió. Al darse vuelta para hacerle a Amescua señal de que no se moviera de allí vio, sin creer en sus ojos, que al pasar Pierre ponía algo - un trozo de papel doblado, quizá, - en la mano de uno de los naufragos, y que éste lo recogía sin siquiera volver la cabeza. "Qué caraduras" pensó.

Collins no estaba por ninguna parte. La búsqueda duró unos ocho o diez minutos y lo llevó a las cocinas, en cuya puerta lo encontraron fumándose un cigarrillo con aires de "bookmaker" en Epsom. Al bajar allí Guy tuvo su primera visión de la terce-

ra clase. En unos camarotes casi colectivos - para seis u ocho personas - se hacina-
ban sucia, siniestramente aquellos polacos y otros voluntarios que iban a unirse a
los franceses libres y a los belgas "un poquito menos libres que los franceses" di-
jo Pierre frunciendo los morros con aire burlón.

Del grupo que formaban tres de ellos a pocos pasos de Collins salieron un par de
miradas de hostilidad hacia Guy, y del camarote un acrd, repugnante olor a grasa y
a sudor, suficiente para justificar no sólo la hostilidad sino hasta el odio hacia
los que viajaban en "cabin class".

Al reconocer con el tacto el billete de una libra que Guy le deslizó en la mano
mientras Pierre hablaba, Collins levantó el brazo para no verse obligado a tomarlo.

"Lo siento enormemente, milord, sir" dijo dirigiéndose a ambos. "Vd., señor de
Grut, sabe lo que son órdenes - militares o navales. Pero no sabe cómo es el sobre-
carga de a bordo, eso no. Yo le digo que no nos dejaría abtir el bar ni aunque el
mismo Sir Winston Churchill viniera clandestinamente de visita. Y eso que es un adu-
lón de primer orden: pero donde le toquen el reglamento..."

"Está bien. Con tal de que me consiga luego tres o cuatro botellas para responder
a emergencias como ésta..." le dijo secamente Pierre.

Guy fue derecho al trío: un muchachón de largos brazos, con algo de mono, que lue-
go exhibiría su aptitud cuadrumana trepándose y descolgándose por los palos del bar-
co; un malevo de suburbio en embrión, pequeño, macizo, con el pelo untado de grasa,
y una especie de árabe al que le faltaba de nacimiento una oreja y que había deserta-
do de su grupo - el de los voluntarios polacos - para unirse a este otro que venía
de sus barrios y compartía sus manías y sus ignorancias. Ninguno de ellos tenía más
de veinte años. Todos ellos, una vez en Inglaterra, se aferrarían a estas manías e
ignorancias como a una preciosa herencia, digna de que un hombre pierda la vida por
ella. Y Guy, que ya tenía treinta y tres, podría desprenderse alguna vez de sus pro-
pias manías, vivir de verdad en esquinas sin sol, en latitudes donde no había tormen-
tas eléctricas, oyendo voces que nunca reemplazarían a las escuchadas desde la infan-
cia? Unos minutos antes Karen había soltado un lagrimón al ver a un zanganote rubio

y pesado que era evidentemente un compañero de kindergarten. No, nadie se desprendía nunca de su historia. Los prestigios umbilicales de la costumbre, esos que el hombre corriente cree que constituyen su "identidad", impedirían siempre la muerte del nacionalismo, del estereotipo, del odio gratuito; la muerte de la guerra.

Mientras le pasaban estos cabos de ideas por la cabeza, Guy había sacado un paquete de "Pall Mall" casi lleno del bolsillo y lo había puesto en manos del atleta de los brazos largos diciéndole: "Para los tres". Buena tarjeta de presentación. La hostilidad desapareció inmediatamente de todos los ojos. Pero al inclinar la cabeza en señal de agradecimiento el muchacho no le habló a Guy sino a Pierre:

"Todavía tenemos sin tocar la última botella de "whisky" que nos mandó, señor de Grut. Llévela. Un momento. Ahora se la traigo". Y salió corriendo al camarote maloliente antes de que Pierre pudiera abrir la boca.

De todos los descubrimientos que Guy hacía continuamente sobre el aviador belga, su gesto de generosidad cordial para con aquella gente fue el que más lo desconcertó. Con el "mono" salió del camarote un hombrecillo triste, flaco, calvo, aciguatado, cuyas erres guturales daban un incongruente aire de prostíbulo a su discurso.

"Tgrraiga a su amigo a nuestra covash a tomgrx mat una de estas nosh" dijo a Pierre.

"Vendré con mucho gusto, gracias" contestó Guy.

"Y déjese de miedos, Daniel" le dijo Pierre. "Aquí se van a organizar las cosas muy bien".

"Oh... Con organización et tout... nunca se sabe lo que puede pasar" dijo el hombre mirando a los cinco lúgubramente, como si los viera ya muertos.

Anduve en la mar tormenta corriendo,
syn vela, syn remos en ondas estrañas
dyversos peligros e miedo sofriendo.

(Ruy Páez de Ribera - "Dezir contra la provesa")

Al subir Guy y Pierre - botella bajo el brazo - se escapaban tantas "gracias" y tantas risas de alegre sorpresa por las puertas que, antes de ver a nadie, ambos supieron que los visitantes se habían dispersado ya por los camarotes de sus amigos. Pero había, junto a la puerta de salida a la cubierta, un par de ellos que no tenían un destino fijado en esa visita y de los que Cortés se había apoderado de inmediato. Al que no naufragaba, por lo menos le quedaba el recurso de decir en las cartas a casa que se había codeado con algún náufrago y que había sido objeto de sus confianzas; ya se sabe que a los náufragos no les gusta hablar de naufragios. Para ganarse la confianza de este par de tímidos visitantes Cortés traía en los brazos una camisa azul celeste, tres o cuatro pares de calcetines y dos corbatas que sólo Harry S. Truman habría osado ponerse alguna vez.

"Espero que esto les sirva" dijo a los náufragos con untuosidad de mecenas improvisado. Pierre intervino de inmediato:

"Vengan, muchachos. Por aquí" dijo indicando su camarote. "Un trago de 'scotch' también les podrá servir ¿no? Venga, Cortés. Vamos a sentarnos".

Riendo, los chicos se presentaron como Tony y Vic y lo siguieron. Se sentaron en las literas; aparecieron vasos; el más pequeño de los dos se probó la camisa que le ofrecía su mecenas con una risita de ropavejero.

"¿Y cómo fue eso? ¿Qué sintieron al sonar la alarma?" preguntó Cortés con un brillo ligeramente maligno en los ojos.

Los náufragos se consultaron con la mirada en busca de palabras.

"¿Cómo le podría decir? Está... ah..." murmuró con voz pastosa y bronca Tony, el que tenía aspecto de ser más suelto de cuerpo: un carirredondo de ojos opacos, abundantes espinillas y cabello renegrado, grueso y duro como una cerda. "Yo estuve una vez en Santiago de Chile y una noche hubo tres temblores de tierra. Una cosa corta ¿sabe? pero bastante fuerte. Y bueno... Desde adentro 'el barco, el hundimiento pare

oía una cosa así".

"Debe haber sido una sensación bárbara" comentó Cortés sonriendo como quien oye-
ra describir una flagelación en un burdel.

"¿Pánico?" preguntó Pierre.

"Por fuera no, ninguno; todo el mundo mantuvo la calma; pero por dentro yo, por
lo menos, sentía que las tripas se me daban vuelta" dijo el rubio Vio.

"¿Cuánto tardó en hundirse el buque?" Cortés mantuvo su expresión ávida mientras
se empujaba periódicamente las gafas contra el entrecejo.

"Unos veinticinco minutos ¿no?" dijo Tony pidiendo con la mirada una confirmación
de Vio.

"¡Ah, entonces la cosa está muy bien!" (¿Pensaría el arquitecto en su número de
alto transformismo, con tres trajes uno encima del otro?)

"Nosotros recibimos dos torpedos con unos cinco minutos de diferencia" murmuró
por fin el rubio recorriendo con la mirada cada detalle del camarote.

"Entonces, uno tiene tiempo de tomar sus medidas. No está mal" se repitió Cortés
con su estúpida sonrisa. Y Vio:

"Pero eso en un barco como el nuestro. El otro que hundieron esa noche se fue a
pique en seis minutos".

"¿Y cómo diablos hace uno para meterse en un bote en seis...?" Ahí Cortés debió
haber esperado la carcajada unánime que, una vez más, recibió una de sus frases.

"En casi media hora yo no pude salvar más que mis documentos, dos libros de apun-
tes y mi cronógrafo. No hay tiempo para nada" dijo Tony.

"Una cosa que no esperábamos; cuando bajamos nuestro bote salvavidas" - Vio esta-
ba lanzado - "el submarino, que había salido a la superficie, se nos acercó. Dos ofi-
ciales nos preguntaron en inglés: "¿Necesitan algo?" Todos apretamos los labios; te-
níamos ganas de putearlo, pero nadie dijo esta boca es mía. La gente del submarino
hizo un saludo marcial a los tres botes y desapareció en la sombra".

"Y para peor era de noche ¿no?" observó Cortés. Esta vez, sin que hubiera ninguna
causa especial, Pierre sintió ganas de pegarle una bofetada. Vio había apurado su

copa. "Un poquito más para Tulip" pidió. Pierre, sin preguntar quién era Tulip, le sirvió una buena dosis. "Perdón" dijo el chico, y salió del camarote.

"Así que se ofrecen a ayudarlo a uno después de haberlo despachado al otro mundo. Qué caballeresco. Esos oficiales deben haber leído "El prisionero de Zenda" y "Ruperto de Hentzau" dijo Guy con una ironía caliente e indignada, en la que no se lo veía tan cómodo como en la tibia y mordaz habitual en él. Y luego: "Lo más intenso de la guerra tendría que ser vivido por más escritores y artistas de lo que es. Son ellos los que pueden dar la noticia más completa, más lúcida; sin ellos se pierde en el aire todo un caudal de experiencia humana. Y yo pienso que si se denunciara esta locura con todos sus detalles, si se la documentara completamente, el hombre no se atrevería a repetirla".

Pierre lo miró con una ceja levantada y le dijo fríamente:

"Recuerda un poco a Amescua: nuestros hijos piensan que "su" guerra, "su" revolución - las que hagan luego - son las puras, las únicas justificables, así como están convencidos de que todas las modas han sido ridículas menos la suya. No, no. Mientras uno está participando de un "raid", bajo el fuego antiaéreo de los alemanes, lo que siente en esos diez minutos que son diez siglos está bien para que lo describa un médico a sus colegas; pero no un escritor a un lector. El lector pensará que se exagera y que todo hombre que marcha a hacer la guerra tiene la obligación de convertirse automáticamente en un héroe, pese a los Remarque y a los Barbusse. ¿Cómo le vas a decir la verdad? Tics, convulsiones, pulsos en todas partes, ráfagas de luz en los ojos; una gana de reventar enseguida, de que se le abran a uno los órganos en dos. La imaginación está paralizada; todo lo que hace el animal humano es concentrarse para superar esa gana de reventar. El artista podrá exagerar, podrá decir esa desesperación animal con figuras retóricas; podrá sobre todo inventar. Pero los muchachos te dirán todos lo mismo: lo que uno siente son sensaciones orgánicas, casi completamente primitivas. Demasiado clínico para lo que pide el arte ¿no?"

"No sé. Un escritor puede sentir en otra forma. Es algo que hay que vivir personalmente" murmuró, ensimismado, Guy.

"Yo sé muy poco de eso" dijo el visitante. Y señalando a Pierre: "Pero creo que el señor tiene razón. No se piensa en morir, se piensa en vivir; uno no siente que tenga un cuerpo o un alma: siente ¡qué sé yo! que es un montón de células, y no muy bien unidas".

Cortés decidió que era tiempo de volver a transformarse en centro de la atención general.

"¿Qué le gusta de esto?" le dijo al visitante. "Creo que tenemos el mismo pie. Como su compañero se lleva la camisa, a Vd. le corresponden los calcetines. Elija una corbata, por favor".

Tony no se hizo de rogar; es bien posible que admirara el estilo de Harry S. Truman. Mientras Vic volvía con su vaso vacío, Pierre y Guy habían sacado varias cosas de sus maletas: guantes, un "sweater", camisas de lana, mudas de ropa interior. Ante el inesperado botín, los muchachos lanzaron un grito cowboyesco. Pero Tony miró el reloj y dijo:

"¡Qué lástima! Nos han permitido venir nada más que por media hora, y faltan cinco minutos".

Pierre volcó el resto de la botella en los vasos y dijo sentenciosamente:

"El trago de la despedida, muchachos".

"Y Vd., después de ir en esos "raids" por Europa, ¿cómo se vuelve a Londres, cómo se puede volver?" le preguntó Tony.

Pierre rió:

"Bah. No siempre se está lanzando bombas. Y la cosa tiene sus momentos divertidos. Hace tres meses estuve en Lieja. Los que quieren hacer pasar periódicos clandestinos bajo las narices de las tropas alemanas de una caserna y difundirlos en otros barrios o en otras partes hacen con ellos gorros de papel para sus hijos. Los chicos salen a la calle a jugar a los soldados y gritan unos "Sig Heil" tan frenéticos que la tropa, al ver la burla, los corre fuera de ahí. Es la manera más rápida de pasar el contrabando de información".

"Parece de cine" comentó Cortés.

"¡Bah! La guerra toda parece de cine... hasta que una bomba o una granada lo partan a uno en tres o cuatro pedazos" contestó Pierre.

"Pero con todo lo que pasa, las denuncias, los fusilamientos, ¿cómo vive la gente, cómo puede vivir?" En el tono de Vic se percibía como una especie de voluntad de que no se repitiera su experiencia del naufragio. Pierre lo miró con simpatía.

"Aunque te asombre, vive bien. Mejor que en ninguna parte; porque allí se da cuenta de lo que vale la vida. Las cosas no siguen a pesar de los bombardeos y los fusilamientos; siguen a causa de ellos".

"Qué loco es el mundo" dijo Guy, más para sí que para los otros. Y Pierre, tras una pausa para distribuir cigarrillos:

"Hay quienes no comen más que la sopa de repollo hecha en enormes calderas en la calle. Pero los grandes "restaurants" de Bruselas están abiertos y siempre concurridos. Hace dos meses tenía una gana tan grande una comida a la francesa que me metí en uno de ellos. ¡Qué "pâté de lièvre"! ¡Qué "paupiette de veau"! ¡Qué botella de Beaune Cent Vignes! ¡Qué queso de cabra! El queso de cabra era una verdadera maravilla".

"Y los que entran clandestinamente en un país ocupado ¿se pueden exhibir así?" preguntó estúpidamente Vic. Pierre se mostró especialmente paciente al contestarle:

"Claro que no. Pero esa vez no lo pude resistir. El olor a mantequilla y a "cognac" de las salsas me atrajo allí como un imán. Si me hubieran fusilado mientras hacía la digestión, habría muerto feliz".

Los muchachos se despidieron entre risas y exclamaciones. En la cubierta Pierre detuvo al comisario de a bordo para preguntarle:

"¿Mandan el correo en esta lancha?"

"Sí. Anoche se censuraron todas las cartas. Pero ya no se puede aceptar ninguna más".

"Gracias".

Una alegría loca se apoderó del aviador, que mirando a Guy y riendo sin causa, corrió a la borda y tiró un montón de monedas a los negros que habían venido en la lancha.

cha. La embarcación quedó pronto llena de gentes cargadas de cosas. Todos las depositaron cuidadosamente en el suelo, pese a su prisa por tener los brazos libres para agradecer y saludar. Luego casi todos tomaron alguna de esas prendas para agitarla en señal de reconocimiento.

"¡Ya se van a arrepentir!" gritó Ivor a los del "Talk of the Town", luciendo una vez más sus cualidades vocales de rematador. "¡¡Esto no lo olvidaremos!! gimoteó una chica. "¡Nunca, nunca!" corearon tres voces masculinas.

La pequeña copla de agradecimiento recordó a Amescua esos juramentos de amor eterno de que estaban llenos el teatro y el cine en su juventud. "¡Amor eterno! ¿Y la menopausia? ¿Dónde me dejan la menopausia?" decía él ya en aquel entonces. Pero Guy, el sentimental, el inocente, tuvo que alejarse un poco del grupo situado junto a la pasarela de descenso. Estaba demasiado conmovido como para que lo vieran.

Fuera de la muerte de las grandes tuberculosas románticas - Lucía llamada Mimi, Alfonsina Duplessis llamada Marguerite Gautier, con sus amores cortados deliberadamente pero llevados hasta el fin en el frágil pecho, como un puñal que si se quita del todo acaba con uho - lo que más lo había emocionado siempre eran los gestos de nobleza y los homenajes tardíos a los grandes hombres. Cuando los veía en alguna biografía de Hollywood, Guy era hombre al agua: no había una vez que no llorara a moco tendido. "Un cursi; en resumidas cuentas, un cursi" habría dicho Miss Greyfield, no sin su pizca de razón.

Suponiendo que así fuera, ahora entraba en juego un tercer elemento para vulnerar su sentimentalismo. Este adiós de los naufragos, este agradecimiento y este "no olvidarse nunca" eran otro ataque frontal a una sensibilidad para la que el fin de las amistades y de los grupos, el adiós a la escuela y luego a la Universidad, la disgregación de los hogares al crecer los hijos, los divorcios de los amigos, las muertes, eran maneras de ir anticipando la soledad final y de ir subrayando el desorden en que vive el hombre, tan lejos de la música perfectamente regulada de las esferas. Desorden y soledad. Y si ese era el cuadro ¿por qué la vida le parecía tan maravillosa en aquel momento?

El momento, desde luego, era perfecto. Cielo y mar grises. La humedad daba al aire un sucio azul de humo. Pero en aquellas voces jóvenes todo era sol; de aquel primer encuentro con la muerte todos parecían haber salido con sus sueños intactos, con su gana de reír activa y vibrante. Su momentánea pobreza era una broma, y la vida les parecía más maravillosa porque ahora sabían que conservarla era cuestión de suerte, de "karma", o como uno quisiera llamarle. Estar vivo y sano era ya en sí una maravilla. Aunque se creyera ya viejo para adquirir con la piel y los huesos otro idioma, otra articulación municipal, Guy era todavía, en muchos sentidos, una página en blanco. Ahora daba gracias al destino por no haber escrito en esa página el desprecio por los demás, la habilidad para servirse de ellos, el talento de satisfacer su ego destruyendo algún otro; en este momento daba gracias por sentirlo así solo; sólo, podía gozar plenamente aquel momento de exaltación, la primera que se apoderaba de él después de las negativas emociones de la partida.

x^x
x^x

La exaltación de Guy - una exaltación de solitario y sin desembocaduras - no le impidió ver en aquel atardecer que el calor y la humedad de la costa de Freetown habían empezado ya a trabajar el espíritu de los tripulantes del barco, y temió que varios días de espera en aquel escándalo tropical de los sentidos tuviera un efecto absolutamente contrario al que se deseaba al organizarse un convoy. Un convoy era una voluntad multánime; los dientes apretados en la decisión de vencer al enemigo probablemente agazapado, como un cáncer, tras el propio vientre del barco en que se viaja; y en este caso, la formación de guerra y el espíritu marcial impuestos de la noche a la mañana a gentes que hasta entonces no habían conocido otra cosa que la indisciplina circulada por el chiste y el permanente canto a los sagrados derechos del yo. En pleno fermento de sensualidad, un proceso químico nuevo para los rioplatenses si^{se} exceptúan las locuras del carnaval y los crímenes pasionales de aquellos veranos que estallaban como una palabrota en ambas orillas del río, ¿de dónde iba a salir la disciplina necesaria a la salvación, a la llegada a un puerto de Inglaterra?

Pero con su traje de hilo blanco y la brisa que entraba por los ojos de buey semiabiertos en el comedor, el calor de Freetown no había obrado aún lo suficiente sobre los nervios de Guy Delatour como para hacerlo volver a la actitud de la conversación sobre Céline. Así y todo, esa misma noche Miss Greyfield lo arrastró otra vez al ruedo de la polémica.

"Vamos a ver un poco. Un hombre como Vd., señor Delatour, tan por encima de nuestras pobres cabezas con sus opiniones ¿crítico cinematográfico? Así me dicen aquí. Yo no lo puedo creer; siempre he oído decir que el cine es un entretenimiento al nivel mental de las cocineras".

"Miss Greyfield, las buenas cocineras - yo conozco dos o tres, y una de ellas es prima mía - están a la altura del mejor cine que se pueda hacer por ahí, créame".

"No sé cómo interpretar esas palabras".

"Puede haber artistas en todas partes: la cuestión es tener buen paladar" fue la elíptica y un tanto burlona respuesta de Guy.

"¿Quiere decir que es el espectador el que tiene que hacer el plato?" dijo ella.

"A eso llegaremos, como insisten los críticos en llamar genios a algunos directores. Porque los genios tienen casi siempre la manía de que deben ser herméticos".

"Pero si Vd. no los cree genios" insistió Miss Greyfield, ya casi desconcertada, "¿por qué les ha dedicado tanto tiempo y espacio en su vida?"

"Miss Greyfield. Supongamos que vive Vd. en un pueblito de 800 habitantes - o almas, como se dice todavía por ahí. Supongamos que es el principio del siglo y que ninguna "rascada" - como llaman los cómicos a una jira teatral por el interior - pierde su tiempo y su dinero en llegarse allí. Pasan los meses y los años, y, a menos de hacer algún viaje, su vida, fuera de los libros, sigue siempre vacía de estímulos, de incitaciones".

"Perdón. Si se refiere personalmente a mí, el ejemplo no vale. Yo me habría ido desde un principio de un pueblito así".

"Pero Vd. no es inglesa sino española; su madre está enferma y postrada y Vd. es la única que puede cuidarla" le sugirió Guy.

"¡Jaj ¡Jaj ¡Jaj ¡Jaj ¡Jaj Argentinos uruguayos, con Vds. todo acaba siempre en "chantage" sentimental".

Platon-Cadbury, que estaba dormitando, abrió completamente los ojos al oír la palabra "chantage".

"Lo siento" dijo Guy levantando los brazos, las palmas de las manos de frente, como si las tuviera frente a un revólver hipotético. Sonreía con el aspecto inequívoco de alguien que no lo siente en absoluto, y Miss Greyfield, muy a su pesar, le devolvió la sonrisa. "Un buen día", siguió él, "se anuncia la llegada a su pueblo de un circo ambulante, con un león castrado, cuatro caballos ancianos y una "écuyer" muy poco segura de su oficio. Los chacareros de los alrededores - o granjeros si Vd. quiere - vienen varias noches a ver la función con sus peones, y el negocio sobrevive diez días en el pueblo. Es un circo de magia desdentada, y aunque su música - toda la música "viva" que ha habido en el lugar - desafina, y aunque el público tiene pesadillas con los payasos algunas madrugadas, Vd., a fuerza de ver el espectáculo noche tras noche, adquiere el vicio del circo y acaba por transformarse en experta en problemas circenses y sabe hasta de asma equina, si eso es posible".

Ella volvió a reír. "Muy pintoresco como imagen, pero no veo qué relación pueda tener con su actividad de crítico de cine. Vd. vivió toda su vida en Montevideo, que nunca, excepto en los días de don Bruno Mauricio de Zavala, fue un pueblito de 800 habitantes".

"Claro. Ahí llegaron en mi infancia y adolescencia los grandes monstruos "non sanctos": Nijinsky, Caruso, la Pavlova, la Galli Curci, Isadora Duncan, la Borelli, Chaliapin, y a mí me llevaron a verlos a todos; y también a los cómicos españoles, y a Pastora Imperio y a la Meller, y a Casaux y Gardel; pero pongamos que yo no vivía en Montevideo, sino en Melo o en San Carlos".

"Ya es mucho suponer" dijo la buena dama, enseñando los dientes.

"Lo importante es que 'la sustancia de que se componen los sueños' consistía para mí, principalmente, en lo que nos ofrecía el Cine Latino de Pocitos. (Vd. sabe

lo que es Pocitos ¿no? Ibamos a los cines de la Plaza Independencia y de 18 de Julio, casi todos de nombre inglés; pero lo regular para mis padres y para mí era hacer prácticamente todas las noches una caminata de casi kilómetro y medio desde mi casa hasta aquel gran galpón, aventurándose - frente a unos enormes campos alambrados - por las sombras de la calle Pereira. El circo estaba ahí, con cambio de programa todas las noches y con una música más afinada de lo que quería mi imagen; la que hacía al piano la señorita Coureau. (El programa decía misteriosamente, antes de anunciar la película exhibida en cada sección, "sinfonía" por la Sta. Coureau. Sinfonía, sí; sinfonía. Una sinfonía de piano solo; ya ve Vd. si era o no un mundo mágico). Allí tuvimos a Norma Talmadge haciendo de "Poppy, la niña sudafricana" con acompañamiento de "valsés hésitations" franceses; a Viola Dana en "La ley divina y humana" con acompañamiento de Schubert y Liszt; a Francesca Bertini, con sus 24 toaletas 24, en "Fedora" ("Un peu d'amour", "Torna a Sorrento", "Molinos de viento" y la "Serenata" de Toselli); allí también vimos "La casa del odio", veinte episodios de Pearl White, con acompañamiento de Chopin, Godard, "Destiny" y "Three O'Clock in the Morning". El vals le iba bien a todo, al baño mortal de ácido al que me llevaban atada a la pobre Miss White y a la violación de Marco Antonio por Cleopatra (una chica de 14 años, con los ojos terriblemente pintarrajeados, que se llamaba a sí mismo Theda Bara). El Cine Latino de Pocitos fue mi universidad de la vida, con diálogos impresos y traducidos del original de Edwin Justus Mayer y Frances Marion, cuando no de D'Annunzio. ¿Quién los recuerda; quién recuerda a Rita Jolivet en "El hundimiento del Lusitania" o "Lo que mis ojos vieron"? Nadie; sic transit Gloria Swanson. Por haber asistido tan asiduamente a esa Universidad, yo creí hasta los 16 años, como los Scott Fitzgerald hasta los 40, que lo correcto en un baile era tirarse a la piscina de "frac" por complacer a la chica de la casa, que se tiraba en un traje camisa todo bordado de mostacilla. Vestidos también de frac, los galanes de las novelas de Elinor Glyn - John Gilbert, Conrad Nagel - le hacían el amor a una hermana cabezona llamada Aileen Pringle sobre un lecho de rosas, cosa que a los quince años, por falta de experiencia, nos parecía plausible y hasta envidiable, pese a todos los inconvenientes técnicos que debe haber presentado".

La mesa rió.

"Todavía no me ha contestado en serio" dijo Miss Greyfield, no menos despiadada que Theda Bara.

"Piano piano. Los años pasan. Uno se dedica al periodismo. Después de haber comparado tantos detalles de tantos cientos y cientos de películas, tiene cierta idea de cómo se debe decir en imágenes determinada cosa. Y ponga Vd. que, por falta de competidores, se convierte en cronista cinematográfico. El cine progresa (o si Vd. quiere, el circo adquiere un león con todos sus atributos viriles, caballos jóvenes y bien entrenados y trapevistas de primer orden, aparte de sustituir a la "écuyère" insegura por una alemana bien alimentada y rigurosamente eficaz). Este circo imaginario de que hablo es la riqueza, la solidez, la competencia profesional en materia de espectáculos; cada vez refina más sus métodos y su estilo, y llega por fin el día en que se vuelve demasiado bueno para lo que merece - o espera - el público del pueblo. De 800 almas éste ha pasado a 5.000 habitantes (que ya no se atreven a llamarse "almas"). Esto es lo que le ocurrió al cine mudo en 1928. Entonces, ante las galas semi-vacías, el cine - o circo - adquiere voz para parecerse al teatro; una voz al principio chillona, gangosa, casi incomprensible, sobre todo porque habla en idiomas extranjeros. Y esta es su nueva magia: hablarle a uno en términos de fuera, traer todo el misterio y la seducción del mundo de fuera, con un poco de su olor (porque la voz tiene a veces ese efecto) al seno de la aldea en que uno vive. Si uno se ha dedicado a escribir sobre cine, como cronista concienzudo verá una película aceptable por lo menos tres veces; la primera leyendo los títulos en español y las otras dos intentando entender el diálogo original, como si fuera un mejicano en Nueva Orleans, perdido entre los ruidos de Basin Street. Así aprendí yo mi inglés, malo como es, Miss Greyfield. Y el cine sigue siendo un lujo para el pueblecito: un teatro hecho a todo trapo, como nunca se habría visto allí en tres dimensiones. Vd. se preguntará: "Como campeón de la imagen en movimiento, ¿qué dijo Vd. al dejar el cine de ser mudo?" y yo le diré: "Es una muerte que me arrancó muchas cuartillas, pero el tiempo pasa y

uno se da cuenta de que aun en este siglo loco de fotografía, la imagen por la imagen, por más movimiento que tenga, es una cosquilla superficial para adolescentes o estetas incurables. Una imagen en el cine vale siempre por su contenido dramático".

"Yo creo..." aventuró Cortés, pero el torrente verbal de Guy ahogó el eco de sus tres sílabas. El interpelado siguió como si hubiera escuchado a un apuntador:

"Yo creo que nadie se ostremece ante el recuerdo de la mejor toma de un documental - ni siquiera uno de Flaherty - a menos que la situación sea dramática. La magia del cine me ha defendido de muchas cosas en la vida, y a veces podría decirse que me ha salvado. Pero en este momento el postulado de Hollywood es invariablemente: "El corazón de una mujer es más importante que la carrera de un hombre, que la Liga de las Naciones, que la guerra. Y el de París: el mundo es un burdel, y el hombre, una rata acorralada. Céline ha dejado su huella "chez Carné" y "chez Renoir". Y eso ya no lo puedo aguantar; por eso he dejado la crítica. Si una guerra mundial es, a los cinco años, una cosa muy espectacular que ocurre muy lejos, a los treinta pasados es algo que lo atañe muy directamente a uno. Abajo la magia; yo, por el momento, me he divorciado de ella y aquí me tiene en busca del melodrama real; sólo que los ingleses no lo llamarán nunca melodrama".

"Hmmm. Hay gente que al cumplir veintiún años y abandonar la magia de sus años adolescentes" (qué risotada habría soltado Amescua si hubiera podido oír esta frase) "querría suicidarse: ¿no le pasará a Vd. algo parecido al salir a Londres?" dijo Platon-Cadbury con ese "esprit" especial que se desprendía de vez en cuando de él morosamente, como un bostezo.

"Eso, querido amigo, ya no tiene que ver con el tema" le dijo Guy.

"Pero en resumidas cuentas, ¿qué piensa ahora del cine?" Miss Greyfield no cedía un palmo de terreno.

"Que fue un arte y nuevo - mientras conservó su identidad. Lo convirtieron luego en el monstruo de Frankenstein, que vive con pedazos postizos de otros seres; pero puede

que con cirugía estética llegue a recobrar casi completamente el aspecto de antes, si no la identidad. El inconveniente está en que ese monstruo se traga demasiadas cosas. Hay que ser perpetuamente joven de cuerpo y espíritu para servirlo como director e intérprete: muchos americanos se hacen la ilusión de serlo a fuerza de ensaladas y vitaminas. Pero con el entusiasmo de los diecinueve años, se necesita la objetividad, la necesidad orgánica de equilibrio de los cincuenta".

"Y un director de cine ¿qué es? A ver" siguió ella con la maliciosa expectativa del examinador que espera que el torrente se agote, que algo se rompa y el examinando enmudezca de pronto.

"Oh, un disparatado montón de cosas; hay que ser un "voyeur" incurable de la existencia, un "officier de liaison" capaz de todos los celestinazgos; a ratos, cuando no se "rueda", un enfermero diplomado. Un montón de cosas. Un director de cine - uno bueno, por lo menos, podría ocupar de la noche a la mañana el puesto de curador de la Sección Trajes de Época del Museo Británico. Tiene que ser también un gran actor fracasado y un gran escritor en impotencia; uno de esos tipos brillantes de Oxford o Harvard que de repente montan Shakespeare como si fuera un editorialista socio-político del momento y peso a ello, lo conmueven a uno. El director de cine es un "ex" y un "podría ser" al mismo tiempo; otro monstruo que sabe de todo y al que todo le asoma a las puntas de los dedos, ompujado por una neurosis de primer orden (sin la cual no hay director). El ejemplar, como Vd. se imaginará, no se puede dar en el Río de la Plata, donde la decadencia no ha estado nunca precedida de cadencia. Todavía estamos demasiado a medio cocer para producir un tipo así; un crítico creería que ser director es una simple cuestión de inteligencia o de gusto, pero hay más y hay también menos de lo que creen. De todo ese "cocktail" de virtudes a medida que debe tener el director el sabor principal que debe dejar su obra enlatada es el de los "bitters" de su imaginación".

"¿Qué clase de imaginación, plástica? ¿La que se da por la imagen?" Después de deslizar todas estas palabras juntas en medio del torrente, Platon-Cadbury se quedó más a cho que largo.

"No: esa imaginación que debe tocarlo e iluminarlo todo: la colocación de una plan"

ta, un tono de voz, el uso del filtro en la cámara, cierto ritmo para mover a los personajes en una escena determinada. El director debe improvisar con la seguridad del que tuviera todos estos detalles registrados, como los movimientos de los pies, en el libreto de un "ballot". No es cuestión de imágenes únicamente: el ojo para la imagen lo tienen también "cameramen" inocentes de drama, maniáticos que miran la vida como si fuera un negocio de sordomudos. La cámara sola, al encuadrar una cosa y limitarla, le da otros valores, y al tomar ciertos acentos de la escena y transformarlos químicamente en una cosa más hermosa o más pujante de como la vemos en la vida, hace mucho de lo que se le atribuye al director. Ese agente catalítico, ese "officier de liaison" entre la ficción y el coluloide es un hombre que suscita la creación, en vez de crear. Librada como está a la mecánica, la creación en el cine es más azar mágico que otra cosa".

"¿Debo comprender entonces que Vd. no cree en los directores?" dijo, con voz ultrajada, Adolfo Cortés, obteniendo otro resonante éxito de hilaridad.

"La única imagen que importa" siguió Guy sin hacerle caso, "es la imagen interior; y ésta sólo la pueden tener los que crean los personajes: el argumentista, el autor del libreto. Hablo de una visión de la vida, de una visión del hombre puesto en la vida. Cuando al director se le ocurre perpetrar su propio "script", Dios libre y guarde; quien posea sus virtudes aleatorias puede llevar dentro de sí una imagen interior de la vida, pero no será el hombre disciplinado mentalmente para expresarla. De ahí que, con todos sus talentos, acabe por convertirse en ese super-Barnum y super-Patou, por no decir super-Daniel Jones, que es. Ya ve, Miss Greyfield, que aparte de la industria y de la parte financiera de la profesión, una obra maestra del cine es cosa que raya en milagro. Pero así y todo, hubo unos meses de 1936 en que el cine era una aventura cultural tan compleja y tan rica que debían haber prohibido la entrada a las cocinas - inclusive a mi buena prima".

Miss Greyfield lanzó un silbido. "Ha hablado Vd. verdaderamente como un libro".

"Y qué elegante manera de darle un tirón de orejas" dijo Platon-Cadbury. Mientras Guy se entregaba a su "tirada" todos habían concluido el "cold pork" y habían engullido

esa improbable y rosácea forma de leche cuajada que lleva el nombre de "blancmange" (mezcla igualmente contenida en un sobre) y ahora, sacando unánimemente el cuerpo al café - que, por sorprendente que parezca, era jugo de café - se levantaron de un golpe. Adolfo Cortés lo hizo colgándolo un "oh" de la boca, como si dijera: "¿Pero qué es eso? El tipo habla y habla, y después ¿nada de preguntas y respuestas? No hay derecho".

Pero
había en su mirar ensimismado
el solemne pavor del que ha mirado
un gran enigma...

(Enrique González Martínez - "Un fantasma")

Miss Greyfield detuvo a Mildred en el pasillo antes de partir cada una para su camarote.

"Vd. es muy amiga de Delatour ¿no?" le dijo con el mismo tono que si le preguntara: "¿Es Vd. partidaria de Pétain?"

"Sí, pero lo he conocido a bordo, no antes. Es un hombre de mucha personalidad, muy inteligente. Y además de eso abierto, simpático, agradable".

"¿Pero qué 'snob'!"

"¿Snob?"

"Sí, creo".

"Vd.... ¿sabe lo que quiere decir 'snob' en inglés, Miss Greyfield?"

"Todo el mundo lo sabe. Socialmente, un arribista que quiere codearse con gentes de gran nombre o gentes a la moda; intelectualmente, alguien que se matará por parecer original, supongo".

"¿Por qué esa dicotomía? ¿Por qué, en el plano intelectual, el 'snob' no es alguien que, del mismo modo, quiere codearse con las ideas de moda o las corrientes de éxito?"

"Bueno, también eso; puedo ser".

"¿Y Vd. cree que Delatour es así? Santos Dios" dijo Mildred con un suspiro ruidoso, para dejar bien sentada su discrepancia.

"Es evidente que un 'snob' dirá cualquier cosa por parecer original".

"¿Pero cuántos 'snobs' ha conocido Vd.?" preguntó Mildred con una sonrisa acerada.

"A los bichos de esa especie les interesa la originalidad ya patentada ¿no? Dirán cualquier cosa que se haya dicho el día antes en París, en Hollywood, en Nueva Delhi, pero no se atreverán nunca a ir contra la corriente, por lo menos contra la última corriente. Perdóneme, pero estoy acostumbrada a expresar siempre lo que pienso. ¿Por qué no decir que Delatour "es" original, en vez de decir que lo parece? Y aunque se tratara solamente de parecerlo, ¿Vd. cree que es fácil? ¿Para Ud. es fácil improvisar así, a quemarropa, una opinión distinta de la del vulgo? ¡Quier. la dice no puede

decirla sino porque la ha pensado, y no pensado anoche precisamente. ¿Pero quién se va a divorciar así de los demás y de sus ideas si no es por expresar su propia idoneidad, o por defenderla? Sólo el que es verdaderamente original puede condonarse en esa forma a la soledad. ¡Y si fuera únicamente la soledad! También abre el pecho a la soledad ajena y queda indefenso frente a ella".

La súbita elocuencia de Miláred Stokes desconcertó a Miss Greyfield.

"Puede ser. Perdóname entonces la pregunta. Veo, por lo que dice, que es muy amada de él. Cosa muy lógica: los dos tienen mentes interesantes y complicadas".

"Gracias, aunque se equivoca por lo que a mí se refiere. En todo caso, no me asusta la originalidad de los demás".

Se sonrieron al salir, cada una por su lado, con esa arte maravillosa con que sólo lo pueden sonreírse en este mundo dos mujeres entre las que seaban de generarse mil volúmenes de sólida antipatía.

Mientras tanto, el tema de la corta conversación hacía frente en su camarote a una aparición que no estaba en el programa. En un principio pensó Guy al entrar que se había equivocado de corredor. Junto al lavatorio descansaba un rifle; dos bolsas de lona color aceituna aplastaban a los maletines amontonados bajo el ojo de buey; una cañaplora de aluminio se aburría, el cuello abollado, sobre una de las dos literas desocupadas del camarote... ¿Y la otra? En la otra litera había una cabeza de estatua griega lleno de pelo ensortijado, durmiendo a una con el cuerpo que coronaba, pero pese al decúbito dorsal de la posición, sin roncar (¡ y cómo van a roncar las estatuas!)

De un cuadrilongo de sombra en la cama aparentemente desocupada salió un esqueleto en calzoncillos, restregando un par de razuras apenas abiertas detrás de unas polidísticas cejas. La aparición tanteó unos segundos junto a la cañaplora hasta encontrar una dentadura postiza que sumió en sus mandíbulas huesudas, casi blancas, adquiriendo un vago aspecto de ser humano.

"Hola, muchacho. El nombre es Ronald Steer".

La ese y la te juntas mandaron contra el inestable dique de caucho que había añadido a su cavidad bucal y lograron por fin salir afuera, salpicando de saliva al aire.

dol camaroto.

"Capitán, a sus órdenes" le dijo Guy mirando las insignias de su túnica (Michael Brady le había enseñado en Montevideo las reglas de este reconocimiento; después de todo, iba a un país la mitad de cuyos habitantes vivían de uniforme). "Nos habían dicho ya que venían Vds., y cuando supe en qué número - oh boy! - solté un refrán español: "Tramos pocos y parió mi abuela".

Al reír el Capitán aquel exabrupto, la dentadura postiza, súbitamente desprendida de sus finos labios de inquisidor, le bailó en la boca. Las clavículas parecían querer arrancarse del cuello de la patética criatura y salir a volar. Guy nunca había visto unos codos tan desguarnecidos, tan paleolíticos como los del Capitán. Le dio vergüenza haberse imaginado tan feo y esquelético como pensaba que era. Ahí estaba la verdad, la inconfundible cara de la verdad para desmentir la noción que su ideal apolíneo de rioplatense por un lado, y la burda ironía de amigos y desconocidos por otro, se empeñaban en dictarle sobre él mismo; ahí, en aquella mejilla de calavera de Yorick; aquella nariz que parecía un cuchillo, aquella mandíbula que era el borde una hoja de hacha, aquellos palillos de "restaurant" chino de que el Capitán Steer tenía que servirse en vez de brazos y piernas. Eso era un esqueleto, eso; y si en Montevideo lo veían así a él, sus razones tendrían amigos y conocidos.

Mientras el Capitán reía, a Guy le subió a la garganta una ola de simpatía por él; pero su simpatía, "sympathy", estaba pensada en inglés y no era otra cosa que la muy española compasión. Aquel esqueleto - la verdad sea dicha - no parecía necesitar de compasión alguna. Los huesos parecían abrirse y cerrarse en expansivos movimientos cordiales con más facilidad que si fueran músculos; el hombre actuaba como si los huesos tuvieran que ser el asiento natural de la sensualidad y la gracia humanas.

"Ya verás lo que nos divertimos aquí" dijo Steer. "Tú vas a Inglaterra a continuar tu carrera de "gigoló" profesional ¿no?"

Guy iba a decir automáticamente: "¿Yo? ¿Con esta...?" pero se detuvo justo a tiempo y en cambio soltó una de esas frases crueles que a veces le salían involuntaria, y otras voluntariamente, de los labios:

"No; sé que la competencia de los militares como Vd. es demasiado fuerte. No se puede luchar contra el prestigio de un uniforme".

"Eso sí. Tú deja que me hospitalice un par de meses. Vas a ver que al salir no me reconoce ni mi perro. Voy a un sitio cerca de Boston, y con lo dulces que son las enfermeras en Inglaterra, en dos meses voy a queñar nuevo. Necesito fuerzas extra para romperle la cabeza a mi mujer y sacarle el divorcio. Me caso con la enfermera que me ha cuidado aquí en África. Es muy joven; una chica de apenas cuarenta y dos años ¿sabes? pero se ha enamorado furiosamente de mí, y yo ¿qué puedo hacer? Hay que saber dejarse querer en este mundo".

El esqueleto se desgonzó en una carcajada de masculina vanidad. La falsa alegría de sus ojillos (¿o sería verdadera?) hizo pensar a Guy en aquellos demonios de "Sinbad el marino" que se montan sobre los hombros del aventurero desprevenido, se aferran a su cuello con manos de tenaza y no aflojan más, ni a la hora del sueño, como si fueran súcubos simbólicos del matrimonio.

De la billetera del Capitán surgió la inevitable fotografía: un par de leales ojos negros rodeados por carnosos párpados y carnosas mejillas, dominando un no menos carnoso escote. La "pose" era de un prudente recato; con malicia rioplatense Guy se preguntó si al adoptarla la enamorada "nurse" no estaba pensando un poco en las manos de los abogados por las que tendría que circular.

"Muy competente de aspecto" mintió Guy. "Perdone que lo haya despertado así".

Se presentó, estrechando la mano del esqueleto con el temor de quedarse con dos o tres falangetas entre los dedos, y señaló con la cabeza al busto de Atenas griega que ^{aba} asomaba por entre las sábanas de la cuarta litera.

"Venía en el 'Malaga Star'" dijo Steer. "He estado hospitalizado en Montevideo tres meses. Shock. Dos naufragios seguidos en el Mediterráneo. Lo peor es que no hay dos sin tres; ojalá la gracia que me hace que venga aquí".

"Así, d'crimá'o, nadie lo creería enfermo".

"¿Tú conoces Montevideo?"

"He vivido mis 33 años ~~en~~ él. Ahora que me voy, no sé si lo conozco. Mi Montevideo es un fragmento de la ciudad total; es la suma de las cosas que no han ocurrido en él, así como la verdad de cada uno es un fragmento de un todo que no se conocerá

nunca. Tengo que "pensar" a Montevideo desde fuera para ver si lo arranco de mi propia historia y lo veo como debería verlo".

"Muy interesante, pero no he entendido nada. Pese al aspecto, no vas a Inglaterra como "gigoló" profesional, a consolar a tantas mujeres que esperan. Eso está claro. Pobres mujeres: lo siento por ellas".

Los dos rieron. Luego hubo una pausa espesa e insalvable.

"Buenas noches" dijo el Capitán, volviendo a su lecho.

Casi enseguida el silencio, aquel silencio que unía a los tres hombres más de lo que hubieran podido hacerlo horas de confidencia, quedó bruscamente roto. Con ímpetu de aleluya un coro de soldados había levantado sus voces en algún sitio cercano: el "lounge", el bar; y el clamor que hacían invadió pronto hasta el último rincón del barco. Ya que éste no podía arrimarse al muelle, el muelle, evidentemente, había venido a él trayéndole, no a Freetown, sino a Hong-Kong, a Singapur, esos puertos del Lejano Oriente por donde pasaban los cantores y cómicos enviados por ENSA para entretener a los soldados británicos. Pero aquí no se trataba de ningún grupo profesional: el concierto era impromptu y el coro, como un incendio de nostalgia que avanzara en todas direcciones al mismo tiempo, hizo aún más estuosa de lo que estaba la atmósfera humana del barco. Al filo de la medianoche, sustentada la llama de ese fuego por varios galones de alcohol, la atmósfera ya no era estuosa sino esturada, febril.

"Once a jolly swagman
camped by a billabong
under the shade of a coolibah tree,
and he sang as he watched
and waited till his billy boiled..."

¿Qué diablos sería un "billabong"? Debía haber oído mal. ¿No sería un "billiboy", un bote? ¿Y quién era el que cantaba mientras el agua para su té no rompía a hervir: quién era ese "jolly swagman": un ladrón, un gordo feliz? Cuánto nombre exótico: ¿qué árbol sería ese "coolibah"? (¿O también había oído mal esta otra vez?) En todo caso, el protagonista de la anécdota decía imperativamente:

"You'll come a-waltzing, Matilda, with me..."

A Guy le fue fácil imaginar los remotos fuegos de campamentos de la adolescencia en que aquellas voces todas de pie, solidarias y penetrantes, habían logrado un empaque sentimental de que los rioplatenses, con sus gargantas individualistas, no llegarían nunca a ser capaces. El coro era un clarín de revolución: abajo el reinado del patrióticamente bastardo mundillo angloargentino. El escenario contenía ahora otro microcosmos

mos todo en algodón kaki, calzón corto, pierna peluda, sonrisa rubia, sombrero de "cowboy" con el ala levantada a un lado y profusión de pañuelos rojos al cuello; un mundo de "boy scouts" que se hubieran hecho adúlteros antes que adultos. Y la voz colectiva arrancó a los pasajeros de sus recuerdos rioplatenses trasladándolos en la sensación a las arenas de Tobruk, a El Alamein, a tierras de nadie precariamente dominadas por cruces esvásticas y tacones espásticos.

Al salir Guy del camarote oyó la voz de Steer, disminuida a susurro por el desbordado río melódico:

"Malditos Aussies. Ya no se podrá dormir en toda la noche".

Eran, en efecto, los soldados australianos, y su coro, un bando de "saudade" por aquel paralelo 35 en cuyas playas el animal humano se sentía realmente anfibio y feliz; los soldados australianos, con su pasaporte casi yanqui de jactancia y cordialidad por partes iguales. En el coro, junto a la nostalgia, temblaba una total incompreensión orgánica de la monstruosidad que era la guerra, una manera categórica de negarla por encima de los discursos y los "slogans".

"Waltzing Matilda,
waltzing Matilda,
you'il come a-waltzing, Matilda, with me..."

Al entrar Guy al "lounge", hormigueante de sudados uniformes, tropezó con Mildred, alrededor de la cual tres chicas parecían querer levantar una muralla de protección. Se las veía un poco asustadas de tanta pierna peluda y tanta virilidad vocal, pero aliviadas por la pausa que encontraba entre esos desconocidos el juego de la gallina ciega al que llamaban "hacer el amor".

Un teniente longilíneo avanzó hacia Guy y le dijo:

"Adelante, adelante, venga a cantar con nosotros. Este club no cobra cuota de entrada".

Guy tardó en verle los ojos, porque le desaparecían al sonreír. Tenía el pelo azul marino británicamente revuelto y una piel tímida, que no se resolvía a convertir su mador en sudor. Pero el hombre en sí no era tímido; bastaba ver cómo llevó al recién llegado a lo largo de la sala rodeándole la espalda con el brazo y, ante la risa de Mildred, lo depositó sin más trámites junto al piano.

"Cante, vamos, cante".

"¡No sé ninguna de estas canciones! Nunca las he oído". El grito de Guy traspasó apenas tenuemente la maciza barrera sonora.

"No se preocupe; ya las aprenderá. Lo esencial es hacer ruido para que el barco sepa que hemos llegado" dijo el australiano a grito herido y sonriendo a boca rajada.

El pianista y director del coro - cerúleo, calvo, ojirredondo - hizo a Guy una guiñada como las de Collins. Matilda dejó de valsar y otra heroína más desgarrada ocupó el tablado que la imaginación nostálgica de los soldados acababa de montar idealmente sobre los sillones verdes del "lounge".

"I wonder
who's under
her balcony now;
who's kissing my gal..."

Al tercer verso de la canción, Mildred, que se la sabía bien, había licenciado ya a las chicas que la rodeaban y que volvieron cinco minutos después; pero por respeto a ella los detalles más arriscados de la letra (¡era un mundo tan comedido aquél de 1942!) se los soplaron unos cantantes al oído de otros. La canción estuvo tan cortada por hipoes de risa que el que no la hubiera sabido de antemano se habría quedado a la cuarta pregunta, como se quedó Guy. Enseguida se encontró éste en las manos con una pinta de una "lager" anémica pero felizmente helada que alguien había puesto en ellas sin decir "cerveza va". Al vasazo sucedió otro; a la canción otras, muchísimas, que le hicieron pensar por momentos en las cóleras de D. H. Lawrence en Sydney o la morriña neozelandesa de Ngaio Marsh. Mochada de "curry", de "chutney", de jengibre, ululantes o rítmicas, todas aquellas canciones de un mundo remoto tenían algo de iglesia, de carpa de estudiantes, algo de árbol de Navidad o del espíritu de grupo en el que Guy se fundía ahora con un placer que le había sido negado en la adolescencia. En ese fetal paréntesis entre dos edades hasta a él le resultó necesario hundir el titubeante yo en algo que tuviera la consistencia y la estupidez de la muchedumbre, aunque sus intentos en este sentido lo lanzaran de rebote, inevitablemente, a los discutibles lujos de la soledad.

¡Qué placer el de quedarse así, muerta la compulsión de hablar, de impresionar a los demás, de lanzar una cortina de humo antes de que la gente advirtiera sus propios complejos de inferioridad! Un monologista desenfrenado como él asustaba a todo aquel que no fuera tan inconsciente o se sintiera tan lleno de riquezas interiores como para ex-

tenderla espontáneamente el brazo para la difícil pulscada del diálogo. Pero un susto no mata a otro. Fuera de dos o tres amigos, y casi exclusivamente hablando de teatro o de arte, el diálogo no era un regalo que le hubiera sido dado a Guy Delatour de una manera consistente, sino una carta que viene con la dirección equivocada, una llama que huye con la astucia del fuego fatuo. Los únicos diálogos que un hombre recordaba bien - aquellos que trascendían la comunicación mental y necesitaban de pocas palabras para florecer - habían sido los más breves. Un escritor de paso - John Erskine -; una actriz francesa - Elizabeth Hajar -; la mujer de un diplomático - Jeanette Beatson. Vistos y no vistos. Y su conversación con Pirandello en Buenos Aires sobre la locura al venir el dramaturgo al estreno mundial de "Quando si é qualcuno" no había sido diálogo, sino la superposición de dos penscos monólogos.

Esta vez no estaba solo en espíritu, aislado en medio de un coro, como casi siempre había estado en Montevideo. Esta vez la tristeza y la euforia que vibraban paralelas en aquel caos desbordante de canto le ganaron el esternón y le subieron al cuello, haciéndolo echar de menos desconocidas playas subtropicales y Navidades que nunca viviría, donde el "Christmas pudding" a la inglesa, borracho de cognac, sería tan incongruente como los turronec alicantinos en el bohorno veraniego de Montevideo. No hubo otra noche como aquélla, otra "séance" como aquélla; en la guerra todo era intenso porque pasaba rápidamente; de no ser así el hombre, topo somnoliento apenas capaz del gris duermevela que llama pomposamente "experiencia vital", dejaría su perenne invernada y se quemaría en pocas semanas, añadiendo su propio mito al de los poetas y los héroes.

Más tarde, con su tercera pinta de cerveza en la mano, Guy se unió a Mildred, pero la cantarola seguía invadiéndolo todo, inundándolo todo de música, y sólo cabía entenderse por gestos. Los graciosos del grupo los hacían abundantes, mimando irónicamente la miniatura de drama contenida en ciertas canciones, pero sin lograr socavar por un momento los puentes de nostalgia que aquellos hombres-niños habían tendido con tan perfecta, tan irresistible unanimidad.

El sentimiento de grupo, la voluntad comunal, aquellos era el universo anglosajón, ya lo sabía. Y aquello era también el siglo XX, el siglo de la masa. Pero aunque lo

atrás como un canto de sirena, aunque prometía confortamiento y olvido, en alguna forma sentía que él quedaría siempre al margen de su redondez y de su paz, monologuista mediterráneo cuya gran probabilidad de diálogo se daría solamente al terminar su vida, pero ¿con quién: con Dios, con el diablo o simplemente con la muerte? Esta iba a ser su primera lucha: no quedar al margen del coro. La idea, como programa de futuro, le golpeó las sienas; pero se la arrancó de la cabeza lanzándose a cantar "When Irish Eyes Are Smiling". Quería gozar aquel momento porque lo sabía fugaz e irrepotible. Y su intuición no lo engañó; una semana después el setenta por ciento de aquellos salmones o cangrejos cantantes de piel encendida por el sol - la escupitcanta imagen de la salud - era una masa de carbones cenicientos en las camas de la enfermería del barco, adonde fueron cayendo, uno por uno, cada dos o tres horas. Sólo los dudosos esplendores febriles del paludismo los mantuvieron en la piel algo de aquel envidiable fuego del desierto, pero como si el fuego estuviera detrás de ella y copiara esa palidez de rojo blanco que anida en el corazón moribundo de la lumbre.

¶
¶ ¶
¶ ¶

Guy se despertó cuando caía en el vacío por el cañón estrechísimo de un precipicio. Para ese viaje a la nada muchos años de pesadillas lo habían transformado en una suerte de Houdini. Hasta este momento la caída había sido la parte más leve de aquella muerte repetida, que se sabía de memoria y que concluía siempre con el ruido del timbre del despertador o con el bocinazo iracundo con que algún "niño bien", de regreso a su casa a la madrugada, informaba al vecindario de su mala suerte en la ruleta.

La parte peor era la mordaza que el mecanismo del subconsciente le ponía invariablemente en la boca cada vez que una forma oscura y siniestra se acercaba a darle el empujón decisivo y él necesitaba gritar con todas sus fuerzas. En su sueño no le salía de la garganta el menor sonido: en la realidad era otra cosa. Desde la muerte de su madre lo sabía bien, porque había pasado a compartir con su padre uno de los dormitorios de la casa. Allí aprendió primero a convertir su cabeza en relleno del "sandwich" que formaban dos almohadas y protegerse así del ruido y de la luz que el padre

hacía y encendía al volver pasada la medianoche. No tardó mucho tiempo en aprender asimismo que, fuera de cosas tan personales como la tartamudez, uno hereda hasta el estilo para resolver o expresar en el sueño ciertos terrores fundamentales.

Este descubrimiento le costó muchos despertares agitados. Toda vez que su padre se solaba perseguido por un asesino y se sentía totalmente incapaz de gritar, gritaba con sonidos inarticulados y casi animales, como los del metal sagrado de Delfos cuando lo mordía el sol; los mismos con que, en los años de la infancia de Guy, un vendedor de diarios mudo voceaba desde las esquinas más céntricas de Montevideo - Sarandí y Bacacay, 18 y Convención - la edición vespertina de "La Razón" o "El Plata".

A su debido tiempo, el compañero de pieza al que su hijo no quería parecerse en nada pero del que, excepto la sensibilidad artística, era una réplica innegable, le informó de que en sus pesadillas él también, Guy, gritaba como el oráculo de Delfos, agregando que escucharlo a las cuatro o cinco de la mañana vender periódicos entre las sábanas como el mudo de 18 y Andes era una razón a sopesar cuando llegara el momento de decidir si ese verano iría o no a Piriápolis, al campamento de la Asociación Cristiana de Jóvenes. La noticia consternó al muchacho: cuando había tantas cosas que reprimir en plena vigilia, como la nerviosidad que lo hacía tartamudear en los momentos en que debía estar más sereno ¿cómo iba a hacer para reprimir en el descanso nocturno esos gritos que él habría jurado que no daba?

En esta mañana de Freetown, tras un sueño agitado al que entró con una indigestión de cerveza y una borrachera de canciones australianas, Guy, como otras veces, se había despertado cayendo por el precipicio mientras Frank decía con voz queda;

"¿Una taza de té, señor?"

Apenas abrió los ojos supo que un momento antes, al caer en el vacío, había gritado con todas sus ganas. Lo supo con sorpresa y loca alegría, como un tuberculoso cuya última radiografía muestra completamente cicatrizada la caverna pulmonar que tanto ha odiado; y al excusarse ante el "steward" se podía advertir en su voz cierto dejo de presunción:

"Gracias. Perdóneme, Frank. Sé que hace unos segundos debo haber hecho mucho ruido

gritando; hay pesadillas así".

"¿El señor me quiere tomar el pelo? Hace por lo menos cinco minutos que entré". Guy se incorporó y vio a Pierre con una taza en la mano y al Capitán Steer poniéndose los dientes, cosa que parecía ser su ocupación predilecta. "Desde entonces" siguió el camarero" el señor ha estado durmiendo como un ángel; apenas se le sentía la respiración"; y frunció los labios como si dormir como un ángel fuera una ocupación sospechosa para un hombre.

Guy se echó a reír con todas sus ganas. ¿No era esa la lógica humana? Si al soñarse con las cuerdas vocales muertas uno grita, al soñar que grita tiene que guardar el silencio más absoluto. Su risa despertó a la cabeza de estatua griega. Al incorporarse su poseedor, ésta apareció unida a un cuerpo al que le faltaban varios centímetros fundamentales - tres o cuatro de piernas, por ejemplo - para que hubiera podido interesar a Praxíteles.

"Buenos días. Mi nombre es Tom Beaden". El muchacho habló mientras se frotaba unos ojos azules que al abrirse poco a poco empezaron a parecer cada vez más grandes^e/inexpresivos. Hablaba un inglés que el Higgins de Bernard Shaw habría identificado inmediatamente como de Petticoat Lane y que lo hacía sentirse tan baldado como su tartamudez a Guy. (Nadie podía imaginar que, veinticinco años más tarde, el mundo daría una vuelta tan grande que la gente elegante de Londres, en un raptó de esnobismo al revés, se pondría a imitar esta parla; por el momento la cabeza de Tom Beaden parecía hecha únicamente para el cine mudo).

Guy y Pierre se presentaron al compañero de camarote por sobre el ruido que hacía la taza de Steer temblándole en la mano. El esqueleto rió con una risilla de cómico malo y dijo:

"No seas modesto, Tom. Di tu nombre completo: Julius Caesar Augustus Thomas Baden. ¿O me equivoco?"

"Beaden. ¿Pero cómo demonios...?" protestó el muchacho enrojeciéndose violentamente, con esa patética poquedumbre de la juventud que se avergüenza terriblemente de un nombre, a veces el propio y otras el de la calle poco elegante en que se vive.

"¡Ah! En este mundo todo se sabe" lo interrumpió el Capitán, tirándose de su litera y corriendo al lavabo para ser el primero en afeitarse. En una sola noche Steer parecía haber engordado lo suficiente como para que la dentadura se le quedara pegada al paladar, y el alma al riñón. Los médicos lo acusaban de tener un riñón flotante; él decía que lo que flotaba dentro de él era el alma.

"En todo caso" dijo Guy, a quien la vergüenza que acababa de pasar Julius Caesar Augustus Thomas Beaden hizo más nolla que a los otros, "con ese perfil griego los nombres romanos no pueden quedar mejor".

Tom hizo una reverencia y le dedicó una sonrisa de escayola. En este mundo, divagaba Guy mientras tanto, no sólo todo tiene su precio sino que además, quieras que no, uno lo paga; el primer precio de la guapura era la inexpresividad.

"¿Dónde estabas anoche?" preguntó Guy a Pierre mientras el muchacho salía a tomar una ducha.

"En el bar, con Amescua. El coro australiano era perfectamente soportable a la distancia. Pero tu amigo andaluz lo fue menos: aunque pretende haberse muerto al mismo tiempo que su mujer, este calor tropical lo está haciendo revivir ¡y de qué manera!"

Se rió y bebió su taza de té. El esquelito se había afeitado en tiempo "record", pero sin traza alguna de la degollina que Guy perpetraba en su rostro todas las mañanas. Con la mejilla reluciente por el alcohol, el Capitán se acercó al uruguayo, le tomó una mano y se la frotó ligeramente contra la barbilla.

"Un niño de seis meses" le dijo con otra de sus risas.

"¡Lojo chivo! Suelte esa mano, vamos" le dijo Guy retirando el brazo con un movimiento brusco, pero riendo.

Con ese par de frases quedó establecida entre ambos una relación de sarcasmo afectuoso y "humour" paciente e incommovible, de esas que sólo al término de una vida sabe valorar uno en toda su humanidad.

Julius Caesar Augustus etc. volvió del baño mientras Guy se afeitaba, y sin rodeos de ninguna especie y sin registrar la menor alacridad en su rostro improbable, dijo:

"Muéstrame tu ropa, a ver. En Preetown me han dado cosas que no me gustan".

Haciendo oídos sordos a la sugerencia, Guy salió a su vez a las duchas. Cuando volvió, el cockney con gustos de "gigoló" lo esperaba para un ataque sin cuartel.

"¿Dónde están tus cosas?"

"¿Dónde quieres que estén? Aquí no hay grandes guardarropas, como habrás visto".

"Muestra, muestra".

"Todo lo que podría dar se lo llevaron unos argentinos ayer". ¿Ayer? ¡Dios mío! ¡Era ayer que los había visto en la sorviola, imborrable imagen de juventud y de amistad que se borró inmediatamente después de arrancar la lancha? ¡Ayer! Inconcebible. Los figurantes de aquella aventura cambiaban con demasiada rapidez.

"No te voy a pedir nada; sólo quiero ver lo que tienes. Aun en pijama se ve que eres todo un señor".

Ya desarmado, Guy abrió riendo una de sus maletas.

"Elige una corbata".

"No uso corbatas nunca. Yo no soy un señor" dijo el dios griego "manqué", irguiendo la muerta cabeza impecable. Levantó una prenda tras otra y la mano se le quedó detenida en una camisa de seda "beige" que Guy había usado apenas un par de veces.

"Esta es mía" gritó. "Tú dirás lo que tengo que hacer para ganarla; pero es mía".

Guy ya no rió; apenas sonrió, y eso sin ganas.

"No acostumbro a cobrar los regalos que hago. Tampoco acostumbro a hacerlos a la fuerza".

"No importa; es mía. Me la tendrás que dar".

"¿Para qué? En el barco no hay lavandería; se te arruinaría enseguida".

"La usaré en Inglaterra... si llegamos. Es mía". Y luego, con el ceño contraído por la duda, añadió: "¿No? ¿Tú le negarías una camisa a un náufrago triple?"

"¿Cómo triple?"

"Sí; un tipo que se ha ido a pique tres veces".

"Sí se la negaría. Una serie de accidentes no componen un acto de heroísmo. Así que como no me la robes..."

"¿Robar, yo? No la darás espontáneamente";

Salieron juntos a desayunar, Guy más irritado de lo que habría querido reconocer, porque venía fresco de esas provincias de la vida en que las cosas, el orgullo de las cosas, la posesión de las cosas, reemplazan en el pobre hombre despiestado las riquezas de su libertad o su dignidad.

Después del desayuno arrojó el chalaneo de los vendedores de fruta venidos del puerto y las sambullidas en el agua de los vendedores negros en busca de los peniques que les tiraban; vinieron otros diez australianos, con cara de condenados a muerte, a despedirse de sus compañeros (volverían a algún puesto de combate, pensó Guy); y sola, cuadrada, autoritaria, estucada, la boca convertida en una guinda inverosímil y un "foulard" francés anudado a la cabeza, cubriéndole hasta el último pelo, apareció en otra lancha una mujer que quiso subir la pasarela corriendo pero se vio detenida primero por los zancos de sus tacones de nueve centímetros y luego por un marinero de consonantes incisivas:

"¿Tiene un permiso?"

"No. ¿Se necesita?"

"¿Señora! Hay una guerra ¿no lo sabe?"

La misma grosería que me dice todo el mundo. Y una pobre mujer metida en un nido de ratas como Frestown por cometer la estupidez de seguir a su marido tiene que mostrar sus chuzas quemadas en todo cuanto "cocktail-party" nos vemos obligados a ir".

"Perdona, señora, pero no entiendo".

"¿No sabe lo que son chuzas? ¿No sabe lo que es una mujer que necesita ir a la peluquería? ¿Pero de dónde sale Vd.?"

"¿Vd.... perdón. Vds... espera encontrar una peluquería... aquí?"

"Claro que espero" dijo ella sacándose los zapatos en un raptó de sensatez. "¿Qué clase de barcos tiene Inglaterra? Este es el séptimo al que me acorco en dos días. Yo ya no comprendo nada. ¿Quién va a ganar una guerra con estas miserables cáscaras de nuez; barcos que ni siquiera tienen una peluquería?"

La mujer se puso a llorar con franco desconuelo el fin de la civilización. Llorar-

ba lágrimas azul eléctrico, detrás de las cuales, y pese al estuco, aomara, patóti-
cos y pueriles, sus cincuenta y cinco años. Luego, en un acceso de rabia, tiró los
zapatos al agua, pero el mejor de los nadadores se los devolvió enseguida y, con un
gusto irónico que parecía inaugurar un capítulo del futuro, le dio también la moneda
de seis peniques que acababa de pescar.

Desnudo de esperança e abrigado
de imensa cuita e visto de aspereça...
(Marqués de Santillana - "Soneto")

Después del almuerzo Amescua encontró a Mildred y a Guy en cubierta. Como anunciara Pierre, el andaluz había resucitado; con 40% a la sombra y 80 % de humedad, o uno se muere o convoca todas sus energías vacantes para seguir viviendo más que de costumbre.

El aire quemaba pero la pareja reía. En uno de los botes, abajo, estaba la causa; un negro hecho de alambre, con la cara mal organizada en torno al teclado de piano de su dentadura, que él exhibía en sesión permanente. A diferencia de sus predecesores, el hombre no ofrecía frutos del trópico sino falso folklore londinense: una descarada versión del "Lambeth Walk" en la que latía, inexplicablemente, algo del espíritu de cómico de la legua que se agazapa en el corazón de todo cockney. El número tenía también algo de desafío a los viajeros. Por ejemplo: al llegar al cuarto verso del estribillo, y con él al momento de golpearse los muslos subdesarrollados, el cantante se portaba como un bailarín del Roxy de Nueva York que tiritara en el escenario con el aire acondicionado mientras a pocos metros de allí, en plena calle, un albañil caía, congestionada la cabeza por el sol implacable. Y en su frenesí el hombre de Freetown parecía decir a sus lánguidos espectadores blancos: "Estp es vitalidad, esto es sangre, miren; Vds., pobres personajes mal pigmentados, no hacen más que ahogarse y derretirse, pero mírenme a mí".

Amescua lo miró por espacio de casi dos minutos; luego, como si recogiera el guante, tomó a Mildred por los brazos carnosos, que la manga cortísima le dejaba casi desnudos, y dijo:

"Guapa, guapa; cómo rimarían esos ojos con ciertas esquinas de Córdoba".

"Déjese de tonterías, Amescua. Ya somos personas mayores." El tono de ella era seco pero él, un poco borracho de calor y un mucho hambriento de mujer, no le soltó los brazos. Por el contrario: "Mire Vd. qué gloria de mujer, bendito sea Dios" siguió, sin dirigirse a nadie en particular.

"Suelte esas manos ¡suelte!" dijo la solterona, ya con cierta violencia. "Hable todo lo que quiera, pero sin tocarme. Sin tocarme ¿sabe? Ya le he dicho el asco que eso me da".

"Ya lo he oído, sí; pero no la mereo. Como no la creyó esa noche Platon-Cadbury. ¿Quién va a creer en una reacción así en una mujer tan madura de criterio, tan espléndida? Una flamenca como he visto pocas. ¡Vamos!"

"¿Y quién va a creer en una reacción normal cuando se trata de hombres? Pero ¡qué digo hombres! Bestias, Manada de bestias, eso es lo que son todos Vds." dijo ella, soltándose con violencia y dando un pequeño empujón a Amescua para apartarlo de su paso.

El arquitecto "socialista" salió a cubierta en el momento en que Mildred iba a entrar al pasillo, congestionada y presa de un furor de sabina recién raptada. Amescua tenía la cara casi violeta y se estaba mordiendo los labios de rabia. Después de un par de segundos dio un paso como para seguirla, quizá para abofetearla o decirle algo violento; había nacido, y sobre todo se había criado, en tierras donde semejante insulto a la vanidad viril era cosa que ningún hombre podía tragarse, y un perdón a ese insulto, cosa que nunca se consultaba con la almohada. Pero Guy lo detuvo poniéndole el brazo de barrera.

"Déjela" le dijo.

"Métase en sus asuntos, Delatour".

"Le digo que la deje. Mildred no lo ha insultado; más bien es lo contrario ¿no? Ya que ha recordado Vd. el "party" en el camarote de Platon-Cadbury, recuerde lo que ella nos dijo: "El contacto físico con el hombre me es repugnante, pero hay razones para que así sea".

"¡Qué razones ni razones! Será una de esas tías frías, una de esas machorras que no debían venir al mundo. Lástima de cuerpo y de simpatía ¡qué desaprovechados están!"

"Y qué pronto resuelven Vds. los españoles - o resolvemos nosotros los uruguayos- las vidas ajenas. Qué pronto se le cuelga un sambenito a cualquiera, sin molestarse

en averiguar la verdad".

"Alonso ¿Quijada, Quesada? en funciones, o el arte de seguir metiendo la pata". La rabia de Anescua no llevaba trazas de disiparse.

"Como Vd. quiera. Plense en tantas barbaridades de los demás, en tantos horrores. Por ejemplo, en una chica de mi barrio, de Pocitos. Una niña. Un día que estaba en cama con "grippe" - no sé qué edad tendría: siete, ocho años - su madre recibió a un cuñado en la casa. La chica tenía fiebre y se moría de sed. Llamó a la madre dos o tres veces, pero nadie vino. El silencio de la casa era completo. ¿Habría salido la madre sin prevenirla? La sola idea le dio un miedo espantoso y, pese a las órdenes que le habían dado, la chica se levantó a buscarla. Lo que vio entonces no se ha sabido nunca. Lo único que se sabe es que su padre pidió el divorcio de inmediato y le dieron la custodia de su hija. Pero la chica perdió totalmente el habla; hasta ahora vive congelada en su "shock", y no hay médico que haya podido hacer nada por ella".

"¿Y qué demonios tiene que ver eso con Mildred?"

"¿Qué gracioso! ¿Cómo sabe Vd. que no tiene que ver? ¿Y si tuviera? ¿Si tuviera, eh? Entonces Vd. se tendría que tragar sus palabras".

"Miro, Delatour, que la paciencia de un hombre tiene sus límites".

"Tendrá Vd. que estirar dos semanas los de la suya. ¿No oyó a Mildred, o ya no se acuerda? Ella prometió que al llegar a Inglaterra - si llegamos - no va a decir por qué tiene esa reacción frente a los hombres, cuál es la causa".

"Es verdad" respondió Anescua de mala gana.

"Creo que no nos vamos a ver más; es lo más probable. Pero hasta que ella no hable, Vd. tampoco tiene derecho a hacerle ningún reproche. Buenas tardes" le dijo Guy socamente cuando ya se alejaba hacia la proa.

Anescua miró en torno suyo. En la expresión de Cortés, hipócritamente apesadumbrado, vio que encontraría solidaridad frente a la imperdonable ofensa que se le había hecho.

"¿Ha visto?" le preguntó.

"Sólo el final, ¿qué pasó?"

"Nada. La tomé un momento de los brazos, nada más. Y ella se revolvió como un basi-

lisco y me trató de bestia. Vamos adentro. No se puede estar aquí; no hay aire que respirar. Parece que se fuera a reventar la cabeza. Vamos".

Mientras se dirigían al "lounge", Cortés dijo, cabeceando sentenciosamente:

"Estas inglesas. Con razón tienen la fama que tienen". Amescua lo atajó enseguida:

"No diga eso; todas las cosas son absurdas. ¿Dónde nacen? En las gentes de otras provincias u otros países; en su prejuicio; su complejo de inferioridad, su ignorancia. Las inglesas que yo he conocido fueran todas amantes magníficas y verdaderas mujeres. Son varias y no ha habido una sola excepción, para que se entere".

"Hombre, le felicito. Reconforta saber que aunque allí la cena sea mala, la cama estará bien".

"De todos modos, el éxito de esa clase es siempre una ecuación personal ¿no?" dijo Amescua, nuevamente irritado por la expresión de complacencia del arquitecto.

Los dos se sentaron y encendieron sus cigarrillos en silencio. Pensando que quizá conviniera cambiar de tema, Cortés preguntó, dominando un bostezo:

"¿Ha visto la cantidad de barcos nuevos?"

"Ha visto varios desde ayer, sí".

"Desde que llegamos han venido como cincuenta. El convoy será de no te nuevas".

"Y no nos moveremos casi: a tres nudos por hora..."

"Esta guerra tiene que ser el fin del capitalismo" afirmó, con gesto de instantánea para la primera plana de un diario, el sentencioso Cortés. Amescua lo miró con una sonrisa irónica y se pasó el pañuelo por la cara.

"No veo por qué. Donde haya riquezas naturales, todo está en seguir las explotando".

"Pero imagine que los alemanes hundan veinte o treinta barcos. Y mañana, en otro convoy, otros tantos. Así se puede reducir a la miseria a cualquier imperio".

"Yo pienso en los miles de vidas que se pueden perder".

"No más que en Stalingrado. Esa sí ha sido una lucha heroica. Y Stalin ¡qué hombre! ¡qué gigante!"

"Yo he admirado siempre más a Lenin y a Trotsky".

"Estadistas de gabinete. Maniáticos. Stalin. Ese es el hombre. Y el ruso: ese es el

pueblo".

"¿Y qué es un pueblo? Un pueblo no es nada más que la forma en que los hombres están educados - por tradición, por costumbre, por voluntad escolástica - para respetar los derechos de los otros y saber reclamar los suyos propios. El clima del lugar, la temperatura, la atmósfera (no olvidemos que el hombre es un animal, y no siempre el más inteligente), a veces dicta y otras estropea esa educación, suponiendo que algún pueblo la haya asimilado alguna vez, pero..."

Entrechocando de ironía los gruesos párpados, Cortés interrumpió a su interlocutor con una de esas desmayadas risas hacia adentro que parecen la imitación de un pavo en celo.

"¿De qué se río?" preguntó el andaluz, siempre irritado. "Un pueblo - repito - es un conjunto de individuos unidos por determinada forma de educación, que les ha dado determinada filosofía vital. Lo demás es gobierno, demagogia, discursos; pero no pueblos. Rusia ha pegado un formidable salto adelante, pero a sus hombres y mujeres les falta esa filosofía vital que viene de siglos atrás y sin la cual no podrán adquirir la disciplina interior que necesitan. Han estado amordazados y aterrorizados demasiados siglos. Pero si tuvieran ese suajo, esa columna vertebral fortificada en el goce de la libertad, estarían ya a la cabeza del mundo".

"Yo creía que en España Vd. estaba con la República".

"¿Eso qué tiene que ver?"

"¿Cómo? ¿La República no ha sido roja?"

Amesueva se echó a reír. "Eso nos decían los rebeldes. En España había un solo diputado comunista al estallar la Revolución. Rusia nos ayudó sólo en un principio, y todavía con malos aviones y peores tanques. Pero fue una buena experiencia. La ayuda le sirvió de ensayo para la lucha de ahora".

"Yo nunca he oído semejante cosa. Vd. se está burlando de mí".

"Pues ahora lo sabe. En la Brigada Internacional sí había comunistas, pero entre el pueblo de España, prácticamente ninguno. Lo que había, desgraciadamente, era muchos brutos".

"¿Brutos?"

"Sí, brutos, ignorantes. Inteligentes también; mi pueblo es, por naturaleza, el más inteligente de Europa, no le quepa duda. Inteligencia, para mí, es esa rapidez con que se capta una cosa como si ya se supiera de antemano, o esa manera de apresar un problema en todo su conjunto. Un campesino de mi tierra, con sus "migas" por toda cena, puede tenderse en la hierba y redescubrir por sí solo la astronomía con sólo mirar al cielo, aunque Vd. no lo crea. No todos; no todos, naturalmente, pero puede ocurrir. Descendemos de viejas culturas; la judía, la árabe; el casamiento de una y otra fue muy bueno. Además, se puede ser analfabeto y muy inteligente; en eso los rusos se parecen a nosotros. Por regla general, los franceses creen que la inteligencia es algo que uno aprende en la Universidad; yo creo que es algo que tiene que ver con la intuición, con la sensibilidad, con todas esas cosas que, como decía los otros días Delatour, ahogan de raíz en el niño".

Insensu estaba echando chispas.

"¿En qué quedamos?" dijo Cortés.

"En que mi pueblo es el más inteligente, pero el que tiene los prejuicios más cerridos de todos; el que está menos informado; con toda probabilidad, el más bruto de Europa. Si no, no se habría desmandado como lo hizo a poco de proclamarse la República".

"¿Pero Vd. habla como un fascista!"

"Mejor eso que repetir "slogans" como si fueran verdades. A Vd. le basta con lo que lee en los diarios, estoy seguro. Lo que le cuentan allí las agencias periodísticas, con todas las deformaciones debidas a intereses millonarios o a pasiones viejas y bien arraigadas, son hechos ¿no? y el conjunto de esos "hechos", la verdad verdadera, ¿no?"

"No exageremos. Uno sabe leer entre líneas".

"¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Si se pudiera recorrer en un día cinco países distantes y estar, por lo menos, unas horas en cada uno, se tendría cinco verdades incontrovertibles sobre un mismo asunto, todas debidamente impresas, todas diferentes y todas

basadas en hechos registrados por periodistas responsables. Antes de empezar a escribirse, la historia es ya una mentira. ¿Qué sistema político podrá nunca inaugurar en el mundo el reino de la verdad? Ninguno. Nunca. El hombre vive de mentira, y no podría respirar sin ella. Y todo por el nacionalismo, por el orgullo y el prejuicio del nacionalismo, que es una ampliación de su ego, maldita sea".

"Vd., amigo, se toma todo demasiado en serio".

"Y en el Plata Vds. se toman todo demasiado en broma. No, no. El que sale fuera por unos años no puede volver a su tierra, porque se entera del engaño en que ha vivido. Ni tampoco puede quedarse donde está, porque ve en qué engaño viven los demás".

"Pero si el hombre se alimenta de mentiras..."

"Siempre están las excepciones para confirmar la regla. No hablo, naturalmente, del tonto dogmático" y al decir esto Amescua miró fijamente a Cortés como si fuera a comerse solo, "sino de un hombre intelectualmente honesto, con lucidez, con apetito de verdad, cosas que por suerte no tiene casi nadie, ni los escritores más famosos".

"¿Por suerte, dice?"

"Por suerte, sí, por suerte. Para un hombre así siempre resultará terrible tener que renunciar a todos sus sueños sobre la humanidad".

"El Vd. no hay quien lo siga. De repente habla de la verdad, y de repente de los sueños". El arquitecto se había puesto nerviosísimo y estaba dando de latigazos al aire con una pierna.

"Vivir, lo que se dice vivir, el hombre lo hace sólo gracias a sus sueños". Amescua rió sarcásticamente. El labio inferior le estaba temblando. "Pobre del individuo que no los tenga. No soy un hombre liberal, democrático; una especie que quizá desaparezca con esta guerra. Pero no soy ciego. Y siendo lo que soy, con todo el dolor de mi corazón tengo que reconocer que España no estaba preparada para la República. Si uno entraba en 1933 a la redacción de la "Revista de Occidente" o iba a la Residencia a hablar de literatura o de política internacional, habría creído que sí. Pero esa era una "élite" magnífica, la mejor juventud de Europa en ese momento. Y el pueblo estaba lejos, a siglos de distancia; generoso, compasivo, viril, sufrido, pero bruto. 80 grandes terrate-

cientos y millones y millones de hombres que muchas veces no tenían qué comer ; esa era mi España. Pero brutos y todo, cuando les dieron algo justo, algo que era su derecho, comprendieron cuál era la conquista aun antes de saber leerla; y se mataron entre sí por que sobreviviera. La República fue un sueño prematuro; sus mejores hombres serían otros imbéciles si no lo reconocieran así. Y todos ellos fueron miopes, como lo son los socialistas en todas partes; gente que parte del principio de que el vecino de al lado y el hombre de la calle son iguales a ellos, están hechos de la misma pasta, PERO NO ES VERDAD".

"Ya está aquí otra vez el fascista".

Amescua rió como un león que se dispusiera a tragarse a un ratón.

"El hombre de la calle lo único que le importa es satisfacer sus apetitos; sólo cuando a la guerra se arriesga o muere por una causa - o lo que lo dicen que es una causa. Los otros - los nobles, los idealistas - son miopes; pero no imbéciles. Respeto la miopía; pero le confieso que tengo poca paciencia con los imbéciles".

"Y a mí, ¿en qué categoría me pongo?" preguntó Cortés con una ironía que parecía por demás fácil luego de la candente tirada de Amescua, exacuación temperamental que parecía serle indispensable, porque acababa de romper en un sudor frío que le trajo gradualmente la calma.

"En realidad, yo no lo conozco a Vd.; honestamente no podría..."

"Para la esperanza que le deja Vd. al mundo, lo mismo da".

"Siempre está el individuo; unos pocos aquí y allá para justificar la presencia del hombre sobre la tierra".

"Vd. sabe sin duda qué piensan los socialistas - o con más razón, los comunistas - de esos tipos que viven sumidos en la contemplación de su ombligo ¿no?"

"Sí, y me da lo mismo. Otra etiqueta más ¿qué importa al mundo? Al final de su vida el hombre está solo; su alma lo ha estado siempre".

Amescua se detuvo un segundo para tirar su cigarrillo y elegir un ejemplo que pudiera atravesar a su interlocutor como una estocada.

"Cuando por devoción romántica a la idea del socialismo el hombre proclama que

el sudor de los leñadores de Siberia es más noble que el de los leñadores de Massachusetts, está gritando a los cuatro vientos que es un imbécil. Pero el patriotismo se parece a cierta fijación de Vds. los sudamericanos".

"¿Qué fijación?" ¡Caramba con los torrentes verbales! Este era otro Dolatour.

"Una copiada o heredada, no imagino, de la más española de las fijaciones: todas las mujeres son putas, menos la madre, las hermanas y la esposa de uno. Y como cada hombre piensa así, calcule Vd. dónde quedan las mujeres. Y qué son los pueblos y los sistemas".

Cortés se echó a reír. Felizmente se sentía por encima de los cargos de Amescua, y su vanidad evitó a éste el segundo conflicto de la tarde.

"No parece que Vd. se contradice demasiado. Si no lo entiendo mal, Vd. querría que se voliera la idea de patria ¿no?; pero se llena la boca con la inteligencia de su pueblo y las culturas de que procede".

"Es que yo no pienso que las madres de todos los demás son putas. Y por eso puedo decir que la mía es una mujer sencilla y honesta, como es en realidad".

"Sí, sí, sí. Su madre, una maravilla; pero la humanidad, un montón de imbéciles".

"Desgraciadamente".

"Y Vd., un nihilista".

"Otra etiqueta más. No, gracias. Ni nihilista ni anarquista; soy un hombre con los ojos, el corazón y la mente abiertos. Si Cristo pasó por la tierra y el hombre, pero a los ritos que practica y al dinero que da a la Iglesia, sigue siendo la mala bestia que es, imagínese Vd. qué esperaré de lo que los incautos llaman una ideología política. Una ideología deforma los hechos para servir siempre su etiqueta".

Cortés lo miró con lástima. En su oficina - y quizá en la célula del Partido, si es que se había atrevido a tanto - él no estaba solo. Esperaba un mundo nuevo; Amescua habría dicho "esperaba que naciera un hombre con otro hígado, con otro cerebro, con otra hipófisis que el "homo sapiens" contemporáneo suyo; un hombre emasculado de egoísmo, de egocentrismo, que sólo podría crearse en un tubo de ensayo".

Guy se asomó a la puerta del "lounge" y el andaluz se incorporó como tocado por

una corriente eléctrica. Un metro antes de llegar junto a él, ya había empezado a pedirle disculpas en voz alta:

"Dolatour, viejo, perdóneme. Entre la menopausia y el calor, ya no sé qué queda de mí. Hasta anoche no hice otra cosa que sudar angustia; ahora no puedo dominar mi rabia, mi ira contra todo".

"Ese es un buen síntoma".

"¿Qué le he dicho? ¿He estado incorrecto? Perdóneme".

"Yo no tengo nada que perdonarle. Pero Mildred quizá sí. Grite el número de su camarote a uno de esos "boys" de abajo. Por un par de medias coronas que les tire le mandarán un magnífico cesto de fruta. Y Frank puede llevarle una tarjota suya".

"¿Qué le puedo decir? ¿Qué le pongo?"

"Algo así como: "No lo haré más. ¿Perdonado?"

"Fue ella la que me llamó bestia ¿y todavía quiere Vd. que le pida perdón?"

"Póngase por un minuto dentro de su piel" le dijo Guy sin sonreír.

"¡Ay, si pudiera!" Levantando los ojos y arrugando la frente en un gesto mitad irónico y mitad plañidero Amesuca escapó por la puerta falsa del "humour". En los momentos de crisis no había otra salida para los apasionados como él. "En fin, ya veo que aquí se no quiere matar a humillaciones. La idea de la muerte me es cara, no crea. Sólo me repugna la fórmula: no va con el carácter español".

Echándose a reír, Guy le dio un par de afectuosas palmadas en la espalda. Dos aviones plateados - los vigilantes de Freetown - parecieron bajar en picada, tan grande fue el ruido de sus motores al rozar uno tras otro las chimeneas del barco. En esa apoteosis de ruido, y arrastrados por la esperanza de la siesta, los dos hombres desaparecieron en direcciones opuestas; pero todavía no había ajuste existencial entre los viajeros que salieron del Plata y los recién llegados, y la siesta era todo un problema.

X
X
X

El tumbarse en su litera no le trajo a Guy la soledad que empezaba a desear con

vehemencia. Apenas desvestido, y cuando iba a zambullirse en el frescor de las sábanas intactas, entró Julius Caesar Augustus. El recién llegado no le dio tiempo siquiera de hacerse el dormido. Enseguida empezó a hablar con una voz que parecía proceder de algún "pick up" escondido en un rincón del camarote. Apenas movía los labios; su inexpresividad de Adonis de yeso era total.

"Me dicen que eres uruguayo, de Montevideo. ¿Es verdad?"

"Sí" contestó Guy. "Yo sé que has estado allí hace poco".

"En el Hospital Británico. Aunque era un caso mental, me tuvieron lo mismo".

"¿Tú? ¿Tú qué vas a ser un caso mental! En cambio yo, según mis compatriotas..." dijo Guy, acostándose cuan largo era.

"La gente de la Legación se portó estupendo conmigo".

El dios cockney, como había empezado a llamarlo Guy para sus adentros, sacó tres fotos de su billetera. En una se le veía en la cama y rodeado de chicas; dos de ellas con enormes ramos de flores en las manos. En la segunda instantánea otra aparecía besándolo fervorosamente junto a una oreja. En la tercera él, de pie en el balcón, tenía a dos enfermeras tomadas por la cintura. Era la clase de fotos con que algunos pretenden fabricarse un pasado. Pero la sonrisa de Tom en ellas, radiante, espontánea, no tenía nada de caso mental; allí no había nada de fabricado tampoco.

"A tí lo que te hace falta es estar rodeado de mujeres. Mirá qué cara".

"Es que estaba en tierra".

"No le veo la diferencia".

El muchacho rió de una manera tan angustiada que por fin Guy, de mala gana, lo miró fijamente. No quería conmovirse con él ni con nadie; quería seguirse sintiendo irritado por su inexpresividad.

"Tú eres un niño mimado, eso es lo que pasa".

"¿Mimado? ¡Ja, ja! Mi padre murió cuando yo tenía seis meses. Mummy me odió siempre porque Maude, mi hermana mayor, era fea. Ella no quería ningún varón; solamente una hija, pero no con esa cara, no con esa cara, Dios santo. Maude me odia todavía más; le han metido en la cabeza que yo le robé algo que le pertenecía. Ya puedes

imaginarte cómo me miraban las dos. Por eso me enrolé a los 17 años en la Marina, mintiendo sobre mi edad".

"Una mentira inocente".

"La otra deben haberla descubierto ya. Siempre hay alguien que habla".

"Algo malo que has hecho".

"No algo que he hecho: algo que soy".

Guy se incorporó en la cama.

"¿Tú? ¿Y qué puedes ser tú? Nada verdaderamente malo; se te leería en la cara".

"Bueno o malo... ¿Qué diferencia hay? Abuela decía que nacemos para pagar culpas de nuestros padres o ¡sabe Dios! de los bisabuelos". Le llamaba culpa a la enfermedad; todavía son muchos los que la llaman así".

"¿De qué hablas?" Mientras hacía la pregunta Guy pensaba en su hermana y en la ignorancia culpable - o la cobardía - de medio Montevideo frente a su locura: parientes, amigos, médicos, vecinos, jueces, comisarios de policía. Los enormes ojos ausentes se habían posado en Guy como los ojos de un ciego, como si Tom trasviera el respaldo de cartón piedra de la litera oculto por la cabeza de Guy.

"No es lo peor morir en un naufragio" dijo el marino sin mover los labios. "Si Mac o Bertie me hubieran hecho caso..." De repente sonrió con aquella sonrisa patética que Guy le había visto ya por la mañana, una sonrisa que no añadía a su cara ni siquiera la nocturna expresividad de la tristeza. "A toda hora, completo Puritas" declamó Tom inconsecuente, mecánicamente, como si esa fuera la continuación lógica de lo que venía diciendo.

"¿Cómo?" exclamó Guy con un movimiento brusco.

"En el hospital escuchaba radio todo el tiempo. Me sé todos los avisos de memoria".

"¿Y qué te pasó en Montevideo? ¿Por qué fuiste al hospital?"

"Me sacaron una tarde del cine. Había tomado muchas copas de una especie de alcohol de quemar - o quizá de kerosene - que Vds. fabrican para beber".

"Caña".

"Eso. Y perdí el sentido".

"Era en el Rex, ¿no? arriba, en la primera fila de tertulia. Tú dejaste allí tu almuerzo de recuerdo; lo sé porque no impidieron sentarme antes de limpiar. Había que ver cómo te puteaban los porteros".

Por toda respuesta Tom rió de buena gana, pero como quien exhala aire por la boca transformada en una o ; a Guy le hizo recordar a una belloza casi profesional de Montevideo, cuñada de un tío suyo, que, por no arrugarse, hacía el mismo gesto de maniquí, transformado su regocijo en pirograbado asombro.

"Era un sábado a las cuatro de la tarde. ¿A que sí?" siguió Guy. "E ibas a ver una película de los hermanos Ritz".

"I'll be damned" dijo el dios cockney. "El mundo es chiquito". Hubo otra pausa. "Y los porteros ¿decían algo de mí? ¿Qué decían?" preguntó, levantando los ojos, que ahora eran casi grises.

"No sé si sabrás bien cómo habla la gente en Montevideo. Decían: 'Con la cara que tienes, ese no queda virgen mucho tiempo'".

Esta vez Tom se descuajeringó en una carcajada, se desjarotó; se le aflojaron todos los músculos de la cara y rió con todos sus poros. Pero la respuesta del otro portero del Rex - mucho más comedida y compasiva - se le borró a Guy de la memoria en ese momento. Poco a poco el marinero volvió a recuperar lo que en otras circunstancias habría podido describirse como "el dominio de sí mismo".

"No sé cuánto tiempo estuve sin sentido. De todos modos, aguanté seis meses más que Mac y que Bertie".

"¿Tus compañeros? ¿Dónde están ahora?"

Una nueva pausa, más larga, y luego Tom respondió con una sencillez que era casi un reproche: "Muertos".

"Caray. Entonces tú, con tus tres naufragios, has tenido suerte".

"Bertie se tiró por la borda" dijo el dios cockney, estático y casi extático.

"¿Dónde? ¿En Montevideo?"

"No. Al segundo día de salir de Bristol para Nueva York".

"¿Y cuándo fue eso?" dijo Guy, impaciente por el carácter homeopático de la información que se le iba dando. Hubo otra pausa que Tom, relucante, llenó con un largo suspiro.

"Ya te lo dije. Me durado seis meses más que ellos. Dos días antes de salir de Bristol, Bertie y yo habíamos enterrado a Mac".

"Parece una de esas novelas de terror" dijo Guy por decir algo, por ver si sacudía al muchacho.

"Cuarenta pastillas para dormir que me robó. Se las habían prohibido".

"No es posible. Estás inventando".

"Bien querría que Bertie y Mac no existieran más que aquí" dijo Tom, tocándose la frente. "Parecían tanto más fuertes que yo. Tendrías que haberlos visto. ¡Si hubieran podido esperar un poco más! Ninguno de los dos había cumplido los veinte todavía".

"Y tú, ¿qué edad tienes?"

"Diecinueve. Por eso tengo que volver bajo la custodia de mi madre. Pero me escaparé otra vez".

"No para embarcarte, espero".

"No me dejarían. Pero este tercer naufragio fue el vencido. No habrá una cuarta vez, pierde cuidado".

"Hablemos de otra cosa ¿eh? Esa clase de recuerdos siempre hace mal".

"No, no. En Montevideo me dijeron que hablara, que hablara de todo eso siempre que pudiera; que hablar me hacía bien".

"Un momento!" La truculencia de la historia había puesto nervioso a Guy, que saltó de la litera y se puso la bata. Estaba como enjaulado entre esos hierros que formaban un elástico de monos de un metro de ancho, y más allá de la jaula de su cama aquella careta impávida de Tom, que debía ser la imagen de la desgracia y no lo era, aumentaba todavía más su nerviosidad.

"¿Qué pasa?" le preguntó el muchacho.

"Nada. La cama me parece bien para dormir; para conversar prefiero estar de pie"

"Como quieras".

"Pero en suma ¿qué ocurrió?"

"No hay mucho que contar. Y aunque hubiera. Yo no sé contar cosas. Estábamos en un bar de Alejandría, hace de esto unos siete meses. De repente cayó una bomba y echamos a correr. La puerta se nos desplomó encima y nos cerró el paso. Enseguida cayó el techo. Una viga le aplastó la nuca a Bertie y el pocho a Mac. Yo tenía una mano debajo de la espalda de Mac y no la pude sacar en nueve horas. Porque nos retiraron de los escombros nueve horas después; no creían que hubiera nadie vivo".

"Nueve horas".

"Nueve horas. Pobre Bertie. Pobre Mac. Los dos llevaron la peor parte: será por eso que aguantaron menos".

"Qué mala pata", dijo Guy tomando el brazo de Tom por un codo y apretándolo un segundo. "No se parece a esas historias que uno oye de la blitzkrieg en Londres, en que hay viejas que se pasan una noche entera bajo los escombros y luego las sacan cantando".

"Las ventajas de la edad" filosofó Tom.

"Las únicas" dijo Guy riendo.

"De todos modos, un bombardeo no es ningún chiste".

"Y todo por un loco y el pueblo loco que lo sigue". La nueva pausa, de un par de segundos apenas, fue tan enojosa que Guy dijo impetuosamente: "¿quieres la camisa ahora?"

"Ahora no. Antes de llegar".

El dios cockney se acercó al espejo del lavabo, se miró y se sacudió un poco con la mano el cabello rizado y corto, que quedó tal cual estaba. Luego se miró de tres cuartos de perfil, moviendo primero la cabeza hacia la izquierda y luego hacia la derecha. Enseguida abrió la boca con la expresión feroz de un samurai en plena batalla y se examinó las encías, que eran pálidas. Por último bajó con el dedo el párpado inferior del ojo izquierdo que, como contraste, reventaba de sangre.

"Pobre tipo. Te quedan nada más que setenta y cinco años de vida" le dijo Guy

riendo, aunque no sin cierto esfuerzo. Por toda respuesta Tom se puso a boxear con su sombra alrededor de él, envolviéndolo en tal forma con sus movimientos que pronto lo hizo pasar de sombra a sujeto de tres dimensiones. Guy le soltó un par de palmadas.

"Golpes no" gritó el muchacho. "Me lo han prohibido. Me enfurezco enseguida. No, nada de golpes. Cuando estoy así, quién sabe qué puede pasar".

Guy encogiéndose de hombros, salió sin contestarle una palabra.

Mildred recibía mientras tanto el cesto de paja rebosante de fruta, con la tarjeta de Amescua atada con rafia a un aguacate. Estaba sola en su camarote. Puso el regalo sobre su litera y lo contempló como Nefertiti habría contemplado un cofre de joyas nubias recién llegadas a palacio. Un regalo. Un regalo para ella. En la larga comedia que se había representado en su casa desde que todo el mundo se enteró del atropello no había habido nunca un detalle como éste. Los amigos y parientes sabían qué asco y qué horror tan justificados le inspiraban los hombres a Mildred; ninguno de ellos quiso exponerse nunca, rindiéndole el homenaje de unas flores o un regalo, al sarcasmo de una mujer que para ellos estaba maldita. El abismo entre unos y otra se hizo más grande todavía por esa reacción.

Mildred, con los ojos cargados de lágrimas, leyó y releyó la tarjeta, cuyo mensaje aparecía a veces tan borroso como increíble. Un hombre le pedía disculpas. Un hombre se inclinaba ante ella. Era como reencontrar los ojos serenos y la boca ávida de su único amor en aquella madrugada de playa - fina brisa y sensualidad dichosa - que de pronto acabó para siempre con su razón de vivir.

Tirado en cubierta en una silla de lona, Amescua, mientras tanto, revivía en todos sus detalles el episodio de hacía una hora y lo completaba insultando en la imaginación a la solterona. Se odiaba por esa capacidad juvenil de ira que aún quedaba llameante en el fondo de su melancolía... ¿otoñal? ¿invernal? ¡No, qué cuerno! Estival, estival. Estaba entero: un andaluz entero y cabal, como a los 20 años. Este calor del trópico había resucitado la pasión de sus poros, la vida de su carne. Tanto jeringar a todo el mundo con su intimidad con la muerte, tanto decirse habita-

do por la muerte y lleno de ella, para claudicar así ante el primer cambio de clima; un hombre lleno de vida, una bestia viva que olvidaba el más allá preocupado y absorto por el más acá, por el minuto que pasa, como un animal en celo.

Pero ¿dónde encontrar una hembra para volcar toda aquella vida redoblada que le estaba golpeando las sienes? En aquel bendito barco se estaba peor que en la Isla del Diablo: suelto pero inexorablemente preso al mismo tiempo, tan preso como los carceleros del penal francés. ¿Mendigar una caricia de alguna de las chicas? Se reiría de él. Lo acusarían de intentar violar a una menor. Mildred era inaccesible. La otra inglesa a medias lo habría mandado a paseo; no había más que oírle hablar de los latinos.

Antipática criatura, tan distinta de las inglesas que había gozado en Londres. Suficiente. Arisca. Pero ¿qué senos! ¿Qué piel de crema de almendras! ¿Qué pecho para recorrer de punta a punta con los labios húmedos y con el cuidado más grande, la ternura más infinita! Un seno es más frágil que un bebé de una semana, dicen las mujeres. Una caricia fuerte lo hiere; la caricia repetida lo deforma; un golpe puede crearle un tumor, y un tumor el cáncer. ¡Malditas mujeres! Son todas esas debilidades las que han hecho de ellas el sexo fuerte, pensó el andaluz.

¡Ah, si estuviera con aquella inglesa dura en una isla, solos los dos! ¡Si por un milagro se vieran transportados ambos a aquel islote que era como un espejismo frente al barco, y el islote se pusiera a flotar por el océano como un "iceberg", lejos de todas las miradas! ¡Cómo la doblegaría; cómo la domaría a mordiscones y con palabras de desbravador de caballos, palabras tan extrañas para ella que la inglesa no podría adivinar, detrás de su deseo, su desprecio por ella! Aquel cuerpo valía la pena de molestarse y dar a su dueña unas lecciones de amor. De que ella las necesitaba ¿qué duda podía haber? Una mujer que ha sido querida alguna vez tiene otra actitud que la tan justamente ejemplificada en aquellos dos dientes de foca que sobresalían así para insultar el aire que respiraba. ¿Tendría tiempo él en un mes de inculcarle la técnica de la cópula? Un mes, a tres encuentros por día... no, dos; dos era más prudente, y cada tres días uno; en alguna revista había leído que

hacer el amor una sola vez hacía trabajar tanto el corazón como jugarse un partido de "tennis". No era cuestión - antipática y todo como parecía y era Miss Greyfield a simple vista - de dejarla en una isla desierta con el cadáver de un amante español que, por exceso de "pudonor y lo que hay que tener", había forzado la nota hasta dejarla viuda, en luto perpetuo por el sexo ganado y perdido tan rápidamente.

No dormía; vagaba en ese limbo
 en que cambian de forma los objetos,
 misteriosos espacios que separan
 la vigilia del sueño.

(Gustavo Adolfo Bécquer - "Rimas")

Guy terminó pronto la cena dejando casi todas sus tajadas de carne de cerdo en el plato. Le empezaba a revolver el estómago la sola vista de aquel manjar cotidiano, gris de color, pajizo de textura, insípido, privado de toda sustancia por su larga estada en la morgue de la cámara frigorífica. Salió al lujo de las luces en cubierta - era la primera noche sin "blackout" - y a la sonrisa desdentada de los focos de la costa. La isleta, que parecía desperezar sus cocoteros a trescientos metros de allí, lo hizo sentirse de vuelta en alguna terraza ribereña de Montevideo, en uno de esos bailes de Carnaval en que siempre le llegaba eñ momento de alejarse y quedarse solo. El mundo anglosajón lo aceptaba sin mayores discusiones; en las cubiertas de este barco no ladraban por cierto los perros de la envidia o la malevolencia latinas. Pero, aun sabiéndolo, él estaba petrificado, de pie frente a una barrera imaginaria que sentía que no podría levantarse nunca.

Un remolcador había venido a festejar al "Talk of the Town" y a dar vueltas y vueltas en su torno envolviéndolo en una "feerie" de luces blancas, verdes y rojas, como una pequinésa que mostrara su collar multicolor a un San Bernardo lagañoso y triste. La luna era de un oro casi solar; la noche exhalaba perfumes tenues e inesperados y los ruidos eran todos lejanos, hasta el de los cazas, aquellos abejorros temerarios e inquietantes que montaban guardia sobre el convoy en formación.

No sabía cuánto tiempo había permanecido en cubierta, exhausto por la seducción del trópico, cuando Pierre vino a buscarlo, linterna en mano, para un partido de "poker" en el camarote de Platon-Cadbury. Casi todos los pasajeros enarbolaban aquella noche su juguete contra las asechanzas del "blackout"; llevar una linterna en la mano había dejado momentáneamente de ser un juego prohibido.

Después de excusarse diciendo que le dolía la cabeza, que necesitaba respirar un poco de aire fresco, y de pedir a Pierre que buscara otro jugador, Guy le dijo:

"Tú conocerás el alfabeto Morse, claro".

"¿Cómo iba a ser piloto si no?"

"¿Puedes decir "okay" con tu linterna a la costa?"

Pierre hizo parpadear varias veces el ojo abierto de aquel tubo metálico que traía. Era el "okay" más largo que Guy hubiera podido esperar, como si estuviera diciendo "Todo va espléndidamente repito espléndidamente bien".

En el cerro de Freetown, ahora misterioso y oscuro - ¿qué estaría haciendo aquella gente, a qué hora se iría a dormir? - se encendieron al mismo tiempo tres luces, y las tres se apagaron y volvieron a encender varias veces con perfecto isocronismo. Guy rió gozosamente mientras tomaba la linterna de manos de Pierre con un gesto brusco y se la encendía en la cara. Pierre también rió, pero no con los ojos; los ojos miraban a su compañero de viaje dura, casi insultantemente, como diciéndole:

"Con qué cretino he venido a dar".

La linterna volvió a cambiar de manos y Pierre entró en el pasillo. El remolcador se había alejado y ahora su sirena lanzaba unos estertores de foca mal ^aestra- da. Ningún recuerdo, ninguna imagen en la mente; aquella era la paz perfecta. Pero no duró mucho. Una mano áspera, aunque no muy grande, se apoderó de la de Guy y lo condujo en la sombra hacia el puente del barco, mientras una voz fresca y sonriente, le decía:

"Venga para acá, Prof. Ha llegado la hora de que tomemos esa copa". Era el teniente joven, el de la mirada de anzuelo y la larga paciencia en la expresión. "Vd. antes, por favor" dijo a Guy al llegar a la escalerilla. Subieron. Un rumor de voces y un par de risas detuvieron al invitado por sorpresa cuando ya iba a preguntar a su anfitrión:

"¿Pero dónde vamos, a la cabina del Capitán?"

Iban a un bote destapado, dentro del cual, bajo el sordo resplandor de la luna dorada, apenas se veían unas cinco o seis sombras. El chico ayudó a Guy a saltar dentro y luego se sentó a su izquierda; a su derecha encontró a Karen, que por todo saludo le dijo:

"Sigo esperando mis versos".

Guy rió mientras ella le ponía en la mano derecha un vaso con un par de buenos dedos de "scotch".

"No se ría. No lo voy a dejar en paz hasta que no los tenga" le dijo ella con aquella turbadora voz ronca que - ahora lo sabía sin lugar a dudas - había estado echando de menisimos.

En la sombra distinguió frente a sí a uno de los australianos, un muchacho que trataba desesperadamente de ocultar su juventud tras unos absurdos bigotazos engomados y que llevaba los pantalones atados a la cintura con un no menos absurdo "foulard" rojo.

Uno de los siete ocupantes de aquel extraño bar estaban cogidos de las manos. En cuanto el recién llegado tomó su buen trago de "whisky" el tenientillo le sacó el vado de las manos y lo dejó sobre uno de los travesaños del bote, que hacían las veces de mesa. Guy tomó la mano de Karen y el teniente la suya. Pero esto no lo sorprendió: en las casas inglesas de Progreso, después de la cena, se formaba a veces en algún "living room" en el que alguien, para acentuar la penumbra, dejaba encendida una luz débil y amarillenta, una rueda en la que la gente, en vez de hablar mal de los vecinos o los parientes, se ponía a cantar cogida de la mano, como si fuera un grupo de sordos que sólo pudieran seguir la melodía por la vibración de los tendones y los músculos de los dedos.

Y en efecto, todos se daban aquí la mano para cantar. A Karen le tocó hacer sonar el diapasón por el simple expediente de proponer un primer verso:

"Should auld acquaintance be forgot..."

Todos - como ocurriría luego canción tras canción - la siguieron inmediatamente en aquel "Auld Lang Syne", canto de adiós tocado en tantos barcos al zarpar y coreado todos los 31 de diciembre en tantos "pubs", "cabarets", hoteles, asilos, casas y hasta plazas públicas del enorme ámbito de habla inglesa. El conciliábulo musical empezó así bajo el signo de la melancolía. Pero pronto se levantó a las alturas de ardor alcohólico de alguna canción victoriana para borrachos de "pub" o de algún éxito de principios de la guerra - "Underneath the Arches" - totalmente desconocidos para Guy.

La cadena se rompía momentáneamente para que alguno de los coristas tomara un trago. Nadie comprometía, fumando, la fluidez de aquel arroyuelo de voces, tan límpido

como el río australiano de la noche anterior. A la cuarta canción Karen recostó la cabeza en su hombro; a la quinta Guy retiró su mano de la del teniente ("¿Cómo se llama?" le preguntó entonces al oído; "David Coryton" dijo el chico); pero cuando, después de tomar otro trago de "whisky", volvió a dejar el vaso en su precario estante la mano áspera - que él calificó "in mente" de inocente y franca - estaba esperando la suya y la volvió a tomar con la mayor confianza.

A Guy no le había ocurrido nunca - y menos cuando este mismo trámite, en las casas inglesas de Progreso, se veía sometido a las medidas montevidéanas de paso de andar - estar envuelto en un abandono como el de ese bote a oscuras donde se rendía a una común voluntad coral algo más que la epidermis y los instrumentos naturales de comunicación: la palabra, la mirada. Fundido en la ola sonora, cesó de nuevo el movimiento incesante de su mente, que lo observaba todo, lo retenía, comentaba y acababa todo, como si dentro de él mismo (¿de su alma?) se estuviera grabando siempre, por algún sistema secreto, una incesante gacetilla de la vida. Un sentir poético reemplazó a aquel periodismo compulsivo de todo el día, de todos los días; y sin poder decir que veía imágenes o sentía otras voces que las que en ese momento entonaban "Greensleeves" empezó a verse rodeado por la atmósfera, y más ^{que} por la atmósfera por la incredulidad, por el rechazo de la realidad, y por las estocadas cada vez más hondas, más precisas de la realidad, que acompañaron las horas sombrías de la muerte de su madre.

Saltándose así 17 años Guy volvió al pasado, si no gozosamente, con cierto alivio; revivir la muerte de su madre era estar con ella otra vez; estar con ella era entrar con alguna especie de coraza en aquel mundo ancho y ajeno de barcos de guerra, submarinos, minas, rumores; un mundo que empezaba a reventar de enfermedad, porque la guerra - esta era otra cosa en la que no había pensado mucho y que ahora le saltaba a los ojos - no era sólo la muerte o la mutilación sino, principalmente, el hambre, el paludismo, la falta de sueño, la falta de higiene, las largas angustias, todas las puertas abiertas a la enfermedad.

X
X X

Hacia dos años ya que llevaba pantalón largo y, a sólo un mes de cumplir los quince, se sentía mayor y mundano. Gracias a Coquil B. de Mille y a tantas de sus comedias de "boudoir" y de alcoba - "Macho y hembra", "¿Por qué cambiar de esposa?", "Algo en que pensar", "Los enredos de Anatolio" - no había argucia conyugal ni recoveco inexplicable de la conducta humana en el amor que le fueran (teóricamente) ajenos.

No disminuía por eso una timidez sexual que se le veía escrita en algún gesto o alguna expresión fugitiva; lo que no se veía era el eco del terror que, desde los nueve años, le había instalado en el pecho un muchachón de catorce que vivía en la esquina de su casa. Aunque la intención de aquel hombre en ciernes no fue otra que la de exhibir su hipotética sabiduría de alcoba, y aunque la sustancia de lo que dijera a su pequeño vecino fuera la misma de los cursos que años más tarde se ofrecerían libremente en todas partes del mundo, ello no quitó que el ejemplo elegido fuera fatal para Guy.

Fructuoso - espejo inconsciente, o quizá consciente, de la crueldad del hombre - abundó en gestos y términos obscenos para explicarle el ayuntamiento carnal; pero los personajes de que hablaba eran los Delatour, su padre y su madre; y la historia, en suma, se reducía a evocar la desfloración de ella, de aquel ser majestuoso y angustiado que Guy reverenciaba. Un crimen. Un crimen. Y el mundo se jactaba de semejantes crímenes. Y había hasta una pericia del crimen. Guy pasó una semana con la muerte instalada en el pecho; pero observaba furtivamente a su padre y no le veía nada de criminal. Y su víctima estaba contenta. Y - lo más grave de todo - él era el resultado de aquel crimen.

Enseguida levantó en su mente un parapeto de defensa contra el mundo. Un tío suyo, sin imaginarse los días de horror que Guy había pasado cinco años atrás, decidió, al verlo cumplir los catorce y ver que le empezaba a cambiar la voz, llevarlo a un prostíbulo de la calle Canelones a conocer a una su amiga llamada Raymonde.

La iniciadora era una mujer que sufría literalmente de deformación profesional; el menester venéreo, concienzudamente ejercido durante dieciocho años, la había dejado tranquila y redonda como un tonel. Una ondulación permanente de ondas muy angostas y juntas le daba el aire de llevar una mala peluca. Tenía unas enormes manos de estranguladora, de dedos cortos y chatos. (Todo esto lo vio Guy de un vistazo que fue como

un relámpago). Después de salir en camisa corta al patio de la casa - sus colegas andaban en kimonos o "deshabillés" baratos - la francesa hizo entrar al adolescente en su habitación y se metió en la cama. Esperaba alegremente ser atacada por él; no se había molestado en mirar ni un segundo su expresión de oveja que llevan al matadero.

Guy se desvistió y, pese a su extremada delgadez, recibió un elogio por su arquitectura física ("Tu es très bien bâti, tu sais") luego otro por el francés que hablaba (dos años de liceo y un rato largo de tupé, en el que asomaba ya el histrión). Las dos actitudes, en las que había algo de maternal, lo tranquilizaron ligeramente. También había sido maternal el asombro con que, al abrazarlo Raymonde en la cama, había advertido lo helado de pies a cabeza que, pese a la tibieza de aquel otoño, estaba su cliente.

La carne de la francesa se desparramó sobre el lecho al ensayar ella el gesto^m ágil de tirarse fuera; pero con un pequeño jadeo logró incorporarse junto a una pãlangana en la que volcó agua caliente. Después de perfumar el agua con un chorro de colonia, hundió en ella una esponja que luego pasó por una gran barra de jabón. De todos los gestos paramaternales de que había sido objeto en rápida sucesión, éste de lavarle ella sus partes con la esponja como si fuera un bebé de dos meses fue el que más lo sorprendió. La caricia árabe que le hizo enseguida Raymonde lo sorprendió ya menos, pero no logró romper lo que era literalmente el hielo: el hielo de su piel, el hielo de su corazón congelado.

"Oh la la, que tu es froid" se interrumpió ella para decir. Y de repente, viendo que habían pasado ocho minutos desde la entrada de Guy, abandonó su mecánico ejercicio para decirle: "Je crois que t'es drogué, mon p'tit. T'es drogué, n'est-ce pas? Parle, dis-le moi, comme ça je ne perdrai pas mon temps". El no contestó. "Drogué, à ton âge! Eh ben! T'as un bel avenir, toi!"

Tres minutos después Guy estaba vestido. La humillación había cedido en él paso a la ira. Dopado, jamás; a él le sobraba imaginación; la cocaína era para los imbéciles, para los impotentes mentales. Con un gesto de hombre acostumbrado a manejar sus pro-

pios dineros (que nunca había tenido) el muchacho sacó del bolsillo los dos pesos que su tío le había dado antes de entrar y los dejó sobre la mesilla de noche. Afortunadamente aquel era un prostíbulo refinado; la soldadesca iba a los de a peso.

Raymonde le miró por fin la cara y se excusó: "Hace más de diez minutos que estás conmigo, y aquí no nos dejan despilfarrar el tiempo ¿Sabés? Si otra vez venís con más plata podés quedarte un rato más largo". Era "business talk", y por eso Raymonde había excluído deliberadamente el elegante artificio del francés. Y luego, un poco más ablándada: "Me gustás, botija. Me gustaría hacer papita contigo".

El tío, al ver la cara roja con que Guy salía del cuarto de la francesa, le sonrió con cierto orgullo y le puso una mano en el hombro. Guy siguió callado; sólo pensó que todo habría ocurrido de otra manera en otro sitio distinto de aquél, donde las pantallitas color de rosa no lograban borrar una niebla gris de torpeza, indiferencia y bestialidad - sobre todo en las risas de las mujeres - que lo cubría todo: paredes, cortinas, sillas. En el fondo sabía que se estaba mintiendo, que su miedo sería el mismo; pero la mentira era el oxígeno que se respiraba en aquella ciudad. No le costó un gran esfuerzo imaginarse en Nueva York, en el "boudoir" de Gloria Swanson o de Wanda Hawlty; allí no habría estado helado; allí habría sabido lo que tenía que hacer porque antes de entrar lo habría detenido para discutir la cuestión Wallace Reid, o quizá Elliot Dexter, verdaderos hombres de mundo que, pese a sus derrotas ocasionales, sabían resolverlo todo con un artístico sí que recatado beso final.

X
X X
X X

cuatro meses después, aquel frío domingo de agosto de 1924, Guy había pasado las habituales seis horas de la matinée dominical en el "Select", un cine de segunda línea. El exceso era una rutina de los domingos; tras la gran comilona de mediodía, un montevideano festín de cuatro películas grandes y hasta una cómica corta. "Te vas a reventar la vista" le decía su padre. "Vas a morir respirando tantas horas ese aire viciado" agregaba a veces una de sus tías. Luego, como siempre, venía una visión deprimente: la de la mal iluminada calle en que vivía, frente a la cual se extendía,

por media legua de largo, una quinta que por las noches parecía una verdadera boca de lobo.

Guy sabía que sus padres irían esa noche al "Rex" - otro cine elegante del centro cuyas enormes arañas de caireles rompían los ojos al encenderse entre uno y otro rollo de película - a ver a Valentino en "Sangre y arena". Su madre había decidido que el ídolo, además de actor, era hombre; aquella mirada vidriosa con que hipnotizaba a tantos millones de mujeres desde tantas pantallas era, no un artificio de afeminado, sino una manifestación de miopía, según aseguraba un vecino vuelto hace poco de Estados Unidos. Su adhesión de espectadora - no podía decir "admiración" con un marido tan turcamente celoso como el suyo - era, en consecuencia, completamente legítima. Ver a Valentino hacer de Juan Gallardo en el ruedo algo menos que ibérico de Blasco Ibáñez era así una perspectiva emocionante para ella; el padre, por su parte, se relamía pensando en las memorables curvas de Nita Naldi, aprisionada, para hacer de Doña Sol, en una serie de colas de sirena que apenas la dejaban andar.

Al llegar Guy a su casa, cerca de las nueve de la noche, se estaban sirviendo en la mesa gordas perdices bañadas en una salsa en la que no ^{se} había escatimado ni el "cognac" ni el jerez; uno de los tantos manjares habituales de la casa que nadie había enseñado a degustar al chico, pensando quizá que el paladar refinado, como la destreza sexual, se adquieren solos. En la mesa reinaba un aire de expectativa y fiesta pese a la ausencia de Silvia, que había quedado a cenar con unos vecinos, y la de Carmen, que pasaba el fin de semana en casa de su abuela. Y ese aire festivo de sus padres, junto al legítimo orgullo de Natalia la cocinera, conquistó a Guy. Apenas sentado, se puso a comer el plato - servido sobre grandes tajadas de pan tostado - con la misma gana que si se tratara de perdices en escabeche, uno de sus grandes entusiasmos gastronómicos.

Ahora, más de tres lustros - ¿o siglos? - más tarde, metido incongruentemente a cantar en aquel bote canciones que no sabía y empujado a un ámbito en que desconocidos como Karen y David Coyton cobraban de golpe la misma importancia que viejos amigos, el pasado surgió de pronto como una emboscada fatal, con todos sus detalles, sus contornos,

hasta sus olores: el de la salsa revivió como el de la obra maestra que era y dominó el olor a mar, el olor a niebla, a sudor, a "whisky" y a lavanda de Karen, que un olfato fino habría podido separar y clasificar rápidamente en aquel rincón del barco.

X
X X

El viajero no hizo el menor esfuerzo por rechazar la imagen que tan completamente le invadía todas las células. Se sabía de sobra el libreto de aquel estúpido drama, pero habiéndose atrevido a revivirlo sólo tres o cuatro veces en aquellos diecisiete años - y aún así, parcial, fragmentariamente - no tenía idea de cómo lo sabía, o mejor dicho, de cómo su espíritu lo había ido aprendiendo, registrando y acotando a medida que pasaba el tiempo. En los dos o tres últimos años de su vida la madre había transportado su afición por el desorden al peligroso terreno del aspecto personal. Tuvo que levantarse en público una tarde la voz de una vecina para que ella pusiera coto al abandono:

"Es una vergüenza que una mujer tan bonita salga así a la calle, tan desarreglada. Yo no lo puedo comprender".

La cosa ocurrió en un tranvía en el que la acompañaban Guy y Carmen. El hijo miró a su madre al oír el terminante comentario. Era más que bonita; era su madre. El adoraba todos sus rasgos sin siquiera detenerse a contemplarlos; el pelo castaño claro partido al medio, la nariz romana, la boca carnosa, los ojos entre grises y marrones, el óvalo clásico de una cara a la que la barbilla fuerte daba el necesario tono de personalidad, la tez translúcida, la expresión dulce e intensa a la vez, con algo de morboso en la mirada que la hacía todavía más atrayente.

La vecina era la mujer del Ministro del Interior, pero en el democrático Uruguay nadie encontraba extraño que viajara en tranvía, como otros habitantes "conocidos" de aquel barrio-balneario. A aquella mujer fría, empacada y un poco asombrada de estar viva - como tantas otras "soi-disant grandes dames" montevidéanas - , que de vez en cuando veía a la madre de Guy en casas de parientas ricas de ésta, le había chocado observar aquella tarde que del turbante de su vecina se escapaban dos o tres guedejas

sueltas al avanzar a sentarse con sus hijos, y había notado con horror que la falda le colgaba de un costado algo más que del otro, que ni siquiera se había cuidado de cepillar los polvos del borde de su escote y que la cartera que llevaba no hacía juego con los zapatos, crimen imperdonable en el Río de la Plata.

El saludo que le dirigió era todo un reproche en sí; pero luego había venido el comentario y aquel "Yo no lo puedo comprender" que Guy sintió como una bofetada a su madre. La mujer lo habría comprendido si supiera con qué pasión se había lanzado aquélla a cuidar de Silvia, aquella hija concebida casi por sorpresa después de una pausa de diez años; y lo habría comprendido mejor todavía si antes hubiera oído qué cargos insensatos, qué gritos, qué encono mediterráneo componían la reacción de Delatour padre (pese a los francés que en conjunto resultó siempre) a la vuelta de cualquier salida nocturna que hiciera con su mujer.

Para que no hubiera el menor asidero en la acusación de que ella provocaba a los hombres con su belleza, la madre de Guy avanzaba por la calle con los ojos clavados en los cinco centímetros de campo visual que tenía directamente frente a sí, lo cual, unido a la altivez del gesto, le daba el aire inquietante de una sonámbula.

Quizá esto, más que su belleza, hacía que los hombres la miraran fascinados; el caso es que la miraban y que eso enfurecía al padre de Guy, cuyos ojos, por el contrario, se paseaban incesantemente de izquierda a derecha de la acera en busca del ofensor prevenido. Quizá, inconscientemente, la pobre mujer había acabado por recurrir al abandono y al descuido como broqueles contra la concupiscencia (o curiosidad o vanidad) masculinas; por más sonámbula y hermosa que fuera, una mujer con algo de roto o de sucio en sus vestimentas era un espectáculo que nadie perdía el tiempo en mirar a menos que, empujada por el "delirium tremens", fuera ofreciendo por la calle la diversión gratuita de un escándalo.

La crítica de la Ministra - lanzada en voz perfectamente audible, más por inconsciencia que por desafío - surtió su efecto. Después de someterse a la tortura de la ondulación permanente, la madre de Guy estaba surtiendo su guardarropa de cosas nuevas, y esa noche habría obtenido casi seguramente el visto bueno de la censora con su flamante

tricornio de gamuza marrón, su vestido de seda también marrón, en que gritaba un gran redondel rosa bordado en caracteres chinos a la izquierda del busto, y su tapado de lana francesa del mismo color, coronado por un gran cuello de piel. La cuidada "témue" formaba parte de lo que ella llamaba "la nueva era de mi vida".

El padre parecía orgulloso de aquella súbita preocupación. En quince días de salir con él así ataviada no se había producido ninguna de esas querellas que a veces terminaban en un torrente de sollozos histéricos prolongados hasta la madrugada.

El olor de las perdices era vivo en este momento. También lo era la imagen de aquella elegancia fugaz que marcó la despedida de su madre a la vida. Más lento en venir, más difícil, fue el eco de la inquietud de Guy niño al sentir la de su madre desde que el reloj del comedor, con aquellas rápidas campanadas que sonaban a mala lata, diera las nueve. Finalmente la precisó el recuerdo de una frase banal: "Juan, apurate que llegamos tarde"; porque fue decir eso ella, abrir desmesuradamente los ojos y, después de una pausa inquietante, hacer una arcada.

"¿Te atragantaste, Nena?" preguntó el padre con la alarma automática de quien está acostumbrado a las catástrofes de la aprensión y la mala salud. La madre de Guy era experta en sentir síntomas inequívocos de enfermedades que no tenía y que ni siquiera conocía por la más superficial de las descripciones. Esa arte redomada había hecho pasar a su enamoradísimo marido horas y días de zozobra y gastar grandes porciones de su sueldo en inútiles visitas a especialistas; pero fueron dos solamente los médicos que tuvieron el descaro de explotarlo atendiéndola meses y meses por alguna tuberculosis imaginaria o algún cáncer no menos incierto.

Desde hacía dos años Delatour estaba dispuesto a recordarle, a la menor provocación, aquel magistral ataque de peritonitis que había tenido en el sanatorio donde su hija Carmen luchaba por reponerse de una ruptura idéntica y ¡ay! demasiado real. Pero después de abrir el vientre de la madre le habían sacado un apéndice intacto, rosado, recubierto de una ligera y artística capa de grasa, que el padre había decidido guardar en un frasco para metérselo por los ojos toda vez que se quejara de algo.

"Tomá, mamá, migas de pan" dijo Guy sollozando, apelando al recurso casero para eliminar alguna espina que uno pudiera tragarse. El padre le sirvió un vaso de agua y ella hizo otros esfuerzos por expulsar algo que evidentemente no quería salir de aquel conducto.

"Tengo un huesito clavado en la garganta" dijo con esfuerzo, manteniendo enormemente abiertos aquellos ojos que ya en ese primer momento torturaron a su hijo como si alguien le diera de puntapiés en el pecho para deshacerle el corazón.

"No, Nena, ¡qué vas a tener! Será una simple rozadura. ¡La garganta es una cosa tan delicada! Vení, tratá de arrojar, vas a ver que se te pasa".

Ella fue al baño y ensayó; al salir tenía la mirada más angustiada que antes.

"Te digo que tengo algo. Vamos a ver a Méndez, que tiene el consultorio en la casa. Y si no está, a la Asistencia Pública. Yo no puedo seguir así ni media hora".

"¿Tan mal te sentís?"

El padre la miró con una mirada en que se mezclaban el reproche y la inquietud. Los ojos de ella decían verdad: pero ¿qué verdad, la del accidente, la de su histerismo? De todos modos no vaciló y salió corriendo hasta la calle Pereira, donde podía pasar un taxímetro o donde, desde la comisaría de la esquina, podían pedirle uno.

Siete minutos después estaba de vuelta con el vehículo.

"Yo voy con Vds., mamá" dijo Guy. Fue su primera decisión de adulto, su primer reconocimiento espontáneo de que el azar había envuelto al hogar en otra emergencia, para él la peor hasta ese momento. El azar, el azar. ¿No hablaba todo el mundo del destino, de un destino ya fijo antes de nacer? ¿Cuántas veces no le habían oído decir a ella: "Me moriré a los 35 años, como mi padre?" La historia atribuía a un tifus la muerte de un hombre como aquél que, en pleno esplendor vital, nunca se habría pensado abuelo alguna vez. La leyenda - poco conocida - quería otra cosa: el novelón de su amorío con una bailaora en Madrid para poder sobrellevar el infierno del carácter de su mujer y luego el "guignol" de la puñalada traperera con que lo había liquidado el chulo que explotaba a la "artista".

Si la leyenda tenía razón, entonces la madre no había heredado una predisposición a la muerte prematura, y la frase "Me moriré a los 35 años" - obsesivo "ritornello"-

era una corona de retórica puesta encima de toda la literatura de sus obsesiones. Para defender la leyenda, de sabor tan finisecular, vinieron luego un segundo matrimonio de la abuela (este otro marido huyó a los 15 días y nunca se supo más de él) y un tercero (con un guardabosques que murió de susto a los dos meses).

Pero el "chantage" de la madre de Guy a su marido cuando éste decidía no satisfacer algún capricho suyo no tenía precedentes ni pertenecía a época alguna. "Ya te vas a arrepentir de negarme ese gusto cuando veas que me muero a los 35". Jean Delatour no tuvo ocasión de arrepentirse; ningún gusto, ningún capricho - ni siquiera el de ir todas las noches a escuchar a Raquel Meller cada vez que cantaba en Montevideo - le había sido negado nunca.

¿Por qué insistía ella en aquella profecía? ¿Era una premonición o - como ahora parecía, vistas las cosas a una distancia de diecisiete años - una voluntad de su organismo débil que, aparte la obra corrosiva de la sugestión, se inflamaba o se dejaba invadir por cualquier morbo en cualquier momento? Para hablar así, su madre tenía que haber sentido la muerte prematura ya instalada en sus centros desde la niñez. Y con la muerte, la voluntad secreta de morir; pero esto ella no lo habría reconocido nunca.

Entre tanta gente sorda de sensibilidad artística como la rodeaba, aquel signo de muerte que llevaba consigo - como todos, pero mucho más fuerte, mucho más lúcida y acusadamente que todos - la hacía excepcionalmente viva frente a todo lo que fuera talento creador, belleza, fuerza expresiva. Pese a sus escasos estudios y a su falta de disciplina en el conocimiento, si alguien le llevaba la contra siempre encontraba argumentos originales para defender a alguno de sus ídolos: Maeterlinck, Strindberg, Ravel, Valle Inclán.

Las percepciones críticas de Guy habían madurado extraordinariamente junto a ella. No era una madre: era su amigo, el amigo de sus amigos; infaltable en los patios del liceo a la hora dramática de los exámenes; frecuente en la puerta, a la salida de clase, donde recogía a uno o dos compañeros de Guy para llevarlos con éste a tomar el té a una tienda, "La Sirena", y luego a una "vermouth" de cine, al "music-hall" del Royal o a

algún espectáculo curioso de paso por la ciudad: un fakir o una vidente que hacía predicciones personales, tanto más cómicas para la multitud cuanto más catastróficas para el que la interrogaba.

Este amigo irreemplazable - el único, quizá, en que un muchacho tan tímido y tan inconfesablemente sensible como Guy podía haber tenido una confianza absoluta - estaba en peligro de muerte. "Muerte" era una palabra que no entraba en la cabeza del chico. Su padre la habría rechazado dando un buen golpe a quien se hubiera atrevido a insinuarla; pero Guy leía ya en aquellos ojos atormentados algo que su padre no se habría atrevido nunca a leer.

Parados ojos que me miraron
 con tal mirada que me coñía.
 (Gabriela Mistral - "Lápida filial")

"Te mirarán la garganta con esos lentes especiales que tienen. Verás que no encuentran nada. Sentís la rozadura del hueso; la rozadura no más" dijo el padre. La respuesta fue serena pero firme, con la misma firmeza que ella mostró desde el principio:

"No, no. Yo siento algo clavado ahí. Tienen que sacármelo".

Guy le tomó una mano entre las suyas, atrovimiento que permitían las circunstancias especialísimas de aquella noche. En otro momento la madre se habría burlado tiernamente de él, como hacía siempre que el chico, directa o indirectamente, solicitaba una caricia. Unos quince días antes, irresistiblemente atraído por un impulso más edípico de lo que él habría podido imaginar, Guy había estampado un beso en aquel cuello tan blanco, tan tibio y majestuoso; el mejor almohadón en que poder recostar sus miedos, aunque fuera por unos segundos. Ella, riendo, le dijo: "Salí, salí, farsante", alusión a sus peleas con Carmen que en realidad quería decir: "Si verdaderamente me tuvieras cariño te portarías mejor con tu hermana en vez de venirme con besos". Pero Carmen tenía reacciones inquietantes y él estaba obligado a mantenerla a raya, aunque nunca de buena gana. No sólo odiaba aquellas peleas tanto como su madre, sino que también sabía cómo la mortificaban; lo sabía por el reguero napolitano de gritos e insultos inconcebibles en una mujer tan luminosa, tan hermosa, tan sensible como ella, pero que así y todo volaban de su boca desde la cocina al jardín, escenario de la clásica contienda fraternal.

Mirando desde el taxi a las gentes que pasaban por la calle Rivera, todavía sacudida, alrededor de la Estación Pocitos, por el triste ajetreo dominical; mirando los abrazos de despedida de fámulas y "primos" bajo la falsa luna de los arcos voltaicos en los alrededores de la Universidad; mirando a los vecinos que deslizaban por las angostas puertas grises de los edificios de pisos de la calle Uruguay, en los que colgaban hileras de balcones de hierro forjado como palcos preparados para el festín del chisme, Guy volvió a sentir aquella noche la misma indignación pueril que se apoderaba de él cuando, en uno de los carruajes de los deudos, seguía a un coche fúnebre y veía que an

te el paso de la muerte, fuera de algún sombrero que alguien se quitaba automáticamente, los viandantes seguían entregados a sus trámites de todos los días, a sus gestos vulgares, a sus alicortos sueños, como si un coche fúnebre fuera un camión municipal de riego.

¿Era posible que aquella inquietud, aquella terrible inquietud que él sabía compartida palmo a palmo por su madre y por su padre, la inquietud de aquellos tres seres apotonados en el asiento trasero del taxi, no se comunicara de algún modo a los que andaban por la calle, no los sacudiera y conmoviera? ¿Cómo podía ser que toda aquella descarga de energía nerviosa no les llegara en alguna forma; en qué mundo vivían?

El "chauffeur", despertado de la modorra dominical por el billete de diez pesos que el padre de Guy le puso en la mano, voló al consultorio del médico. Méndez los esperaba en el vestíbulo de su casa. Dentro de la sala en que atendía a sus pacientes había muchas vasijas de esmalte blanco, mucho espejillos, muchas superficies niqueladas. La sonrisa profesional del otorrinolaringólogo no pareció reflejar en ninguna forma la demudada alarma de aquellas tres caras grises.

El consultorio olía a ácido fénico. Era el olor más odiado por Guy en los hospitales, que sólo conocía como visitante, y en su olfato actual de hombre se hizo ahora tan penetrante como todos los que venía reviviendo en aquel bote. Pero no: reviviendo no; en realidad estaba viviendo el episodio por primera vez; porque para vivir una cosa de verdad se necesitaba esta conciencia, esta cruel, clínica lucidez con que seguía ahora todos sus detalles envuelto en aquella ola de canto, frente a aquel mar cargado de minas magnéticas, a las puertas de una muerte científicamente organizada que el enemigo dispensaría con la precisión del tiro que alcanza a una becasina en pleno vuelo.

Enseguida algo parecido a la nada superó los lapidarios detalles, las tangibles visiones del viajero; todo se hundió en la oscuridad, y Guy y sus padres entraron en un túnel del que no parecían salir nunca. Para aplicar a la garganta de la paciente aquel lente que era como una linterna, Méndez había apagado todas las luces del consultorio.

El estático pasaje por aquel túnel de angustia duró horas y horas para Guy, y fue un pasaje real y simbólico al mismo tiempo. Esta vez la madre tendió la mano al hijo y la

retuvo hasta el fin de su tortura; todas las excusas y advertencias del médico no pudieron prepararla ni siquiera medianamente para aquel doble trauma. Y sin decirse-lo, sin pensarlo siquiera, Guy supo que aquel era el gesto mayor de amor que había habido o habría entre los dos; el gesto del adiós para siempre.

El lento del médico era realmente enorme, mucho más ancho que un esófago regular, pero ella se decidió a soportar la prueba con ese estoicismo rayano a veces en heroicidad que tienen en tales casos las mujeres históricamente aprensivas. Aunque no hizo el menor movimiento para rechazar la entrada del instrumento en la garganta, su sudor, sus gritos entrecortados y ahogados por aquella especie de barroco implacable, la firmeza de la mirada, que Guy adivinaba más que entreveía, le hicieron al muchacho el mismo efecto que si estuviera viendo fusilar a su madre contra la pared.

Algo se puso de pie en su pecho pusilánimo y, en contra de su adolescencia, que rechazaba la idea de la muerte; de su razón, que le repetía como quien sacude maní-ticamente la cabeza: "Una persona joven y sana no se muere así porque se lo quede clavado en la garganta un huesito de perdiz"; de su corazón, obligado a refugiarse en el de la madre por la indiferencia y la irresponsabilidad afectiva del padre, le dijo que aquello era el principio del fin. Fue un mensaje subliminar, una voz brevísima a la que Guy cerró los oídos; pero el solo hecho de insinuarse dentro de él, de murmurar desde algún rincón secreto de su ser - aunque no lograra redondear ningún vocablo - bastó para dar un viso de alucinación a todo lo que vino después.



En cuatro días iba a quedar destruída para siempre toda posibilidad de existencia doméstica normal en aquel hogar ya marcado por la pasión y el desorden. No difería en esto de tantas otras casas burguesas del Plata donde un viento fatal parece arrastrar a padres e hijos a todos los lujos del enceno, y luego, cuando unos se van y se casan y los otros envejecen, a la infidelidad, a la locura, al alcoholismo, a las aberraciones sexuales. ¡Si la vida allí fuera menos blanda, menos fácil; si las gentes tuvieran el talento de inventarse una lucha salvadora para sobrevivir!

Por encima de todo lo que los otros y también él - en primer lugar él, un niño de quince años mal cumplidos - pensaron, desearon, dijeron y esperaron a partir del pagg-

je por aquel negro túnel, el fin ya estaba escrito. Y él lo supo por una intuición insuperable; lo supo aun en el tono categóricamente tranquilizador del dictamen médico:

"No tiene absolutamente nada en la garganta, señora. Hay un desgarramiento que el lante - y no sabe cómo lo siento - ha acentuado, pero nada más. Puede irse tranquila. Trate sobre todo de descansar".

Pero ella ni se fue tranquila ni salió de sus trece. En cuanto pudo marchar tambaleante a otro taxi y dejarse caer en el asiento, ordenó al "chauffeur" con voz ahogada:

"Llévenos a la Asistencia Pública".

El padre la miró azorado, pero sin esa carga de reproche en los ojos que a veces era automática en él. Después de tantas falsas alarmas durante tantos años ¿no podría ser éste el cuento del lobo? Si ella tenía de veras el huesito clavado en la garganta ¿quién podría perdonarse el no haberle hecho caso? Aquel monstruoso barreno del especialista no era una garantía indiscutible; Méndez, por lo demás, no había estado nunca ajeno a la obsesión de su paciente, a sus ladinis terrores.

¡Turbio destino, que nos hace venir al mundo con cromosomas en que ya están escritos hasta esos terrores! ¿Cuántos Méndez habían pasado por aquella casa; a cuántos consultorios no habían ido marido y mujer empujados por parecida angustia? La vida "chez Delateur" no había sido sino un continuo combate entre la incompetencia diagnóstica de los médicos y la astucia de la madre para inventar síntomas como quien deja escondidas debajo de una piedra o el llamador de una casa las irritantes claves de la "busca de un tesoro". Era una lid en que ambos contendientes quedaban vencidos siempre.

Un "ojo clínico" - vale decir, una presciencia de la forma particular en que el espíritu puede vulnerar el cuerpo de cada cual - es el único conocimiento que no se puede adquirir en la Facultad. Y por otra parte, una mujer tan obsesionada por la enfermedad era, sin duda alguna, una enferma. Todos estamos enfermos; alguna vez ella acabaría por tener razón.

En la Asistencia Pública, con espejitos para mirarle la garganta, con simpatía humana, con buena voluntad - los Dolatcur se guardaron muy bien de hablar de la consulta anterior - los practicantes dedujeron lo mismo que el especialista. Los impresionó la mirada trágica de la enferma, pero no más que la dramaticidad calabresa, andaluza o hebrea con que tantos otros pacientes trasponían todo el día aquellos umbrales pensando que su dolor era el culminante en la historia de la humanidad.

La madre no dijo nada más; nunca se supo si en ese momento se había dado realmente por vencida. Pero no pegó ojo en toda la noche. Tampoco durmió Guy. Por la mañana el chico estornudó repetidamente; por la tarde tuvo fiebre y su madre, que guardaba cama, le pidió que se acostara.

Olor a "Vicks Vapo-Rub". El olfato de Guy fue siempre - y seguía siendo - tan cándido y casi tan muerto como su sospecha de las argucias sexuales y sociales de los demás. ¿Por qué razón misteriosa resucitaba así ahora, tan sensualmente, el color oloroso de aquellos momentos de pesadilla? Mientras le cubrían el pecho con el ardiente frío del unguento iba subiendo, rápidamente, la fiebre de la enferma. Vino el médico de cabecera de la casa, un vecino joven de Pocitos de grandes ojos a la italiana, capaces de inspirar una súbita con fianza aunque ¡ay! todavía menos clínicos que los de la mayoría de sus colegas. Después del más sumario de los reconocimientos el hombre dijo, con toda la compostura profesional de que era capaz, que evidentemente había una pequeña infección, pero que en parte la fiebre se debía sin duda al "shock" de la noche anterior.

A las ocho de la noche volvió a verla y ni siquiera notó lo que Guy, con renovada inquietud, había advertido un rato antes al levantarse para visitar a su madre: que ella no respiraba bien. La enferma dijo sentir una ligera sensación de ahogo, pero el médico se limitó a recomendarle que se pasara agua de Colonia por la cara para refrescarse. Desde entonces el olor dominante en la casa hasta el final del insoportable episodio fue el de "Après l'ondée", un perfume de Guerlain que era el santo y seña de su madre; como un delicioso sudor de su sangre, pensaba Guy.

Exhausto por la tensión nerviosa de las últimas 24 horas, el chico durmió por fin esa noche, pero tuvo la pesadilla de la caída por el precipicio que ahora, en medio a este

mar de canciones extrañas, veía como su tropo particular de la existencia humana. La madre pasó la noche en una vigilia muda y anhelosa; por la mañana, ya muy pálida, parecía una Virgen de cera con aquella cara que la colonia había empezado a dejar reluciente e irreal.

Poco antes de mediodía Silvia, con la inocencia de sus cinco años, puso como una vieja sabiduría de otras vidas anteriores en la mirada silenciosa que durante dos horas mantuvo clavada en su madre, que a su vez no le quitó los ojos de encima; diálogo mudo que - por encima de toda su inquietud - el padre no pudo aguantar sino por pocos minutos, entre sus idas y venidas del patio. Las dos veces que Guy se levantó de su cama para ver a la enferma y decirle que no se preocupara por él, aquellos ojos desmesuradamente abiertos todo el tiempo se pasearon sin cesar de la figura del muchacho a la de la niña, como si ella, sintiendo ya la muerte florecida dentro de sí, quisiera llevarse las dos imágenes consigo.

Aquel terrible silencio de Silvia, aquella manera de no sacar los ojos de su madre, fue el mejor diagnóstico de la situación, el más exacto. El padre envió de nuevo a la niña a casa de los vecinos y decidió no mandar todavía por Carmen, exenta de ir a la escuela por la infaltable epidemia de "grippe" de todos los agostos.

A las ocho de la noche había cierto ronquido en la respiración de la enferma y el marido, sin decirle nada, salió en "taxi" en busca de otro especialista de la garganta. Media hora después estaba de vuelta con él.

Laringólogo ilustre como era, Alonso había descubierto en su corazón la medicina psicosomática mucho antes de que se empezara a hablar de ella. Era un talento heredado sin duda de los médicos españoles; un legado precioso del humanismo de éstos, de su humanidad. Una sola mirada a los ojos de aquella mujer acorralada por el destino le bastó para saber que decía verdad; que con toda seguridad el huesecillo traidor estaba clavado donde ella indicaba y que todo lo que gritaban su cara, su tono, su respiración ansiosa, era una infección cuyo foco había que eliminar cuanto antes.

"Los espero mañana a las ocho en mi consultorio. Quizá tenga que hacer una pequeña intervención; una cosa muy sencilla, señora; Vd. ni la va a sentir. Pero estoy seguro de que con ella se va a ver aliviada inmediatamente".

Luego le dio una inyección hipnótica que tuvo un efecto breve e inquietante. A las dos horas de sueño entrecortado estaba despierta. Mientras dormía su ronquido, que esta vez escuchó solamente el padre, había empezado a adquirir un dejo estertoroso. En ese momento Guy estaba en el quinto sueño; pero ahora, en este barco, en esta rueda coral, unidos por las manos a dos personas a las que no se sentía unido, con dedos que no hacían presión alguna sobre su mano y que no querían decir nada, oía el ronquido como si hubiera sido el testigo presencial de aquel otro momento terrible.

A las seis de la mañana la enferma estaba ya en pie. Se ahogaba en el baño, aun con la puerta y la ventana entreabiertas; pero no trastabilló al vestirse. La animaba una gran esperanza; al fin había dado con un hombre lúcido: con un hombre, en suma

La casa quedó bañada en el olor a flores frescas de "Après l'ondée"; al despertar Guy luego de haber salido sus padres - él creyó que la pastilla de veronal que le dieron la noche antes era simplemente una aspirina - el delicioso perfume era como un heraldo de victoria contra la corrupción y la muerte. A las once de la mañana los dos estaban de vuelta. Alonso había encontrado el huosito de perdiz y lo había extraído: la operación había durado más de dos horas y Guy no se atrevió a preguntar a su madre qué había pasado, cuánto había sufrido, ni siquiera cómo se sentía.

Fue ella la que, de camino a su lecho, se detuvo en el dormitorio del hijo a decirle: "¿Cómo estás, querido? ¿Mejor, no?" para comunicarle oblicuamente lo ocurrido pero sin aire de triunfo y sin que la angustia elocuentísima de los ojos alucinados diera paso a la menor luz de esperanza.



El médico de cabecera llegó dos horas después. En sus grandes ojos napolitanos la noticia de la operación no registró la menor sorpresa. Sonriendo circunspectamente, dijo a la enferma que se sentiría molesta por dos días más, pero que luego todo parecería un mal sueño; y al darla así de alta se despidió con un empaque impostado, que felizmente no llegaba a disimular del todo su natural llaneza de uruguayo.

Una hora después ella empezó a respirar más entrecortadamente que antes; el algodón empapado en la deliciosa colonia de Guerlain - de la que había traído otro gran

frasco como repuesto - no cesó desde entonces de añadir prestigios cerúleos a una cara que, sin dejar de ser hermosa, se había vuelto completamente irreal.

"Mamá está bien, y va a ir mejorando cada vez más" dijo Guy a Silvia al detenerse ésta frente a su cama.

"Haragán, estás en cama de puro haragán" le contestó la niña riendo. En realidad, a él lo retenía en el lecho el miedo de ver cómo la muerte, figura inapelable, avanzaba paso a paso por la casa y se iba haciendo el ama. Pero después de su risa Silvia lo siguió mirando como había estado mirando a su madre por la mañana, con un rostro que no registraba ninguna expresión.

¡Ah, no poder sacudir los cielos, no poder remover el aire para que entrara suave y tibio en los pulmones de la madre y les quitara aquel ronquido! ¿Cuánto tiempo estuvo Guy escuchándolo: ocho, doce, veinticuatro horas? Recordaba que ella había muerto el miércoles por la noche y que la habían enterrado el viernes; pero la angustia es intemporal, no sabe de relojes ni de vueltas que la Tierra da en torno a su eje. Lo que más desacomoda en ella es esa obstinación que todos ponen en que la limpieza, las compras, las comidas, el ajetreo cotidiano de un hogar continúe como si no pasara nada; como si todo no estuviera realmente en suspenso, petrificado bajo el signo de la desgracia. Puta, puta vida, que sigue con sus sordos, monótonos tejemanejes hasta cuando la muerte toma la batuta y marca un alto general.

En aquel aire traspasado de perfume flotaba todo el tiempo la descomposición, y con el metrónomo de aquel ronquido, la tarde y la noche fueron años, eternidades para Guy. Pero a medida que avanzaban y la muerte estaba más presente por todas partes él empezó a engañarse con un arte obstinada y parecida a la que en los "ghettos" de Alemania practicaban los vecinos al ver cómo unas bestias de uniforme sacaban a punta de piés y a golpes a gente perfectamente inofensiva como ellos, la metían en camiones cerrados y se la llevaban para siempre. "Es un error" se decían la primera vez; "Quién sabe qué habrán hecho" la segunda; "A nosotros no nos tocará; contra nosotros no tienen nada" la tercera. Que era lo mismo que decir: "Con nosotros ocurrirá un milagro".

Sin formular la palabra milagro y sin cerrar tampoco los ojos a la catástrofe G

osciló entre la desesperación y la esperanza como el trapealista alucinado que es un hombre definitivamente plantado en el mundo. Hombre en esas horas cortas y eternas a un tiempo; pero luego más niño todavía que antes, cortado el único puente que tenía para acceder con paso cierto a los turbios jardines de los adultos.

Llamada la Asistencia Pública a las tres de la tarde, cuando la enferma dijo: "Alguien tiene que hacer algo; por favor, por Dios, yo quiero respirar, no puedo seguir así", el practicante que la reconoció dejó la sentencia de muerte escrita en una hojilla de papel que dobló y puso sobre el mármol del tocador, debajo de una polvera: "Absceso de edema agudo al pulmón". Pero nadie vio el diagnóstico hasta el día siguiente. El hombre del dictamen era un casi médico de unos 23 años, con ojos semidormidos pero que sabían ver la verdad clínica donde estuviera y con manos morosas, cautas, pálidas, que no vacilaron en escribirla.

Los pulmones de la enferma estaban invadidos por el pus; aquel hueseoillo insignificante había creado una infección más vasta y más completa que un puñal clavado cuarenta y ocho horas en la entraña de un condottiero. Y luego... y luego... Por la tarde los ojos de su madre parecían ya de vidrio. Ojos de vidrio. Y ahora esos ojos increíbles lo miraban en aquel Atlántico cargado de tormentas mortales que, como las del teatro, podían producirse apretando un botón; lo miraban desde un atardecer en que, como quien hace una estúpida promesa a la Virgen, Guy renunció solemnemente a la felicidad - ^a o/la esperanza de la felicidad.

No es que se dijera: "Si se salva mamá no me importa renunciar a todos lo demás"; no se decía nada. Pero pensaba en secreto: "No se va a salvar, y si no se salva yo no quiero ni puedo ser feliz". Ideas más terribles parecían habersele instalado en la médula espinal y ser ya parte de su propia palpitación biológica; pero no podrían con su salud, con su dramática voluntad de vivir... aunque tartamudeara, aunque se rieran de él, aunque jugando al "basket-ball" no lograra meter nunca una pelota en el cesto, todo él torpeza espástica, la verdadera negación de un "boy scout" al que sólo le quedaba un recurso: dedicarse a fakir.

Como un fakir, en efecto, de débil se hizo fuerte poco a poco; y de desmayado creó-

nico en los pasillos de los tranvías o los patios del Liceo Rodó - aunque no era desagradable aquel brevísimo olvido del desmayo, aquella especie relampagueante de anestesia total - Guy había pasado a ser con el tiempo este ciudadano que sale a mirarle la cara a una guerra mundial. La alternativa se planteó en aquellos momentos desolados en que perdía a su gran amiga y en que nadie vino a tranquilizarlo ni a engañarlo. ¿Engañarlo? Todo lo contrario; por la noche había llegado el pampero de su abuela a alborotarlo y sacudirlo todo, a herir los tímpanos con aquellos gritos metálicos que daba y que se oían a una cuadra de distancia.

Las ausencias de aquel personaje duraban meses; pero cuando llegaba, todos los vecinos de la cuadra - que felizmente no eran muchos - la oían despotricar, en los términos más inverosímiles, contra su orno, contra los curas, contra los comunistas, contra los políticos locales, a los que no acababa nunca de arrancar una pensión graciable, pese a asaltarlos en su propia casa y a veces en su propia bañadera, como una versión oriolla - y visada por la censura - de Charlotte Corday. Despotricaba también contra las "machonas de Montevideo" y sobre todo contra los constructores de una especie de "cottage" que se había mandado hacer en el Cerrito de la Victoria, refugio para el que ella misma, montada en un cañón y a la vista y paciencia de toda la "sociedad" montevidéana, llevaba a la obra las alfajías desde la barraca adonde iba a comprarlas a mitad de precio.

Simplemente excéntrica para los de fuera, pero alarmante para los suyos, aquella Casandra con perfil de Helena de Troya llegaba siempre cargada de regalos y se iba peleada con todo el mundo, la boca morada de insultos pero los perfectos ojos verdes, de enormes pestañas, serenos e indiferentes ante el remolino de indignación e impaciencia que había levantado en una tarde. Era una "bravura performance" sostenida a un diapason tal, que sólo podía explicársela con un nombre tabú por aquellos días: el de locura. Pero en el Montevideo de aquel entonces sólo era clínicamente reconocido como loco el que se anunciara Napoleón o Catalina de Rusia, o mejor todavía, las dos cosas a la vez.

Los gritos de la abuela, que siempre acababan por hacer congestionar la cara de

Delatour padre, por poco no ahuyentan a la muerte de la casa. Durante una hora parecieron empañar la convicción de la enferma y sacudir su pasiva resignación frente al destino, resignación que en esta instancia había cobrado la forma de mirada de adiós a las cosas. ¡Ah, aquella mirada terriblemente fija que Guy no podría lavarse nunca de encima, sacarse nunca de la piel, y mucho menos del último trasfondo de la memoria! Aquí estaba otra vez con la fuerza de antes; el trasfondo había abierto sus sorprendentes archivos bajo los cielos de aquella ciudad tocada por la maldición de la guerra.

"La Mona tiene una infección, eso se ve a mil leguas. ¿Qué hacen aquí todos como unos pasmados, dejarla morir? Si yo agarro a ese imbécil que la ha dado de alta, de un solo puntapié lo dejo impotente para siempre. Muévase, Jean, corra, vaya a la farmacia de Pereira: ¡do ahí mandarán a alguien para que le haga una punción lumbar!"

"Pero ese es un recurso extremo. Aquí nadie ha hablado todavía de punción lumbar".

"Pues hablo yo ¿me oye? ¿Vd. cree que voy a permitirle que la deje morir así?"

El susurro de la abuela, producido en el comedor de la casa, era como un grito herido en una pelea de porteras; pero Guy y Silvia estaban de pie junto a la cabecera de su madre, hablándole los dos a un tiempo mientras él le pasaba por la cara el algodón empapado en aquella colonia cuyo olor inolvidable dominaba ahora el de las sales y el yodo del mar. Pero aunque los hijos hubieran quedado en silencio, es probable que la enferma no hubiera oído ya la imprecación vanamente disfrazada de confianza. La mirada fija con fijeza de muerto decía que ella estaba ya oyendo otras voces venidas de otros mundos.

"Mamá. Dos días de paciencia para que se cicatrice esa lastimadura de porquería y después iremos a ver juntos "Sangre y arena" le dijo Guy. Ella lo miró como si no comprendiera el idioma en que lo hablaba.

Vino otro practicante, que antes de llegar a la casa se puso en comunicación con Alonso. Al dejar su instrumental sobre el tocador, movió la polvora e involuntariamente hizo caer la hojilla dejada allí horas antes por su colega; luego, al recogerla, leyó el diagnóstico y corrió los ojos, pasando en la comedia que tendría que representar. Hizo la punción lumbar. Mientras administraba el cuidado ya inútil Guy había vuel-

te a llevar a Silvia a la casa de al lado, y aunque físicamente ni podía oír los quejidos atroces de la madre, en alguna parte de su corazón sí los oía como martillazos, como si le metieran a martillazos una cuña de hierro en el pecho.

Pero la niña volvió un minuto después que él, y los dos se instalaron juntos en aquel sillón junto a la ventana sobre cuyos vidrios el renquide de la enferma, cada vez más intenso, tamborileaba, haciéndolos vibrar ligeramente. O así ^{me}parecía ahora; y ahora todo era más cierto que antes.

Los tres pares de ojos unieron sus distintas cargas de energía - energía de miedo, energía de desesperación, energía de asombro - y las juntaron en un solo haz en el centro de la habitación. Así pasó otra media hora; el padre y la abuela entraban y salían intermitentemente, pero la moribunda no sacaba los ojos de aquellos espectadores mudos, incrédulos, que nadie se atrevía a arrancar de allí.

Una palabra: "oxígeno", hizo saltar a Guy del asiento. Lo pedía la madre con la desesperación de quien ya no puede respirar sin que le den oxígeno. Guy y su padre, con una tía paterna ya enterada de todo que en ese momento llegaba a la casa, corrieron a la farmacia de la calle Pereira.

Por un momento, jadeante y trastornada, la madre de Guy quedó sola. ¿Quién sacó a Silvia de la habitación y la volvió a llevar a casa de los vecinos; dónde quedó la niña en esos minutos? Guy no lo supo nunca. Natalia la cocinera entró en el dormitorio cuando la enferma se incorporaba en el lecho como para salir al encuentro de un visitante inaceptable y se acercó a ella para evitarle el esfuerzo. Pero en una alucinación que era su homenaje involuntario al Maeterlinck de "La intrusa" y una síntesis de su pasión por el teatro y la literatura la moribunda se agarró a ella y, como si hubiera efectivamente una muerte con guadaña y todo que viniera a la Tierra a segar vidas humanas, gritó a la pobre mujer aterrorizada: "No la dejes que me lloro, Natalia, ¡¡NO LA DEJES!!

La comitiva procedente de la farmacia llegó con el oxígeno en el momento mismo en que el recurso se había hecho vano. El padre se adelantó a tranquilizar a la enferma, pero la cocinera corrió a la puerta de la habitación, se le prendió del cuello

para que no entrara y se puso a gritar entre sollozos: "¡Patroncito! ¡Patroncito!"

Guy lo oyó. No se necesitaba más para saber qué había pasado. Pero el mecanismo de defensa gracias al cual el chico pudo engañarse en su fuero interno aun sabiendo - la misma noche del accidente - que su madre moriría, lo hizo borrar luego la realidad de esos gritos, anular el grueso melodrama de aquel abrazo; y en el coche del vecino solícito que lo llevó a casa de su abuela paterna siguió viendo aquellos ojos fijos de su madre, fijos y abiertos como si hubieran decidido no cerrarse más. Otros ojos pasaron de poniente a levante de su visión - visión no, visión no, realidad resucitada - azules, infantiles, preocupados. Los vio por un segundo, como en un pestañeo, sin comprender qué podían tener que ver con la superrealidad que lo poseía, y al mismo tiempo aceptó el vaso con tres dedos de "whisky" que alguien le ponía en la mano y lo apuró (era un verdadero incendio en la garganta aquel "cognac" que lo hizo tomar su tía al decirle, a la mañana siguiente, que todo había acabado y que se llevaban a Carmen y a él de vuelta a su casa).

Al retirarle el vaso para ponerlo en uno de los travesaños del bote, la mano áspera que volvió a recoger la suya la acarició pasando repetidamente el pulgar por la palma desentendida y ausente: era la mano de su tía en el "taxi" que lo acercaba a la imagen realmente imborrable del "film" de su vida. Entre cuatro altos cirios, con una mortaja violeta de borde blanco, plegado, alrededor del cuello, estaba la muerta en su paz sin paz, con un hilo de pus petrificado en la comisura izquierda de los labios. Así, y solamente así, la recordaría hasta el fin de sus días; siempre vería ese hilo de pus y siempre la imagen lo haría rebelarse contra la dramatismo y crueldad latinas que lo habían llevado a verlo. Ahora sabía que había muertos embalsamados y maquillados en los Estados Unidos - grotesco, pero menos cruel que aquel espectáculo que lo salió al encuentro al entrar en su casa - y amigos ingleses que, la misma noche del entierro de un hombre ("¡Qué salvajada!" decía la gente "bien" de Montevideo) sacaban a la viuda de su casa y la llevaban a cenar y luego a un teatro.

Para ella el mundo y el espectáculo estarían llenos de visiones del muerto y podrían parecer incomprensibles, pero cualquier cosa era mejor que la soledad llena de recuer-

dos que, entre todas las cosas compartidas con él años y años, la esperaba en la casa para saltarlo a la garganta. Cualquier cosa, también, era preferible a esta otra salvajada mediterránea de arrastrar a un niño a las marismas del dolor y dejarlo allí sin defensa, guardando un duelo de un año por el que se lo prohibía, en primer lugar, la droga heroica del cine, el olvido y la evasión que sólo podían lograrse en aquella sombra poblada de sombras.

En ese instante en que la vida volvía a oler a cirios de muerte la primera frase de "Abide With Me" - después de recurrir incluso a las canciones de George M. Cohan el repertorio del bote se había ido encogiendo hasta entrar ahora en la discutible zona del himno religioso - hizo a Guy rebelarse contra la inexactitud histórica diciendo en voz alta: "No, no". Para la muerte de su madre no había habido servicio religioso ni himno de ninguna especie; sólo el grito espantado de la profesora de piano que entró en la casa después de llamar vanamente a la puerta en un momento en que todos estaban en la cocina y, deslizándose por la hoja entornada, se encontró a boca de jarro - en vez del hermoso rostro sonriente que la acogía todos los jueves - con aquella cara de cera sumida en un sueño que el endurecido hilo de pus desmentía de una manera brutal.

En toda la pesadilla que fue aquel velatorio la madre de su madre personificó al odioso mundo de fuera con dos gestos: en medio a su llanto auténtico, el de apretar los pedales de la angustia según la importancia del personaje que entraba en la casa (los mejores lamentos estuvieron reservados para la entrada del Ministro de Relaciones Exteriores) y luego el de encargarse a Natalia que le hiciera un cocido a la española pero enumerando, imperiosa y exacta, cada ingrediente: papas, buniatos, puerros, repollo, zanahorias, choclos, puchero de falda, una gallina y una mayonesa para acompañarla.

Pero la furia que despertó en Guy esta reacción gastronómica fue un producto romántico de su inexperiencia. Años después perdonó a su abuela aquella aparente bestialidad al saber por sí mismo que, cuando se muere un poco en el que muere, el animal sobreviviente exige que se supere comiendo y bebiendo copiosamente el desayuno que lo in-

todo; que el banquete fúnebre no es solamente un rito sino la primera medicina para la pena, la más urgente.

Los ocupantes del hoto se levantaron dando por concluida la sesión mientras en aquella fría mañana de agosto Guy avanzaba por las grises avenidas del Cementerio Central abrazado a su padre y seguidos los dos por el cortejo fúnebre. David Coryton lo preguntó: "¿Se siente mal?" y él apenas pudo balbucear: "Un recuerdo difícil". "Lástima" dijo el tenientillo echando el último chorro de la botella en el vaso, que Guy volvió a apurar. El chico lanzó un silbido y le dijo: "Compañero, sólo he visto a dos irlandeses beber así. Debe Vd. tener un hígado fundamental". "No me he dado cuenta de lo que hacía". "Lástima otra vez". "Perdónome" le dijo Guy, "y gracias". "Vamos a ver si la próxima vez que nos reunimos se mantiene Vd. un poco con nosotros en este mundo" agregó el chico con una sonrisa y un corto y fuerte apretón de manos.